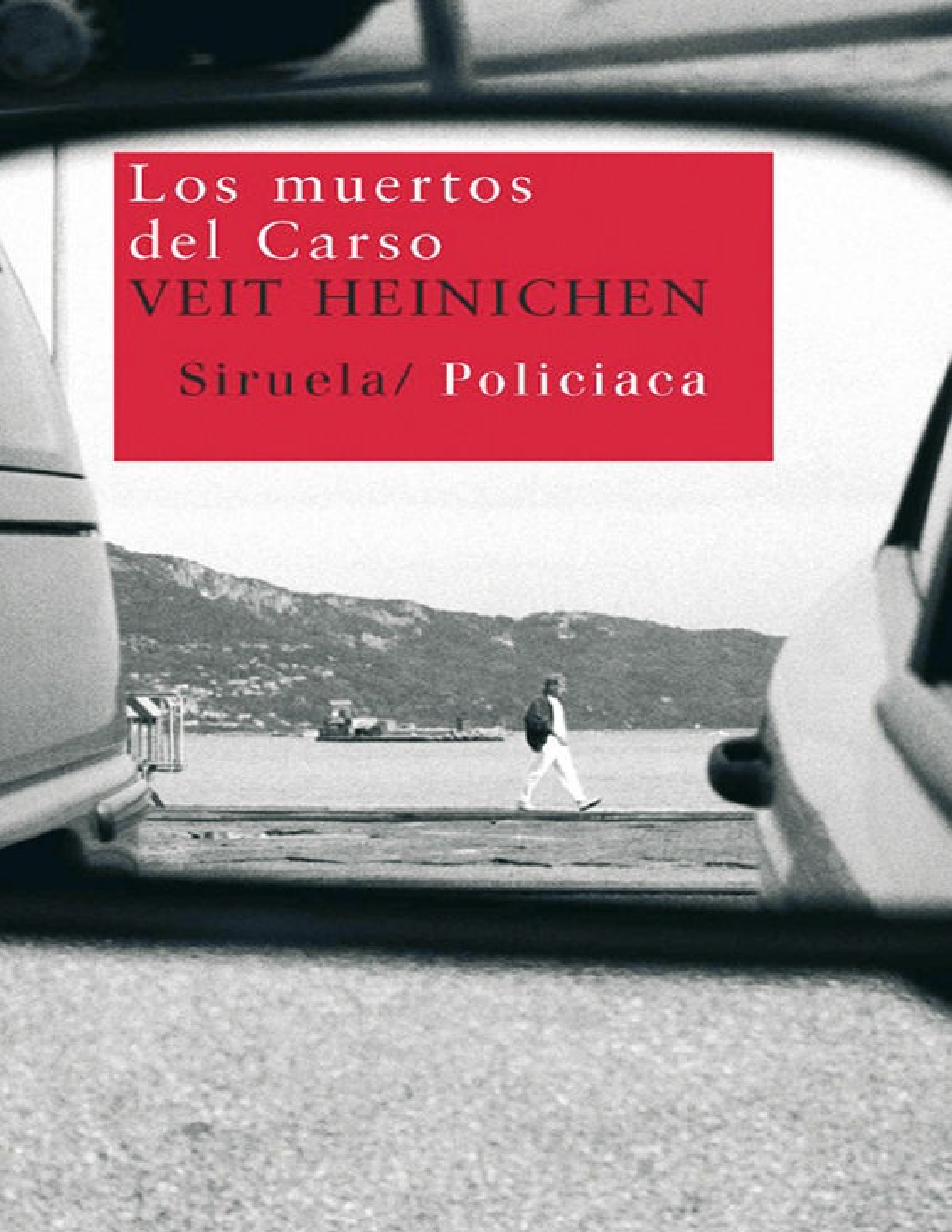


Los muertos
del Carso
VEIT HEINICHEN
Siruela/ Policiaca



Veit Heinichen

Los muertos del Carso

Traducción del alemán de
Isabel García Adánez

 **Siruela**

Nuevos Tiempos

Índice

Portada

Portadilla

Cita

LOS MUERTOS DEL CARSO

Un día profundamente gris

Vida de lunes

Marasi sale a la mar

El día libre de Bruna

Miércoles de difuntos

Al frío de Opicina

Rodeos

Jueves sucio

Viernes maloliente

Día de limpieza

La liberación de Mario

Guati

Créditos

LOS MUERTOS DEL CARSO

Non gridate più.
Cessate d'uccidere i morti,
Non gridate più, non gridate
Se li volete ancora udire,
Se sperate di non perire.

Hanno l'impercettibile sussurro,
Non fanno più rumore
Del crescere dell'erba,
Liete dove non passa l'uomo.

[No gritéis más. / Dejad de matar a los muertos, / no gritéis más, no gritéis / si queréis
seguir oyéndolos, / si esperáis no perecer.

Es imperceptible su susurro, / no hacen más ruido / que la hierba al crecer, / dichosa
donde no pasa el hombre.]

Giuseppe Ungaretti

Un día profundamente gris

Proteo Laurenti hervía de rabia, celos y desesperación. Había pasado la noche inquieto, dando vueltas en la cama, sudando y tiritando y casi sin pegar ojo. Tenía ganas de vomitar.

Era 19 de noviembre, domingo, y la luz del día apenas lograba abrirse camino entre los nubarrones negros de tormenta. Desde ayer, la *bora nera* azotaba la ciudad y se llevaba por delante cuanto no estaba firmemente anclado. Golpeteaban las contraventanas, y una y otra vez se oía el estallido de alguna maceta u otro objeto al caerse a la calle o contra los coches aparcados en apretadas hileras. Desde el puerto llegaba el único ruido conciliador: el viento parecía estar tocando el arpa en los obenques y las jarcias de los veleros.

Laura le había anunciado la noche anterior que había otro hombre en su vida. No sabía si le amaba. Necesitaba tiempo para comprobarlo y quería reflexionar sobre ello a solas y con tranquilidad. Proteo Laurenti casi tuvo que obligarla a confesarlo. Llevaba semanas reprochándole que algo había cambiado entre ellos. Ella lo había negado y negado. Hasta la noche anterior. Era Pietro, le contó, el agente de seguros. Hacía bastante que se había enamorado de ella, y ella disfrutaba con sus atenciones. No, no se había acostado con él. Se iría de viaje unos días para aclarar sus ideas.

Laura había pasado la noche en el cuarto de Patrizia Isabella. Proteo ya la había oído en el baño antes de las siete, luego sus pasos en la cocina. Se levantó, esperaba hacerla cambiar de opinión a pesar de todo, pero ya la encontró con el abrigo puesto y el equipaje listo en el pasillo, con las llaves en la mano. Se despidió de él con un beso fugaz y se escabulló de entre sus brazos cuando, inseguro, intentó abrazarla. Después, la puerta se cerró detrás de Laura y Proteo corrió desesperado al dormitorio, se enterró debajo del edredón y la emprendió a puñetazos contra las almohadas hasta que el cansancio gris que le había dejado la noche volvió a apoderarse de él y lo sumió en un sueño inquieto, plúmbeo.

A las nueve, Proteo estaba en pie, hecho polvo, y deambulaba por la casa. No tenía ganas ni de hacer café ni de escuchar música o leer, como le gustaba hacer los domingos por la mañana, mientras el resto de la familia aún dormía. Finalmente, entró en la

habitación de Marco. Al abrir los ojos, su hijo se asombró de la mirada de pesadumbre de su padre.

—¿Qué pasa, papá?

—Quería decirte que Laura se ha marchado una temporada. Tenemos problemas muy serios y quiere reflexionar sobre ello.

—¿Qué? —dijo Marco, dando un respingo.

—Tiene una historia con otro hombre —Proteo se apoyó en el marco de la puerta—. Quiere estar sola para poner en claro sus sentimientos. A lo mejor se acaba arreglando todo —dijo sin atreverse a hablar muy alto.

—¿Con quién? —preguntó Marco.

—Con Pietro, el agente de seguros.

—¡No puede ser! ¿Con ese aburridor? —Marco estaba consternado—. ¿Y se ha ido con él?

—¡No! Parece ser que no. Dijo que iba a San Daniele, a casa de la abuela. Si va a encontrarse con él, eso ya no lo sé. Pero lo supongo.

—¡Voy a llamarla!

—No, Marco, déjala. Ya llamará ella. Creo que, de momento, necesita tranquilidad.

—¿Por qué no habló conmigo?

—Nos fuimos a dormir a la una. Tú, para variar, no habías vuelto todavía, y a las siete ya se ha marchado.

—¡Tendría que haberme despertado! —Marco retiró el edredón y se levantó meneando la cabeza—. ¡No lo entiendo! Pero ¿por qué?

—Eso me lo pregunto yo también.

Marco fue a la cocina arrastrando los pies, comprobó que el desayuno no estaba ya en la mesa, como era habitual los domingos, buscó la cafetera y puso un café.

—Creí que Pietro estaba casado.

—¡Y tu madre también!

—¿Cuánto llevan juntos?

—Ni idea. Desde el verano quizá —se encogió de hombros y se sentó a la mesa de la cocina cuando Marco trajo el café. Mientras la tempestad asolaba las calles, padre e hijo pasaron media hora más hablando sobre las cosas serias de la vida. Luego, Proteo Laurenti decidió salir a dar un paseo a pesar de la tormenta. Compraría unos cuantos periódicos y se sentaría un rato en el Caffè San Marco. Tenía la esperanza de que eso le distrajera un poco. A lo mejor se le ocurría una manera de hacer volver a Laura.

Había comenzado a nevar de nuevo, y la *bora* hacía que los copos de nieve empapados de agua volaran casi en horizontal sobre las calles. Escasos coches avanzaban a un paso tan lento como el de las personas. A dejar más huellas en la acera apenas se había atrevido ningún transeúnte. Tres casas más allá estaban los bomberos. Subido a la inestable escalerilla, desplegada hasta el cuarto piso, un hombre intentaba retirar una contraventana que se columpiaba de un único gancho antes de que el viento la lanzase a la calle. Laurenti se subió el cuello del abrigo, se cruzó de acera y siguió caminando

pegado a las casas. Las fuerzas de la naturaleza que le azotaban el rostro le hacían bien, aunque no pudieran distraerle de su pesar. Pasó junto al cierre echado de la galería de arte de sus amigos, con quienes le hubiera gustado charlar ahora. Su simpatía le habría consolado. Claro que los domingos no se podía contar con ellos. Probablemente, seguirían en la cama con Barney, su pequeño terrier.

La humedad penetraba por la suela de cuero de sus zapatos. Poco antes de llegar a la tienda de periódicos coincidió con otro hombre, que iba encogido de hombros y con la bufanda enrollada casi hasta los ojos. Intercambiaron un breve saludo y Laurenti entró primero. La vendedora llevaba mitones de lana y un grueso chaquetón de borrego. El hornillo de gas era demasiado débil para caldear la tienda lo suficiente.

–Espléndido día –la saludó Laurenti.

–¡Y que lo digas!

–¿Cuánto durará esto?

–Las previsiones no dan demasiadas esperanzas.

–Casi como el invierno del 84 al 85 –dijo el otro hombre–. Aquella vez, hasta se congeló el mar en el Molo Audace.

–Dame, por favor, el *Piccolo*, el *Corriere* e *Il Sole 24 Ore* –Laurenti no tenía ganas de charla. Aunque llevase más de veinticinco años viviendo en Trieste, seguía sin acostumbrarse a que día sí, día también, la ciudad fuera el tema central de conversación de sus habitantes, capaces de comentar cosas sobre ella de forma incansable y repitiéndose hasta el infinito. ¿Quién se acordaba ya de un invierno de hacía dieciséis años?

La vendedora puso un periódico encima de otro.

–Cinco mil doscientas.

El comisario dejó caer el dinero sobre la mesa, luego su mirada se posó en la estantería llena de cartones de cigarrillos que había detrás de ella.

–Y una cajetilla de Marlboro y un mechero, Gianna. Que sea rojo.

–¿Cómo? ¡Pero si tú no fumas, Proteo!

–Por si acaso.

–Cinco doscientas y seis ochocientas... doce mil justas –meneó la cabeza y prefirió ahorrarse el comentario; después de todo, se ganaba la vida vendiendo esas cosas.

El comisario sacó unos cuantos billetes y monedas más, se puso los periódicos bajo el brazo, guardó los cigarrillos y el mechero en el bolsillo de la chaqueta, volvió a subir el cuello y se dirigió a la puerta.

–Esperemos que pase pronto. *Buona giornata!*

–Igualmente, Proteo, y saluda a Laura de mi parte.

–Lo haré –gruñó el comisario abriendo la puerta. Una fuerte ráfaga azotó el interior de la tienda y alborotó las primeras páginas de algunas revistas. Laurenti tiró con fuerza para cerrar la puerta tras de sí y se puso en camino. Se abrió paso contra la *bora* a través de una ciudad gris que aquella mañana parecía no despertarse.

Quince minutos más tarde estaba sentado en el Caffè San Marco, el antiguo café, protegido como monumento, a la espalda de la sinagoga. Era lo único que había

permanecido intacto desde aquellos tiempos gloriosos de la ciudad, y uno siempre tenía la impresión de que en cualquier momento podía entrar por la puerta alguno de los famosos poetas de antaño. Los camareros se asombraron al ver al policía allí en domingo por la mañana. Normalmente sólo iba entre semana, durante el descanso del mediodía, y se sentaba siempre en la misma mesa a leer. Y hoy ni siquiera se había afeitado.

Las últimas semanas habían sido duras. El fiscal preparaba con mucha antelación una operación contra todos los inmigrantes ilegales chinos de Trieste. Antes de la redada en todo el territorio de la ciudad se habían celebrado incontables reuniones para coordinar cada punto. Por fin, el juez de instrucción les había dado luz verde, y el viernes anterior habían entrado en acción: sesenta coches patrulla y un contingente de trescientos hombres de la Polizia Statale y la Guardia di Finanza registraban a un mismo tiempo trece comercios, nueve restaurantes y veintisiete viviendas. Era la operación que tanto tiempo llevaban esperando contra los chinos que, introducidos en su gran mayoría por Belgrado, invadían la ciudad desde hacía un año. Habían abierto una tienda detrás de otra y comprado muchos inmuebles a unos precios desmesurados, fundamentalmente en efectivo. También se contaba la historia de uno que había comprado seis camiones de mercancías en un concesionario, depositando los billetes sobre la mesa uno tras otro y como quien paga medio kilo de tomates. Media ciudad pensaba que aquel dinero difícilmente podía proceder de fuentes legales.

Los resultados del registro habían sido más que considerables: documentos y dinero falsificados, inmigración ilegal, economía sumergida y juego, extorsión y blanqueo de dinero, más de una sospecha de asesinato. La intervención de las fuerzas del orden había dejado huella: en el Borgo Teresiano, los farolillos rojos, apagados, pendían tristes en las puertas de numerosos comercios. Se habían confiscado quintales de papeles que aún estaban por analizar. Y también había caído una oscura sombra sobre aquellos chinos que vivían en la ciudad desde hacía mucho y no tenían nada que ver con los tejemanejes criminales.

Unos cuantos estudiantes ocupaban las otras mesas, hojeaban sus libros y tomaban notas, o charlaban entre sí. El sitio favorito de Laurenti seguía libre. Dejó caer los periódicos sobre la mesa, se quitó la chaqueta, se frotó las manos, se las pasó por el cabello, mojado por la nieve, y se sentó.

El *caffelatte* le hizo entrar en calor enseguida, pidió otro más y un zumo de pomelo recién exprimido. Luego se enfrascó en la lectura del *Piccolo*.

El titular del diario local anunciaba con grandes letras que, esta vez, la *bora* traería hielo y nieve. Qué novedad. Tampoco el resto era nada emocionante, y Laurenti estaba demasiado inquieto para concentrarse en ningún artículo que se extendiera más de diez líneas. Hasta que no llegó al horóscopo no se detuvo. A los Aries les prometía un día lleno de armonía con sorpresas en el amor, y a los Géminis, es decir a Laura, un excitante y romántico viaje con nuevos horizontes. Por un momento, a Laurenti se le

desdibujaron las letras, luego sacudió fuertemente la cabeza, como si de ese modo pudiera obligarse a regresar al presente.

Por qué tenía que pasarle una cosa así a él, a un hombre de 47 años que siempre había afirmado ser feliz en su matrimonio. ¿Quién era ese tal Pietro, ese agente de seguros y hombre respetable que simpatizaba con la Alleanza Nazionale, conducía un Volvo blanco y vivía en una casita en lo alto de la colina de Opicina? ¡Por todos los demonios! De nuevo, Laurenti sintió el malestar de antes, ese condenado estómago revuelto contra el que llevaba luchando toda la mañana. Hurgando en el bolsillo de la chaqueta sacó la cajetilla de tabaco. Por primera vez en veintitrés años volvía a encender un Marlboro. Aspiró profundamente el humo dos veces, tosió y le entraron náuseas.

Consiguió llegar al cuarto de baño en el último momento. Vomitó lo poco que tenía en el estómago en un retrete que no brillaba precisamente por su limpieza y procuró fijarse lo menos posible. Luego fue hacia el lavabo, se lavó las manos y la cara, se enjuagó la boca y, al ver sus ojos tristes en el espejo, sintió una lástima de sí mismo tan infinita que no pudo evitar una sonrisa socarrona. Sin embargo, esa chispita de esperanza que su autocompasión había hecho saltar se apagó de inmediato.

Regresó a su mesa con la mirada fija en el frente, así al menos se libraría de las miradas interrogantes del camarero. Pidió un vaso de agua y un té negro, volvió a echar mano del periódico y siguió leyendo las noticias locales. Ahora se notaba más calmado y concentrado.

Tensiones en la *foiba* de Basovizza. Un sacerdote (con sotana negra) da la bendición al monumento.

En este artículo se detuvo. No sabía mucho de la *foiba*, después de todo, él venía del sur del país. Y, en décadas, ni los políticos ni los medios de comunicación habían tratado de manera fiable aquel oscuro capítulo de la historia. Todo eran declaraciones contradictorias, según vinieran las afirmaciones de la izquierda o de la derecha, de extremistas o de burgueses, de nacionalistas, fascistas o comunistas, del otro lado de la frontera o de la propia Italia. El doctor Galvano, el anciano forense, le había contado una vez cómo, en sus años de joven médico, había tenido que reconocer todos los cadáveres que, en complicadas maniobras, se habían recuperado de las *foibe*, las grietas en la roca porosa del Carso que alcanzaban hasta trescientos metros de profundidad. Primero los fascistas, la Gestapo y las SS, los partisanos y, más tarde, sobre todo los soldados del ejército de Tito habían arrojado allí a sus víctimas con la peor brutalidad imaginable... eso sin contar los cadáveres de la Primera Guerra Mundial y los casos de asesinato normales.

Ayer [rezaba el artículo], un grupo de activistas eslovenos bajo la dirección de un catedrático de Historia se reunió junto a la *foiba* de Basovizza. Pretendían introducir y hacer bajar una sonda por una pequeña abertura en el borde del poderoso bloque de roca con el que, en su momento, se había taponado la grieta. El catedrático exigía la apertura y el minucioso reconocimiento de la sima de 240 metros de profundidad. «¡Esto no es más que una demonización de los eslavos. El abismo está vacío!», afirmó uno de los activistas.

Al mismo tiempo, apenas a seis metros de distancia, se formó un grupo de militantes fascistas italianos. Iban acompañados por el sacerdote italiano de una hermandad francesa, supuestamente enviado por indicación del obispo Lefebvre. Desenrollaron la bandera de la *Repubblica sociale* con la cabeza de águila y el *fascio*, el emblema de los fascistas, y el sacerdote dijo en un tono provocativamente alto: «¡Exigimos respeto a las víctimas de las *foibe*! Es una señal de la providencia divina que hayamos llegado aquí a tiempo, ahora que se está intentando ensuciar la memoria de nuestros muertos». Luego, abrió su Biblia y pronunció una breve oración, abrió los brazos y dio la bendición. Los demás se santiguaron. Entretanto, el catedrático hablaba con los *carabinieri* presentes en el lugar y que trataban de impedirle introducir la sonda, y los periodistas de la televisión eslovena intentaban entrevistar a los militantes de la extrema derecha. Tampoco ellos llegaron muy lejos, puesto que ninguno se atrevió a expresarse delante de la cámara. Finalmente, los fascistas se marcharon. Sin embargo, antes de subir a su coche, el sacerdote se volvió una última vez, señaló sus hábitos y dijo: «Esto es una camisa negra que simplemente ha quedado un poco larga». El catedrático de Historia esloveno-nacionalista, a su vez, continuó su discurso sin inmutarse. Poco después se sumó a ellos un grupo de ciclistas de mediana edad que, tras escuchar sus tesis, no tardó en iniciar con los activistas eslavos una discusión en tono acalorado y en la que ninguna de ambas partes escatimó en palabras duras: leyes para la represión de la minoría eslovena, política racial de los fascistas, torturadores esbirros de Tito, presidentes del gobierno arrodillados ante el monumento, pago de reparaciones, responsabilidad de los gobernantes frente a las víctimas de la *foiba* de Basovizza y de todas las *foibe* de Italia e Istria. Tampoco durante este enfrentamiento fue necesaria la intervención de los agentes de la unidad antiterrorista.

—¡Trieste es un manicomio! —farfulló Laurenti meneando la cabeza. En algún momento se ocuparía con más profundidad del fenómeno de las *foibe*. Quería adquirir unos cuantos libros y conseguir que colaborase con él alguna persona de la ciudad que abordase el asunto al margen de las polémicas y pudiera esclarecerle el trasfondo de todo aquello. Ya llevaba tiempo relegando aquel tema, como hacían la mayoría de triestinos, que corrían un tupido velo sobre los negros abismos del Carso.

Laurenti dejó el periódico a un lado, hizo una seña al camarero y pagó. Quería ver si encontraba al viejo Galvano. En un domingo como aquél, en el que casi nadie se atrevía a salir con la *bora* azotando las calles, seguro que estaba en casa e incluso agradecía una visita. El doctor Galvano se había resistido a abandonar el Instituto Anatómico Forense después de la jubilación y, para que sus certificados se considerasen válidos, había que tomarle juramento cada vez. Galvano le hablaría de las *foibe*, y, además, Laurenti albergaba la secreta esperanza de poder contarle sus penas. Siempre había apreciado las opiniones del anciano y su postura ante la vida. A lo mejor lograba convencerle para ir a comer. Laurenti volvía a notar el estómago revuelto. Seguro que un pollo con arroz en alguno de los chinos que se habían salvado de la redada le sentaría bien.

Una cortina de nieve cada vez más densa barría las calles, sin duda la temperatura estaba por debajo del punto de congelación. Laurenti se había subido el cuello de la chaqueta hasta donde podía y llevaba las manos hundidas en los bolsillos. ¡Por qué no habría cogido la bufanda y los guantes! Dos días atrás aún se veía a la gente sentada en los cafés de la calle, ¡y ahora una cosa así! Laura no le habría dejado salir de casa tan desabrigado, ¡seguro! ¿Dónde estaría ahora Laura? El viaje a San Daniele no habría sido plato de gusto precisamente, pero ella lo había querido. ¿Sería buena idea llamarla?

Mejor no. ¡Que sufriera! ¡Con un agente de seguros, hombre, por Dios! ¡Si es que todo aquello no podía ser verdad!

Poco antes de llegar a la comisaría de la Via del Coroneo, vio a una figura que caminaba hacia él a través de la cortina de nieve, y hasta que no estuvo a escasos pasos no reconoció que era Antonio Sgubin, el agente con el que trabajaba codo con codo desde hacía años. Desde su último gran caso, el asesinato de Kopfersberg, un tipo que se dedicaba a la trata de blancas, se tuteaban. Laurenti le había ofrecido el «tú» en un momento en que se hallaba en pleno punto de mira de la crítica. Pero no lo lamentaba. Sgubin seguía siendo tan correcto y de fiar como siempre.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—Anoche hubo una pelea de navajas con un muerto. Quería redactar el informe y tomar declaración a unos cuantos testigos.

—Venga, vamos dentro. ¿Dónde dices que fue?

—En un bar del Viale XX Settembre. El Bellavia.

Se sacudieron la nieve golpeándose brazos y piernas, colgaron las chaquetas y subieron las escaleras hasta el tercer piso. Los zapatos y calcetines de Laurenti estaban calados, y envidiaba a Sgubin por lo bien equipado que iba contra el frío.

—¿Ese sitio donde van a emborracharse los jóvenes de derechas y donde hay un camarero transexual? —preguntó. Otra de aquellas historias absurdas que Laurenti no podía imaginar en ninguna ciudad que no fuera Trieste. Sólo conocía el bar por lo que le habían contado sus compañeros. Veinteañeros de extrema derecha, unos con la cabeza rapada, otros con el pelo grasiento y botas militares, se apelotonaban en la barra a berrear canciones a la gloria del Duce y a la campaña de Abisinia y pedían cerveza a cubos a Flavio-Angiolina, un transexual de unos veinticinco años. Con una chispa de sentido común que tuvieran, tendrían que darse cuenta de que una criatura como aquella chocaba de pleno con su visión del mundo. Seguían llamándole Flavio por más que unos turgentes pechos le asomaran ostensiblemente por la blusa. Todo el mundo sabía que a Flavio-Angiolina todavía le quedaba la operación principal. Ella no hacía por ocultarlo y alguna noche, a horas muy avanzadas, aun enseñaba al público borracho su bonito trasero en tanga.

—Ahí, ahí —confirmó Sgubin—. Casi nos hemos convertido en clientes habituales. Siempre es lo mismo: primero beben como cosacos, luego se abren la cabeza unos a otros sin motivo. Así que ayer le tocó a uno de los cabecillas. Un tipo al que llevaba incordiando toda la noche le clavó un cuchillo en la garganta cuando no pudo aguantarlo más. El local se puso perdido de sangre, le brotaba del cuello como una fuente. No tardó mucho en morir. Cuando el resto de la jauría se dio cuenta, poco faltó para que linchasen al tipo. Pero Flavio ya nos había llamado. Conseguimos salvarlo por los pelos. Está en la Unidad de Cuidados Intensivos, con un guarda jurado en la puerta.

Laurenti estaba de pie ante la ventana de su despacho, viendo caer la nieve. La *bora* había arrancado de cuajo una gruesa rama de uno de los plátanos que había delante del edificio, y ahora ésta decoraba el techo de un coche.

—Ya me gustaría verle la cara al dueño cuando venga a por el coche.

–¡Qué asco de tiempo! –dijo Sgubin, de pie a su lado.
–Igual que en el invierno del 84 al 85. Esperemos que esta vez no dure tanto.
Sgubin le miró sorprendido:
–¿El invierno del 85?
–Esa vez hasta se congeló el agua del puerto. ¿Es que no te acuerdas?
–Sí, hombre, claro. Pero me sorprende que lo sepas tú.
–¿Y por qué no lo iba a saber? –replicó Laurenti irritado, a pesar de que se limitaba a repetir lo que había oído en la tienda de periódicos–. ¿A quién quieres tomar declaración?
¿Cabe alguna duda sobre este caso?
–Qué va, ninguna. Sólo por tener la visión completa, a dos tipos que estaban allí pero no son del grupo de fascistas. Me gustaría escuchar la historia desde su punto de vista, a lo mejor descubrimos algo más sobre el Bellavia.
–Pues yo preferiría que siguieran yendo a apuñalarse allí y dejaran en paz al resto de la ciudad.
–¿Y esas pintadas con la esvástica? El barrio está que da asco. Yo creo que el ayuntamiento debería hacer algo más para remediarlo. Se podría emplear a unos cuantos parados en taparlas con una mano de pintura. A ver qué vamos a hacer si no con los parados...
–Sgubin –le interrumpió Laurenti–, ahora estás hablando igual que ellos. Además, los fascistas ocupan sus buenos escaños en el ayuntamiento, por mucho que se las den de otra cosa.
–Pues aun así, a uno le da vergüenza ajena ver esas cosas. Creo que esos chavales perderían las energías enseguida, en cuanto se les persiguiera un poco.
–Si quieres voy contigo –dijo Laurenti–. A ver si averiguamos por qué va a ese antro gente que no tiene nada que ver. ¡Ahí va! –y señaló a la calle, donde una tremenda ráfaga de viento empujaba un contenedor de basura lleno hasta los topes que fue a estamparse contra la puerta de un coche aparcado.
–¡Maldita sea! –gruñó Sgubin–. Mi coche está justo detrás.

No tenían que desplazarse muy lejos. La nieve caía cada vez más espesa, y las ruedas de los pocos coches que circulaban derrapaban en la empinada cuesta de la Vía Rossetti. Sgubin iba refunfuñando, bajó por el Viale XX Settembre, a pesar de que estaba cortado, y le costó gran esfuerzo frenar el coche al llegar abajo, junto al Cinema Excelsior. Intentaron seguir por la angosta calle paralela, de dirección contraria y con una pendiente algo menos pronunciada, pero cien metros más adelante vieron que por allí tampoco había nada que hacer. Delante, todos los coches estaban parados y echando humo por el tubo de escape; a su espalda, otros dos vehículos les cerraban el paso. A pie habrían llegado antes. Sgubin metió el coche de frente en un estrecho vado.

–Qué más da –dijo–, no creo que en la próxima hora vaya a salir nadie.

Como si caminaran pisando huevos recorrieron la acera de una callejuela en la que aún no se veía ninguna huella en la nieve y llegaron a la Vía Stuparich. No tardaron en dar con la casa. Era un edificio de cinco pisos, con una fachada de planchas prefabricadas y

barandillas rojas de hierro en los pequeños balcones. Aquella construcción de los años sesenta llamaba la atención por lo estrecha que era. Al lado del portal había un barecillo que cerraba los domingos, junto a éste una administración de lotería y una peluquería. En el primer piso estaban bajadas las persianas.

—Un griego —dijo Sgubin, llamando al timbre—. Perikles Ritsos. Cincuenta y siete años. Vive solo.

Después de un rato, durante el cual el comisario y su ayudante buscaron cobijo de la nieve bajo el estrecho alero del tejado, zumbó el timbre del telefonillo. El portal estaba revestido con feas baldosas de piedra, ascensor no había. La escalera quedaba a la derecha. En aquella casa daba la sensación de que se había querido ahorrar en todo. Los escalones de piedra resbalaban como el hielo bajo las suelas, caladas, de sus zapatos. En el primer piso, sintieron una bofetada de mal olor, y Laurenti lanzó una mirada al cartelito del timbre: «Marasi». Un piso más arriba leyó de nuevo el mismo nombre. Tenían que subir hasta el quinto, donde, en el umbral de la única puerta que había, les esperaba un hombre muy flaco, pelirrojo y en chándal, con la cara colorada.

—¿Qué quieren ustedes?

—Polizia di Stato —respondió Sgubin—. Es por el asunto del bar Bellavia de la pasada noche. Usted fue testigo y queremos hacerle unas cuantas preguntas. Éste es el comisario Laurenti —señaló a su jefe, que se mantenía de pie detrás de él como si más bien fuera el ayudante, distraído y ensimismado—. ¿Podemos entrar? No tardaremos mucho.

Ritsos, en la misma puerta, se volvió de medio lado y gritó unas palabras en inglés hacia el interior de la casa.

—*Come in!* —oyeron responder a una aguda voz de mujer—, *I'm going to the bathroom,*

—Disculpen ustedes —dijo Ritsos a los policías—. La casa es muy pequeña.

Echó a andar delante de ellos por un estrecho pasillo, decorado con estampas baratas de barcos de vapor y veleros antiguos, con marcos de los que venden ya hechos. Luego abrió una puerta de madera contrachapada de color claro, muy sucia, que daba directamente a la salita de estar. Todo estaba impregnado de un fuerte olor a orines de gato. También aquí había cuadros de barcos en las paredes, así como algunas fotografías de él y de otras personas, por lo general con copas a medio llenar en la mano. Dos gatos grises se refugiaron en un rincón al entrar ellos. Ritsos recogió del sofá unos pantys negros que enmarcaban pintorescamente unas bragas de encaje rojo de tamaño descomunal, hizo una bola con todo y se la arrojó a los animales, que, sin embargo, se quedaron sentados impertérritos y con mirada recelosa.

—Siéntense —Ritsos señaló el sofá, acercó una silla que había en un rincón y se sentó enfrente de los policías, delante de una televisión desmesurada y en cuya pantalla brillaba el colorido de una película de dibujos animados. Le habían quitado el sonido.

—Un asunto horrible el de anoche —dijo Ritsos.

—¿Suele ir usted al Bellavia? —preguntó Sgubin.

—A veces. No con regularidad.

—Y ¿qué es lo que le atrae de ese bar?

—Está cerca y abre las veinticuatro horas.

–¿Conoce a otros clientes?

–A pocos. A alguno sí. Pero no bien.

–¿Cómo describiría a los clientes del bar alguien que fuera allí por primera vez?

–Chiflados, solitarios, bebedores, noctámbulos, jóvenes fascistas, intelectuales. Nada del otro mundo.

–Pero hay peleas un día sí y otro también, señor Ritsos. ¿No tiene miedo?

–Qué va, los chicos se lo montan entre ellos. No son mala gente. No les hacen nada a los demás clientes. Combaten el aburrimiento a su manera y nada más. ¡Menuda empanada mental tienen con la política! Eso se pasa con la edad.

–¿A qué se dedica usted? –intervino Laurenti. Hasta entonces sólo había hablado Sgubin.

–Soy ingeniero. Ingeniero naval, para ser exactos. Trabajo para Fincantieri en Montefalcone –era uno de los grandes astilleros en los que se construían cruceros, supuestamente los más grandes del mundo si era cierto lo que afirmaba el *Piccolo*. Cada nuevo encargo y cada botadura eran celebrados con artículos de una página entera.

–Usted es griego, ¿verdad?

–Sí.

–¿Desde cuándo vive en Trieste?

–Desde hace veinticinco años. Vine en un barco mercante y conocí a mi primera esposa aquí. Así que me quedé anclado en esta ciudad. Se vive bien en Trieste, cuando no sopla la *bora nera*, claro –los tres miraron hacia la ventana, como queriendo confirmar lo dicho.

–¿Puede contarnos lo que sucedió anoche? –Sgubin prosiguió con el interrogatorio.

–A decir verdad, no me enteré de mucho. Ni idea de cómo empezó. El bar estaba hasta arriba. Como siempre, esos chicos se pusieron a cantar sus canciones y a brindar. Luego volvió la calma. De repente, poco después de la una, comenzó un griterío tremendo. La sangre salpicaba hasta nosotros. Y luego ya vino la policía enseguida. No vi más, gracias a Dios que no estaba al lado.

–¿De modo que no vio nada?

–No, estábamos al fondo del todo. Y había demasiado ruido como para oír nada.

–¿Estaban?

–Sí, mi prometida y yo.

–¿Conoce a alguno de esos chicos?

–¿De éstos? No. Sólo de vista.

–¿Y con usted no se han metido nunca?

–Pues no. Si sólo son chicos aburridos y sin otra cosa mejor que hacer.

–Aburridos y peligrosos, no sólo cuando están borrachos. Representan una postura política extremista. Y usted como extranjero, señor Ritsos...

El griego hizo un gesto de rechazo con la mano antes de que Sgubin llegase a terminar la frase.

–A éstos no les interesa la política. Y tampoco son malos chicos. Sólo tienen algo en contra de los extranjeros que vienen aquí de maleantes. Contra mí no tienen nada.

Se abrió la puerta y entró una mujer bajita e increíblemente gorda de unos cuarenta y tantos, vestida con una bata de flores que amenazaba con estallar en cualquier momento.

–*Who are these men, Perikles?* –preguntó con voz de pito.

–*Policemen, darling. Asking about last night. We have seen nothing, haven't we?*

–*I don't think so!* –la gorda meneó la cabeza. Luego se ciñó la bata más todavía, recogió sus pantys e hizo ademán de azotar con ellos a los gatos. Luego soltó una risita gallinácea y salió por la otra puerta. Laurenti se asombró de que pasara por ella sin rozar el marco.

–*Mi fidanzata* –explicó Ritsos–. Es australiana. Trabaja en el consulado.

–No queremos molestarle más, señor Ritsos –Laurenti ya se había puesto de pie. En su opinión, allí no descubrirían nada que les permitiese avanzar–. Si tenemos más preguntas, le avisaremos –prefería salir otra vez a la nieve a seguir en medio de aquella desolación de casa.

Sgubin, por el contrario, se levantó de mala gana. Él sí hubiera querido preguntar algunas cosas más, pero siguió a su jefe con gesto malhumorado.

–Lo siento, Sgubin –dijo Laurenti en las escaleras una vez se cerró la puerta detrás de ellos–, pero no aguantaba más ese olor a pis de gato. Ese tipo piensa que los fascistas son buenos chicos que cometen pecadillos de juventud. A lo mejor es uno de ellos y todo.

Al bajar, Laurenti volvió a fijarse en que sólo había una puerta en cada piso. Qué disparate de arquitectura, y olía fatal en todo el edificio. Contuvo la respiración hasta llegar a la calle.

–Voy hacia la universidad. El otro testigo vive en la Via Fabio Severo. ¿Te vienes? –preguntó Sgubin.

Laurenti meneó la cabeza. Aquel día no estaba en forma en absoluto.

–Mejor no. Y no te olvides de que es domingo. No te pases la tarde trabajando.

Sgubin se sintió aliviado. No era nada agradable llevar de compañero a un jefe de mal humor. ¿Qué mosca le habría picado?

Se despidieron, y Laurenti echó a andar hacia la Via Carducci. El camino a casa. «¿Y qué iba a hacer allí? ¿Y qué iba a hacer en cualquier otra parte?», se preguntaba. ¿Habría llamado Laura? ¿Tendría intención de llamar? ¿Convenía que él hablase con su suegra? A lo mejor la señora Tauris tenía el poder de hacer entrar en razón a su hija. La anciana aún conservaba una muy buena cabeza, era muy pragmática y creía que lo de las crisis en el matrimonio eran zarandajas. Nadie podía imaginarla engañando a su esposo jamás, y mucho menos al revés.

Laurenti se dio cuenta de que iba hablando solo. Menos mal que no había nadie por la calle para oírle. Una gélida ráfaga de aire le dio en la cara. Hundió las manos en los bolsillos de la chaqueta. «Yo tampoco», pensaba, «podré enamorarme nunca de otra mujer».

En Contovello, arriba en el Carso, la *bora nera* soplaba con más fuerza todavía, alcanzando máximos de ciento setenta kilómetros por hora. El pueblecito, a muchos

metros por encima de la ciudad, estaba como muerto. La nieve llegaba a los tobillos, y, a pesar del temporal, en las callejuelas se percibía el olor a leña quemada de las chimeneas. Las casitas estaban tan apretadas unas con otras como si buscaran guarecerse todas juntas ante un enemigo común, en algunos tejados habían colocado gruesas piedras como contrapeso. Una figura con la cara envuelta en una bufanda luchaba contra el viento a lo largo de la callecita que bordeaba el cementerio, situado junto a los antiguos cimientos del castillo. Se dirigía al pueblo. Al abrigo de un arco de piedra, se encendió un cigarrillo, luego siguió camino con pesados pasos. Más abajo, en la plaza de la iglesia, se detuvo un instante a contemplar una de las casas más nuevas del pueblo y que quedaba un poco más abajo todavía, directamente sobre la pendiente. Antes de que la construyeran, desde la misma plaza de la iglesia se abría toda la vista del golfo de Trieste. Nada se movía. La figura miró a su alrededor, dio una última calada al cigarrillo, tiró la colilla en la nieve y bajó por la escalinata. Sacó de una bolsa de plástico un objeto pesado, envuelto en grueso papel marrón, y lo introdujo rápidamente por la gatera que había en la puerta de entrada y que tan sólo tapaba una alfombrilla de sisal. Después se apresuró a erguirse, se abrochó el cuello del grueso chaquetón y, apretando el paso y con los hombros encogidos de frío, tomó el camino que rodeaba la iglesia y conducía a la Strada del Friuli. Apenas eran más de las cuatro de la tarde y, a causa de la tormenta, era casi de noche. La figura enmascarada abandonó la carretera hacia Trieste al pasar su característica curva en herradura y bajó al puerto por uno de los viejos senderos de pescadores que serpenteaba entre los campos en forma de terrazas, ahora en barbecho. Era un camino muy difícil. La vegetación salvaje no había tardado en reconquistar el terreno en cuanto los campesinos dejaron de sembrar en las terrazas. Los arbustos de zarzamoras y cerezas silvestres y los brazos pegajosos de las glicinias que crecían a su libre albedrío le cerraban una y otra vez el paso por aquel viejo y resbaloso sendero. Media hora tardó aquella persona, probablemente la única que había salido de su casa más de lo inevitable aquel día, en llegar de nuevo a la carretera de la costa, donde se puso a quitar la nieve de los cristales del coche, que había aparcado cerca del desvío hacia el Castello Miramare. No se veía ningún otro, nadie podía haber visto nada. De eso no cabía duda. Se quitó el gorro, se desabrochó el chaquetón y se metió en el coche.

Proteo Laurenti pasó la tarde delante del televisor, cambiando de un canal a otro. Todo le recordaba a Laura. A veces era un paisaje de Sicilia, donde habían pasado sus últimas vacaciones felices, llevándose unas cuantas esquirlas de piedra milenaria del templo de Hera en Selinunte; piedras que ahora guardaban en un jarrón de cristal junto con otras, recogidas en otros viajes. Luego era el mechón de cabello de una actriz o el escote de la presentadora de las noticias. Laurenti hizo memoria sobre cuánto tiempo llevaba sin acostarse con su mujer. Serían cuatro meses. Ella siempre había encontrado una manera de evitarlo. Así que eso era lo que duraba la historia con Pietro. Proteo trató de recordar lo que sucedía por aquel entonces, pero sólo consiguió recopilar fragmentos sueltos que no le daban una imagen completa de la situación. Aquella vez que Laura había ido ella

sola a pasar el fin de semana en casa de unos amigos en Sorrento había vuelto cambiada, según creía él. ¿Sería que no había ido sola, como ella aseguraba? Proteo estaba como un león enjaulado, hablaba solo, maldecía y, una vez, dio tal grito que Marco salió de su cuarto a preguntar si pasaba algo. Pero, cuando su padre le dio a entender que no haciendo un gesto con la mano y evitando la mirada, se retiró otra vez. Proteo siguió haciendo *zapping*. Ya había ido a la cocina a por cerveza dos veces. Se sentía agotado y falto de concentración, no podía ni pensar en leer. Se tumbó en el sofá, bajó el volumen del televisor, cerró los ojos y se quedó transpuesto.

¿Laura? Al oír el timbre del teléfono, Proteo carraspeó para que no se le notara en la voz que estaba recién despertado. De todas formas, Laura se daría cuenta a la primera palabra, eso lo sabía.

—¿Comisario? —preguntó una voz desconocida al otro lado del teléfono.

—Al aparato.

—Escuche, va a tener trabajo. Ha llegado el momento.

Laurenti miró el reloj: las cuatro y veinte.

—¿Quién es usted? Hable más alto, por favor.

Era una voz masculina desfigurada. Barítono, pensó Laurenti, hablando por un móvil con el auricular tapado.

—Apenas le entiendo. ¿Qué ha pasado?

—Vaya a Contovello. Si se da prisa, llegará antes que los demás. Lo averiguará por usted mismo —y se cortó la comunicación.

Laurenti se quedó sentado en el sofá, inclinado hacia delante, mirando el auricular que tenía en la mano sin saber qué hacer. No, no volverían a llamar. Pero ¿por qué iba él a levantarse y hacer lo que había dicho aquel hombre? Además, le habría resultado imposible subir con su coche por la empinada carretera hasta el Carso. Ya era bastante dudoso que lo consiguiera un jeep con cadenas de la patrulla móvil. Laurenti llamó al puesto de policía de Opicina y pidió al agente de guardia que enviase un coche a inspeccionar el cercano pueblo de Contovello. Desde allí arriba sería más fácil llegar, y, en cualquier caso, lo más probable es que sólo hubiera sido una broma pesada. Lo más probable era que alguien del propio Contovello, desde su cuarto de estar bien calentito, quisiera divertirse viendo cómo los agentes de la policía arrastraban los pies por la nieve sin saber con qué fin. No conocía a nadie en el pueblo de quien pudiera proceder aquella llamada. En fin, que fuesen a comprobarlo los compañeros de Opicina, aquel condenado pueblo perdido en el que también vivía Pietro, el agente de seguros. ¡Ojalá se lo hubiera llevado la *bora*!

Laurenti volvió a echarse en el sofá, se tapó hasta las axilas con una manta de lana, dio un trago de cerveza templada de la botella y se puso a hacer *zapping* otra vez. Por un momento se había olvidado de Laura. Se sentía mejor. El trabajo siempre es algo a lo que agarrarse, incluso el trabajo que uno deja por hacer.

En el canal de deportes daban saltos de esquí, desde Austria. Una modalidad deportiva ridícula que jamás le había interesado. Se quedó amuermado viendo los saltos, que le parecían todos iguales y sin nada espectacular. Todos los esquiadores llegaban sanos y

salvos a la meta. Aquellos hombres le parecían ridículos. Con aquellos trajes brillantes tan ajustados, parecían salchichas naranjas volantes, como esas que se comen en Alemania. Era lo que necesitaba, sólo el patinaje artístico le aburría más todavía. Y Proteo Laurenti volvió a quedarse dormido.

—¡Que no, Nicoletta, te digo que no salimos! ¡No hay barco que salga con esta tormenta! —Ugo Marasi llevaba unas zapatillas de cuadros grises y marrones muy usadas. El viejo pescador estaba en el cuarto de estar de su casa y miraba fijamente por la ventana.

—¡Maldita sea! Ya me lo imaginaba. ¡Pero están esperando la entrega! Además, ya vamos con retraso.

La pescadería no preocupaba a Nicoletta. El lunes sería un día muerto de todas formas. ¿Qué barco iba a salir con aquel temporal? Sin embargo, a sus socios, para quienes organizaba el transporte ilegal por mar de la otra mercancía hasta Trieste, no les importaban demasiado las dificultades de sus intermediarios.

—¡No hay nada que hacer! ¡Hoy no consigo sacar de casa a nadie! Ya sabes lo duro que es esto. Sólo podemos esperar que la tormenta amaine pronto. Claro que antes del martes no cuento con ello.

—Papá, si no lo conseguimos, tendremos problemas bien serios. ¡No tenemos más remedio que hacerlo! Lo he prometido, y Gubian espera mi llamada.

—Más al sur, en Istria, la *bora* tiene menos fuerza, eso también lo sabe Gubian. Si aquí sopla a setenta nudos, en Cittanova no serán más de treinta. Ya le vale a Gubian. Pero incluso para él resultaría difícil.

—Bueno, entonces mañana. Voy a llamarle. Os encontraréis donde siempre a medianoche.

—Imposible, Nicoletta. Si la tormenta sigue igual, tampoco mañana podremos salir. Nadie normal sale a la mar con este tiempo, ni hoy ni mañana... y, tal y como pinta la cosa, ni siquiera el martes.

—Eres el único de quien nadie se va a sorprender, papá. Si no hago la entrega, me retorcerán el pescuezo. ¡Te lo ruego, no me dejes en la estacada! Voy a organizarlo todo para el martes temprano. Los comercios están vacíos, seremos los únicos en tener pescado. El camión refrigerador viene el miércoles a las cinco de la mañana.

—Maldita sea, hija, ¿tú sabes la edad que tengo? ¡Que no! ¡Que te digo que no! Organiza el transporte por carretera.

—Con los puestos de frontera es demasiado arriesgado. Controlan demasiado. ¡Eres joven, papá! Tú siempre has salido a la mar, hiciera el tiempo que hiciera. Tienes un buen barco y la mejor tripulación de todas. Te lo suplico, sal.

Ugo Marasi no había negado un deseo a su hija en los últimos 34 años. Ella iba muy poco a verle, y a su madre menos todavía. Era terca como una mula, parca en palabras, una trabajadora empedernida que no conocía el descanso y cuya mirada sombría bastaba para mantener a los empleados sin parar en toda la mañana. Para colmo, les pagaba mal.

También en la estatura se parecía a su padre: ancha de hombros, con unos brazos dignos de un campeón de lucha libre, el cuello corto y una cabeza de porte arrogante y forma casi cuadrada. Era una mujer hosca e impenetrable pero muy hábil en los negocios que lograba cuanto se proponía. Negociar con ella era garantía de derrota. Y no se le caían los anillos por trajar ella misma con las pesadas cajas de pescado y hielo cuando pensaba que sus empleados trabajaban demasiado despacio. Muchos se preguntaban qué esperaba de la vida. Dinero no le faltaba, y nadie podía imaginarla casada y con hijos. En verano cerraba la pescadería durante tres semanas y desaparecía. Nadie sabía adónde iba de vacaciones. Regresaba igual de pálida que se había ido, tan sólo le desaparecían las marcadas ojeras. En cualquier caso, a la playa no iba; alguien había dicho una vez que Nicoletta era una pescadera que odiaba el mar.

Por las mañanas, desde las cinco, negociaba, con su voz áspera y grave, con los pescadores del Molo Venezia y dirigía la operación de cargar las cajas en los camiones refrigeradores, elaboraba las listas de precios del día y vendía la mercancía adquirida a otras pescaderías y otros restaurantes de la región. Luego, sin decir palabra, como la mayoría, iba a tomarse un café al bar Pescheria o al Roma, en la Riva Nazario Sauro. El único tema que le interesaba era la amenaza de trasladar la lonja del pescado del centro de la ciudad a las cercanías del Porto Nuovo, contra lo que los pescadores se rebelaban. Pero enseguida estaba en su negocio, supervisando con ojos desconfiados cómo se descargaba y disponía el pescado en los mostradores. Y luego, con su grueso jersey marrón y un chaleco de guata azul marino que la hacía parecerse más aún a un campeón de lucha libre, desaparecía en el cobertizo sin calefacción que había junto al almacén y en cuya puerta colgaba una cartulina medio deshecha que rezaba: «Ufficio». Una mesa destartada, en la que se veían montones de papeles y un teléfono viejo, una pesada silla de madera sin almohadón y una estantería de metal torcida eran los únicos muebles del cobertizo, al que nadie más que ella tenía acceso. Ella misma llevaba los libros de cuentas, no se fiaba en absoluto de contables y asesores fiscales.

–Nicoletta, llama a tus socios y diles que vean el parte meteorológico.

–Eso no les importa nada. Quieren su mercancía a tiempo. Acuérdate de la última vez. Por favor, sal con el barco.

–A lo mejor ocurre un milagro y amaina la *bora* –gruñó Marasi–. Pero no lo creo.

–Gracias, papá.

Ugo Marasi meneó la cabeza después de colgar el teléfono. Sabía demasiado bien que la *bora nera* podía durar días, como también era posible que hubiera cesado por completo al día siguiente. Era un viento caprichoso, a pesar de que, en los últimos años, sólo mostraba su peor cara en contadas ocasiones. Marasi, a pesar de sus 74 años, seguía teniendo fama de salir a pescar aun cuando todos los demás se quedaban en casa, con los pies en alto delante del televisor, pero ese día hasta él se resistía. En la cocina, se sirvió un vaso de Merlot de una botella recubierta de mimbre, regresó al teléfono y marcó.

–Giuliano, a más tardar el martes salimos, a lo mejor mañana, si mejora un poco –dijo secamente–. Informa a los demás.

–Sí –respondió el otro sin hacer más preguntas y colgó.

El jeep derrapaba a pesar de la tracción en las cuatro ruedas. Sin cadenas no había forma de recorrer el último tramo antes de llegar a Contovello, por debajo de los acantilados de roca caliza que se elevaban casi perpendiculares, donde la pendiente era cada vez más empinada y donde, a causa de dos curvas muy cerradas, había que reducir la velocidad. Los dos policías se bajaron malhumorados. Tenían que montar las cadenas en plena tormenta. Laurenti había llamado por teléfono para que salieran, después de recibir él una llamada del puesto de servicio del Carso. La información del agente de Opicina había sido escueta, se limitó a decir que una explosión había dejado reducida a escombros la casa n.º 525 de Contovello. Y que había muertos.

También Laurenti se bajó y dijo a los dos policías que recorrería los últimos cuatrocientos metros a pie. Antes de salir de casa se había puesto zapatos resistentes con suela de goma y una gruesa y esponjosa bufanda de lana de su mujer. Ya estaba preparado para el frío; Laura, si acaso, le habría buscado los guantes, que él era incapaz de encontrar, y otra bufanda que no le diera un aspecto tan ridículo.

La carretera estaba toda cubierta de cristales y astillas de madera. Los coches patrulla habían dejado profundas huellas en la nieve, Laurenti contempló cómo los destellos de las luces azules de la policía rebotaban en los muros claros de las casas y volvían a la noche. Cuando oyó el ruido del motor del jeep que se acercaba casi había llegado a la linde del pueblo. Una ambulancia, sin sirena, se abría camino entre la multitud. El comisario vio caras consternadas y oyó pocas conversaciones, siempre en voz baja, por lo general en esloveno y mezclando palabras o fragmentos de frases en italiano. Al pedir que le dejaran paso, le miraron con escepticismo.

Umberto Marrone, el jefe de patrulla de servicio en Opicina, le informó con palabras contadas pero precisas:

—La explosión se produjo justo a las dieciséis treinta. Tres muertos: Manlio Gubian, de 42, su esposa Elisabeta, de 33, y el niño de dos años. Los tres habitantes de la casa n.º 525. No fue una explosión de gas. La policía científica ya está procesando la escena, pero apenas ha quedado rastro de nada. La patrulla oyó la detonación incluso antes de llegar arriba, nada más dejar el coche en la Strada del Friuli para subir a pie los últimos metros. El estruendo debió de ser fortísimo, según cuentan. Los muchachos tuvieron suerte de no haber llegado antes. Los escombros volaron hasta su coche, más de doscientos metros.

—Luego hablaré con ellos. ¿Ya ha interrogado a la gente? ¿Alguien ha visto algo?

—Por el momento, nadie.

Habían avanzado un poco y estaban bajo la luz de los focos halógenos, orientados para iluminar los escombros, en cuyo resplandor revoloteaban los copos de nieve. Laurenti no daba crédito a sus ojos. De la casa apenas quedaba nada reconocible, y también los edificios aledaños estaban muy dañados. Una ancha grieta recorría el muro de la casa de la izquierda, los cristales de las ventanas habían reventado, dejando sólo agujeros negros en las paredes. Laurenti vio cómo los vecinos trajinaban en el interior, alumbrándose con linternas, y oyó golpes de martillo. La gente se apresuraba a clausurar con tablas las

ventanas de la fachada más expuesta a la tormenta. Toda la parte baja del pueblo se había quedado sin electricidad. Ocho policías con monos de trabajo rebuscaban entre los escombros. Uno llevaba un pastor alemán de una correa.

—¿Y ese perro? —preguntó Laurenti.

—Para detectar explosivos.

—¿Dónde están los cuerpos?

—Lo que queda de ellos está de camino al Anatómico Forense. Estaban los tres en la sala de estar.

—Hay que techar todo esto. ¿Ya ha dado órdenes al respecto?

—Los bomberos lo están preparando todo. Pero no es fácil con la tormenta. Van a montar una especie de carpa aquí, en la plaza, para proteger los escombros. Si lo consiguen, lo digo por la *bora*.

—¿Quién fue el primero en llegar?

—El cura y su ama de llaves llegaron casi a la vez que nuestra patrulla. Estaban preparando la misa vespertina cuando la casa saltó por los aires.

—¿Y dónde están ahora?

—En la iglesia. El cura va a decir una misa por los fallecidos dentro de media hora.

Laurenti miró el reloj.

—Me gustaría hablar antes con él.

Pasaron por encima de la cinta de plástico rojo que precintaba la plaza del pueblo. El policía uniformado abrió la puerta de la iglesia a Laurenti. En el interior había calefacción. Laurenti se humedeció los dedos en la pila de agua bendita y se santiguó, cosa que no hacía en años. No era religioso y siempre respondía con evasivas cuando le preguntaban si era creyente o no. El único en el que creía a veces era San Antonio de Padua, a quien, en su día, cuando trataba de conquistar a Laura, llegó a echarle en el cepillo hasta cien mil liras de su exiguo sueldo. Se secó los dedos en el pantalón. En la parte derecha de la nave había un estandarte azul claro con la imagen de San Jerónimo, patrón de Dalmacia, con el libro y el león al que le extrae la espina de la pata. Laurenti contó dos filas de nueve bancos cada una en el interior de la iglesita barroca. El cura le miró con gesto interrogante pero no se movió ni un paso del altar.

—*Buona sera* —le saludó Laurenti.

—*Dober dan* —respondió el cura, con rostro de piedra.

—Disculpe, padre. No tenemos más remedio que molestarle un momento.

—*Mal, kdo pa ste vi?* —Ni el más mínimo movimiento alteró el rostro del cura.

Laurenti no entendió nada. Desconcertado, miró a Marrone.

—Le pregunta quién es usted —tradujo el policía uniformado y respondió en italiano—. El comisario Laurenti es el jefe de la policía criminal de Trieste.

—*Prego?* —el rostro del cura continuaba impasible.

—Me han dicho que usted fue el primero en llegar al lugar de la explosión —dijo Laurenti.

—Sí, es cierto.

—¿Vio usted a alguien?

–No. La calle estaba vacía.

–¿Estuvo antes en la iglesia?

–Sí.

–¿Conoce a la familia?

–Conozco a todo el mundo en Contovello.

–¿Quién era esa gente?

–¿Los Gubian? Manlio tiene una tienda de *delicatessen* en la ciudad. Su mujer trabajaba con él hasta hace un mes. Estaba esperando su segundo hijo. Para dentro de ocho semanas más o menos.

–¿Tenían parientes?

–El padre de Manlio vive en Pola. Ya lo he llamado. Llegará esta misma noche. Los padres de Elisabeta fallecieron hace cuatro años en un accidente de tráfico.

–¿Dónde está la tienda?

–Detrás de San Antonio Taumaturgo. Piazza San Giovanni.

Laurenti la conocía. Pasaba por delante casi a diario, cuando iba a pie a la comisaría. Una tienda muy buena, cara, eso sí: una de las pocas en todo Trieste donde vendían queso de cabra francés, una auténtica debilidad del comisario.

–¿Los Gubian venían a misa?

El cura pareció un poco molesto por la pregunta, al menos durante un instante.

–Somos una comunidad pequeña –respondió–. Todo el pueblo viene a misa, aunque no sea regularmente.

Laurenti sabía que no podía preguntarle directamente por la confesión.

–¿Y sabe usted de algún problema que pudieran tener?

–No.

–¿Enemigos? ¿Envidias?

–No. Los Gubian eran especialmente queridos en el pueblo. Esto es un duro golpe para todos nosotros. ¿Es que no ha visto las caras de la gente en la plaza? Están consternados y horrorizados. Luego diré una misa por ellos. Necesitan apoyo y consuelo, y los vecinos cuyas casas han quedado dañadas necesitan ayuda de inmediato.

–¿Política?

El cura lo miró sin palabras.

–Quiero decir si Gubian se dedicaba a alguna actividad relacionada con la política.

–¿Manlio? ¡Qué va! Manlio trabajaba día y noche. Salía con el coche muy temprano y, por las noches, rara vez llegaba de la ciudad antes de las nueve. Esa casa no la construyeron hasta hace unos años. Aún no habían terminado de pagar la hipoteca.

–Padre, le ruego que me deje decir unas palabras a la gente del pueblo antes de la misa. Tal vez alguien haya visto algo. ¿Me lo permite, por favor? Serán unas pocas frases.

–Si le sirve a usted de ayuda, señor. Pero sea breve. En estos momentos, la gente necesita el consuelo de la palabra de Dios.

–¿Nos da permiso para interrogarles en su iglesia después de la misa? –Laurenti lanzó una mirada hacia la calefacción.

–Dejaré a su disposición una habitación de la casa parroquial. Y ahora tiene que disculparme.

Cada vez entraba más gente en la iglesia, ocupaba los bancos y esperaba en silencio. Muchos lloraban. El cura se había retirado a la sacristía, de manera que Laurenti se encontró, de pronto, él solo en los escalones del altar. Al parecer, Umberto Marrone también se había marchado con suma discreción. Cuando Laurenti salió de la iglesia y metió las manos en los bolsillos, notó la cajetilla de tabaco. Se volvió de espaldas al viento y encendió un Marlboro que, a las tres caladas, volvió a tirar a la nieve.

Marrone se acercó a él con paso orgulloso.

–Hemos encontrado un detonador –hablaba en voz muy baja–. No cabe duda de que la explosión fue provocada.

Laurenti apartó un cascote de una patada. La nieve se le quedó pegada al zapato. Estaba nervioso, furioso y escandalizado.

–¡Alguien ha borrado de la faz de la tierra a una familia entera! La mujer estaba de siete meses. Eso no lo hizo nadie del pueblo. Mire las casas. Todas apretujadas unas con otras. Sólo aquí, en la ladera, hay algunos metros de distancia entre ellas. A nadie de Contovello se le ocurriría una idea semejante.

–Tuvo que planearse con detalle.

Volvieron a la iglesia y se abrieron paso entre los habitantes del pueblo, que la llenaban por completo, todos apretados. El cura levantó la mano y, de golpe, se hizo el silencio, ni siquiera se oyeron los típicos carraspeos. Dijo unas palabras en esloveno, cuyo significado Laurenti sólo pudo adivinar. Luego le señaló a él con la mirada.

–*Dober dan* –eso era todo lo que sabía decir en esloveno, además de *na zdravje*. Todos le miraron, allí, en los escalones del altar, con su bufanda de colores chillones–. Queridos vecinos, acabamos de encontrar la prueba de que se trata de una explosión provocada. ¡Ha sido una bomba! Un acto enteramente premeditado, y un autor de una crueldad extrema. Una familia entera ha sido asesinada con toda intención. Sepan ustedes, vecinos de Contovello, que la policía pondrá todo de su parte para encontrar a ese criminal lo antes posible. Contamos con todos los especialistas disponibles, y nuestros expertos no tardarán en determinar la composición del artefacto. Pero eso no es suficiente. Alguien trajo aquí esa bomba. Esta tarde. Los domingos no hay reparto de correo, de modo que tuvo que ser el propio autor del crimen. La nevada impide que se conserven las huellas. Hoy no ha salido a la calle casi nadie. Sin duda, el autor del crimen estaba esperando un día como éste. Tal vez desde hace mucho tiempo. Tampoco cabe duda de que conocía muy bien el lugar, tanto el pueblo como sus alrededores. Sólo pudo venir a pie. ¿Alguno de ustedes vio algo? ¿Y cuándo? Necesitamos su ayuda. Seguro que alguien de ustedes lo ha visto, probablemente hace días o semanas. Antes de hoy. Con toda seguridad estuvo en el pueblo más de una vez. Todo cuanto se les ocurra es importante. Aunque lo consideren un detalle sin importancia... les ruego que nos lo comuniquen. ¡La familia Gubian ha muerto! Aquí, en Contovello, todos se conocen muy bien. Si saben algo, si tan sólo sospechan algo que pudiera esclarecer los hechos, díganoslo. Trataremos sus testimonios con total discreción. Después de la misa

estaremos en la casa parroquial, además, vamos a instalar una comisaría móvil en el aparcamiento donde podrán encontrarnos en los próximos días. Señores, se lo ruego, préstennos su ayuda para resolver pronto este crimen tan horrible. La señora Gubian esperaba su segundo hijo.

Laurenti hizo un gesto de asentir con la cabeza para dar las gracias al párroco y comenzó a retirarse del altar cautelosamente. Percibió las miradas mudas que se clavaban en él e intentó evitar cualquier contacto visual. Cuando llegó al pasillo entre los bancos, el órgano empezó a tocar y todo el mundo se puso de pie.

Hacia medianoche llegaba por fin a casa. Helado de frío, hambriento y cansado. Los interrogatorios en Contovello no habían conducido a ninguna parte y, en cambio, duraron horas, y tampoco había sido nada fácil la reunión que habían mantenido en la comisaría al volver con el fin de revisar toda la información con la que se contaba por el momento. Sabía que Laura había llegado bien a San Daniele por Marco, a quien había dicho por teléfono que no cenarían juntos.

—¿Te ha dicho algo más? —había preguntado Laurenti a su hijo.

—Pues no.

—¿Cuánto tiempo va a quedarse allí?

—No lo ha dicho.

Era evidente que no había nadie en casa. Laurenti colgó la chaqueta y la bufanda en el perchero de la entrada, se limpió los zapatos en el felpudo y fue a la cocina. Sobre la amplia mesa había vasos vacíos, unas cuantas botellas de cerveza, también vacías, y varias cajas de pizza. En una de ellas aún quedaba media *margherita*, fría y correosa. Desgarró un trozo y se lo metió en la boca.

—¡Vaya mierda de vida! —maldijo. Sin mujer, sin hijos, sin amor y sin nada decente para cenar. Y, encima, en domingo y con el tiempo más abominable del mundo.

Proteo Laurenti sacó una botella de Cabernet del estante y la abrió. De mala gana, puso la pizza fría en un plato y se dirigió al salón. Encendió el televisor y se dejó caer en un sillón. En poco tiempo se había bebido varias copas de vino. Sintió cómo su cuerpo se relajaba, pero su cabeza seguía dando vueltas a toda velocidad. Una y otra vez veía fogonazos del atentando de Contovello, el rostro del cura, las lágrimas de los vecinos, a Laura delante de él con el abrigo puesto aquella mañana, el retrete del Caffè San Marco... y, por último, volvió a oír la voz del desconocido que le había llamado por la tarde.

Tenía ganas de llorar. Proteo Laurenti se fumó el tercer cigarrillo del día.

Vida de lunes

La situación política de la ciudad era tensa. Ya a finales de agosto, la Forza Nuova había anunciado un encuentro fascista internacional en Trieste después de que se prohibiera la gran reunión planeada para el mes de septiembre en Milán. Se esperaba que acudieran neonazis alemanes y seguidores del NPD, el partido nacionaldemócrata alemán, capitaneados por el que en tiempos fuera abogado defensor de la RAF, Horst Mahler; austriacos, rumanos, griegos, escandinavos, además del inglés David Irving, uno de los historiadores revisionistas que aún insistían en negar el Holocausto. Los políticos de la derecha, los así llamados post-fascistas de Alleanza Nazionale, los seguidores de la Lega Nord y otros similares trataban de quitar importancia al asunto. Forza Italia y otros partidos vinculados a la democracia cristiana optaban por hacer oídos sordos. Hasta octubre no tomaron las autoridades municipales la decisión de vetar la presencia de los fascistas también en Trieste. La Alleanza Nazionale y los de la Lega Nord se abstuvieron en la votación, un diputado reivindicó que sólo podía apoyarse este veto si se procedía exactamente igual con la extrema izquierda. Etcétera. Ese mismo día, Dario Fo y Franca Rame, representando la buena conciencia de la izquierda, hicieron saber a la prensa que estaban dispuestos a participar en una manifestación en contra. Esta declaración, obviamente, no sorprendió a nadie. Como, por supuesto, tampoco pasó desapercibida la manida polémica de la Rifondazione Comunista y de los sindicatos izquierdistas. Las fuerzas de seguridad estaban en alerta. A pesar de la prohibición acudirían neonazis a la ciudad, aunque no se contaba tanto con que atacasen a la población como con que las propias hordas de skins borrachos se masacraran entre sí. ¡Como si fuera posible una «Internacional fascista»! Se habían puesto guardias en la Risiera di San Saba, el antiguo campo de exterminio creado por la ocupación alemana, y en la sinagoga. En esos puntos, la situación estaba controlada. Más pesaba el temor de que la ciudad apareciese una vez más en los medios de comunicación asociada a esa lacra, como ya sucediera en verano con tan sólo anunciarse el encuentro neonazi. Las pintadas de cruces gamadas en los muros de las casas iban en aumento desde hacía meses, al igual que las pancartas con lemas extremistas que se desplegaban en actos subversivos durante la noche, por lo general en los alrededores del Viale xx Settembre.

Desde primera hora de la mañana se tenían, por lo visto, indicios seguros de que los grupos llegarían a la ciudad a pesar de la prohibición. Como todos los lunes de las últimas semanas, los jefes de las fuerzas de seguridad se habían reunido para determinar cómo recibir a estas hordas radicales. El jefe de la Polizia di Stato informó a sus compañeros de que también los sectores de izquierda se estaban movilizand. Resumiendo, todo el mundo tenía la esperanza de que la *bora nera* solucionase el asunto por su cuenta.

Cuando Laurenti llegó a la oficina, a las diez y media, encontró que en el despacho de su ayudante le esperaba ya un hombre de mediana edad, que se levantó de la silla de un salto y fue hacia él antes de que Marietta tuviera tiempo de abrir la boca siquiera. Laurenti no vio más que la mirada de ésta y le bastó para comprender que no había sido capaz de librarse de él.

—¡Soy el padre de Manlio Gubian! ¿Quién ha matado a mi hijo? ¡A mi hijo, a Elisabeta y al pequeño!

Sus rasgos estaban como petrificados. Mediría un metro ochenta cumplido, era de complexión muy fuerte, con grandes manos coloradas, e iba vestido sencilla pero cuidadosamente. Su mano derecha se agitaba por delante de la cara del comisario.

—¡Como no encuentre a ese cerdo, seré yo quien dé con él! ¡Más le vale que sea usted más rápido! ¡O me lo cargo! ¿Tiene alguna pista? ¿Ya sabe algo?

No había forma de callarle. Su rostro se había enrojecido de ira y su tono de voz era cada vez más fuerte. Laurenti le vio muy capaz de cumplir su amenaza a pesar de su edad.

—¡Basta! —le gritó Laurenti para cortar aquel torrente de palabras—. Primero, siéntese, para que podamos hablar con tranquilidad usted y yo. Marietta, por favor, tráenos café.

Laurenti se alegró de que el hombre hubiese acudido por iniciativa propia en lugar de tener que ir a buscarle quién sabe adónde. Había llegado la noche anterior, conduciendo su viejo coche japonés desde Pola, de donde había salido nada más recibir la llamada del cura.

—Señor Gubian —dijo el comisario recolocando el papel que tenía sobre la mesa—, es bueno que haya venido usted de inmediato. Tiene mucho que contarme. Pero antes de nada necesito sus datos personales.

Antonio Gubian había nacido en 1922 y vivía en Pola. Nunca había abandonado Istria salvo para viajes de ida y vuelta en el día, ni siquiera después de 1945, cuando Tito intentó deshacerse lo antes posible de toda la población italiana de Istria y Dalmacia, y más de trescientas mil personas se vieron obligadas al éxodo, como se llamaba a la emigración en Italia. Antonio Gubian era pescador de profesión y viudo desde hacía tres años.

—¿Desde cuándo vivía su hijo en Trieste?

—Desde 1967. Su madre le envió a vivir con su tía a los nueve años —al viejo le temblaba la voz. Había apoyado los codos en la mesa y se frotaba las manos coloradas.

—¿Estaba usted en contacto regular con su hijo?

—Por supuesto. Manlio pasaba todas las vacaciones con nosotros. Estábamos muy

orgullosos de él. Aprendía deprisa. Era muy trabajador y ambicioso.

—¿Dónde vive esa tía suya?

—Ya no vive.

—¿Y el tío?

—Nunca estuvo casada.

—¿Manlio creció en Contovello?

—No, abajo en Trieste.

—¿Hace mucho que tenía la tienda?

—La tienda existe desde hace mucho, él la compró. Hace siete años. Por entonces, él tenía treinta y cinco.

—¿Había terminado de pagarla?

—Sí.

—¿Manlio tenía deudas?

—La casa tiene una hipoteca. La construyeron en 1997.

—¿Eso es todo?

—Todo, el negocio le iba muy bien. Me mandaba dinero con regularidad. Las pensiones en Croacia son muy bajas.

—¿A quién le había hecho Manlio algo que pudiera justificar lo sucedido?

—¿Manlio? ¿Mi hijo? ¡A nadie! —el viejo Gubian se puso en pie como movido por un resorte—. ¡Manlio es un buen chico!

—Señor Gubian, todo el mundo dice que Manlio y su esposa eran muy queridos. Pero, entonces, ¿quién pudo matarlos? —Laurenti permaneció sentado en su silla sin moverse, ni siquiera levantó la voz—. Vuelva a sentarse.

—¡Eso tienen que descubrirlo ustedes, la policía! Si no lo hacen, seré yo... —Gubian estaba demasiado excitado para terminar la frase.

—Lo haremos. Pero necesitamos ayuda. Veamos, ¿quién podía tener motivos? No fue un ataque a ciegas, Gubian, ni mucho menos. Ni una confusión. ¿Qué había hecho Manlio? ¿Con quién estaba peleado? ¿A quién le debía algo? ¿A quién había engañado, mentido, robado, herido, humillado, a quién le había quitado algo alguna vez? Agárrese a lo que quiera, Gubian. Después de todo, nadie es única y exclusivamente bueno y querido. ¡Nadie! Tampoco los hijos de uno.

Antonio Gubian necesitó cierto tiempo para asimilar esta realidad. Había dejado caer los hombros sin fuerza y clavaba la vista en sus dedos entrelazados.

—No, comisario. No hay nadie, nadie tenía motivos para vengarse de mi hijo. Pregunte a quien quiera. Yo había venido con la esperanza de que usted me ayudase a mí...

En efecto, todo cuanto la policía había oído de Manlio Gubian y su esposa en los interrogatorios de la iglesia era bueno. La familia era muy querida en el pueblo, nadie tenía una mala palabra que decir de ellos, e incluso la casa, construida en la pendiente de la plaza de la iglesia de Contovello, llamaba la atención por su sencillez.

—Encontraremos al autor del crimen, señor Gubian. ¿Cuánto tiempo se quedará en Trieste?

—Hasta el entierro. ¿Cuándo se podrán retirar los cuerpos del depósito?

–Espero que sea pronto, señor. ¿Dónde podemos localizarle?

–Me alojo en la pensión Blaue Krone.

Laurenti frunció el ceño. Hacía tan sólo medio año, la policía había cerrado aquella casa de huéspedes con nombre alemán en la Via xxx Ottobre por ser casa ilegal de otra cosa, aunque a Gubian parecía no importarle en absoluto, él no exigía demasiado y los precios eran muy económicos.

–¿Por qué se quedó usted en Pola en su momento?

–¿Y por qué iba a marcharme? Éramos una familia mixta. Mi padre era italiano; mi mujer, croata. Nos iba bien. Mejor que con los fascistas y con los nazis. El comunismo tampoco era tan malo como dice ahora todo el mundo. En Yugoslavia no lo era en absoluto y, en Istria, todavía menos.

–¿Y ha trabajado de pescador toda su vida?

–Hasta el día de hoy. Gracias a la ayuda de Manlio, hace años pude comprarme un barco de pesca grande. Saldré a la mar hasta el día en que me muera. Pero espero que eso no sea antes de que el asesino de mi hijo pague por lo que ha hecho. ¡Encuéntrelo, comisario!

Gubian se puso en pie. No había tocado el café.

El artículo principal de la primera página del diario *Il Piccolo* daba pie a toda suerte de especulaciones. Junto a una fotografía veraniega que mostraba el idílico pueblecito de Contovello intacto, el llamativo titular rezaba: «¿*Unabomber* en Contovello?». En las páginas interiores continuaba la noticia en el mismo tono, con fotos de los escombros, de las víctimas y de la misa. El mero hecho de que todavía no hubiese ninguna pista acerca del autor del crimen parecía más que suficiente para trazar paralelismos con un incidente que había tenido lugar en pleno verano en la playa de Lignano Sabbiadoro y en el cual un veraneante (un *carabiniere* jubilado, precisamente) había extraído del agua un objeto sospechoso que, al instante, le había estallado en las manos. Más adelante se hablaba de otro caso, más al norte, en los viñedos del Collio, en el que habían muerto dos personas. Las primeras conjeturas apuntaban a un loco que llevaba seis años cometiendo fechorías en la región del Friuli y que, ese verano, había atacado a sus dos grandes atracciones turísticas: el mar y el vino. Luego se habían producido otros ataques. Bombas ocultas en paquetes de alimentos y colocadas en los supermercados, por ejemplo un huevo y un tubo de concentrado de tomate llenos de material explosivo. El concentrado de tomate explosivo había arrancado media mano a una mujer en la cocina de su casa. Entre tanto, mediante los análisis de ADN, se intentaba seguir el rastro del artífice, bautizado automáticamente como *Unabomber* en honor al terrorista estadounidense.

Pero ¿Contovello? ¿El *Unabomber*? Eso era ir demasiado lejos incluso tratándose de *Il Piccolo*. Un largo artículo elogiaba el pueblecito, cuya belleza no quedaba a la zaga de la costa de Amalfi, donde, ya en tiempos del Imperio Romano, había existido una fortaleza importante, de la cual, por otra parte, ya no se conservaban más que unas pocas ruinas de los cimientos y de donde venía el legendario vino del Puccino, el que –según decían–

tanto gustaba a la esposa del emperador Augusto; o contaba también que, por lo visto, en la Edad Media, Contovello había sido un nido de piratas cuyos habitantes saqueaban los barcos que pasaban por el golfo de Trieste, o que, en 1444, los eslavos se habían asentado en el lugar por decreto imperial. La gente de fuera sólo iba a Contovello durante dos meses del año, julio y agosto, a sentarse a la sombra de la maravillosa pérgola de Osmiza, tomar vino blanco joven o un Terrano de color casi negro, acompañado de una magnífica panceta, salami y jamón, y disfrutar de unas vistas de la ciudad y del golfo de Trieste de una belleza incomparable. Sin embargo, las especulaciones del *Piccolo* iban todavía más allá: ¿No pertenecía la mayor parte de los habitantes de Contovello a la así llamada minoría eslovena? ¿No habría que buscar al autor del crimen, por lo tanto, en el entorno de los fascistas? ¿Tendría algo que ver aquel crimen con el encuentro de los neonazis?

Laurenti dejó el periódico a un lado al entrar Sgubin en su despacho.

—Gubian no estaba metido en política —Laurenti señaló el artículo con un dedo—. Entonces ¿por qué él? Esa teoría está más que traída por los pelos.

—Eso pensaba yo también —Sgubin traía un expediente bajo el brazo—. ¡El cura tendría un móvil!

—Pero ¿qué dices?

—Ahora vuelve a tener la vista despejada desde la iglesia.

—¡Quita, quita! Esas bromas no se hacen, Sgubin.

—Y una parcela como la suya es única en toda la zona. Esas vistas suelen ser exclusivas de políticos y estrellas de cine. He consultado el catastro: Gubian pagó el metro cuadrado a un precio por debajo de lo habitual.

—Aquí no hay auténticas estrellas de cine ni del fútbol, los triestinos de verdad, cosa incomprensible, viven en lo alto del Carso, como si quisieran evitar la vista sobre el mar abierto, y la casa de Gubian era bien poco ostentosa. Se ve que ahorró en la construcción.

—Lo que está registrado en el catastro es, a lo sumo, una parte del precio. Me gustaría saber cuánto pagó en negro. Lo hace todo el mundo para evitar impuestos.

—¿Y? —Laurenti se encogió de hombros. También Laura y él habían pagado la tercera parte del precio de su casa al vendedor en mano y sin declararlo en los papeles.

—A lo mejor dejó a deber esa cantidad en negro, y el vendedor ha querido vengarse después de todos estos años. La otra posibilidad es que, obviamente, un sitio como ése despierta muchas envidias.

—¡Tonterías! En un caso así, te arrancan la nariz de un mordisco. Pero por envidia no se hace volar por los aires a nadie. Además, hay más casas muy cerca.

—Al menos ya sabemos el tipo de bomba que era —Sgubin agitó la cubierta del expediente.

—¿Y tardas tanto en contármelo? —Laurenti le arrancó el papel de las manos—. ¡Trae para acá!

El informe de los especialistas de Parma, adonde habían enviado a analizar los fragmentos hallados del artefacto, hablaba de un mecanismo sencillo pero eficaz, fácil de

fabricar para cualquier persona un poco hábil con la tecnología y con pocas piezas electrónicas que podían comprarse en cualquier comercio especializado. La única dificultad para no iniciados en la materia era adquirir el material explosivo propiamente dicho. Había dos detonadores, uno tenía que explotar al abrir el paquete, el otro llevaba un temporizador programado. Era evidente que el autor quería evitar todo posible fallo. La única diferencia habría sido que, de encontrar alguien el paquete por casualidad e intentar abrirlo, habría hecho explosión antes de tiempo. Tal y como figuraba en los informes, a las cuatro y media en punto, el temporizador había hecho explotar el artefacto tal y como aquella llamada anónima había anunciado y planeado.

Ese tipo de bombas se había utilizado en bastantes ocasiones: en un atentado contra un coche en las inmediaciones de la base aérea estadounidense de Aviano durante la guerra de Kosovo, otra vez en Milán contra la sede de Rifondazione Comunista. Tres años atrás, en Roma, contra un local perteneciente a los fascistas en el que habían fallecido cuatro personas, y otra vez había salido por los aires una tienda de electricidad de Udine cuyo dueño había aportado como dato no haber pagado el impuesto de protección a la mafia local. Aquella explosión, pues, no podía relacionarse con ningún móvil político. Por otra parte, el detonador era de fabricación checa, lo cual tampoco sorprendía demasiado.

—Olvida esas idioteces —gruñó Laurenti—. Encarga a dos agentes que peinen las tiendas de los alrededores preguntando quién ha comprado últimamente ese tipo de piezas.

—Ya he dado orden de eso, pero hoy es lunes y la mayoría de comercios cierra.

—¿Y qué hacemos ahora? —Laurenti se dejó caer en el sillón de su escritorio, estiró las piernas sobre la mesa y cruzó los brazos por detrás de la cabeza—. ¿Cómo andan las cosas en Contovello? ¿Están procesando lo que encuentran entre los escombros?

—Sí, han puesto a nuestra disposición una nave entera que tenían vacía en Opicina, en el terreno de los *carabinieri*, allí están llevando todo en camiones. Una casa entera. Imagínatelo.

—Iremos a echar un vistazo esta tarde, cuando hayan avanzado un poco más —Laurenti alargó la mano hacia el teléfono—. Tengo que preguntarle a Galvano cuándo podrán retirar los cuerpos del Anatómico Forense. El padre quiere saberlo.

—Yo voy a subir antes, estaré en la comisaría móvil desde el mediodía, tengo que hablar con la gente del pueblo.

—Yo pasaré más tarde.

Cuando el anciano forense retirado pero sin retirarse descolgó el teléfono, Laurenti despidió a Sgubin haciendo un gesto con la mano.

—¿Galvano? Soy Laurenti.

—Hombre, Proteo, el señor del Averno... —y guardó un significativo silencio que Laurenti no se atrevió a interrumpir—. ¿Qué pasa, crees que estoy aburrido? —refunfuñó el anciano.

—¿Por qué dices eso? —hacía tiempo que el comisario se había acostumbrado a que Galvano le tutease. Probablemente, tutearía a todos los que eran más jóvenes que él, es decir: también al presidente del gobierno e incluso al papa, si tuviera ocasión alguna vez. Sólo ante los tribunales guardaba la compostura; por lo demás, a aquel viejo zorro nunca

le faltaban momentos para demostrar que no tenía pelos en la lengua.

—Mira, Laurenti, ni de niño me gustaba hacer puzzles. Y eso que crecí en Estados Unidos. Y allí tienen hasta el Gran Cañón del Colorado o todo el *skyline* de Nueva York en puzzle de diez mil piezas. Me ha parecido aburridísimo toda la vida. Y ahora, por si fuera poco, me traes tres puñeteros puzzles de ésos y pretendes que los recomponga. Si me aburro más, no me tengo de pie. Y, luego, encima, ese bebé de siete...

—¡Déjelo, Galvano, por favor! ¡Eso no quiero ni saberlo!

—¿Qué es lo que no quieres saber?

—La familia pregunta cuándo se podrán retirar los cuerpos.

—Diles que pueden pasarse ya mismo si no les importa que metamos a los tres en el mismo ataúd. Les va a salir más barato. Ahora bien, si pretenden que cada uno vaya en su propia caja, veo difícil que sea antes de mañana. Porque entonces tenemos que clasificar los trocitos. ¿Alguna cosa más?

—Sí, quisiera que me contara usted algunas cosas, pero en privado.

—Bueno, entonces podemos vernos para comer. ¿Vienes a buscarme? Estoy demasiado viejo para salir a la calle solo con este tiempo de perros.

—Pues coja un taxi, así al menos me ahorra cruzar la ciudad dos veces. ¿Qué le parece quedar en el chino de la Vía Brunner?

—Eso también me vale, Laurenti. A la una —Galvano colgó sin esperar la respuesta.

Laurenti se había preguntado muchas veces si el comportamiento del anciano era consecuencia de su profesión o si, por el contrario, había escogido aquella profesión como consecuencia de su sarcasmo. ¿Qué persona normal disfrutaba abriendo cadáveres que a veces incluso estaban ya descompuestos, reconstruyendo el último menú a partir del contenido de los intestinos o descubriendo de qué tipo había sido la última experiencia sexual de una víctima? A pesar de todo, Laurenti apreciaba las explicaciones y los puntos de vista del anciano, por lo general inusuales, y a veces aun creía percibir una sombra de cariñosa preocupación de amigo en los gruñidos de Galvano.

La *bora nera* seguía soplando, pero, en comparación con el día anterior, había perdido fuerza notablemente. En cambio, nevaba con la misma intensidad. Laurenti se puso de pie, se asomó a la ventana y calculó cuánto tardaría en llegar al restaurante chino.

—Esta noche salimos, Nicoletta. Avisa a Gubian.

—¡Eres un tesoro, papá! Lo sabía. Gracias.

—Hoy no necesitamos más que la mitad de hielo. Di que nos lo traiga el camión como siempre.

—De acuerdo.

Eso fue todo lo que se dijeron. Como de costumbre. Después de hablar con su hija, Ugo Marasi descolgó el teléfono por segunda vez y marcó el número de Giuliano.

—Hoy salimos.

—Ya me lo imaginaba —respondió el otro pescador—. Nos las apañaremos. La nieve no molesta, y seguro que, de aquí a esta noche, la *bora* amaina otro poco.

—Llama a los otros, Giuliano.

–Lo haré. ¿A las cinco?

–¿A qué hora si no? Más tarde es inútil.

Marasi colgó y se sirvió el primer vaso de Merlot del día. No eran ni siquiera las once de la mañana y tenía intención de dormir hasta las cuatro. La noche siguiente seguro que no lo hacía. Cuando el mar estaba en calma, podían turnarse mientras el barco echaba la red de arrastre y luego, más tarde, antes de recogerla; sin embargo, ese día el mar estaba picado y era difícil navegar. Marasi tomó otro vaso de vino y se dirigió a su dormitorio arrastrando los pies, corrió las cortinas y se tumbó en la cama. No tardó en quedarse dormido.

Diez minutos le llevó a Laurenti el trayecto por las resbaladizas aceras hasta que, por fin, pudo sacudirse la nieve de la chaqueta y abrir la puerta del restaurante. Galvano estaba sentado, copa de cerveza en mano, en una mesa delante del segundo acuario, en el que nadaban de acá para allá numerosos pececillos multicolores con aletas como largos velos.

–¡Cuánto tiempo sin vernos, Laurenti! –Galvano, con su habitual traje gris de tres piezas, camisa blanca y corbata, parecía haber adelgazado más todavía. Sobre aquel cuerpo tan larguirucho y enjuto, el cráneo, grande de por sí, resultaba casi desmesurado.

–No se levante, Doc. ¿Qué tal todo?

–¿De qué me voy a quejar? Antes subía las escaleras más deprisa. ¿Qué hace un burro viejo como yo, con mis casi ochenta años, viviendo en la Costiera y subiendo cien escalones cada día?

Hacía muchos años, los Laurenti habían ido a visitarle a su paraíso particular. El precio que había que pagar por aquellas espléndidas vistas sobre el golfo hasta Pirano y Punta Salvatore a la izquierda, sobre Grado y Lignano a la derecha, era llegar sin resuello y con temblores en las rodillas. A cambio, el anciano vivía allí en una calma absoluta, bajo unos árboles que, como poco, tendrían los mismos años que él mismo. Al principio aún le hacían sufrir los cuatro perros sarnosos de un desastre de mujer que tenía por vecina, que no paraban de ladrar en todo el día. Sin embargo, en algún momento, Galvano dejó de hablar de ellos, y Laurenti estaba convencido de que los había envenenado.

–Esta mañana me he caído, Laurenti. Gracias a Dios no me he roto nada. Pero con esa nieve en las escaleras... Claro que podría haber mandado instalar un ascensor hace años. Ya sabes, uno de esos que van sobre un raíl y suben y bajan a paso de caracol y te dejan el jardín hecho una pena. Esos chismes son tan deprimentes como los pañales para la incontinencia. Su mera presencia ya te recuerda que el cuerpo tiene que flaquear sin remedio. Bueno, ¿qué me cuentas?

Siempre había sido característico de él cambiar de tema de golpe. A esta forma de ataque por sorpresa se debía que nunca hubiera llegado a hacerse querer del todo, lo cual, por otra parte, tampoco parecía importarle. Era oriundo de Boston y había llegado a Trieste con los Aliados, en 1945, y se había quedado allí. Se había casado con una de esas típicas triestinas rubias que jamás consideran haber tomado el sol lo suficiente y que

no tenía intención de regresar con él a Estados Unidos hasta que los hijos no hubiesen terminado el bachillerato. Luego, no obstante, el matrimonio permaneció en Trieste y fueron los hijos quienes se marcharon al otro lado del Atlántico.

—Problemas y nada más que problemas —Laurenti no sabía por dónde empezar y se sintió aliviado de que llegara la camarera a concederle una tregua. Galvano pidió pato; Laurenti, buey con setas.

—¿Sabes por qué siempre pido pato en los chinos? —preguntó Galvano una vez desapareció la camarera.

—No.

—Muy sencillo: es la única carne con la que puedes estar seguro de que no te estás comiendo a ningún pariente.

—¿Por qué?

—¿Tú has visto un entierro chino alguna vez? Mira las estadísticas. Nacimientos hay más que de sobra. Pero, en todo el último año, no hay registrada ni una sola defunción. Y, a cambio, han abierto un restaurante chino detrás de otro. A ver, dime, ¿qué hacen con ellos?

—¡Galvano, por favor! Los chinos de cierta edad ya no vienen a Europa. Mírelos. Si tienen todos menos de cuarenta...

—Tú piensa lo que quieras, Laurenti. Yo pienso otra cosa. Y utilizan sus pasaportes para traer al país a otra gente. Como a nuestros guardas de frontera les parecen todos iguales... Bueno, a ver, ¿y tú qué problemas tienes para obligar a salir a la calle a un anciano con este tiempo del demonio?

Laurenti reflexionó un instante si pedir otro plato distinto, se le había quitado el apetito del todo. Apretó los puños.

—Pues verás... —carraspeó—, desde hace tiempo tengo la sensación de que...

—Ah, ya. Tu mujer ya no te quiere. ¿Me equivoco?

—Pues no estoy muy seguro...

—¿Cómo que no estás muy seguro? Si tampoco estás seguro de lo contrario, entonces eso es lo que te pasa.

Laurenti se arrepintió de haber intentado sincerarse con Galvano. Lo que menos necesitaba en esos momentos era la frialdad del anciano, para quien todo era blanco o negro, sin matices grises intermedios. Quería poder llorar en un hombro amigo y que lo consolasen, que le diesen confianza y buenos consejos. Pero, para eso, Galvano era la persona equivocada.

—¿Cuándo te lo dijo?

—El sábado por la noche. Tuve que sacarle las palabras con sacacorchos... Si por ella fuera, habría seguido como si nada... —Laurenti tragó saliva.

—Y tú no podías soportar la incertidumbre, ¿verdad, Laurenti? Tiraste del hilo, y venga a tirar como un poseso y a montarle un numerito detrás de otro, como si no te conociera. Genio y figura hasta la sepultura. ¿Y por qué?

—Dice que no sabe si está enamorada de él. Pero él de ella sí. Y parece que eso le gusta a la señora. Pero digo yo que no puede hacer eso... Al menos, todavía no se ha acostado

con él.

—¿Y eso quién lo dice?

—¡Ella! Ella me lo dijo. Ahora se ha ido a casa de su madre.

—Pero, hombre, Laurenti, ¡no te lo creas! A ver qué te iba a decir. Es para no herir tus sentimientos. Por eso.

—Pero sí que está en casa de su madre. Mi hijo la ha llamado allí.

—Me refería a lo de acostarse con él. ¿Por qué te lo iba a contar? Además, ¿qué iba a cambiar? Entonces, tú quieres saber qué hacer ahora. ¿Me equivoco?

Llegó la comida, Galvano hizo buen honor al pato, mientras que Laurenti, desgano, se limitó a hurgar con los palillos en el bol.

—No dejo de pensar si es mejor llamarla o no. Además, quiero saber si estuvo con él en Sorrento. Estuvo en casa de unos amigos hace unas semanas. Quiero saber si...

—Por lo que veo, la has espantado con tus interrogatorios. Ya se dará cuenta por ella misma de si te echa de menos y cuánto. ¡Déjala en paz a la pobre! Come algo, hombre.

—Se me ha pasado el hambre. Tendría que haber pedido pato.

—Ya te lo dije —se sonrió el anciano con satisfacción—. El mejor chino de todo Trieste y el peor del mundo entero. Fue idea tuya —Galvano le rellenó la copa de cerveza—. Entonces, bebe.

—Falta poco para Navidad. He pensado lo siguiente...

—Huy, regalitos... Olvídate de esas estratagemas, Laurenti. Te servirán de ayuda en el trabajo, pero los sentimientos son otra cosa. ¿Es que tú nunca has tenido ninguna aventura? No me vengas a contar que has sido siempre fiel. Seguro que has tenido montones de historias y, al final, has seguido con ella. Deja que lo viva ella en su propia carne. Mira un poco a tu alrededor, Laurenti, es lo más normal del mundo. Toda esta gente burguesa echa sus canitas al aire y mantiene su matrimonio en pie para guardar las apariencias. Sobre todo a vuestra edad. Te podría citar diez casos así, sin pensar demasiado. Y la ciudad entera lo sabe. No es motivo ninguno para ponerse nervioso. En algún momento, la cosa se tranquiliza otra vez. Te lo digo por experiencia propia.

—Laura lo concibe todo de una forma absoluta, todo lo que hace. Si lo de Pietro llega a algo serio, ya la estoy viendo venir. Ahí está la cosa. Quiero que me dé una oportunidad.

—Has tenido tu oportunidad durante décadas. Pero cualquier matrimonio se vuelve aburrido después de tantos años. Sin excepción. Y la gente con carácter siempre termina siendo infiel. Yo no creo que la gente sea buena por naturaleza. Es así, los hijos ya no viven en casa, la esposa busca nuevos retos. Déjala, Laurenti. Desaparece de su vida un poco. Todavía no la has perdido.

Si Galvano no hubiera estado sentado con él a la mesa, Proteo habría ido corriendo a llamar a Laura y le habría suplicado que volviese a su lado para empezar de nuevo. Las palabras del forense le azuzaban a hacerlo.

—Si eso es lo que piensa...

—Mira, Laurenti, con la edad, los hombres nos volvemos cada vez más aburridos, y las mujeres cada vez más curiosas. Date una vuelta por ahí. Mira a tu alrededor a ver qué más encuentras de interesante.

Laurenti meneó la cabeza con determinación.

—Necesitas una amante —repitió Galvano—. ¿Cuánto llevas sin acostarte con una mujer? Demasiado, me temo. Hazme caso, un hombre como tú necesita una amante porque sí. O echarás a perder el espíritu familiar. Y es mejor que poner esa cara, hombre. Deja a tu mujer un poquito en paz. ¿Cómo va lo de Contovello?

Laurenti agradeció aquel brusco cambio de tema.

—Avanzamos con dificultad. Todos juran y perjuran que la familia era muy querida y que no tenían enemigos. Además, no hay manera de sacarle mucha información a esa gente de la montaña, y no será porque no tengan todos algo que decir. Nos desbordan las informaciones inútiles —Laurenti apartó su plato de comida.

—¿Y eso te extraña? Si viven tan pegados unos a otros como las ovejas en un redil. Ahí aprende uno a no decir nada de ningún vecino sin pensárselo muy bien antes.

—Por el momento no hemos dado con nadie que viera a ninguna persona sospechosa en las últimas semanas. Y eso que, allí arriba, cualquiera que venga de fuera llama la atención enseguida. Nada.

—¿No cuentas con nadie que hable esloveno?

—¿Para qué? Si ellos hablan italiano como tú y como yo.

—Ablandaría sus corazones, Laurenti. La gente de frontera es un poco rara a veces. Cuanto más cerca de la frontera viven, más trazan ellos una frontera alrededor de sí mismos. A una hora de camino más lejos ya no se piensa en eso ni la mitad. Pero en esa zona aún queda mucha historia por digerir, y aún tendrá que pasar bastante tiempo. Ni siquiera tú llegarás a verlo. Los italianos no les tratamos precisamente bien, y en las próximas elecciones me temo lo peor.

—Ése es otro punto del que me gustaría hablar con usted. Todos hablan exclusivamente bien de Manlio Gubian. Ni estaba metido en política ni llamaba la atención en ningún otro sentido. Se construyó la casa en Contovello, y su negocio va tan bien que pudo comprarle un barco más grande a su padre, pescador de Pola. Aparte de la hipoteca de la casa, parece ser que no tenía deudas. Todavía lo estamos comprobando pero, en principio, no hay razones para ponerlo en duda. Entonces, ¿quién podía tener un móvil para eliminar a ese hombre junto con toda su familia?

—¿Y todo eso lo pagaba con las ganancias de la tienda? ¡Notable! Después de todo, un barco de pesca cuesta casi el doble que una casa. ¿O no?

—El negocio marcha bien, y con los precios que tienen sí que debe de salir una buena suma. Él sabía cómo llevarlo. ¿Ha ido usted a comprar allí alguna vez? Es el único sitio de toda la ciudad donde se pueden encontrar trufas blancas del Piamonte. Auténticas, quiero decir.

—¿Aumentaron sus ingresos por algo? ¿Ascendió de alguna otra forma? ¿Hay algo más que yo no sepa?

La camarera había retirado el plato mondo de Galvano y el plato casi sin tocar de Laurenti y les había traído dos copitas de vino de ciruela.

—Normalmente, las cuentas pendientes se saldan de otra manera. O quisieron imponerle un castigo ejemplar o se trata de una confusión con otra persona —dijo Galvano,

encendiéndose un Dunhill mentolado.

—Esa teoría la descarto por completo —Laurenti miró de reojo la cajetilla de tabaco de color dorado verdoso—. Le cambio mi licor por un pitillo, Galvano —y acercó su copita a su interlocutor.

—Coge, coge, ¡pero no me empieces a fumar otra vez, hombre!

—El crimen estaba planeado con todo detalle y cabe pensar que también desde hace mucho tiempo. El método más seguro era esperar a que llegase un día de *bora nera* salvaje. El asesino es muy paciente, sabía perfectamente lo que quería y, por ese mero hecho, no pudo cometer ningún error. Además, anunció lo que iba a suceder con antelación. Un rato antes por teléfono, a mi casa. De modo que la única hipótesis es la del castigo ejemplar. Pero ¿por qué? —encendió un cigarrillo mentolado y no pudo evitar toser al instante.

—¿Y tú por qué vienes en la guía telefónica?

—¿Por qué, a ver? Por los chicos.

—¿Y el chantaje a cambio de protección?

—En Trieste no, doctor. De momento, podemos decir que nos hemos librado siempre. Aquí todo el mundo va corriendo a la policía por cualquier cosa.

Apagó el cigarrillo asqueado.

—Sabe a pañuelo de papel, ¿verdad? —Galvano sonrió socarronamente—. Bueno, ¿entonces qué?

—Ahí está la cosa, que no lo sé. La policía científica está examinando los escombros. A lo mejor encuentran algo. Alguna carta de amenaza o algo parecido. Los compañeros de la Guardia di Finanza han ido a registrar la tienda y los libros de cuentas. Quién sabe si no estará la clave ahí. ¿Y los fascistas? ¿Los imagina capaces de haber ido tan lejos?

Era la primera vez en toda la conversación que Galvano se tomaba cierto tiempo antes de responder y, al final, se encogió de hombros:

—Lo que es imaginar, sí me lo puedo imaginar. Pero ¿por qué motivo?

—Tal vez en relación con el próximo encuentro en Trieste. ¿Por llamar la atención? La mayoría de habitantes de Contovello forma parte de la minoría eslovena.

—Hay dos cosas que no me cuadran ahí: primero, escogerían alguna institución, un centro cultural, un colegio, como en el atentado del Hotel Balkan y de la Narodni Dom, en julio de 1920...

Laurenti arqueó las cejas con gesto interrogante.

—Fue el 22 de julio de 1920. Hoy en día, ningún italiano quiere volver a oír hablar del asunto. Una horda de fascistas enfebrecidos se dirigió primero a la Narodni Dom Balkan, la casa de cultura eslovena, a la que también pertenecía un hotel, y le prendieron fuego. Hubo dos muertos. Luego incendiaron una casa de huéspedes, unos cuantos bufetes de abogados, comercios eslovenos y tres bancos. Otros doce heridos. La policía se mantuvo al margen.

—Sí, lo había oído.

—El asunto se extendió a toda velocidad. A finales de julio de 1920 ardía la Narodni Dom de Pola, pero también en Trieste continuaron los altercados. Esa puñetera manía de

buscar una identidad nacional acabó con toda la fuerza de esta ciudad, bajo el fascismo lo perdió todo, por más que nadie quiera saber nada del tema hasta el día de hoy. Y, frente a los esclavos, la violencia alcanzó un grado escalofriante. Ya te lo contaré en detalle alguna vez, si te interesa. Ahora bien, que los fascistas estén detrás del asesinato de Contovello... no lo creo. No se atreverían a tanto si, en estos mismos días, pretenden congregarse todos en la ciudad. Además, si realmente hubiera indicios de ello, ya te habrías librado de este caso hace mucho.

—Y que lo digas. Esta mañana temprano he hablado con los compañeros de los otros departamentos. Todas las unidades especiales se lo han quitado de encima.

Galvano llamó a la camarera y pidió la cuenta.

—Tú estate bien atento. A pesar de ello, cuenta con que estarán con la antena puesta para ver si avanzas deprisa o no —depositó treinta mil liras encima de la mesa e hizo un gesto con la mano de que estaba bien así—. Esta vez pago yo; te toca la próxima, pero en otro sitio.

Proteo Laurenti no fue directo a la oficina. Giró por el Viale XX Settembre y, sin saber muy bien por qué, tomó la dirección del bar Bellavia. Hasta entonces, nunca había estado implicado en nada relacionado con los neofascistas y, por lo tanto, tampoco deseaba que allí le identificaran como policía. Iría a comerse un *tramezzino* o un sándwich a la plancha en la barra para calmar el hambre canina que tenía. Y sentía una gran curiosidad.

En el muro que había junto al local se veía un cartel pegado:

¡En la oscuridad de la política, encended la luz de la Fiamma Tricolori! Contra el bilingüismo en la región del Friuli y la Venecia Julia. Levantémonos de una vez para echar atrás el ataque nacionalista eslavo. ¡Trieste no se somete! Procesión de antorchas de la Fiamme Tricolori el 30 de noviembre.

—¡Su padre! —murmuró para sí.

El célebre barman no estaba. En su lugar, atendía la barra una joven de pelo rubio rojizo, *piercing* en la lengua y un gran tatuaje en la parte de la espalda que quedaba al descubierto entre la reducida camiseta y un cinturón muy bajo. Tendría la edad de la hija menor del comisario y saludó a éste amablemente cuando entró. Por lo visto, ser atendidos por camareros tan simpáticos era algo característico de los jóvenes triestinos seguidores del Duce.

Mucho movimiento no había en el bar, con aquel tiempo tan malo. En la barra estaban sentados tres veinteañeros con unas insignias de colores negro-blanco-rojo en la manga que parecían una gran diana con una gruesa cruz reticular negra. Delante de ellos, las correspondientes cervezas. Un cartel anunciaba el atractivo del bar:

En el rincón opuesto, una parejita parecía estar entrenándose para un concurso de magreos. El chico estaba sentado en un taburete, la chica, de pie delante, un poco inclinada sobre él. Él se calentaba las manos debajo del jersey de ella. Más allá había dos tipos con cazadora de cuero; no llegarían a los treinta. Uno de ellos fanfarroneaba con un carné de los *carabinieri*. Laurenti se dio cuenta a primera vista de que era una falsificación barata.

La joven de detrás de la barra tuvo que preguntarle dos veces qué quería tomar. Laurenti pidió un sándwich a la plancha y un *caffelatte*. A pesar del *piercing* y del tatuaje, le parecía guapa y simpática. Sonrió de medio lado, luego volvió a clavar la mirada en el fanfarrón. ¿Intervenía? ¿Le quitaba el carné falso? Descartó la idea. Entonces sí que tendría que salir del local de inmediato.

—¿Alguna novedad por aquí? —le preguntó a la camarera. A lo mejor funcionaba.

—Está dejando de nevar —ella sonrió de nuevo.

—¿Y nada más? ¿Van a venir?

—¿Quiénes?

—Los alemanes y los de Viena.

—Ni idea. ¡Eh, Dario! —preguntó en voz alta a uno de los chicos de la jarra de cerveza—. Este hombre quiere saber si van a venir los alemanes.

Los jóvenes interrumpieron su conversación y se dieron la vuelta. Laurenti se asustó. No quería llamar tanto la atención.

—¡Pues claro que vienen! —dijo el tal Dario—. ¡Vienen todos!

Los demás se rieron, y uno de ellos alzó el brazo derecho para hacer el saludo romano y gritó tan fuerte como pudo:

—*Fascismo e libertà! Italia patria!*

—*Italia patria!* —le secundaron los otros.

—¿Y cuándo? —se atrevió a preguntar Laurenti.

—¡Mañana o la semana que viene! —y todos prorrumpieron en risotadas y pasaron a ignorarle.

Laurenti se volvió de nuevo hacia la barra. El sándwich humeaba delante de él, y el queso fundido se salía por los lados. Le dio un buen mordisco y se fijó en la batería de botellas de la pared. ¡La de licores que había!

Cuando fue a pagar, de repente, oyó una voz que le hizo estremecerse. A menos de un metro de distancia estaba su hijo Marco, acompañado por dos chicas, pidiendo una coca-cola.

—¡Marco!

El muchacho se volvió:

—¡Papá! ¿Qué haces tú aquí?

—¡Eso debería preguntártelo yo!

—Tomarme una coca-cola.

—¿Es que no vas a presentarme a tus amigas?

El muchacho no sabía dónde meterse.

—Carla... —Marco dio un paso atrás. Ella tendría más o menos su misma edad, quizá no pasaba de los dieciséis, delgada como un huso, llevaba botas de plataforma plateadas muy puntiagudas y unos vaqueros ajustados como una segunda piel—... mi padre.

—¿Tu novia?

Marco se sonrojó. La camarera le sacó del apuro:

—Ten, Marco, las coca-colas.

—¿Vienes a menudo?

—No, ¿por qué? —Marco puso cara de inocente.

Laurenti miró el reloj. Decidió que, por el momento, lo mejor era dejar estar el asunto.

—¿Cuánto es todo junto? —señaló las bebidas de los jóvenes—. No llegues a casa muy tarde.

Las dos chicas le agradecieron la invitación muy formalitas. Laurenti les dio la mano y se marchó.

Comenzó a maldecir, y en voz alta. ¡Su mujer se perdía con un agente de seguros y su hijo frecuentaba un bar fascista! ¿Qué sería lo siguiente? Desde luego, en aquel momento no podía decir que se hallara en una etapa feliz de su vida.

Marasi sale a la mar

Junto a la Pescheria seguía habiendo diez centímetros de nieve y no se veía ni uno de los incontables gatos que durante el día invadían el Molo Venezia, detrás de la vieja lonja del pescado. Desde lejos llegaba el concierto de sonidos metálicos de pasarelas y obenques, corchetes y poleas de los veleros del puerto deportivo, y el tráfico en la calle que bordeaba la costa volvía a ser fluido, la nieve acuosa se había convertido en barro hacía tiempo. Uno tras otro llegaron los cuatro hombres del *San Francesco*. Marasi arrancó el motor diésel y dejó que se calentara en punto muerto. Prepararon la enorme red de arrastre, barrieron la nieve de la cubierta y no cargaron más que la mitad del hielo que solían distribuir en la bodega y que previamente les había servido un camión. Ésa era la única ventaja que tenía un mal tiempo semejante. Con todo, la noche en el mar no era tan gélida como en tierra. La temperatura del agua marcaba ocho grados sobre el punto de congelación.

El más joven de los hombres, Mario, tenía 59 años. Llevaban pescando juntos desde 1962, desde que todos ellos habían emigrado de la Istria de Tito a Trieste. En los casi cuarenta años que llevaban juntos apenas habrían hablado entre ellos la quinta parte de las palabras que otra gente –en su opinión– desperdiciaba. Ellos se entendían de todas maneras. Antes eran seis, dos habían muerto. Sólo el barco había cambiado tres veces, la tripulación, jamás. El que llevaban ahora era más grande que los anteriores y resistía incluso a las tormentas más fuertes. Cuanto mayores se hacían ellos, mejor equipamiento tenían. El *San Francesco* era el único barco del puerto con el que se podía salir a pescar más allá del golfo. Los barcos de su categoría solían atracar a unos cuantos kilómetros de Trieste, en Monfalcone y en Grado.

A ninguno de los hombres le extrañó salir a la mar aquella tarde. Estaban en casa, como siempre, esperando la llamada; sabían que saldrían en cuanto la *bora nera* amainase un poco. Bastaba con pasarse el domingo entero con la familia, con escuchar, aburridos y en silencio, el parloteo de los demás. Muy abundante no sería la pesca con aquel temporal, pero siempre era preferible estar en la mar.

Ugo Marasi, de 74 años, era quien decidía, y todos estaban de acuerdo desde hacía muchos años. Giuliano, de 65, era el más cercano a él. Mediaba entre Ugo y los otros

dos cuando se producía algún momento de tensión. «Más vale perder el barco y la tripulación que la pesca», solía decir Marasi, volviendo la espalda y mirando con desprecio a quien hubiera osado criticarle por algo. «No lo dice en serio», mediaba Giuliano. «Respondería por cualquiera de nosotros, bien lo sabéis. No os inquietéis, Ugo sabe perfectamente lo que hace.» Algunas semanas antes, Luca, de 68 años, y Mario, de 59, comentaron que el viejo estaba volviéndose cada vez más raro y que tal vez era el momento de plantearse dejarlo. Ugo les había cortado de malos modos: «El que no quiera seguir, ya puede largarse ahora mismo». Como Giuliano hiciera un gesto de asentir con la cabeza, ambos habían continuado con su trabajo sin chistar. Su mirada, sin embargo, se había ensombrecido. Sabían que para enrolarse en otro barco eran demasiado viejos, demasiado cerrados, y, además, arrastraban la mala fama de ser «la tripulación de un cabezota». Ugo pasó días sin dirigirles la palabra.

Todos los que estaban trabajando en algo en el puerto sabían que el mal tiempo jamás había echado atrás a Marasi y sus hombres. A las siete en punto zarparon. Ugo maniobró para sacar el barco de la Sacchetta y, con la mano, orientó la luz del faro hacia el agua negra que se abría delante del barco. Las luces de posición de la Lanterna y la Diga Vecchia llegaban hasta ellos a través de la ligera cortina de nieve, y también se reconocía de nuevo el fanal del Faro della Vittoria, un rayo de luz blanca y mortecina.

Marasi avisó de su salida a la Capitanía por radio. El agente de servicio ya le había visto en el radar.

—¡Está usted loco! —fue la respuesta del altavoz—. ¡Quédese en tierra! Con este tiempo, no tenemos ninguna gana de salir a recogerles si pasa algo.

—No va a pasar nada. Hasta mañana —replicó Marasi seco—. Corto y cierro.

Los pesados impermeables encerados iban guardados bajo la cubierta. No les harían falta hasta aproximarse al grado 45 de latitud, donde volvían a soplar los vientos. Hasta allí permanecerían los cuatro juntos, de pie en la cabina al abrigo del viento, el aguardiente de los termos y los gruesos jerseys bastaban para calentarse. Hasta que no transcurrió media hora y subió la temperatura de la cabina, su aliento empañaba los cristales. Los frotaban con un trapo para despejar la vista. Desde el panel de mandos les llegaba el resplandor verdoso de los instrumentos de navegación: el aparato de radio, la brújula y el GPS, la corredera, el anemómetro y la sonda acústica.

A pesar de la marejada, el barco se internó en la oscuridad con buen equilibrio e iba surcando las olas a un ritmo estable y regular. A veces, cuando una ráfaga de viento lo azotaba, se inclinaba de golpe hacia un lado y aumentaban las revoluciones del motor. Los hombres, en el interior de la cabina, se agarraban con una mano a la barra de metal que se extendía delante de ellos, a todo lo ancho de la consola. Hasta llegar a la altura de la Punta Salvatore, donde pudieron virar el rumbo hacia el sur, lucharon por abrirse camino a tan sólo diez nudos. Una hora más tarde ya podrían echar la enorme red de arrastre y luego, en algún momento, se cruzarían con el otro barco.

Más al sur, a 45 grados y 30 minutos latitud norte, entraron en aguas internacionales. Hasta no llegar a la altura de la punta noroeste de Istria, a la frontera esloveno-croata, no

se salía de las respectivas «zonas de doce millas» al Adriático abierto. Todavía recordaban los tiempos de la guerra de Yugoslavia, cuando, una vez, la marina croata había disparado con ametralladoras a un barco de pesca italiano que estaba muy cerca del territorio de soberanía croata pero ni siquiera había rozado aún la frontera. Después de un largo tira y afloja diplomático por fin lo dejaron libre para regresar, con el casco lleno de boquetes. A uno de los pescadores le costó la vida. La situación se había suavizado hacía mucho, ya no volverían a producirse ataques semejantes... eso pensaban todos. El dictador había muerto, el gobierno democrático se esforzaba por alcanzar un entendimiento, tenía la vista puesta en la admisión en la Comunidad Europea y hasta estaba dispuesto, dentro de ciertos límites, a hablar sobre los crímenes cometidos en el pasado. Sin embargo, poco tiempo atrás se había producido un nuevo incidente. Un pescador de Grado se había adentrado, por lo visto, en aguas croatas y también esta vez habían disparado contra él. Había regresado ileso pero con trece agujeros de bala en las paredes del casco y la cabina. A ello siguieron una serie de llamadas de teléfono anónimas, las autoridades de Zagreb hablaban de contrabando: pescado, drogas, seres humanos. No se pudieron aportar pruebas, y ninguno de los dos gobiernos quiso que aquel incidente llegara a convertirse en un «caso» que pudiera poner en peligro ninguno de los ulteriores pasos de un acercamiento que ya se retrasaba demasiado.

Ugo Marasi puso rumbo hacia el sur. La *bora* se desviaba hacia el interior debido a las colinas de Istria y, en esta zona del mar, perdía la mitad de fuerza. No volvería a soplar sin freno hasta el Quarnero, en la zona de Fiume y Abbazia. Habían echado la red y navegaban a una velocidad baja constante. Después de dos horas, la pesca seguía siendo escasa, como era de esperar por la marejada. Unas cuantas *mormore*, tres grandes cabrachos, las doradas y lubinas de rigor y algunos lenguados. En total, ni dos quintales de pescado. Si acaso, volverían a echar la red en el camino de vuelta. Era casi medianoche, faltaba muy poco para cruzarse con el otro barco.

La última nevada había cesado un buen trecho más al norte, el brillo de alguna estrella aislada llegaba hasta ellos a través de las grietas, cada vez más grandes, en la capa de nubes.

—El camino de vuelta será más fácil —farfulló Marasi. Era de esperar que el rápido cambio de tiempo fuese para mejor esta vez. La *bora* llegaba y se esfumaba a su entero capricho.

La noche era negra como la pez, las luces de posición del otro barco se veían con perfecta claridad. ¿Quién más había salido a la mar en una noche como aquella? Marasi giró el foco de cubierta hacia el mar y fue corrigiendo el haz de luz sobre la superficie del agua en dirección hacia el otro barco. Entonces, también ellos encendieron un foco. A velocidad reducida se acercaron el uno al otro. Debían tener cuidado, la marejada seguía siendo tan fuerte como antes y sería una maniobra difícil, incluso una vez estabilizadas y fijadas con maromas ambas naves en paralelo. Marasi se puso a la capa. La puerta de la

cabina estaba abierta. Luca, cubierto con el pesado impermeable, daba escuetas indicaciones a Marasi, que trataba de llevarlas a la práctica con una mano en el timón y la otra en la palanca de marchas. El otro barco aún estaba a doce metros de distancia. También allí, los hombres se inclinaban sobre la borda con maromas en las manos, al igual que Luca, Mario y Giuliano. Una y otra vez, las olas acercaban a ambos de golpe o volvían a separarlos y parecían alejarse tres o cuatro metros más que antes. La espuma inundaba la cubierta y luego se deshacía lentamente sobre las tablas inclinadas. Una y otra vez, los hombres lanzaban cabos que los del otro barco no podían coger. Los patrones, al timón, repetían la maniobra. Por fin, los hombres lograron agarrar el primer cabo. Tenían que hacerlo todo con rapidez, el segundo voló de un barco al otro, los neumáticos de coche viejos que protegían los costados se encargaban de evitar daños por el choque. Luca enrollaba la maroma en la cornamusa y no paraba de tirar con todas sus fuerzas. Con un golpe tremendo, una ola enorme hizo chocar ambos barcos, que acto seguido rebotaron en dirección contraria, desgarrando los nudos de nuevo. Los hombres tenían serias dificultades para mantenerse en pie, pero sabían que sólo disponían de muy poco tiempo para descargar. La mar estaba demasiado picada, la maniobra era demasiado arriesgada.

Ya se habían encontrado muchas veces en aquel punto, Marasi y Gubian. El primero compraba pescado al segundo, pagaba en efectivo y sin factura y declaraba la pesca como propia en Trieste. Un buen negocio para ambos, pues Gubian recibía de su compañero de profesión un precio más alto del que podía conseguir en Croacia. No eran los únicos que trabajaban de esa manera. Ni siquiera se podía calificar de contrabando, puesto que se realizaba en aguas internacionales. Y, junto con el pescado, Marasi transportaba a Trieste algunas cajas cuyo contenido no debían llegar a averiguar las autoridades.

Marasi y Gubian eran viejos enemigos que trabajaban juntos desde hacía años. Tenían una cuenta pendiente desde 1943. Gubian estaba en manos de Marasi, que pretendía vengarse alguna vez de una forma muy distinta. Deseaba matar a Gubian desde que, veinticinco años después, había vuelto a encontrarse con él por pura casualidad. Era una especie de promesa, un voto que él mismo ya dudaba haber pronunciado alguna vez y que, por lo tanto, observaba con absoluto rigor. Adquiría mayor fuerza cuanto mayor se hacía él. Sin embargo, en cierto momento llegó el día en que pudo utilizar a Gubian. Como eslabón importante de una cadena en la que él mismo constituía el siguiente eslabón y su hija Nicoletta el siguiente, a pesar de ser ella la encargada de coordinarlo todo. La venganza ya se llevaría a cabo más adelante, ahora sólo importaba que Nicoletta siguiera obteniendo un beneficio.

—¿Dónde está Gubian? —gritó Marasi a los del otro barco, cuando se dio cuenta de que al timón iba otro hombre.

—¡No está! —le gritó alguien desde allí—. Pero hemos traído todo.

—¿Dónde está?

—No lo sé. Va a volver.

—¿Está en Trieste?

Todos sabían lo de la bomba de Contovello. Los medios de comunicación, también los del otro lado de la frontera, habían difundido la noticia con gran despliegue. ¿Por qué no iba a preguntar?

—¿Dónde va a estar? ¿Para qué quieres saberlo?

Marasi pensó con cierto encono que ahora, por fin, también Gubian sabía lo que era que alguien de la propia familia muriese a manos de un asesino desconocido, y cómo era también albergar una sospecha indemostrable que se tornaba tanto más fuerte cuanto más difícil resultaba su demostración. Como en tiempos, cuando los comunistas habían matado a Violetta, su hermana.

—¿Cuántas cajas traéis? —gritó Marasi.

—Cinco, como se acordó. Pero hay poco pescado.

—¡Pasadlas para acá!

—¡Ojalá podamos, con esta marejada!

—¡Hay que hacerlo como sea! ¡Vamos de una vez!

Los hombres del otro barco sacaron de la bodega varias cajas voluminosas de poliestireno blanco. Trabajosamente, levantaron la primera por encima de la borda. Los hombres de ambos barcos tenían que inclinarse mucho hacia fuera para que ninguna de las cajas acabase en el agua, entre ambos barcos. Los neumáticos de los costados quedaban casi aplastados por la presión cuando la fuerza del agua los hacía chocar, y, luego, al instante volvía abrirse el abismo negro entre ellos. Cuando el fuerte oleaje azotaba al primer barco y lo estrellaba contra el segundo, los hombres apenas lograban mantenerse en pie.

La descarga de las cajas duró más de lo habitual. Marasi no daba abasto con el timón. Observaba la marejada, viraba para cortar el reflujo, se ayudaba con la hélice e intentaba orientar el barco de la mejor manera; exactamente lo mismo que hacía el compañero del otro barco. Una y otra vez, el mar imponía un descanso que los hombres aprovechaban para contemplar el ir y venir de las olas. Una y otra vez les llegaban corrientes transversas del noreste. El viento y, sobre todo, el comportamiento de las corrientes eran muy difíciles de calcular.

En el preciso momento en que los hombres de Gubian levantaban la última caja por encima de la borda, les golpeó una ola enorme y dura que ya habían visto venir desde cierta distancia en forma de gran cresta blanca en medio de la negritud del agua. Les había embestido de punta, cortando el movimiento homogéneo del mar justo en el lugar donde estaban ambos barcos. La apresurada señal que Marasi hizo a los croatas llegó demasiado tarde. La ola se estrelló contra el casco y la espuma se elevó por encima de la cabina. Después del impacto, el barco volvió a enderezarse en un abrir y cerrar de ojos. Marasi cayó primero con el hombro sobre el timón y luego, de rebote, contra la jamba de la puerta de la cabina.

La virulencia del golpe sorprendió a los hombres sobre la cubierta del *San Francesco*. Marasi ya no tuvo tiempo de avisarles. La última caja aterrizó de golpe en el *San Francesco* y tiró al suelo a Luca. Giuliano, que estaba de pie junto a la borda, intentó

cogerla y dio un traspies. Echó mano a la punta del largo cabo con que estaban atados ambos barcos, lo único que tenía a su alcance. Giuliano tropezó, cayó hacia delante y dio con la barriga en la cornamusa, que sintió como un puñetazo en el estómago. Lanzó un grito seco de dolor y agitó los brazos como si remara en el aire, intentando compulsivamente agarrarse a algo, pero sus manos sólo hallaban el vacío. Entonces se produjo el golpe de retorno. Los dos barcos salieron disparados en direcciones opuestas. Y de nuevo volvió a enderezarse el *San Francesco*, mientras que el croata maniobraba para recuperar la estabilidad a duras penas. Una garganta negra se abrió entre los dos barcos. Las piernas de Giuliano siguieron por inercia al cuerpo descolgado por encima de la borda. Se agarró a un cabo suelto que no le sirvió de ayuda. La mar volvió a juntar los barcos, sus cascos chocaron con estrépito. Giuliano desapareció en la negrura sin esperanzas que lo engullía. Marasi se precipitó desde el timón hacia la borda, tiró con todas sus fuerzas del cabo al que en vano había tratado de agarrarse Giuliano y cayó sobre la cubierta.

—¡Giulianoooooooooo!

Su grito cortó la tormenta como un cuchillo y se repitió como un eco en la cabeza de los demás.

—¡Soltad amarras! ¡Vamos, vamos! ¡Soltad a toda prisa! —se desgañitaba al tiempo que soltaba todos los nudos de las cornamusas. Alguien lanzó al agua una caja de poliestireno vacía que no tardó en alejarse con la corriente para desaparecer en la oscuridad. No llevaban a bordo ni flotadores ni chalecos salvavidas. Los viejos pescadores siempre se habían arreglado sin ellos y nunca les habían interesado las normas de seguridad.

Los dos barcos viraron hacia la oscuridad y dirigieron sus faros para buscar en las aguas revueltas. Pero ¿cómo habrían podido distinguir una cabeza o unos brazos agitándose o siquiera un cuerpo flotando a merced de aquellas olas como montañas? No sólo la falta de luz lo hacía imposible. La proporción entre el hombre y los elementos se encontraba de nuevo en su estado natural. Una y otra vez, Marasi giraba el timón y aceleraba hasta creerse en el lugar al que la corriente había podido arrastrar a Giuliano. La caja blanca que habían arrojado antes era lo único que les proporcionaba alguna pista al respecto. Marasi casi estrangulaba el motor, mientras que el barco croata trazaba un círculo más amplio. Pero no encontraban a Giuliano, ni siquiera rezar podía ayudarlos.

Al cabo de una hora, los croatas abandonaron la búsqueda. Dieron media vuelta sin siquiera notificarlo a los otros. Los hombres de Gubian regresaron a Pola y en tres horas habían llegado a casa. Los hombres de Trieste pasaron una hora más peinando el lugar, con los focos apuntando al agua, hasta que, en algún momento y sin decir palabra, Marasi aceleró el motor y puso rumbo al norte.

Ugo, Mario y Luca iban de pie en la cabina sin decir palabra, flexionando una rodilla de cuando en cuando para compensar el constante vaivén del barco. Les dolían todos los huesos. Ninguno miraba a los otros. Aún habían depositado las cajas en la bodega juntos,

en silencio. Como de costumbre, las habían colocado debajo del pescado. Era muy poco probable que la Guardia di Finanza o la Capitanía realizasen ningún control de la mercancía. Antes de entrar en el puerto, Marasi notificaría a las autoridades el desafortunado accidente de Giuliano, los agentes les esperarían en tierra. A la mercancía de aquel viejo cabezota, sin embargo, apenas le prestarían atención. Gozaban de una libertad casi comparable a la que se concede a los locos. La pesca se liquidaría bajo la supervisión de Nicoletta, pasaría de la báscula a los dos camiones refrigeradores dispuestos para ello. Los agentes de la Capitanía sólo inspeccionarían el barco y el equipamiento, la pesca carecía de interés para ellos. Sabían de sobra cómo eran los peces. Más adelante, tomarían declaración a los hombres en la terminal del antiguo hidropuerto, ahora modernizada, de la Piazza Duca degli Abruzzi. Recogerían en un informe los testimonios de los viejos pescadores y, esa misma tarde y en los días sucesivos, continuarían molestándolos con más preguntas. Marasi y sus hombres conocían el proceso, que apenas había cambiado en décadas. Si los viejos pescadores se mantenían parcos en palabras, los agentes no llegarían a averiguar nada.

Cuando llevaban una hora de trayecto, Mario dijo:

—¡Le has matado tú, Ugo! ¡Ha sido una locura!

Marasi no reaccionó.

—¡Te digo que le has matado tú, Ugo! No deberíamos haber salido.

—Fue decisión de todos —Marasi lo miró con frialdad—. Yo no os obligué a venir a ninguno.

—Hoy no deberíamos haber salido —se sumó ahora Luca.

Luego volvieron a guardar silencio. En algún momento, Mario subió a la cubierta y se sentó encima de las redes. Sacó una botella de vino tinto de un bolsillo y le quitó el tapón. Se bebió la mitad de un solo trago. Sin contenerse, dejó que las lágrimas corrieran por sus mejillas. De nuevo se llevó la botella a los labios. Luego volvió a la cabina. La mar estaba aún más picada que antes, se internaron en la zona más revuelta del golfo y no tardaron en llegar a casa.

—Sucedió al recoger la red —dijo Marasi—. Una sacudida y un golpe de mar. No tenemos que decir más. La posición sí la indicaremos.

—¿Y la mercancía?

—La descargamos como siempre. Nicoletta nos espera.

Entraron en aguas italianas.

Marasi cogió la radio y anunció su llegada a la Capitanía.

—TS 47819, *Torino Salerno quattro sette otto uno nove*. Nos aproximamos desde aguas internacionales, rumbo Trieste.

—Buenos días, Marasi. ¿Qué? ¿Ya ha tenido bastante? Declare tripulación y mercancía.

—¡Pescado! Ocho quintales. Tripulación, tres hombres. Un desaparecido. Hombre al agua en territorio internacional, 13 grados 10 minutos longitud este y 45 grados 41 minutos latitud norte.

Al otro lado de la línea se hizo un breve silencio.

—Datos personales del desaparecido.

–Scropetti, Giuliano, 65 años, Via della Madonnina 15, Trieste.

–Le esperamos en el muelle. No alteren nada en el barco. Cierro.

Ahora, la *bora* soplab a sólo quince nudos sobre el golfo de Trieste. Había limpiado el cielo de las pesadas nubes, llevándoselas hacia el oeste, en dirección a Venecia. El cielo estaba completamente despejado, las estrellas brillaban y la luna, que empezaba a ponerse sobre Aquiléia, arrojaba su último resplandor blanco sobre el mar. Al este despuntaba ya el nuevo día cuando llegaron al puerto, poco antes de las siete. En el muelle esperaban dos coches de la Capitanía del puerto y dos camiones refrigeradores, además del Fiat Panda de Nicoletta. Siete personas contemplaron con gesto sombrío la arribada del barco.

El día libre de Bruna

Bruna se extrañó de no oír sus pasos aquella mañana. Tenía el día libre, en compensación por haber trabajado el sábado anterior. Hoy, al menos, no se cruzaría con él por la escalera. Cuántas veces se habría preguntado si él lo hacía a propósito, porque siempre entraba en el preciso momento en el que salía ella. Y sólo para pasar de largo sin saludarla y con la mirada sombría, sorbiendo ruidosamente con la nariz. Con los hombros levantados y las manos bien metidas hasta el fondo de los bolsillos. Antes de abrir ella la puerta de la calle, oía cómo la casa de él se cerraba de un portazo. Si, algún día, Bruna se retrasaba un poco, sólo oía el portazo un piso más arriba, luego, los pesados pasos por el estrecho pasillo, y luego, otros más mitigados en la cocina. Él se habría quitado las botas y puesto las zapatillas, igual que hacía antes en casa. Ella le oía trajar en la cocina. Mientras ella lavaba la taza del café del desayuno, él se servía vino tinto. Mientras ella deseaba a sus gatos un buen día y se ponía el abrigo, le oía arrastrar los pies hasta el cuarto de estar y, al poco, otro golpe. La puerta de su dormitorio. Ella siempre cerraba su puerta sin hacer ruido.

Ese día, Bruna Saglietti no tenía que salir a la calle y no le oyó hasta el mediodía. Al portazo de entrada siguió el trajín en la cocina. Esa vez, él pasó más tiempo allí que de costumbre. Ella le oyó arrastrar una silla sobre las baldosas de piedra. Bruna apagó la plancha de vapor y aguzó el oído. Dos de los gatos se le frotaron por las piernas ronroneando. Los otros dos estaban sentados delante de la ventana y curioseaban a través de una rendija en las persianas que ella no subía desde hacía años. Bruna se estremeció al oír, de repente, un ruido inusual en el piso de arriba. Como si él hubiese arrojado un vaso contra la pared. Bruna oyó los cristales rotos, luego un fuerte grito. Estaba petrificada junto a la tabla de planchar, aguzando el oído mientras la plancha emitía suaves resoplidos de vapor. Por fin, le oyó barrer los cristales, luego los pasos hacia el dormitorio y, por último, el temblor de las paredes por el portazo. Poco después, tembló también el techo de Bruna. Marasi se había echado en la cama.

Bruna Saglietti aprovechaba el día libre para algunos quehaceres de la casa y para los típicos recados para los que habitualmente no tenía tiempo. Trabajaba en la sección de menaje del hogar de los grandes almacenes del Viale XX Settembre. Había comenzado de

dependienta, pero había ascendido a jefa de sección algunos años atrás. Nunca descuidaba su trabajo y también procuraba ir siempre perfectamente arreglada y peinada. El trabajo no quedaba lejos de su casa en la Via Stuparich. Sus compañeras la apreciaban, se mostraba modesta y eficiente y siempre amable, si bien hacía mucho tiempo que no tenía amigos de verdad. A lo sumo, hablaba con sus gatos. Había llegado a tener siete; ahora eran cuatro. A menudo pensaba en acoger a uno o dos más, pero cada vez tenía menos espacio en casa.

Su hija se había ido hacía muchos años, el marido se había mudado sin más un piso más arriba, un día de 1975, al enterarse de que la vivienda se quedaba vacía. «¿Por qué se quedaría en el mismo edificio?», se preguntaba Bruna con frecuencia. Con lo fácil que habría sido encontrar un piso en otra casa, lejos de ella. Ya que la abandonaba, ¿por qué no lo hacía del todo?

El se había ido sin avisar. El día en cuestión, se había echado al brazo la ropa, su almohada, la colcha y una sábana y había salido por la puerta. Bruna había salido al descansillo detrás de él y había contemplado, perpleja, cómo subía al segundo piso y hacía girar la llave en la cerradura. Al rato, volvía a bajar para llevarse un plato y un vaso, un tenedor, un cuchillo y una cuchara, una taza y una cazuela de la cocina, luego una toalla y los útiles de lavarse del baño. ¿Es que se había vuelto loco? Esta vez, cerraba la puerta de su casa tras de sí y, pocos minutos después, ella oía de nuevo sus pasos en el piso de arriba.

No volvió. Cuando, a primera hora de la tarde, Bruna le oyó bajar por la escalera, abrió la puerta y preguntó qué significaba aquello. Él no vaciló más de una fracción de segundo y, a continuación, pasó de largo sin devolverle la mirada. Aquella era, desde hacía años, su hora de salir de casa. Por su hija llegó a saber entonces que Marasi se había separado de ella para siempre y que sólo había permanecido en el mismo edificio por su niña.

Después de que esto sucediera, Bruna tardó cinco semanas en reincorporarse al trabajo. Adelgazó muchísimo, todo rastro de confianza desapareció de su mirada. A pesar de las pastillas que le recetó el médico, seguía sintiéndose débil. Después del trabajo, se iba directa a casa y nunca quiso volver a quedar con sus compañeras o con sus amigas, ni siquiera en las espléndidas tardes de verano. Nadie sabía lo que hacía, y no mucho después dejaron de preguntárselo. Se había convertido en otra. Por aquel entonces no tenía más de 31 años y su hija, 8; Ugo, casi 50. Bruna se avergonzaba de verse tan desvalida. No podía hablar con nadie de aquello, de que su marido la hubiese abandonado sin tener ella ni idea de por qué. Casi todos los pescadores estaban separados porque eran las mujeres quienes los abandonaban a ellos. Después de unos años, la mayoría estaban más que hartas y buscaban otros horizontes mientras todavía eran jóvenes.

Bruna había salido unas cuantas veces con Ermano, a cenar o al cine y, una noche, a un concierto en los jardines del castillo de Miramare, iluminados para la ocasión. La habían visto allí. Al mismo día siguiente, Ugo ya lo sabía.

Todo cuanto dijo fue que no tenía intención de quedar de cornudo. Eso fue todo. Ni una palabra más, ni un gesto de disculpa, nada. La niña era la única a la que trataba como a un ser humano. Pero ¿cuándo la veía? Por las mañanas, cuando volvía de pescar, ella estaba en el colegio; sólo por las tardes, antes de volver a marcharse al puerto, pasaban una hora juntos. Nicoletta estaba orgullosa del amor de su padre y se lo hacía notar a la madre. Y luego llegó el día en el que Ugo se mudó un piso más arriba.

Bruna Saglietti había cumplido, entretanto, 56 años. Con su hija mantenía una relación entre cordial y distante. Algunos domingos salían juntas a comer a Muggia o iban de excursión al Carso, al Collio, o cruzaban la frontera a Istria. Sin embargo, Bruna siempre tenía la desagradable sensación de que estas excursiones tan sólo eran fruto de la compasión. Desde que Ugo se había ido de la casa, no había cariño de verdad.

Por otra parte, Bruna pasaba casi todos los días por la pescadería de Nicoletta, una nave de una planta, sección del antiguo cuartel de la Via XXX Ottobre, pintada de color amarillo huevo. Compraba una bolsita de sardinas y se asombraba al ver a Nicoletta cada día más parca en palabras, cada día más cerrada y de rostro impasible. Nicoletta se parecía mucho a su padre.

Bruna abrió dos latas de atún y llenó el comedero de los gatos, que se acercaron sin apresurarse. El escaso resto que quedó se lo sirvió ella en un plato de plástico. Dejó las latas vacías en el suelo. Abrió un paquete de *grissini* y se comió tres para acompañar el atún. Luego apiló el plato encima de otros que había en un rincón de la cocina. La pila se hacía cada vez más alta. Las latas chupeteadas de cada día iban a parar a un rincón del cuarto de estar.

Dos horas más tarde, Bruna volvió a oír los pasos de su marido. Le extrañó porque era demasiado temprano. Jamás le había oído levantarse antes de las cuatro de la tarde. Poco después, oyó el portazo, indicativo de que salía. Bruna se sentó en el sillón a conjeturar adónde iría.

Ese martes, Laurenti se despertó antes de lo habitual. Para su sorpresa, en el exterior lucía un sol brillante en el cielo despejado. De la *bora* no quedaba ni rastro, tan sólo recordaban al temporal los restos de nieve que se derretirían en las horas siguientes. Proteo sentía un espantoso martilleo en el interior de la cabeza y, apoyándola en ambas manos mientras estaba sentado en la taza del váter, intentó recapitular todo lo que había pasado durante la noche.

Por supuesto, había bebido lo que no debía. ¿Cuántas veces se habría propuesto dejar las bebidas de alta graduación, como la *grappa* y los cócteles de cualquiera sabe qué? Pero los propósitos están para no cumplirlos. Tendría que haber seguido con el vino todo el tiempo, como siempre. ¿Se habría comportado mal? Probablemente, se habría puesto grosero. Probablemente, habría ofendido a todo el mundo. Probablemente, ya nadie le hablaría, o tendría que mentalizarse para hacer frente a una montaña de reproches.

Maldita sea, por supuesto que nada de eso habría sucedido si Laura siguiera con él. Todo era culpa de ella. Ni sus intestinos funcionaban correctamente cuando ella no estaba.

Por la tarde había subido a Contovello, donde había pasado tres horas con Sgubin en la comisaría móvil, perdiendo el tiempo en conversaciones inútiles con los lugareños. Todo lo que había visto era al viejo Gubian, yendo de casa en casa con aire sombrío, llamando al timbre o con los nudillos, entrando y saliendo al poco rato, de camino hacia la siguiente puerta.

Cuando Laurenti se dio cuenta de que nadie del pueblo tenía nada nuevo que aportar sobre los Gubian, dejó los interrogatorios en manos de Sgubin y cogió el coche de nuevo para acercarse al cuartel de Opicina, a unos pocos kilómetros. El muro recubierto de alambre de espino se extendía a lo largo de la carretera durante casi un kilómetro. Además de lo repulsivo que le resultaba aquel recinto desde el exterior, las torres de vigilancia le parecían innecesarias, al igual que los carteles que prohibían el paso a la zona militar. En el portón de entrada le pidieron la identificación y tardaron un buen rato en devolvérsela. Si bien la relación entre los *carabinieri* y la Polizia di Stato había mejorado notablemente en los últimos años, nunca había desaparecido la rivalidad entre aquellas dos fuerzas del orden no vinculadas entre sí. Los *carabinieri*, que dependían del Ministerio de Defensa, a menudo se creían mejores: a ellos les correspondía proteger a la patria, en tanto que consideraban a la policía del Estado como un mero órgano del gobierno, que cambiaba según las elecciones. A pesar de todo, se trataban con cortesía y cada cual guardaba sus opiniones para sí. Laurenti se alegraba de que el nuevo coronel al menos tuviera un nombre divertido: Colonnello Valpolicella. Un apellido que sonara a tinto barato seguía siendo mejor que un nombre que, como en el caso de Proteo, remitiera a un pequeño anfibio habitante de las más profundas grutas del Carso. El correcto trato no quitaba, por otra parte, que jamás terminasen de confiar los unos en los otros; al fin y al cabo, era una cuestión de política y de competencia natural.

Laurenti encontró la sala correcta enseguida. Estaba poco caldeada. La policía científica clasificaba lo que había quedado de la familia Gubian. Emelda Beano, la jefa del grupo, le estrechó la mano con gesto sombrío. Era una mujer de treinta y pocos años, muy delgada y de mirada muy seria a quien Proteo siempre tenía ganas de comprarle unas gafas nuevas que armonizaran mejor con su rostro anguloso.

—¿Qué tal vais? —preguntó Laurenti.

—Intentamos establecer cierto orden. En la medida de lo posible, clasificamos las cosas por habitaciones y, a partir de ahí, establecemos relaciones lógicas entre ellas. Cuando terminemos, conoceremos a la familia mejor que a la nuestra propia.

—¿Y ya habéis encontrado algo?

Emelda Beano se encogió de hombros e hizo un gesto con la mano que indicaba lo contrario.

—Los compañeros del fondo se ocupan de leer todos los papeles, documentos, cartas, etc. Ahí suelen encontrarse las primeras claves. Pero todo requiere su tiempo. Sí que puedo decirle lo que comió la familia desde el viernes, porque desde entonces no ha

habido recogida de basura. El domingo al mediodía comieron mucho pescado... y *datteri*, dátiles de mar.

—¿*Datteri*? Pero si ese marisco está prohibido.

Aquellos moluscos crecían en las rocas de la costa, en canales muy profundos que ellos mismos perforaban, y su desarrollo completo duraba doce años. Tenían la forma y el color de un dátil maduro en dulce. Para recolectarlos era necesario sumergirse con un equipo de buceo y partir las rocas con un martillo eléctrico, o no podían sacarse. Con esta operación se destruían la flora y la fauna de franjas enteras de costa. La ley (y no sólo la italiana) estipulaba duras sanciones para quienes tuvieran algún tipo de vinculación con los *datteri*: pescadores, restauradores, cocineros o gourmets.

—Por eso se lo digo: no es nada fácil conseguirlos y, además, son carísimos.

—Yo los comí una vez y, desde luego, no me parecieron para tanto.

—Lo mismo digo yo —dijo la Beano—. Será el morbo de lo prohibido.

—Ese hombre tenía una tienda de *delicatessen*. Seguro que sabía dónde conseguirlos. Claro que eso tampoco nos conduce a ninguna parte.

—Bien sabido es que los traen de contrabando por toneladas.

—¿Alguna cosa más?

—Dése una vuelta y mire a su alrededor, Laurenti. Todo y nada.

El comisario recorrió los pasillos que habían dejado entre las «habitaciones de la casa de los Gubian», deteniéndose una y otra vez. Le invadió una profunda tristeza. Aquel trabajo se parecía mucho a la profanación de tumbas, por más que hubiese un buen motivo para hacerlo. Vio un montón de platos rotos, unos cuantos libros, discos compactos, cintas de video, ropa. Sillas, cómodas, dos televisores reventados. Encima de un mantel, en el suelo, restos de comida y cubiertos. Detrás, la mesa y cuatro sillas hechas pedazos. Debían de estar así sentados cuando la explosión les arrancó la vida.

—Toda la vida de una familia reducida a un mismo espacio. Como para exponerla en un museo. ¡Qué horror!

Laurenti se acercó al rincón en el que los tres especialistas examinaban los papeles con todo detalle. Levantó un fajo de cartas y postales que les habían enviado por el nacimiento de su primer hijo y, tras hojearlas por encima, volvió a ponerlo en la mesa sin alterar el orden establecido.

—Cuando hayáis reunido todos los papeles de los últimos meses, me gustaría echarles un vistazo —dijo Laurenti y volvió junto a Emelda Beano. Se despidió secamente. Cuando, por fin, respiró de nuevo el frío aire del Carso, tuvo cierta sensación de alivio.

Eran las siete de la tarde y tenía hambre. Como Marco estaba en su entrenamiento de judo y, por lo tanto, no cenarían juntos, Laurenti regresó a Contovello y, desde allí, bajó la Strada del Friuli hasta el faro. Un lunes por la noche y con un tiempo tan malo no tendría problema para conseguir mesa sin reserva en la Trattoria al Faro, el restaurante de su viejo amigo Franco. Desde el coche llamó a Rossana di Matteo a su oficina del *Piccolo* y la invitó a cenar. Ella dudó si aceptar. Tenía mucho trabajo, pero le picó la curiosidad al oírle decir:

—Tengo muchas cosas que hablar contigo. Anda, dime que sí.

—Un poco más tarde, Proteo. Hacia las nueve. Me es imposible llegar antes.

Franco le saludó con alegría:

—¡Hombre, cuánto tiempo! ¿Qué tal te va todo?

—De pena. Gracias por preguntar.

Proteo colgó la chaqueta en el perchero, fue a la cocina y saludó a Nadia, la jovial cocinera, y a la pinche, una serbia gordita y de cara redonda como un pan que llevaba un gran delantal verde.

—¿No hay nadie más?

Franco abrió la puerta corredera que daba al estrecho pasillo donde tenían la nevera con los vinos blancos. A Proteo le gustaba más el tinto, pero abrir boca con una copa de blanco tampoco le sentaría mal.

—Elígelo tú mismo —le dijo Franco.

Proteo se decidió por una botella de Chardonnay del 98 de los hermanos Klinec, unos viticultores jóvenes y ambiciosos de Medana, en la parte eslovena del Collio. El comisario y su amigo lo probaron y paladearon y coincidieron en que era un gran vino. Ahora ya podían charlar y beber.

—He aprovechado las dos semanas de principios de noviembre en que cerré el local para hacer algunos cambios —dijo Franco.

El segundo cocinero (naturalmente, Laurenti ya lo sabía) había sido sorprendido algunos meses atrás con una pequeña dosis de cocaína en un bolsillo del pantalón y estaba bajo arresto domiciliario después de que algunos «amigos» se hubieran delatado entre ellos. Una historia bastante tonta que, muy sacada de quicio, había llenado las páginas del *Piccolo*. Un grupo de amigos había ligado con una joven muy mona en una discoteca y la había invitado a una fiesta en una casa. «Orgía de drogas y sexo» lo había llamado luego el periódico. La joven había ido encantada. Qué mala suerte que fuera de la policía. El cocinero había pasado quince días en el Coroneo, con otros cinco en una celda para cuatro, el único italiano entre serbios, croatas y un albanés. A eso había seguido el arresto domiciliario y el despido del restaurante, pues ya hablaba de ello demasiada gente. En Trieste, esa clase de rumores se extendía como la pólvora, y el peligro de que repercutieran negativamente en el local era considerable. Por desgracia, Laurenti no había podido hacer nada por el cocinero, que era un buen tipo y casi siempre le había dado un trato de favor en sus comidas.

—Ya verás —dijo Franco—, mañana empieza a trabajar un joven de gran talento, y en el futuro comerás todavía mejor. Además, en el fondo, siempre ha sido Nadia la que hacía todo el trabajo. Pero tengo otra historia más que contarte —también María, la camarera de siempre, se había marchado porque, según explicó Franco, muy diplomático, «el profundo abismo de la discordancia se había vuelto insuperable».

—Hay cambios que le vienen a uno dados por los demás —dijo Franco—, aunque, al final, con toda la desilusión que supone, hay que estar agradecido. He aprendido mucho. No todo el mundo reacciona bien cuando se le da demasiada confianza. A muchos les supera. Una maldita desilusión. Dolorosa, pero sana.

Tuvo que interrumpir su pequeño discurso filosófico de golpe. A pesar del mal tiempo,

sí que habían entrado algunos clientes, a los que Franco saludó, condujo a una mesa y anotó la comanda. Laurenti se rellenó la copa de vino, de aquel vino blanco no precisamente ligero, y pescó un MS de la cajetilla, medio vacía, de Franco. Fumar le costaba mucho menos que el día anterior.

Cuando entró Rossana di Matteo, a las nueve menos cuarto, ya hacía rato que no estaba sobrio, aunque sí más contento de lo que imaginaba por la mañana. Sólo que, de tanto beber, casi se le había quitado el hambre y apenas pudo con la mitad de una maravillosa sopa de pescado a la que no le faltaba de nada. Con las sardinas empanadas, la cosa fue mejor.

Rossana, al tiempo que extraía la carne de la pinza de media langosta, se burló del plato principal que había pedido:

—Eso es comida de niños, Proteo. ¡Nuestro hombre deprimido se da un homenaje! ¡Qué pena que no tuvieran palitos de pescado con mayonesa!

Pidieron la segunda botella de vino tinto. El Quela de los hermanos Klinec era el último grito y el mejor tinto que

Franco podía ofrecerles.

Proteo quería contarle sus penas a Rossana. Ella, redactora jefe del *Piccolo*, había acudido a la cita con la esperanza de que él le refiriese los más recientes descubrimientos en torno al crimen de Contovello, pero Proteo tenía asuntos más importantes de los que tratar. Ella le escuchó en silencio, lamentó mucho lo sucedido y le prometió hablar por teléfono con Laura muy pronto.

—A veces —dijo Proteo—, pienso que tú y yo podríamos haber ido un poco más lejos aquella vez, Rossana —años atrás, habían tenido ciertos coqueteos que luego habían quedado en nada. Gracias a Dios, habían conservado la amistad.

La periodista se echó a reír de buena gana:

—¡Pero tú estabas casado, Laurenti! ¡Yo estaba casada! ¡Laura esperaba el segundo hijo! ¡Qué horror!

—¿Y ahora?

Rossana se inclinó hacia él y le dio un beso en la mejilla:

—No es buena idea, Proteo. Nada buena —le dijo.

Una vez se hubieron marchado los demás clientes, Franco les propuso echar el cierre y tomarse la última copa en un bar. Acabaron en un garito en un recóndito rincón del barrio más antiguo de Trieste, al pie del Castello di San Giusto. Y ahí fue donde comenzó el desastre para Laurenti. En el faro todavía fue capaz de decir que no a la *grappa*, pero allí tuvo que cometer la idiotez de rematar un whisky de veinte años con una caipiriña detrás de otra. Se arrimó a Rossana y se puso a calentarle la oreja para que recuperasen todo aquello que no habían hecho en su momento. ¿No le había dicho Galvano que se buscase una amante? Pero Rossana se limitó a reírse con sus cumplidos y, muy hábilmente, supo quitárselo de encima. Hacia las dos de la madrugada lo dejó allí

plantado sin más. También a Franco le urgió marcharse de repente. Maldita sea, ¿cómo se las habría ingeniado el muy bribón para acompañar a Rossana a casa en coche? Proteo no les había quitado ojo de encima en toda la noche. Las conjeturas sobre esta cuestión se prolongaron hasta las cuatro; luego, el comisario Proteo Laurenti, volvió a su casa conduciendo, borracho como una cuba.

Tiró de la cadena y se metió en la bañera. Una larga ducha bien caliente también le limpió parte de lo mal que se sentía. Luego fue a hacer café. La cocina presentaba un aspecto catastrófico. Basura de tres días y platos sin fregar.

Era evidente que la noche anterior, después del entrenamiento, Marco había vuelto a pedir unas pizzas para él y sus amigotes. La gran mesa de la cocina estaba llena de restos, cajas y vasos vacíos. Al menos sólo hay tres botellas de cerveza, pensó Laurenti más tranquilo, al menos no se emborracharon. Reunió todas las cajas de pizza y las apiló sobre las de la noche anterior, junto al cubo de basura lleno que había al lado del fregadero. Retiró los vasos de la mesa y los metió en la pila con los demás. También depositó las botellas vacías al lado del cubo de basura y, por último, vació por el desagüe los posos de café de la cafetera y la rellenó. Se hizo el firme propósito de hacer limpieza esa misma noche.

El interrogatorio comenzó después de que los agentes de la Capitanía inspeccionasen el barco. Habían subido a bordo de inmediato, en cuanto el *San Francesco* estuvo amarrado en el muelle.

—Para el tiempo que hace traéis una pesca relativamente buena —dijo uno al ver las cajas. Las de encima estaban abiertas y los peces brillaban al sol de la mañana como si fueran de plata—. Pero el precio ha sido excesivo.

—¿Podemos descargar? —preguntó Marasi sin inmutarse—. Los camiones están esperando.

Como el teniente no respondió, Marasi hizo una señal con la mano. Luca y Mario levantaron las cajas por encima de la borda.

Sólo habló con los inspectores Marasi. Los condujo hasta el tambor donde iba enrollada la red de arrastre y les dio la explicación acordada. Mario y Luca trabajaban en silencio y con gesto taciturno, Nicoletta daba instrucciones desde el muelle. Reconoció la mercancía croata por un punto rojo en el poliestireno. Veinte minutos después, los dos camiones refrigeradores salían del puerto para pasar por la lonja de la Riva Nazario Sauro y desaparecer después entre el tráfico que despertaba para ir a trabajar. Nicoletta se quedó esperando delante del barco.

Los coches patrulla de la Guardia Costiera se habían encargado de llamar la atención. Una pareja de jubilados de la edad de Marasi con abrigos de invierno fuertemente impregnados de naftalina y un perro pequeño observaba la escena con curiosidad desde cierta distancia. Tres pescadores se habían acercado a Nicoletta a preguntar qué había

sucedido. Ella se había limitado a decir: «Giuliano», eso bastaba. Vieron a Luca y a Mario, pegados el uno al otro y atendiendo a las explicaciones de Marasi. El teniente de la Guardia Costiera escuchaba con rostro de piedra. Sus hombres habían leído los instrumentos de navegación, habían revisado la cabina y la bodega, inspeccionado la cubierta y ojeado superficialmente redes y cabos. No había mucho que ver. Nada inusual en un espacio tan reducido. Cuando tampoco Marasi tuvo más que añadir a sus parcas explicaciones, el teniente dio por finalizada la inspección.

—Usted se viene con nosotros —dijo a Marasi—. Usted y sus hombres. Tenemos que tomarles declaración por escrito en la Capitanía. Tienen que contar con una acusación de homicidio por imprudencia. El barco quedará precintado hasta que termine la investigación. No se les permite utilizarlo ni acceder a él.

—Aún tenemos que llevar la red al muelle. Ha sufrido daños. Tendremos que arreglarla más adelante.

—Está bien, hágalo, Marasi. Pero dése prisa. Después cierre y entrégume las llaves. Entonces nos iremos.

Agarraron la red entre los tres. Pesaba mucho. Los hombres de la Capitanía se quedaron junto a ellos, mirando. Nicoletta seguía en el muelle. Allí estaba, de pie, con las piernas un poco abiertas, y les echó una mano cuando levantaron la red por encima de la borda. Esperó hasta que su padre cerró todo, bajo a tierra y entregó las llaves a los guardias.

—Lláname cuando hayáis terminado. Te iré a buscar para llevarte a casa.

—Déjalo, Nicoletta —Marasi meneó la cabeza—. Yo pasaré luego a verte a ti. Ahora ve a casa de Giuliano a darles la noticia. Di que yo también pasaré más tarde.

Acto seguido, los tres hombres siguieron a los agentes al coche patrulla.

En la Capitanía tuvieron que entregar su documentación. Retuvieron la licencia de Marasi. Les interrogaron por separado. El informe fue breve. Parcos en palabras lo eran todos de por sí, y frente a las autoridades se cerraban en banda por principio. ¿Qué se podía esperar de bueno del estado? Permisos, controles, multas, la guerra, el destierro. «Tienes lo que tienes, nada más. No dejes que te lo quiten», había dicho Luca en el bar una vez, después de un control rutinario en el que les habían inspeccionado el equipamiento hasta el último detalle. Les pusieron pegas porque no habían aumentado la anchura de la malla de acuerdo con la legislación; con la que utilizaban pescaban peces demasiado pequeños y jóvenes, como hacían casi todos los compañeros por aquel entonces. La multa era muy elevada: cinco millones de liras y retirada de la licencia durante tres meses. Justo en una época en la que el golfo de Trieste hervía de caballas. Ellos no habían querido discutir con los agentes ni buscaron salir del paso con alguna excusa. Habían prestado oídos a los reproches sin decir palabra, como tampoco habían respondido a ninguna pregunta. Eran un equipo bien entrenado que ni siquiera bajo tortura habría hablado mucho. Hablar no era lo suyo, simplemente.

Las declaraciones de los otros dos fueron muy parecidas. Sólo diferían en un punto: quién de ellos había lanzado al agua la caja de poliestireno vacía, si bien eso era del todo

irrelevante. Por lo demás, no hubo forma de sacarles nada. Dejaron marchar a uno detrás del otro. Marasi fue el último al que llamaron. Esperó sin moverse en un banco del pasillo. Cuando salió Mario, se miraron sin decir nada.

–*Ciao* –dijo éste con gesto huraño y siguió pasillo adelante hacia la salida.

–*Ciao* –musitó Marasi, con la mirada clavada en la pared de enfrente.

A Luca no llegó a verlo. Cuando lo llamaron a él, ya había salido por otra puerta.

Después de los datos personales, la declaración por escrito constó de pocas frases.

–¿Por qué salieron con un tiempo tan malo?

–¿Por qué no? –había respondido Mario.

–Porque nosotros salimos siempre –había dicho Luca.

–Nosotros salimos haga el tiempo que haga –fueron las palabras de Marasi.

–Sabían que era peligroso.

–Sí.

–¿Y salieron de todas formas?

–El Adriático no es un mar, es un lago.

–Usted es responsable de sus hombres.

–Sí.

–Entonces ¿por qué salieron?

–Allá abajo la mar está más calmada.

–Se lo advertimos. Aquí está el informe de la conversación por radio.

–Lo sé.

–¿Cómo sucedió?

–Giuliano cayó por la borda.

–¿Cómo?

–Pasaba algo raro. Se asomó a ver qué era.

–¿Qué era lo que pasaba?

–No sé qué de la red. Se enganchaba.

–¿Y?

–Él fue a ver.

–¿Y?

–Y luego se cayó por la borda.

–¿No intentó usted ayudarlo?

–No pude ayudarlo.

–¿Qué hizo?

–Viré el barco. Apunté al agua con el foco para buscarle.

–¿Es que no llevaban chalecos salvavidas?

–No. Mario lanzó al agua una caja de poliestireno.

–¿Cuánto tiempo le buscaron?

–Tres horas.

–¿Pidieron ayuda?

–No había nadie para ayudarnos.

–¿Cómo lo sabe?
 –Con ese tiempo no sale nadie a la mar.
 –¡Pero ustedes salieron!
 –Sí.
 –Usted tiene obligación de informar de inmediato de un incidente así.
 –Y lo hice.
 –Según el informe de radio, no fue hasta las seis y diez de la mañana.
 –Claro. Antes estábamos en aguas internacionales.
 –¿Por qué no informó antes?
 –Estábamos buscando.
 –No llevaban a bordo ni chalecos salvavidas ni ninguna tabla de salvamento. Eso va contra la ley.
 –No necesitamos esos chismes.
 –Va contra la ley.
 –Tengo 74 años y llevo 38 saliendo a la mar. Si me pasa algo, es que tiene que ser y ya está. Giuliano tenía 63 y opinaba lo mismo.
 –¿Cuánto llevaba en su barco?
 –38 años.
 –¿Para qué necesitan esas defensas en los costados?
 –Son neumáticos viejos, no defensas.
 –¿Y para qué las necesitan?
 –En caso de emergencia, por si hay marejada en el puerto.
 –Los demás no llevan.
 –Los demás tampoco salen cuando hay un poco de tormenta.
 A las diez y cuarto, Ugo Marasi entraba en la pescadería de su hija. El pescado estaba todo muy bien presentado sobre la capa de hielo de los mostradores. Nicoletta preparaba una dorada de gran tamaño. La había abierto y, con los dedos ensangrentados, le había sacado las tripas, que echaba en un cubo. Luego desescamó el pez. Al ver a Marasi, le saludó con la cabeza, dándole a entender que pasara a la parte de atrás, a la oficina. Ella acudió al cabo de unos minutos.
 –Su mujer me ha dado una bofetada –dijo Nicoletta. Había ido de inmediato a casa de Giuliano. La mujer ya se había enterado por uno de los pescadores del muelle de que su marido no regresaría a casa. Después de aquella repentina y dolorosa bofetada, le había vuelto la espalda a Nicoletta, diciéndole que era culpa de su padre y que saliera de su casa de inmediato.
 Marasi se encogió de hombros:
 –Yo pasaré más tarde –dijo, y abrió la puerta de la oficina–. Ésta ha sido mi última salida, Nicoletta.
 –¿Qué significa eso?
 –Que no pienso salir más –dijo Ugo Marasi–. Voy a vender el barco.
 Luego salió a la calle, iluminada por un sol brillante, y se fue a casa.
 Cuando Bruna Saglietti oyó levantarse a su marido, a las dos de la tarde, él se ponía su

único traje para ir a ver a la familia de Giuliano. No había dormido, no podía quitarse de la cabeza la imagen de Giuliano, de cómo desaparecía en la sima entre los dos barcos. Debía de haber muerto al instante, o, al menos, estar inconsciente y ahogarse. No debía de haber sentido nada. Y en los oídos de Marasi retumbaba una y otra vez su propio grito estremecedor al perder a su único amigo:

—¡Giulianoooooooooo!

El viejo Gubian llevaba horas de pie detrás de un coche, esperando. Bruna Saglietti lo había visto al salir de casa para ir a pagar el impuesto municipal por la retirada de basuras. La oficina de pago estaba unas pocas casas más allá. Hacía días que había encontrado el recibo en el buzón. La multa por impago era considerable, a pesar de que nadie podía decir que ella tirase mucha basura. Lo guardaba todo en casa. Incluso las latas de atún vacías podían servir para algo alguna vez.

Vio a Gubian al otro lado de la calle, un hombre fornido de la edad de Ugo con la mirada clavada en la puerta de la casa de la que ella salía. Bruna había oído llamar al timbre en el piso de arriba después de que Ugo saliera de casa a una hora completamente desacostumbrada. El viejo seguía allí cuando volvió de hacer sus recados. Ella se dio cuenta de que la observaba y vio también cómo cruzaba la calle.

—¿Señora Marasi? —preguntó.

—Sí. ¿Qué desea? —era lo mismo que preguntaba siempre a los clientes de los grandes almacenes.

—Estoy buscando a Ugo.

—No sé dónde está —dijo en el mismo tono con el que decía en el trabajo: «Lo siento, no trabajamos ese producto».

—¿Cuándo volverá?

—No lo sé.

—Pues tiene que saberlo. Es su mujer.

—¿De qué se trata?

¿Cómo explicarle a aquel desconocido tan extraño y de mirada amargada lo que ni siquiera ella misma comprendía? Que era la esposa de Ugo aunque, en el fondo, había dejado de serlo hacía mucho; que sí, él vivía en la misma casa, pero un piso más arriba. Que la había abandonado muchos años atrás, pero que nunca se había marchado del todo. ¿Quién iba a entender algo así? ¿O a creerlo? ¿Y qué le importaba a aquel hombre?

—¿Dónde estuvo el domingo?

—En casa —eso lo sabía porque le había oído en el piso de arriba. Ugo había salido por la mañana temprano y había vuelto a los diez minutos con el periódico.

—¿El día entero?

—Sí. Pero ¿qué quiere usted? ¿Qué le importa eso a usted?

—Quiero hablar con él. Dígaselo. Volveré.

—¿Y quién es usted?

—Soy Gubian.

Conocía el nombre por el periódico del día anterior. Y ahora se acordaba de que Ugo, cuando eran jóvenes, una vez le había contado la historia. Se acordaba también de cómo

temblaba de rabia y se deshacía en amenazas. Y de cómo una vez lo habían visto por casualidad y Ugo había dicho: «¡Es él!», en tanto que Gubian había seguido su camino sin darse por aludido.

—¡Dígale que le voy a matar! —Gubian la dejó allí, parada, y cruzó de acera otra vez. Sin moverse, se quedó mirando cómo Bruna abría la puerta.

Fue en septiembre de 1943, tras la caída de Mussolini y antes de que llegaran los alemanes. La resistencia yugoslava saldaba cuentas sin piedad con los fascistas italianos. Éstos no se habían mostrado precisamente delicados con la población croata y eslovena. Las potencias del Eje, Alemania e Italia, así como la «nueva» Hungría, se habían repartido entre ellas el territorio de Yugoslavia. Mussolini proclamó la anexión de la provincia de Lubiana; Istria ya pertenecía a Italia desde 1920, de acuerdo con el Tratado de Rapallo. Los fascistas prohibieron hablar esloveno y croata; las escuelas, empresas y bancos eslavos fueron disueltos. Con una dureza implacable, todos los nombres eslavos fueron «italianizados» y se prohibieron las misas en esloveno, después de que El Vaticano nombrara obispos italianos en sustitución de los eslavos. Todo uso del esloveno o croata en público estaba sancionado, incluso se obligaba a hablar en italiano en las conversaciones privadas.

Cierto es que los italianos constituían la mayoría de la población a lo largo de la costa y en las ciudades, pero, entre la población eslava del campo, el movimiento de resistencia no tardó en arraigar, ya fuera por tendencias monárquicas, católico-nacionalistas o comunistas. El momento idóneo para vengarse de las injusticias sufridas se acercaba.

Tras la caída del régimen comenzaron los fusilamientos. No sólo de los representantes políticos. También entraron en juego las envidias y las venganzas y odios personales. Se produjeron denuncias, torturas, violaciones y asesinatos. Y se guardó silencio. Nadie sabía nada concreto. Las noticias sobre las atrocidades cometidas eran escalofriantes. En 1943 sólo se prolongaron durante unas semanas hasta que llegaron los alemanes a restablecer «el orden». La segunda ola se inició en abril de 1945 y fue mucho peor. Lo único que recordaba hoy a aquel período era la polémica y, de cuando en cuando, el sobrecogedor descubrimiento de alguna *foiba* nueva a la que se había arrojado a las víctimas, vivas o muertas, seguidas de una granada de mano y, no pocas veces, un perro negro como símbolo del mal. Muy pocos habían sobrevivido a las masacres. Hasta el momento, se habían registrado más de treinta *foibe* en Istria y en la parte triestina del Carso. Los datos acerca del número de muertos oscilaban entre quinientos y veinte mil. No sólo italianos, también eslovenos y croatas hallaron la muerte en ellas. Y también la hermana de Marasi. Marasi le había hablado de ello a Bruna. Estaba seguro de que había sido cosa de Gubian. Violetta, la guapa hija de un agricultor adinerado que en tiempos le había rechazado con displicencia. En septiembre de 1943, Gubian denunció a la estudiante, de veintitrés años. Semanas más tarde, los alemanes sacaban su cadáver de una *foiba*. Torturada, mutilada y violada. Nunca capturaron a sus asesinos. Así lo contaba Ugo. Estaba convencido de que Gubian tenía alguna implicación, si no era él mismo el asesino.

Pero ¿por qué había dicho Gubian que ahora quería matar también a Marasi? ¿Acaso pensaba que Ugo estaba detrás del crimen de Contovello? Bruna tenía que avisar a Ugo. Y así, por fin, podría volver a hablar con él. Por primera vez en veinticinco años.

Proteo Laurenti llegó tardísimo a la oficina y su hijo Marco con una hora de retraso al colegio. Como casi todas las mañanas, el padre tuvo que llamarlo cuatro veces para que se levantara. Luego, no tardó ni cinco minutos en el baño y pasó volando por la cocina de camino hacia la puerta.

—¡Marco! —le llamó Proteo, mientras ponía la cafetera al fuego.

—*Ciao*, papá. Tengo que darme prisa, ya voy tarde.

—Marco, tengo que hablar contigo.

De mala gana, el chico dio media vuelta y esperó, de pie en el umbral de la puerta de la cocina, a lo que su padre tenía que decirle.

—¿Qué haces tú por el bar Bellavia?

—¿Cómo que qué hago por allí?

—Vas mucho. Hasta te conocen por el nombre.

—¡Vaya tontería!

—Lo oí yo mismo. Cuando la camarera te traía las bebidas.

—Anda, mira tú.

—¿Tienes algo que ver con la extrema derecha?

—Nada, papá. Bueno, quiero decir, conozco a alguno de ellos, amigos de amigos y eso.

—Pues no me gusta nada que te juntes con esa gente.

—¿Por qué? Yo no tengo nada que ver con ellos.

—Pero entras y sales por ese bar. Son gente peligrosa, Marco.

—¿Esos tíos? ¡Qué va, hombre! Ésos no son nada peligrosos. Todo lo que hacen es emborracharse y armar bulla. Cuando vamos por el Viale, a veces también pasamos por el bar, o te crees que sólo salimos a tomarnos un helado en Zampolli. No sólo van fachas. Mira, papá, es que me tengo que ir —y, nervioso, levantaba un pie y luego el otro sin moverse del sitio.

—Pues te fumas la primera clase. Ayer por la noche no te vi el pelo, anteanoche tampoco. Haz el favor de contarme por dónde andas todo el tiempo.

—No ha sido culpa mía. Eras tú el que no estaba en casa. ¡Yo sí!

—Pero ahora sí que estoy. Y quiero que hablemos.

Laurenti sabía que su hijo tenía razón. Pero estaba resacoso, irritable y de mal humor, y, en cualquier caso, para eso era su padre.

—Bueno, vale —Marco se quitó la cazadora y la lanzó a una silla. Luego fue a la nevera y se sirvió un vaso de leche.

Y guardó silencio.

—A ver, Marco, hijo. El sábado mataron a un hombre en el Bellavia. No quiero que mi hijo frecuente ese tipo de sitios.

—Ya lo sé. Lo vi.

—¿Qué? —Proteo estaba fuera de sí y temblaba de cólera—. Dilo otra vez.

—Decía que lo sé porque lo vi. De lejos.

—¿Estabas allí? —exclamó Proteo.

—Sí.

—¿Y no me lo cuentas? ¿Por qué no estás en la lista de testigos?

—Porque salí por pies enseguida.

—¡Y, para colmo, ni siquiera eres mayor de edad! Ya está bien. No quiero que te sigas pasando las noches por ahí, borracho, y vuelvas a casa cuando te dé la real gana. Desde hoy, a las doce en casa. A lo mejor, así, hasta sacas mejores notas.

—Ya saco buenas notas.

Cuanto más se alteraba su padre, más tranquilo se veía a Marco. Casi indolente. Igual que Laura, no cabía duda, le vino a la mente a Proteo en ese momento.

—Pero podrían ser mejores. ¡Y te prohíbo tratar con los fascistas! ¿Es que no sabes lo que quieren?

—¡Si eso lo sabe cualquiera! Pero yo no tengo nada que ver con ellos. No me interesan un pimiento.

—¡Pues deberían!

—Primero dices que no quieres que trate con ellos y, luego, que deberían interesarme de repente. Mira, a mí todo eso de la política me trae al fresco. Es para viejos como tú.

—¿Y quién era esa chica?

—¿Quién?

—La, la... —Laurenti no se acordaba del nombre—, la guapa.

—¿Luciana o Carla?

—Las dos.

—Amigas, papá. ¿Tienes algo en contra?

—Espero que utilices preservativo...

—¿Tú estás mal de la olla o qué? ¿Qué tiene que ver eso?

—¡Es importante!

—¡Eso ya lo sé!

—Vamos a ver, hijo, lo que quiero es saber de una vez con quién sales. Y quién estuvo aquí anoche, y anteanoche. Además, por lo menos podrías recoger la cocina, ya que tu madre ha decidido poner pies en polvorosa. Esta noche recogemos todo juntos. A las siete y media. ¿Está claro?

—Vale —Marco se puso la cazadora—. Me tengo que ir. Tenemos examen.

—¿De qué?

—De historia.

—Espero que vayas bien preparado. Esta noche seguiremos hablando.

—Ojalá vuelva pronto mamá —suspiró Marco y salió sin despedirse.

Laurenti volvió a llenar su taza de café. Luego decidió llamar a su madre a Salerno. La anciana siempre se levantaba muy temprano. Durante media hora, Proteo le contó sus penas. Ella le aconsejó que no llamase a Laura. Al menos, no antes del sábado. Darle una semana de tiempo era lo mínimo. Que sufriese. Que llamase ella. Después le

preguntó si quería que fuese a Trieste para hacerse cargo de la casa. Pero Laurenti le dijo que no, que por el moment sabrían arreglarse solos.

Las destinatarias de las dos siguientes llamadas fueron sus hijas. Primero Livia, que había quedado cuarta en el concurso de Miss Trieste del año anterior. Una injusticia, según proclamó después su padre, indignado, allá donde tuvo ocasión, ella era mil veces más guapa que todas las demás; claro que ya se sabía que, en esas cosas, la objetividad no contaba. Él estaba en contra desde el principio, precisamente por los tejemanejes del jurado para amañarlo todo.

Livia se había mudado a Berlín a comienzos del semestre. Había rechazado la oferta de trabajar como modelo para una empresa de camas y colchones de Trieste incluso sin necesidad de que su padre se lo prohibiera, cosa que, sin duda, él habría hecho. En Berlín –así lo había afirmado– podría emanciparse por fin de la familia. Llamaba una vez por semana, pero Laurenti quiso darle él mismo la mala noticia del hogar destruido tras la partida de la madre. A mil doscientos kilómetros de distancia, oyó bostezar a Livia, a quien obviamente había sacado de la cama. Mucho más no salió de ella; como de costumbre, las mujeres de la familia se mantenían unidas. Su hija predilecta, Patrizia Isabella, no estaba en casa. «Qué raro», pensó, pues era hora de estar en casa. Patrizia Isabella, que era su gran orgullo y se había matriculado en la Universidad de Nápoles. Claro, sería que ya se había ido a clase.

Cuando Proteo Laurenti por fin llegó a la oficina, su ayudante le recibió con una mirada de desconfianza. Marietta le conocía como si fuera hijo suyo. Ese día, Proteo Laurenti no podría ocultarle nada. Ella le siguió hasta su despacho, cerró la puerta tras de sí y se sentó enfrente.

–Venga, cuéntamelo –le dijo.

Sólo les interrumpió una llamada. El doctor Galvano le comunicaba que había dado permiso para retirar los cuerpos del Anatómico Forense después de recibir la visita de Gubian. El entierro en el cementerio de Contovello estaba previsto para el miércoles a primera hora.

Marietta escuchó a su jefe durante un largo rato, intentó consolarle y, al final, le dio el mismo consejo que Galvano y que su madre:

–Déjala en paz una temporada. Y si necesitas ayuda, ya sabes que puedes contar conmigo. Para lo que sea, Proteo.

«Eso quisieras tú», pensó él.

Y ahora tenía que llamar a Rossana porque le picaba la curiosidad.

Ella dejó escapar una risita al escuchar su voz.

–¿Qué, ya has dormido la mona? –le preguntó.

–Me siento como si me hubiera atropellado un camión con remolque y todo. ¡De repente, desapareciste, Rossana!

–Era el momento, y hoy también tengo un día durísimo. No puedo entretenerme

mucho hablando.

—¿Y Franco? ¿Cómo fue la noche? ¿Se le da bien?

Ella soltó otra risita:

—Vamos a ver, Proteo. ¿Qué cosas piensas de mí?

—En realidad era yo quien quería llevarte a casa, por si no te diste cuenta.

—Claro que me di cuenta, por eso me pareció mucho más sensato marcharme yo sola.

—¿Sola? ¡No me digas!

—Olvídalo.

—Ya me enteraré, ya.

Rossana cambió rápidamente de tema:

—¿Es cierto que mañana se celebra el entierro de esa familia?

—Sí, a las diez de la mañana. ¿Por qué?

—Estad preparados. Irá mucha prensa, también la televisión. ¿Hay algún comunicado de la policía sobre el estado de la investigación?

—Todo lo que hay es que trabajamos como locos pero aún no hemos dado con ninguna pista realmente sólida. Casi hemos terminado de tomar declaración a los habitantes del pueblo. Estamos buscando la procedencia de las piezas con que se construyó el artefacto. Antes del mediodía os haremos llegar el informe a la redacción. Estaría bien que saliera publicado. A lo mejor alguien se pone en contacto con nosotros. Peinamos todas las tiendas de la ciudad y los alrededores. Pero no creo que nos lleve demasiado lejos, seguro que el autor del crimen ya se había hecho con todo el material mucho tiempo atrás. Además, puedes añadir el dato de que, ese domingo, la familia había comido *datteri*. Para el dueño de una tienda de *delicatessen* no debe de ser difícil conseguirlos. Y era evidente que vivían con desahogo.

—¿Vais a dar una conferencia de prensa?

—Todavía no, Rossana, de momento no tiene sentido.

—¿Irás al entierro?

—Claro. Y mira que los odio.

—Entonces, nos vemos mañana.

—Y a lo mejor me quieres contar lo que hiciste con Franco...

Rossana rió de nuevo:

—Ya me guardaré de hacerlo. Hasta mañana.

—Hasta mañana —Proteo colgó y marcó el número de Franco. En la Trattoria al Faro cogió el teléfono la madre de éste, quien, a sus 73 años, pasaba allí las mañanas elaborando los deliciosos postres. Le dijo que su hijo no iría al restaurante ese día. Franco se había puesto enfermo.

—¡Increíble! —bufó Proteo Laurenti—. ¡Ella le ha puesto malo de tanto amor!

Al entrar en la sala de reuniones el último, Laurenti se dio cuenta de que todos los ojos estaban fijos en la nueva... y no sólo los ojos de los compañeros de sexo masculino, que, naturalmente, eran la mayoría. Algo era distinto de otras ocasiones en las que se

presentaba a una cara nueva en el círculo de colaboradores. En primer lugar, siempre se avisaba con antelación; en segundo, hasta entonces, ningún nuevo colaborador había sido jamás ni la cuarta parte de atractivo que la dama de aquel día.

La forma de sentarse en torno a la larga mesa de reunión siempre obedecía, como de costumbre, a una rígida jerarquía, y, puesto que el *vize-questore* titular, cuyo puesto heredaría Laurenti llegado el momento, seguía de baja, el jefe máximo de la policía, que también presidía la mesa, había designado para ella el asiento vacío. Justo al lado de Laurenti, a quien la dama miró con curiosidad al ver que se acercaba hacia ella. Él la saludó amablemente con la cabeza y se sentó, miró luego a su alrededor y captó la mirada expectante que, a su vez, le dirigían los compañeros y los representantes de las demás fuerzas del orden. Frente a él estaba el enjuto fiscal jefe, con la misma cara gris de siempre y el negro cabello todo repeinado hacia atrás con kilos de gomina. En el fondo, no se le había perdido nada en una reunión de agentes de los respectivos cuerpos de policía.

—Señores —abrió la reunión el *questore*—, hemos convocado este consejo con muy poca antelación. El fiscal jefe ha recibido hoy a una visita muy importante a la que él mismo tendrá el gusto de presentarnos.

El cabeza engominada carraspeó dos veces, tapándose la boca con una mano muy pálida. En los puños de su camisa brillaban unos gemelos de oro.

—Europa crece —comenzó a decir con voz temblorosa—. Los problemas que nos ocupan a día de hoy cada vez están más relacionados con las fronteras. Y las fronteras de Europa cambian. Hace poco y por primera vez han entrado en acción patrullas de frontera italo-eslovenas. Eslovenia no tardará en incorporarse a la Unión Europea. Esto es un gran paso adelante. Nuestro otro vecino, Croacia, también está cada vez más cerca. Con ello nos llegan oportunidades de las que antes carecíamos... pero también nuevos problemas. No me refiero solamente a la inmigración ilegal, la cual, como bien sabrán ustedes, ha aumentado en nuestro tramo de frontera en doce veces el volumen del año pasado. Las bandas criminales que organizan este tráfico humano traen consigo otra serie de conflictos: extorsión, drogas, prostitución, armas, blanqueo de dinero, etc. Háganse la idea de que ya sólo los treinta mil ilegales que hemos capturado en este año han supuesto una entrada de capital de unos setecientos ochenta y seis mil millones de liras. Y ese dinero no puede quedarse quieto, se mueve en otros negocios. En fin, todo esto ya lo saben ustedes. La cooperación entre Croacia e Italia no siempre se ha desarrollado con fluidez y sin roces. Pero eso va a cambiar muy pronto, desde la muerte de Tudjmann, es patente un gran giro político en Croacia.

Laurenti giró la cabeza para mirar a su vecina de mesa, que le devolvió la mirada de reojo durante un instante pero enseguida se fijó de nuevo en el fiscal.

—¿Cuándo irá al grano de una vez? —musitó Laurenti.

—Políticamente, Istria está dividida en tres. Los problemas que esto tiene como consecuencia sólo pueden afrontarse mediante una intensa colaboración de las autoridades competentes de los tres países, iniciativa que ahora también recibe el apoyo de Croacia —prosiguió el fiscal jefe—. Hoy tenemos sentada entre nosotros a la doctora

Živa Ravno, fiscal de Pula –y dijo, en efecto, Pula y no Pola, como se pronunciaba en italiano–. La doctora Ravno es la jefa del Servicio de Investigación de Istria; perdón, he querido decir, de la parte croata de Istria, por supuesto, de Pola, desde Abbazia hasta arriba, hasta la frontera de Pirano –esta vez sí había dicho los nombres italianos de las ciudades. Proteo Laurenti no pudo evitar una sonrisa socarrona y volvió a mirar de reojo a su vecina.

»Señores, esto mismo ya es signo de un gran progreso. Croacia se ha dado cuenta de que esta parte del país requiere una legislación especial para solucionar este problema. Esta iniciativa se debe en gran parte a la doctora Ravno y, cosa que me complace en especial –el cabeza engominada dedicó una untuosa sonrisa a su claramente más joven colaboradora–, también será ella quien dirija las labores de cooperación acordadas entre su país e Italia. Así pues, en el futuro, estaremos en frecuente contacto con ella, señores, y sepan ustedes que es expreso deseo del gobierno que dicho contacto sea tan estrecho como eficaz. Por esta razón había pedido al *questore* –ahora lanzaba una mirada a éste como si fuera a contarle un chiste cochino– que brindase a la señora Živa... perdón: a la doctora Ravno... esta oportunidad de conocerles. Señora, a su lado se sienta el jefe de la policía criminal, el comisario Laurenti; a su derecha, el comisario Lucenti, de la Polizia Stradale; luego, el comisario...

Presentó a cada uno por su nombre, y cada uno miró a la fiscal croata más o menos abiertamente. También Laurenti aprovechó la ocasión. El perfume que usaba ya lo llevaba oliendo un rato... Demasiado refinado para una fiscal, pensó. Era joven, en realidad demasiado joven para un cargo semejante; además, era condenadamente atractiva, sobre todo aquella larga y gruesa trenza negra que le llegaba hasta abajo de la espalda y aquel jersey ajustado de hilo fino que, para colmo, acentuaba sus curvas. En nada correspondía a lo que Laurenti, por experiencia, pensaba que debía ser una fiscal. El comisario recuperó la compostura enseguida y volvió enderezarse en la silla como es debido.

–Espero de su parte, señores –oyó resumir al fiscal jefe italiano–, que apoyen la colaboración con entusiasmo y sin trabas burocráticas para que logremos tomarle la delantera al crimen internacional y salvar las lagunas que aún tenemos. En los próximos días, nuestra colega querrá hablar con algunos de ustedes e informarse. Hagan el favor de dedicarle el tiempo que ella precise. Doctora Ravno, espero que esté de acuerdo con mis palabras. ¿Desea decir algo a los presentes?

–Gracias, muy amable –ahora, para rematar, Proteo oía su voz y se estremecía. Era una voz cantarina, no aguda, clara como la campana de Santa Croce. En realidad, hablaba como Laura–. Como ya ha dicho mi compañero, éste es el comienzo de una nueva era –la Ravno hablaba casi sin acento–. También en Croacia hemos comprendido que sólo hay un camino: el camino hacia Europa. La muerte de Tudjmann y el nuevo gobierno han traído consigo muchos objetivos nuevos. Entre ellos se encuentra reducir la criminalidad, algo que nos afecta de una forma muy distinta que a otros países de la Unión Europea. Croacia es un país de tránsito para todos los negocios sucios imaginables y, con ello, también el país donde se instalan aquellos que los organizan, sabiendo muy

bien cómo dar nuevos usos a las viejas estructuras, que en parte aún funcionan a la perfección. También nosotros sufrimos las consecuencias de que muchos jóvenes inteligentes hayan optado por marcharse al extranjero para no desperdiciar su talento. Y no regresarán hasta que su país no haya cambiado. Yo misma interrumpí mis estudios en Zagreb y los continué en Múnich. Tras la caída del régimen de Tudjmann, regresé. Mi familia vivía en Novigrad, o Cittanova, como se llama la ciudad en italiano. Allí nací y allí vive todavía mi abuela. Entenderán, pues, que también me mueve el interés personal al desear que la colaboración entre nuestros dos países funcione bien. Además, tengo la esperanza de que los viejos resentimientos no signifiquen nada para las jóvenes generaciones y de que las fronteras desaparezcan pronto, cuando los territorios nacionales se abran. Espero realmente que hagamos rápidos progresos juntos. Sobre todo es importante que agilicemos el trato en todo; ahora que nos conocemos, no debería haber ningún problema en realizar una llamada a tiempo.

Normalmente, en las reuniones de la policía, nadie mostraba ningún tipo de reacción emotiva después de un discurso, pero esta vez todos rompieron en atronadores aplausos de entusiasmo. Después de que el *questore* diera por finalizada la reunión, todos querían estrechar la mano de la fiscal. Sólo Laurenti tuvo que quedarse escuchando las tonterías del *questore*, quien, a la vista de la nevada del día anterior, ya soñaba con unas vacaciones de esquí. «¿Esquiar?», pensaba Laurenti. «¡Por Dios, qué horror!», él prefería mil veces nadar en el mar, en verano. Con una mujer como aquélla... se dio la vuelta y vio que Ziva Ravno abandonaba la sala junto al fiscal jefe. «Con Laura, por supuesto», rectificó sus pensamientos.

Primero, permanecieron sentados frente a frente sin decir palabra. Al principio, Eliana, la mujer de Giuliano, no quería dejarle pasar. Volvió a cerrar la puerta nada más ver al sombrío Ugo Marasi al otro lado. Él siguió llamando al timbre. Una y otra vez hasta que Eliana, por fin, le abrió.

—¿Qué más quieres, Ugo?

—Hablar contigo, Eliana.

Ella presintió que no la dejaría en paz. Él la siguió por el pasillo hasta la sala de estar, en la que había un álbum de fotos abierto sobre la mesita. Fotos en blanco y negro. Fotos de Giuliano y Eliana cuando eran jóvenes. Ella se sentó en el sofá y lo cerró. Miró a Ugo y ni le pidió que se sentara ni le dijo una sola palabra. Se limitó a mirarle con odio. Ugo se quedó de pie.

—Era mi amigo —dijo.

Eliana guardaba silencio. Esta vez no había forma de callar a Ugo.

—No pude ayudarle. La tormenta era demasiado fuerte. Cogí el cabo al que se había agarrado. Pero se cayó entre los dos barcos. Cuando tiré de él, no había nada al otro lado. Nada, ¿entiendes, Eliana? ¡Nada! Pasé tres horas buscándole —por fin, Ugo se sentó en el sillón, frente a la mujer.

Eliana no quería devolverle la mirada y clavaba la vista en la ventana.

—Fue culpa tuya. No quiero volver a veros a ninguno. ¡Todos mentís!

Marasi se sorprendió. ¿Había estado allí Luca? ¿Y Mario?

–Vete, Marasi. ¡Déjame sola!

A Marasi le fue muy difícil encontrar una respuesta. Finalmente, se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y extrajo un sobre que empezó a deslizarse lentamente entre los dedos.

–No voy a salir a pescar nunca más. Vendo el barco.

Eliana no contestó. Sólo le miró.

–Voy a vender el barco. Aquí tienes treinta millones. De momento, Eliana. Es todo cuanto tenía. El barco vale más de quinientos. Cuando me deshaga de él, te traeré el resto. La parte de Giuliano.

–¡No quiero tu dinero! ¡Vete ya!

–Es el dinero de Giuliano.

–¡Cógelo y vete!

Ugo se levantó, dejó el sobre encima de la mesa sin tocarlo.

–Hasta pronto, Eliana. ¿Cuándo será el funeral?

–No quiero que vengas. Lárgate de una vez y llévate el maldito dinero. ¡Asesino! –le gritó.

Marasi, vacilante, recorrió el pasillo hasta la puerta de la calle.

–¡He dicho que te lleves el maldito dinero! –le gritó Eliana, tirándole el sobre. Marasi lo dejó en el suelo, en la ajada alfombra, luego cerró la puerta con un fuerte golpe.

Al salir a la calle, el sol radiante le cegó. Se apresuró a entrar en el bar más próximo y no respondió al saludo del amable camarero que atendía la barra sino que se limitó a gruñir las tres palabras imprescindibles para pedir el vaso de vino tinto que necesitaba en ese momento. Eliana le había tratado mal. No se merecía eso, después de todo, le había llevado dinero. Dinero como compensación por Giuliano. Le había llevado todo lo que tenía en la cuenta corriente. Y ella le echaba de la casa. No era justo. Se bebió el vaso de un trago y, de repente, vio a Luca y a Mario en el otro extremo de la barra, medio tapados por otros clientes.

Pidió otro vino y se abrió paso entre la gente para unirse a los otros dos.

–Salve –dijo Marasi, levantando la cabeza.

–Es Ugo –Luca tiró de la manga a Mario, que estaba de espaldas.

–Salve, Ugo –dijo Mario–. ¿Has ido a verla?

–Sí. ¿Y vosotros?

–También. Nos ha echado.

–¿Qué os han preguntado los de la Capitanía?

–Todo y nada. Nada especial –dijo Luca.

–¿Qué habéis dicho?

–Nada –Mario se encogió de hombros y Luca asintió con la cabeza.

–Entonces, está bien.

–¡No está bien nada! ¡Nada, Ugo! –Mario le miró de muy mala manera, era más alto que Marasi y estaba de pie junto a él, muy cerca–. Giuliano ha muerto. Es culpa tuya.

–Oye, párate un poco. No os obligué a venir a ninguno.

Luca apartó un poco hacia un lado a Mario, que estaba como una furia.

—Sabes perfectamente que Giuliano hacía todo lo que tú querías. Jamás te habría llevado la contraria. No te vas a librar tan fácilmente, Ugo. Ha sido culpa tuya, tuya y de nadie más.

Dos clientes que estaban al lado de ellos se volvieron con curiosidad. Marasi se dio cuenta, hizo un gesto con los ojos a sus compañeros y calló. Dejó el vaso vacío en la barra y, con un brusco movimiento de cabeza, dio a entender al camarero que se lo rellenase.

—No voy a salir a pescar más. Vendo el barco.

—¿Ah, sí? —Mario volvía a mirarle desde arriba—. ¿Y eso qué significa?

—¿Estás sordo o qué?

—¿Con que vas a vender el barco? ¡El barco es de todos! Eso no lo decides tú solo, Ugo.

—¡Me da igual lo que pienses, Mario!

Marasi no se había dejado intimidar por nadie en toda su vida, ni siquiera por las ametralladoras del ejército yugoslavo que le habían disparado cuando, en junio de 1954, huía a Italia a través de la marejada en un bote de remos, con otros dos muchachos. Le habían acusado de fascista por no querer alistarse en el Partido, aplicando aquel lema de «quien no está con nosotros, está contra nosotros», y le amenazaron con la cárcel. El siroco les ayudó a alejarse enseguida de la Punta Salvatore, y, debido a la espesa cortina de lluvia, la luz del faro no iluminaba un radio demasiado amplio. Los yugoslavos, según supo meses más tarde, celebraron su muerte con gritos de júbilo y abundante aguardiente, pues estaban convencidos de que era imposible que los tres jóvenes hubiesen llegado a Italia con aquel temporal. ¿Y ahora iba a decirle nadie a él, Ugo Marasi, lo que tenía que hacer, o incluso a amenazarle?

—Tú espera, Ugo. Ya verás —Mario le dio la espalda.

—No veré nada. Eliana necesita dinero. Le he dado todo lo que tenía en la cuenta. Treinta millones. La parte de Giuliano vale mucho más. Sólo se la podremos dar si vendemos.

Se terminó el vino y arrojó unos cuantos billetes sobre la barra.

—Entonces, ¿de verdad crees que con eso estará todo zanjado? —Luca se interpuso en su camino.

—¿Qué más hay que hacer? Voy a vender el barco.

—Esta noche lo hablamos —dijo Luca—. Ven a mi casa a las ocho. Y ahora, márchate.

Ugo estaba a punto de estallar.

—¡Me iré cuando a mí me dé la gana, Luca, no cuando lo digas tú! —le gritó furioso—. ¡Y ahora, déjame en paz!

Bruna le oyó en la escalera. Dio un respingo en el sillón, los gatos se apartaron espantados. Salió corriendo al descansillo y vio las piernas y las botas de Ugo en los últimos escalones antes del rellano.

—¡Ugo! —le llamó—. ¡Espera! ¡Espera un momento!

Con una mano en la barandilla y la pierna izquierda un escalón más abajo que la

derecha, todo lo que hizo Ugo fue girar la cabeza de un modo casi imperceptible.

—¡Ugo, Gubian ha estado aquí! Me ha dicho que te diga que volverá.

Ugo avanzó un paso.

—Gubian ha dicho que te va a matar. Ugo, ¿en qué estás metido? ¡Hablemos!

—¡Déjame en paz! —y subió los últimos escalones apresuradamente.

—Ugo, ¿qué te pasa? ¡Habla conmigo! ¡Por favor!

La puerta de la casa se cerró de un portazo detrás de él.

Bruna permaneció inmóvil, de pie en la escalera. Le corrían las lágrimas por las mejillas. No dio media vuelta hasta que no se detuvo junto a ella el griego del último piso, que subía con el aliento apestando a alcohol.

—Nada... —le dijo—. No es nada.

Regresó a su casa y se sentó en su desvencijado sillón.

Una hora más tarde volvió a oír los pasos de Ugo y el habitual portazo un piso más arriba. Sin embargo, esa noche ya no le oyó volver. ¿Dónde estaría? Brunna estaba preocupada. Los gatos se le frotaban por las piernas.

Miércoles de difuntos

En Trieste, la gente volvía a sentarse a tomar café en las placitas soleadas y resguardadas del viento. La nieve ya se había derretido el día anterior y la desagradable sorpresa de la *bora nera* estaba más que olvidada. Arriba en el Carso, por el contrario, persistía el manto blanco sobre los campos y, por las noches, helaba.

La Strada del Friuli estaba llena de coches aparcados, al igual que la callejuela de subida al pueblo, como también la entrada de la carretera de Prosecco estaba colapsada. Laurenti y Sgubin llegaron hasta la plaza de la iglesia en el coche patrulla y lo aparcaron detrás de la barrera roja y blanca que la policía había puesto alrededor de los escombros de lo que fuera la casa de Gubian. Laurenti había ido previamente a ver al *questore* a las ocho de la mañana, encontrándose allí con el fiscal encargado del caso. Era obvio que estos dos habían estado hablando de él, pues le recibieron con bastante frialdad. El *questore* le preguntó por el estado de las investigaciones. Cuando Laurenti reconoció que seguían dando palos de ciego, el fiscal se envalentonó y le echó en cara que no hubieran concedido más importancia al caso. Era cierto, no se había volcado en ello ninguna comisión de cincuenta policías de los que luego se dan aires en los congresos. Y tampoco habían dispuesto guardias uniformados con chalecos acorazados y armas automáticas en cada esquina, como aquella vez de los atentados contra los investigadores en Sicilia. Pero también era cierto que, en Contovello, las víctimas no eran altos funcionarios en manos de los matones de la mafia. Además, entre la policía científica y los agentes que interrogaban a los habitantes del pueblo y los dueños de comercios en la zona, trabajaban en el caso veintiséis agentes de la Polizia di Stato; por otra parte, la bomba había sido analizada por los especialistas de Parma, aunque sin resultados dignos de mención.

—No conduce a ninguna parte hablar de progresos que no existen —Laurenti no se dejó intimidar por el fiscal... y en presencia del *questore* con mayor motivo todavía—. No sabemos nada y sólo lograremos avanzar si reconocemos que es así. Necesitamos más ayuda por parte de los vecinos. Hasta ahora sucede lo contrario, estamos desbordados por infinidad de testimonios superficiales que no nos dicen nada.

—Pues más le valdría venderlo un poco mejor —le replicó el fiscal—. No quiero que nadie nos eche en cara que no estamos haciendo lo suficiente.

Aquella mañana era el momento adecuado para eso. Tres cadenas de televisión habían mandado equipos, y tampoco pasaban desapercibidos los reporteros de otros medios de comunicación. Vecinos dolientes y curiosos se agolpaban ya en la pequeña iglesia, en las escaleras de entrada y en la plaza del pueblo a pesar de que la misa no comenzaba hasta una hora después. En torno a los escombros de la casa de los Gubian, los vecinos del pueblo habían depositado incontables ramos de flores. En alguna parte, Laurenti reconoció el cabello pelirrojo de Rossana di Matteo que se abría paso entre la gente y se dirigía hacia él. Aquella mañana se saludaron sin el habitual beso en la mejilla.

Justo detrás de Rossana se le habían acercado otros periodistas, que se apresuraron a bombardearle con sus preguntas. Ya conocía la situación: si intentaba concentrarse en una sola persona, causaría mala impresión. Y no había visos de que fueran a guardar silencio en ningún momento. Su misión era lo contrario. Así pues, Laurenti tenía que decir algo.

Al hablar, fijó la mirada en un punto lejano, por encima de todos ellos:

—Conocemos todos los detalles de la construcción del artefacto. En este momento, las investigaciones se centran en eso. Hay casi treinta agentes trabajando en el caso. Hemos tomado declaración a los habitantes de Contovello; sin embargo, al parecer no hay móvil para el asesinato. Necesitamos más ayuda por parte de los vecinos. Hasta el más pequeño dato, por nimio que pueda parecer, es esencial. La imagen de la familia es intachable. ¿Quién querría matar a una familia así? Tiene que haber alguien que pueda decir algo al respecto. Le ruego que lo haga en nombre de los difuntos, de sus parientes y también en nombre de la justicia, le suplico que se ponga en contacto con nosotros para que encontremos pronto al autor de este crimen.

Al cabo de cinco minutos, el bombardeo de preguntas se interrumpió de golpe: acababa de pasar la limusina del alcalde. Los periodistas volaron en enjambre hacia él.

Cuando empezaron a tocar las campanas de la iglesia, vieron al cura y al viejo Gubian abriéndose paso entre la multitud para entrar en la iglesia.

Laurenti y Sgubin se quedaron en la plaza durante la misa. Miraban a su alrededor, escrutaban el rostro de la gente, buscaban algo que llamase la atención. Pero no había nada que pudiese constituir una mínima pista.

—Un caso espantoso.

Laurenti se sobresaltó y se dio la vuelta. Detrás de él estaba la fiscal croata de cuyo nombre ya no se acordaba.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó realmente sorprendido.

—Pura curiosidad —respondió ella en voz baja—. Gracias a este entierro, me he librado de otras reuniones esta mañana.

—Sí, me imagino que muchos de los compañeros la pasarán delante del televisor. Es una historia terrible.

Era casi tan alta como Laurenti. Él la miró abiertamente a los ojos, brillantes y maquillados con discreción.

—¿Ya saben algo?

—Qué va, nada en absoluto. Ni siquiera tenemos una remota idea del móvil.

Oyeron que dejaba de sonar el órgano en el interior de la iglesia.
–Creo que los Gubian eran del mismo pueblo que mi familia.
–¿Ah, sí? –Laurenti aguzó los sentidos–. Dijo que era de Cittanova, ¿verdad?
–Pero no me acuerdo de ellos. Mis padres se marcharon cuando yo tenía dos años.
–El viejo es de Pola. De Cittanova no dijo nada.
–Entonces, igual era otra familia.
–Voy a subir al cementerio –dijo Laurenti al oír que la misa terminaba.
–Si no tiene nada en contra, me gustaría acompañarles. ¿Podría recordarme su nombre?
–Laurenti. Proteo Laurenti –y vio que ella se sonreía. Pero la fiscal no dijo nada de los bichitos blancos y ciegos que viven en el fondo de las grietas del Carso–. ¿Cómo era el suyo?
–Živa Ravno –respondió ella.
Bajo la mirada de Antonio Sgubin y Rossana di Matteo, subieron juntos por el estrecho camino. Sgubin les siguió a una distancia adecuada.

A nadie le había llamado la atención su presencia y tampoco había hecho nada por ocultarse. Con el cuello del chaquetón subido, pantalón negro y un sombrero negro cubriendo el cabello corto y negro, no se diferenciaba de la mayoría de hombres del cortejo fúnebre. Nicoletta Marasi permaneció sola durante toda la ceremonia, sin intercambiar una sola mirada o una sola palabra con nadie. Observó el despliegue de policía sin alterarse, al comisario lo había visto otras veces en la televisión. No estaría ni a dos pasos de ella, pues incluso oyó lo que hablaba con aquella mujer joven tan guapa cuyo acento sonaba a alemán. Había decidido ir al entierro la noche anterior, al oírlo en la televisión, al final de las noticias locales. Deseaba cerrar aquel capítulo de su vida acudiendo a ver cómo el ataúd de Manlio Gubian era depositado en la fosa y cubierto de tierra poco a poco. Llevaba un ramo de crisantemos blancos que depositaría sobre su tumba en último lugar. Manlio Gubian había muerto. Por fin. Ojalá hubiera muerto mucho antes.

Se conocieron cuando ella tenía veintidós años. Por casualidad. Fue en la *sagra* de Aurisina, adonde Nicoletta había ido con unas amigas. Las fiestas de la vendimia en las comunidades del Carso empezaban en junio y se prolongaban hasta el otoño. En la meseta, bastante por encima del nivel mar, hacía más fresco, y el calor del verano resultaba mucho más soportable. En la plaza del pueblo habían colocado bancos y mesas a la sombra de los árboles y habían organizado una suerte de gran pista de baile con escenario para la banda. En las casetas que bordeaban la plaza ofrecían vinos del Carso y *Cevapčici*, chuletas o pollo frito y queso a un precio muy módico. Desde siempre, las fiestas atraían a gente de todos los alrededores y constituían una feliz ruptura de la monotonía de la vida del pueblo. Comer, beber, bailar. Porque allá arriba todo el mundo

tenía ocasión de bailar. La música cambiaba desde la samba hasta el vals lento, del rock'n'roll al tango, de la rumba a la polca. No había límite de edad, si bien hay que decir que los abuelos setentones bailaban bastante mejor que sus nietos. Se hablaba sobre todo esloveno, y los carteles de comidas y bebidas estaban en los dos idiomas, como también el discurso del alcalde se repetía en esloveno e italiano, aburriendo al personal por partida doble.

Por casualidad, acabaron sentados en la misma mesa. Manlio estaba enfrente de ella, un poco más allá, y charlaba animadamente con sus amigos. Al hacer un movimiento brusco con el brazo, él volcó la botella de vino tinto. El vestido blanco de Nicoletta se puso perdido. Ella se levantó de un salto, se miró, toda turbada, y, cuando se dio cuenta del alcance de aquella pequeña catástrofe, la asaltaron las ganas de llorar. Aunque el joven se apresuró a empujar el charco de vino de la mesa con un taco de servilletas de papel y tartamudeó compungido que lo sentía muchísimo, ella le dio un sonoro bofetón. Las amigas de Nicoletta formaron un apretado círculo a su alrededor, mientras Manlio se frotaba la mejilla sin saber cómo reaccionar. Las amigas echaron un buen rapapolvo a Manlio y le obligaron a apuntar su dirección para pasarle la factura de la tintorería. Luego se marcharon.

Cuando Nicoletta le llamó, una semana más tarde, quedaron para tomar un helado en el Viale XX Settembre y llevarle la factura. Nicoletta acudió con un vestido nuevo, blanco impoluto. Él se desvivió con ella, se disculpó varias veces y, por supuesto, la invitó al helado. Quedaron otra vez para que le diera el dinero, casi medio mes de sueldo para él. A cambio, ella le invitó al cine. Después de verse en la ciudad tres o cuatro veces, Manlio se atrevió a invitar a Nicoletta a la siguiente *sagra* en el Carso. Durante dos años, ella ocultó a sus padres que tenía novio, su primer novio. El padre de Manlio vivía en Istria, y el hijo sólo lo veía en vacaciones. Tampoco él se imaginaba nada.

En otoño de 1991, cuando comenzaron los enfrentamientos en la antigua Yugoslavia, en Trieste se preocuparon mucho. Eslovenia y Croacia habían proclamado su independencia y se producían las primeras escaramuzas con el ejército yugoslavo. A partir de entonces, el flujo de mercancías ilegales que atravesaban las fronteras cambió. Los cargamentos de armas, no pocas veces enviados desde Suiza, tenían que transportarse ahora en la dirección contraria: hacia los Balcanes. Por lo general se trataba de transportes de poca envergadura que podían realizarse en furgonetas o en coche, pues al principio apenas había impedimentos para transitar por tierra o por mar hacia los países vecinos; hasta que las autoridades italianas se dieron cuenta de que algo sucedía y aguzaron la vista para controlar qué era aquello que salía del país y que, en el otro lado, dejaban entrar haciendo la vista gorda. Luego llegó el día en que Manlio, quien desde hacía cierto tiempo disponía de más dinero de lo habitual, pidió permiso a Nicoletta para hablar con su padre. Tardó mucho en convencerla, le habló de su padre en Pola y del miedo que tenía de que la guerra alcanzase a Istria si el ejército croata era derrotado en Dubrovnik, en la Krajina y en Eslovenia, y de que, luego, también Trieste dejara de ser un lugar seguro. Muy serio, le contó a Nicoletta que por ese motivo trabajaba para la organización que se encargaba de aquellos transportes en Trieste. Quería que el padre de

su novia colaborase con ellos y se hiciese cargo de la mercancía para llevarla hasta aguas internacionales. El padre de Manlio recogería las armas en alta mar y las transportaría, a su vez, a Croacia.

Aquel encuentro resultó una catástrofe de la que Nicoletta jamás logró recuperarse. Perdió la alegría de vivir y la confianza en las personas. Ugo Marasi saludó a Manlio con más cordialidad de la que ella esperaba. Finalmente, le había confesado a su padre que llevaba dos años saliendo con él. Al principio, Ugo escuchó al joven y comprendió su preocupación por Istria. Estaba casi a punto de aceptar su propuesta cuando preguntó a Manlio por su apellido.

—Gubian. Manlio Gubian —respondió éste de buen grado.

La mirada de Marasi se ensombreció.

—¿Cómo se llama tu padre? —su voz había cambiado radicalmente, adoptando un tono que a la propia Nicoletta le resultaba extraño.

—Antonio.

—¡Fuera de aquí ahora mismo! —de repente, la mirada de Marasi destilaba odio y le temblaban las manos—. ¡Que te largues he dicho! ¡Ahora mismo! ¡Que no te vuelva yo a ver nunca más! ¡Y deja a mi hija en paz! Y tú, niña —gritó a su hija—, ¡tú te quedas aquí! Tengo que hablar contigo, ¡golfa!

Manlio vacilaba.

—¡Largo de aquí!

—¡Papá! —intentó protestar Nicoletta. Antes de lo que hubiera podido imaginar siquiera, una tremenda bofetada la hizo caer al suelo. Marasi nunca había pegado a su hija antes.

Nicoletta no se atrevió a levantarse y salir andando sin más. Guardó silencio, igual que su padre, y esperó.

—Has hecho lo peor que podías hacer jamás —dijo finalmente el padre con un hilo de voz, casi ahogado—. Has traído a mi casa al hijo de un asesino. Al hijo del asesino de mi hermana, tu tía.

A Nicoletta le temblaba todo el cuerpo cuando su padre terminó de contarle la historia. Su amor se había convertido en odio. En un odio desaforado. Estaba convencida de que Manlio sólo había querido utilizarla.

Hacía dos años, Nicoletta se encontraba, como tantas veces en los últimos años, en Lipizza, a diez kilómetros al otro lado de la frontera, jugando al black-jack en la mesa del Casino, y allí conoció a un hombre de Bergamo a quien ya había visto a menudo a pesar de que su ciudad se encontraba a más de quinientos kilómetros. Aquella noche de abril sintió que tenía una racha de mala suerte y decidió hacer un descanso en el juego e ir al bar a tomarse un *expresso*. El caballero de rasgos delicados que tenía al lado empezó a charlar con ella, y, esa noche, Nicoletta ya no regresó a la mesa de juego. Él dijo que la conocía de algo pero no sabía de qué.

Unos días más tarde volvieron a encontrarse, se sucedieron otras citas y, al cabo del

tiempo, Nicoletta fue sintiéndose cada vez más atraída por él. Era el primer hombre que entraba en su vida en muchos años. Nicoletta pensaba en él incluso en el trabajo y esperaba que nadie se diese cuenta. Un día, él le habló de los negocios en los que estaba metido y la animó a participar. Las ganancias que prometía eran mucho más sustanciosas que aquella pérdida de tiempo en las mesas de juego, y el riesgo muy escaso. Nicoletta calculó fríamente. Con cinco años que aguantara, podría cerrar el negocio. En cinco años, calculó Nicoletta, su vida cambiaría. Deseaba alejarse de allí y salir de una vez de aquella jaula. Tenía 32 años y podía imaginar cosas mejores que pasarse noche tras noche intentando quitarse el olor a pescado bajo la ducha después del trabajo. También había perspectivas mejores que languidecer en Trieste durante cincuenta años más. El hombre de Bergamo alentó sus esperanzas.

Cuando pidió a su padre que se encargara del transporte ilegal, que lo hiciera por ella, Marasi protestó poco. Una vez Nicoletta logró convencerle, trazaron el plan los dos juntos. Su venganza común consistiría en convencer al padre de Manlio Gubian para que fuese el eslabón de la cadena que faltaba en Croacia. Él entregaría la mercancía a Marasi en aguas internacionales. A Ugo le gustó la idea de entrada, porque estaba convencido de que Gubian, cada vez que amarrase su barco al *San Francesco* en mitad de la noche, temería que Marasi fuera a matarle, tal y como, muchos años atrás, había jurado hacer. Y tendrían en sus manos a Manlio, su hijo. Si Nicoletta hablaba, él lo perdería todo. Y tanto más tenía que perder por cuanto, en los últimos años, se había convertido en un respetado hombre de negocios.

Las imágenes volaban en la cabeza de Nicoletta como a cámara rápida. Sus amargos recuerdos de Manlio Gubian no se prolongaron más que la visión del policía con la guapa acompañante, dando los primeros pasos por la calle principal para subir de la plaza de la iglesia al cementerio. Nicoletta esperó a que todo el mundo hubiera salido de la iglesia, formara una fila detrás del féretro y empezara a avanzar con paso lento.

El cortejo tomó la calle que atravesaba Contovello y subía por la colina. Cuando Laurenti vio que se acercaban, buscó un lugar un poco apartado que le proporcionara una buena perspectiva del pequeño cementerio. Entre las viejas lápidas del otro lado no molestaría a la comunidad en su duelo. Desde aquel lugar había una bonita vista del golfo de Trieste. «Una tumba con vistas al mar, ¡qué ideal!», pensó.

Era impresionante la cantidad de gente que deseaba despedirse de la familia Gubian. Poco a poco, el cementerio fue llenándose hasta el punto de que era imposible tener una visión de nada. ¿Dónde habría ido a parar Živa Ravno? Antes de que el cortejo entero hubiera llegado al camposanto, el cura comenzó su responso fúnebre. A su lado, el viejo Gubian, la viva imagen del dolor. Entre las cabezas de la gente sobresalían las cámaras de televisión como cuerpos extraños. ¿Qué había que ver allí, aparte de gente llorando la muerte de los Gubian? Justo en el momento en que, finalmente, depositaban los ataúdes en la fosa, todo el mundo guardaba silencio y ni siquiera el canto de algún pajarrillo

resonaba entre las tumbas cubiertas de nieve bajo un cielo azul y soleado, a Laurenti le sonó el móvil. Chillón, inoportuno, ridículo. Y, curiosamente, pareció como si todo el mundo supiera en qué bolsillo estaba el aparatejo infernal. Claro, el policía. Laurenti respondió con un gruñido.

–Proteo, tienes que ir a Opicina ahora mismo –oyó la voz cantarina de Marietta.

–¿Para qué?

–Un aviso. Un misterioso cadáver en la *foiba* de Monrupino.

No quedaba ningún hueco entre las tumbas por el que desaparecer sin perturbar la ceremonia. Por todas partes había gente de luto. Laurenti se dio la vuelta, pero a pocos metros tenía el muro del cementerio. La forma en que, por fin, logró abrirse camino hasta la salida fue de comedia barata: pisando las tumbas, pidiendo mil perdones entre susurros y salvando caras de estupor. Pero con una mezcla de cortesía y brutalidad lo consiguió. Bajó los escasos pasos que distaban del pueblo y llamó a Sgubin.

–Tenemos que salir. Un muerto en Opicina.

–Voy –dijo Sgubin en voz baja.

–¿Dónde estás?

–En el cementerio.

–¡Bueno! Entonces, mucha suerte.

Mientras esperaba en la plaza del pueblo, Laurenti sacó del bolsillo de la chaqueta un paquete de MS medio aplastado. El cigarrillo estaba doblado, pero aún daría para tres caladas antes del filtro. Cuando, por fin, llegó Sgubin, ya lo había apagado con el pie.

Al frío de Opicina

Un letrero amarillo oxidado con caracteres negros en parte desconchados señalaba el camino:

Foiba de Monrupino n.º 149, Monumento d'interesse nazionale – 0,45 km.

Sgubin dio un frenazo y el Fiat se adentró traqueteando por el camino de gravilla, saltándose un cartel de «paso cerrado».

–No corras, Sgubin, no se nos va a escapar nadie.

Sgubin apagó el motor y miró a su jefe con gesto interrogante.

–¿Has estado alguna vez en una *foiba*?

Sgubin negó con la cabeza.

–Nunca me han interesado. Son cosas más que pasadas –dijo–. Además, de todas formas, nadie sabe nada concreto sobre las *foibe*.

–Dejemos el coche aquí y sigamos a pie.

–¿Medio kilómetro? –el camino a través del bosque estaba muy húmedo y sucio, allá arriba, y a la sombra de los árboles, la nieve seguía cuajada. Sólo en el rastro de las ruedas se veía la tierra marrón por debajo–. No me apetece nada dar un paseo –Sgubin se agarraba al volante con ambas manos como un niño cabezota.

–Haz lo que quieras –Laurenti ya se había bajado del coche–. Entonces, nos vemos allí.

Las ruedas salpicaron los pantalones de Laurenti de tierra y barro, dejando manchas de un marrón grisáceo en la tela. Él no se dio cuenta, respiró el aire frío y, lentamente, se puso en marcha. Tras perder de vista el Fiat, oyó las voces de los agentes. Desde más lejos llegaba el ruido de los vehículos en la carretera que llevaba a Ferneti, el paso de frontera. Bordeaba el camino un bosquecillo de encinas, ahora sin hojas, con sus troncos grises en apretada hilera. En algunas partes, las rocas calizas del Carso se dibujaban como sombras a través de la capa de nieve. Después de doscientos metros, Laurenti llegó al edificio de una estación hidráulica. Se oía el zumbido monótono de un generador. A

esa altura, aún a poca distancia de la carretera, ya se encontraba uno en la soledad más completa. No había huellas en la nieve a lo largo del camino, ni siquiera los zorros y los conejos parecían sentirse a gusto en aquellos parajes.

El lugar era ideal para cometer un crimen. Laurenti imaginó cómo pasarían dando tumbos por aquel camino tan deteriorado los camiones de condenados a la *foiba*. Un viaje a un lugar donde sólo sus torturadores oirían sus gritos. Después de los fascistas y los alemanes, fueron las tropas de Tito quienes, de mayo de 1945 en adelante, ocuparon la ciudad durante cuarenta días e intentaron anexionarla a Yugoslavia, como hicieran con el territorio hasta Tagliamento, considerándolo todo como una unidad geográfica. Trieste, Gorizia, Udine, la mitad del Friuli. Los tribunales de urgencia, las torturas y los fusilamientos estaban a la orden del día. Las *foibe* servían para deshacerse con rapidez y sin huellas de cuantos se mostrasen en contra de tales planes.

«Igual tiene razón Sgubin», pensó Laurenti. «Quizás sea lo mejor no meter las narices. No puede uno fiarse de nadie cuando pregunta por estas cosas.»

Pisando la nieve con pies de plomo, pasó por delante de los coches. Un murete bajo de piedra natural, con una abertura en la que colgaba hasta el suelo una gruesa cadena negra de hierro, rodeaba el monumento. Delante de un mástil de bandera sin bandera, pintado de color verde, se leía en una placa de piedra: «Foiba n.º 149». Veinte, treinta metros más allá, el camino caía en una ligera pendiente hasta una enorme plancha de piedra negra en cuyo centro había una cruz. Con esta tapadera se había clausurado, aunque no hasta pasados muchos años después de la guerra, una vez recuperados los cadáveres. En la parte delantera de la plancha de piedra había apoyada una gran corona de laurel con una banda de plástico roja y blanca y letras doradas que Laurenti sólo pudo descifrar a medias: «...lla Cavalleria Brunner-Darchi-Alba-Trieste – ai Caduti delle Foibe». La corona tapaba parte de las letras de hierro incrustadas en la piedra.

ONORE E CRISTIANA PIETÀ A COLORO CHE QUI SONO CADUTI – IL LORO SACRIFICIO
RICORDI DELLA GIUSTIZIA E DELL' AMORE SULLE QUALE FIORISCE LA VERA PA E.

Para variar, a la paz le faltaba una letra.

A Laurenti lo esperaba arriba el doctor Galvano, quien, asqueado y sin palabras, le señaló el objeto por el que habían subido hasta allí: una especie de armazón de hierro en el que literalmente habían crucificado a un hombre de edad avanzada, corpulento, en calzoncillos. Era una cruz hecha con barrotes de acero; los brazos estaban atados con alambre, las piernas casi le llegaban al suelo. En el corazón tenía clavada la punta de un arpón. Le habían puesto por la cabeza un saco de yute que le llegaba hasta la clavícula. Rodeándole el cuello, un alambre ataba el saco a la cruz.

–Para verlo y no creerlo –oyó decir Laurenti al forense, de repente.

–*Porcamiseria!* –Laurenti no podía apartar la vista de aquello.

–No lo he descolgado a propósito, para que lo vieras.

–¡Santo cielo! Es espantoso. ¿Quién es?

–Todavía no lo sabemos. Tendrá unos setenta y pico años, es muy musculoso, las manos son lo único particular. Grandes y estropeadas, auténticas manos de trabajador.

–¿Causa de la muerte?

–¡Qué gracia me haces, Laurenti! Eso que tiene clavado en el corazón es un arpón, disparado desde escasa distancia. Le atravesó el cuerpo por completo, asoma por detrás. Mira –Galvano llevó a Laurenti hacia un lado.

Laurenti lanzó una mirada fugaz a la punta en forma de flecha.

Galvano cortó el alambre con unas tenazas y lo metió en una bolsa de plástico que se apresuró a precintar y dejar caer en la nieve.

–¿Estrangulado?

–No, no. Eso no le mató. Quienquiera que lo colgó ahí no quería impedirle moverse –levantó el saco un poco por encima del cuello–. Mira, el alambre no ha dejado marcas de ligaduras muy hondas.

Luego, retiró el saco por completo y liberó la cabeza del cadáver. Una incipiente barba blanca cubría la barbilla y las mejillas grises y hundidas.

–Ayer por la mañana todavía se afeitó –dijo Galvano, acariciando las mejillas del muerto casi con ternura. Los ojos estaban abiertos y parecían mirarlos fijamente.

–Color de ojos: azul –constató el forense en un intento de hacer un chiste.

–¿Edad?

–Ya te lo he dicho. Un poco más joven que yo. Setenta y tantos –Galvano aún tenía el saco en la mano–. Vamos a examinar este saco un poco más despacio. Laurenti, sujeta de la otra punta.

«Café do Brasil – Trieste – Italy», se leía en grandes letras negras.

–Eso no nos dice nada –añadió Galvano y metió el saco en otro de plástico–. Tiene todo el aspecto de una ejecución. Menos lo del arpón, lo demás es todo muy típico.

–¿Típico de qué? –quiso saber Laurenti.

–Típico método de tortura de los esclavos. Entre 1943 y 1945. He visto muchos. Los ataban a la cruz y los dejaban colgando. Cuando los descolgaban al cabo de unas horas, tenían los brazos y las piernas paralizados durante semanas. Si es que los descolgaban, que ésa es otra.

–Eso fue hace medio siglo –dijo Laurenti–. ¿Cuánto tiempo lleva muerto?

–Unas doce horas. Calculo que fue entre las diez y las dos de la noche pasada. El rigor mortis aparece a las cinco o seis horas, primero en el músculo del corazón y en el diafragma, luego en los músculos de la cabeza y de ahí, hacia abajo –para mostrárselo al comisario, Galvano dio un puntapié a la pierna izquierda, desnuda, del cadáver. Se movió como si fuera un objeto rígido. Laurenti intentó no mirar.

»Desaparece como pronto a las veinticuatro horas, a menudo tarda mucho más. A éste le queda un buen rato.

–¿Hay huellas?

–Hay huellas de neumáticos allí delante. Un coche pequeño, por el ancho entre las ruedas. Fiat Punto o algo parecido. Huellas en la nieve de dos personas. Del muerto y de

otro más. Eso mismo es lo que me escama. Es muy difícil que una sola persona pudiera subirlo a esa cruz. Un tipo tan corpulento como él te habría dejado k.o. de un puñetazo incluso a ti, Laurenti. Está como un toro. Más de setenta años y te digo que tiene unos músculos como un toro.

—¿Y el saco por la cabeza? ¿Cómo iba a defenderse si no veía nada?

—A lo mejor fue por eso. Pero no lo creo. Todo esto es demasiado para una sola persona. Primero construir la cruz. Bueno, es posible que ya la trajeran consigo. Luego, colgar al viejo. ¿Cómo?

Laurenti miró a su alrededor.

—Por ejemplo, obligándole a subirse a una roca o a una caja.

—¿Y dónde ha ido a parar la caja?

—Se la volverían a llevar, Galvano. La ropa tampoco está.

—Que no, Laurenti. No pudo ser una persona sola.

—Pero usted mismo me acaba de decir que sólo hay huellas de dos personas.

Galvano, en sus trece, meneó la cabeza:

—Pues ahí está... Es que no puede ser...

—¿Y si se lo cargaron antes, en otro sitio, y luego lo trajeron aquí?

—Entonces no habría ningún rastro de sangre en la nieve, justo debajo de donde estaba. Y es la única herida que tiene. No me cabe en la cabeza cómo pudo hacerlo una persona sola.

—¿Por qué está medio desnudo?

—Ya te lo he dicho, siempre lo hacían así. Les quitaban todo para que nadie pudiera identificarlos. Era parte de la táctica. De ese modo se impedía descubrir el paradero de las víctimas, se evitaban actos de venganza, reivindicaciones, explicaciones, etc. Además, la ropa de los muertos hacía mucha falta, estaba terminando la guerra y uno cogía todo lo que encontraba; por cierto, normalmente también se llevaban los calzoncillos sin importar cuánto tiempo los había tenido puestos el otro ni lo sucios que pudieran estar.

Laurenti suspiró:

—Ay, Galvano, no siempre soy capaz de hacer frente a su cinismo con el mismo humor.

—Es que era así, Laurenti. No puedo contártelo de otra manera. Vosotros los jóvenes ya no podéis haceros una idea.

—¿Y el arpón? ¿Quién dispara a nadie con un arpón en medio del Carso? ¡Es absurdo!

—Es la primera pregunta inteligente que haces. Pero tendrás que descubrirlo por ti mismo. Para eso te pagan.

—¿Recuerda algún caso con un arpón, Doc? Yo no.

Galvano negó con la cabeza.

—¿Quieres mirar otro rato o lo descuelgo?

Laurenti dio media vuelta. Había visto lo que no quería ver. Sabía que el forense había hecho bien en enseñarle aquel cuerpo. Jamás había oído hablar de ningún asesinato semejante. Sólo en un lugar como el Carso cabía entender tal brutalidad. En aquel lugar donde, en el pasado, incontables víctimas habían hallado la muerte. Los ataban unos a otros y disparaban con armas automáticas, pero sólo a los tres primeros, y éstos, a su

vez, arrastraban consigo al abismo a otras diez personas. O ataban a dos espalda con espalda y disparaban en el corazón a uno para ahorrar munición. Ahora bien, ¿un arpón en el Carso? ¿Qué significaba aquello?

Laurenti escuchó las indicaciones de Galvano y, por fin, vio a Sgubin, que se había quedado con el grupo de agentes y conversaba en voz baja con Umberto Marrone, el jefe de la comisaría de la zona.

—Después de todo, vamos a tener que ocuparnos de la historia de la *foiba*, Sgubin. Galvano lo ha fotografiado todo. Quiero ver las fotos antes de que nada se filtre a la prensa. Y tú ya estás haciendo averiguaciones sobre quién es ese anciano. ¿Quién dicen que encontró el cadáver?

—Un hombre que estaba dando un paseo. Ya lo han enviado a su casa. Lo vio desde aquí y nos llamó enseguida.

—¿Tienes sus datos, Sgubin?

El compañero de uniforme hojeó su libreta.

—Se llama Perikles Ritsos, Via Stuparich.

—¿Qué?

—Perikles Rit... —el agente de Opicina iba a repetir los datos, pero Laurenti le interrumpió bruscamente.

—Pero ¿cómo le ha dejado marchar, hombre?

—Dijo que tenía una cita urgente. No había ningún motivo para retenerlo.

—¡Es el griego del domingo! —Laurenti meneó la cabeza—. ¿Qué se le ha perdido aquí arriba?

Sgubin asintió con la cabeza:

—Odio las casualidades.

—Dijo que trabajaba para Fincantieri. Y hoy es un día laborable completamente normal. Tienes que volver a hablar con él. ¡Exprímelo bien! A ser posible, ya mismo. Yo me vuelvo con el doctor.

Rodeos

Laurenti tuvo que esperar hasta que el forense por fin se quitó los guantes de goma y la bata blanca. Galvano observaba cómo dos hombres descolgaban con gran esfuerzo el cadáver del armazón de hierro y tomaba notas. Les costó mucho acoplar en la cubeta de zinc el cuerpo del viejo, con los brazos en cruz completamente rígidos. Laurenti se volvió hacia otro lado y se puso a mover los pies para calentarse. Preguntó a Umberto Marrone con qué frecuencia subían a la *foiba* los agentes de Opicina y dedujo del comentario indiferente de éste que se trataba de un lugar de poca importancia, sin punto de comparación con Basovizza.

—Bueno, Laurenti, si quieres ya nos podemos ir —dijo finalmente Galvano—. Ahora nos llevan el cuerpo a la comisaría. Así puedo terminar el examen y esta misma tarde ya te digo lo que cenó.

Galvano sacó del bolsillo sus Dunhill mentolados y ofreció a los demás. Marrone y Sgubin no quisieron, Laurenti sí.

—¡Qué historia tan peculiar! —dijo Galvano—. Tengo el coche allí.

Estrechó la mano a Marrone y le dio una palmada en el hombro a Sgubin. Laurenti le siguió hasta el Peugeot rojo. Antes de subir, tiró a la nieve el cigarrillo a medio fumar.

El anciano forense giró el volante y se puso en marcha esquivando los baches del camino. Al llegar a la carretera, apenas aceleró y siguió conduciendo cómodamente por el medio de la calzada.

—¿Sabes una cosa, Laurenti? —dijo al fin—, me da en la nariz que el caso estará claro en cuanto sepamos quién es.

—¿Por qué?

—Porque es lo bastante viejo para tener algo que ver con la *foiba*. Hay dos posibilidades: primera, es un acto de venganza, es decir, alguien lo ha matado de la misma manera en que lo hizo él en otros tiempos. En tal caso, el autor del crimen ha de buscarse en el lado de las víctimas y lo más probable es que sea italiano. La segunda posibilidad es que haya roto el voto de silencio que hizo en su momento y que prácticamente todos los comunistas mantienen hasta el día de hoy. Ya lo sabes, el Partido estaba por encima de todo, también por encima de las vidas de cada individuo. De esos

no ha hablado ninguno casi nunca. Entonces, el asesino estaría en el lado de los verdugos de antaño. Ahí la cosa se complicaría bastante para ti. Lo primero que yo querría saber es si es italiano o eslavo; luego, si era fascista o comunista. Y luego investigaría entre sus conocidos.

–Necesito su foto para el periódico –dijo Laurenti–. Si es de la zona, no tardaremos en averiguar algo. Ahora bien, ¿qué hacemos si sólo se trata de una puesta en escena que alguien ha urdido para darnos una pista falsa?

–Pues más fácil todavía. Entonces será un caso como todos los demás. Pero lo veo absolutamente improbable.

Galvano se encendió otro cigarrillo, Laurenti rechazó su ofrecimiento.

–¿Por qué crees eso?

–Porque me apuesto a que, entre la gente más joven, no hay ni diez personas que sepan cómo hacían las cosas por aquel entonces. Éste era un método de tortura totalmente clásico, a los jóvenes ya no les interesa la historia.

–¿Y a los viejos?

–Olvídate de ellos. Los viejos son demasiado débiles para estas cosas. Lo hizo gente joven, dos o tres tipos. Los viejos no hubieran sido capaces ni de levantar la cruz ni de atar al hombre a ella.

Giraron por la Via Nazionale y llegaron a Opicina, donde, poco antes del mediodía, ya abundaban los coches en segunda fila delante de las tiendas de comestibles. El Peugeot avanzaba a velocidad de peatón.

–¿Has sabido algo de tu señora?

Maldita sea. Laurenti sintió una punzada en el corazón. ¿Por qué empezaba ahora con eso Galvano? En toda la mañana no había tenido tiempo de compadecerse de sí mismo. Y ahora estaban atravesando Opicina, acababan de pasar el centro del pueblo, iban en paralelo a las vías del tranvía... y justo en la siguiente calle vivía el cerdo de Pietro.

–Doctor, por favor, métase un momento a la derecha. Por la Via Carsia.

–¿Para qué? –se extrañó Galvano.

–Tengo que comprobar una cosa. Vaya despacio.

Galvano iba por la Via Carsia, como le había pedido Laurenti. Allí estaban las villas de mucha gente pudiente, pocas casas bonitas, muchos bungalós modernos con pequeños jardines delanteros tan bien cuidados como aburridos, bordeados de pinos y con el césped todo igualito, como si lo hubiesen cortado con tijeras de manicura.

–¿Qué se te ha perdido en esta calle de pijos?

–Pare allí delante, en el número 43. Vuelvo enseguida.

Galvano vio cómo Laurenti seguía un trecho a pie y se asomaba por entre los barrotes de la puerta de hierro que daba paso a una parcela. Luego le vio sacar cartas del buzón, hojearlas y volver a meterlas. No tardó en regresar.

–Gracias. Eso era todo.

–¿Y qué es lo que has visto?

–Nada.

–Venga, hombre, suéltalo.

–Nada, doctor, de verdad, nada importante.

–¿Tienes algún cliente aquí arriba? ¿Alguien que ha hecho alguna fechoría?

–No. Quería ver si, por casualidad, estaba aquí el coche de Laura.

–Vaya, vaya.

–No estaba.

–¿Y por qué iba a estar aquí?

–Porque aquí vive Pietro.

–¿Y ya estás contento?

–No. No han recogido el correo desde el lunes. Eso significa que Pietro tampoco está.

–Ya, y ahora estás que trinas, ¿no, Laurenti? Crees que el tipejo ese está con tu mujer.

¿Me equivoco?

–Parto de esa idea. ¿Me da un cigarrillo?

Galvano le tendió el paquete.

–No puedes hacer nada. Claro que una cosa así es demoledora para un hombre como tú. Tienes que apechugar, Laurenti, no te queda más remedio.

Laurenti no le hizo caso, sacó el móvil y marcó el teléfono de su suegra en San Daniele. Lo dejó sonar largo rato, nadie lo cogió.

–¿Y bien? –preguntó Galvano cuando llegaban al obelisco, desde donde se abría la vista de la ciudad, cuyos tejados, mojados por la nieve que se derretía, brillaban al sol.

–Nada –respondió Proteo, mirando fijamente a través de la ventanilla.

–Búscate alguna distracción, hombre. Tienes que repartir tus energías y no dejar que esto te desquicie.

Laurenti seguía mirando por la ventanilla hacia la ciudad de Trieste, al pie de la colina.

–Las huellas de neumáticos que había en la *foiba*, Galvano, ¿de qué vehículo son?

–La policía científica no tardará en saberlo. Será sólo un rato. Para después de comer ya deberían tenerlo claro.

–¿Dijo usted que eran de un coche pequeño?

–Sí, un Fiat, un Volkswagen, o alguno de esos japoneses. ¿Tienes ganas de comer, Laurenti? ¿Otro rico plato de buey chino?

Pero Laurenti se limitó a rechazar la proposición haciendo un gesto cansado con la mano.

Los obreros que se encargaban de reparar los principales daños en las casas vecinas acababan de hacer un descanso cuando la gran marea de gente regresó del cementerio al pueblo. De inmediato, recogieron sus bocadillos y bebidas y buscaron otro sitio para almorzar. En un extremo de la plaza tampoco habrían dado buena imagen, entre tantos rostros consternados y llorosos que se despedían lentamente unos de otros. Los policías, a su vez, se mantenían en grupo, al sol, en un lado de la plaza. Esperaban el momento de retirarse. Gubian estaba con el cura delante de la casa parroquial, muchos se acercaban a estrechar la mano del viejo una vez más y a ofrecerle su ayuda. El cura le invitó a comer, pero Gubian no quiso aceptar.

–¿Qué va a hacer ahora? –le preguntó el cura.

Gubian se quedó mirándolo un buen rato.

—Todavía no lo sé.

—¿Regresará a su casa?

—Es lo más probable. Pero también me queda una cosa por hacer aquí.

—¿La tienda de Manlio? ¿Los documentos?

—Eso ya está solucionado.

—¿Tan deprisa?

—Un vecino se va a quedar con la tienda. Me ha hecho una oferta muy razonable. Ya hemos ido al notario y hemos establecido un precontrato. Por el momento, no hay más que esperar a que esté lista toda la documentación y él haya conseguido el dinero. Entonces volveré para firmar.

—¿Se marchará hoy mismo?

El rostro de Gubian pareció convertirse en piedra.

—¡Vengaré su muerte, padre! Ojo por ojo, diente por diente.

El cura se estremeció ante la terrible frialdad de la voz de Gubian.

—Deje eso a la policía, Gubian. No contraiga usted una culpa como ésa. Los hombres no tenemos derecho a tomarnos la justicia por nuestra mano.

—¡Debo hacerlo! Es lo único que me queda.

—«No os venguéis vosotros mismos, amados míos; antes dad lugar a la ira, porque escrito está: Mía es la venganza», Romanos, 12.

Gubian se detuvo a contemplar la plaza en silencio, luego el golfo de Trieste, al pie de la montaña, y la ciudad bañada por el sol.

—Usted no sabe lo que es perder a su único hijo, padre. Hoy regreso a Pola pero volveré. Le agradezco todo lo que ha hecho. Me gustaría que las cosas que hayan quedado de mi familia y aún estén servibles se destinen a los necesitados del lugar. Claro que no sé cuándo permitirá la policía disponer de ellas. ¿Podría encargarse usted de repartirlas?

—Es usted un buen hombre, Gubian. La gente se lo agradecerá.

—Adiós, padre. Gracias.

El cura retuvo la mano de Gubian en la suya y le miró a los ojos. Después le dio su bendición.

El viejo pasó por última vez por el lado de la plaza en el que estaban los restos de la casa de su hijo y estuvo largo rato contemplándolos, solo. Los obreros le vieron mover los labios y apretar los puños. Luego dio media vuelta. Subió a su pequeño Mitsubishi blanco y se alejó.

Antes de ir a la oficina, Laurenti hizo un alto en el Bar X, en el Largo Piave, y pidió dos *tramezzini* para llevar. El despacho por el que se entraba al suyo estaba vacío; seguro que Marietta se había ido a comer, una actividad, como ella la denominaba, que consideraba importante puesto que, en las conversaciones con los compañeros de otras secciones, se enteraba de muchas cosas que Laurenti jamás averiguaría en las reuniones oficiales. Una y otra vez, y no sólo cuando él la hacía rabiar diciéndole que, en el fondo,

tenía vocación de «señorita de compañía», Marietta le insistía en que alguna comida con los compañeros le serviría de mucho más de lo que él pensaba. Pero era raro que Laurenti quedase con otros funcionarios de la policía para hacer nada. Por principio, no le gustaba hablar del trabajo, bastante le absorbía ya. Prefería las prolongadas cenas con su familia o entre amigos. Se sentó en su escritorio, desenvolvió el *tramezzino* de atún y huevo y lo engulló con avidez. Luego puso los pies encima de la mesa, miró por la ventana y quitó el plástico al segundo *tramezzino*: gambas en salsa rosa, con bien de grasa, alimento suficiente hasta la hora de cenar. Laura no entendía su predilección por aquel tipo de comidas y solía recordarle que más le convendría vigilarse el colesterol.

¡Laura! ¿Cuándo había empezado aquella situación tan calamitosa? Laurenti reflexionaba con el *tramezzino* en la mano izquierda. ¡El verano! Ese verano habían hecho muchas menos cosas juntos que en todos los años anteriores. Él había ido una semana a navegar con sus amigos por el archipiélago de Kornati, y Laura había estado con su madre en San Daniele para huir de la canícula que en agosto invadía Trieste. Ese año ni siquiera habían bajado a bañarse en el mar juntos. Laura preparaba su bolsa de playa a primera hora de la mañana, en tanto que Proteo se ponía en camino para ir a la oficina, y por las tardes ya estaba en casa cuando él volvía. Como él no estaba dispuesto a renunciar a su baño diario, era entonces cuando bajaba a la playa, a su lugar favorito, y se quedaba un rato leyendo en las rocas, calentadas por el sol. Por las noches, Laura solía ir al cine de verano o buscaba alguna otra actividad cultural al aire libre. Trabajaba como autónoma, y, además, la casa de subastas con la que colaboraba, en la sección de arte y libros antiguos, descansaba en esas fechas. Sus hijas habían venido de Berlín y Nápoles para pasar tan sólo dos semanas en Trieste, su hijo Marco se pasaba el día por ahí con su pandilla y no había quien le viera el pelo durante las vacaciones. Había encontrado un trabajo de verano, media jornada en la gasolinera del Campo Marzio. Así pues, los miembros de la familia Laurenti habían pasado el verano cada uno por su lado. Proteo era el único que iba por las mañanas a la oficina, a matar el tiempo con casos atrasados. El verano había sido tranquilo, al margen de la inmigración ilegal, que aumentaba a un ritmo vertiginoso.

El *questore* le había comunicado en el mes de julio que habría cambios a no muy largo plazo y que pronto se nombraría a alguien para el puesto de subdirector. Por fin era el turno de Laurenti y, como muy tarde en la primavera siguiente, sería *vize-questore*. Hasta el momento, había sido el tercero de a bordo, y eso que no le hubiera sido difícil conseguir el mismo cargo en otro lugar. Podría haber solicitado el traslado a otra ciudad, pero para él era inconcebible despedirse de la tranquila ciudad de Trieste, con la gran cantidad de tiempo libre que le dejaba. La vista del mar no despertaba en él la nostalgia, como afirma otra gente. El mar le proporcionaba tranquilidad y el deseo de permanecer allí para no hacer otra cosa que contemplar el agua. Por otra parte, si hubiera solicitado un traslado, las protestas de la familia habrían sido un obstáculo insalvable.

Recordaba que, al darle la buena noticia a Laura y proponerle ir a cenar a un sitio bueno para celebrarlo, ella prefirió irse al cine. «Voy a ver *La gran comilona*, con el

irresistible Michel Piccoli», le había dicho. De modo que Proteo lo había celebrado él solo. ¡Ahí es donde había empezado todo! Estaba muy disgustado, y cuando Laura volvió del cine esa noche tuvieron una discusión tremenda.

—¡Nuestras vidas siguen caminos opuestos, Laura! —había dicho él, ofendido.

—¿Qué quieres decir con eso? —replicó ella no precisamente amable.

—Quiero decir que esta noche he tenido que irme a celebrar el futuro ascenso yo solo porque mi mujer ha preferido irse al cine y, en general, se pasa el día divirtiéndose con otra gente, con cualquiera menos conmigo.

—Sólo faltaría que no pudiera salir alguna vez con otra gente sin tener que pedirte permiso.

—No se trata de eso. Es que nunca estás en casa.

—Pues claro que estoy en casa. Aquí, mira. Aquí, en la cama, a tu lado.

—¡Sabes perfectamente a lo que me refiero! —Laurenti se sentó de golpe—. No me trates como a un niño pequeño, y no me tomes por tonto. Este verano no hemos hecho nada juntos. Ni siquiera hemos bajado juntos a la playa.

—¡Por Dios, Proteo! —se daban la espalda y casi hablaban más con la respectiva pared que entre ellos—. Llevamos un cuarto de siglo haciéndolo. No pasa nada por cambiar un poquito alguna vez, digo yo. ¿Qué tiene de malo?

—Me mato a trabajar el día entero por mi familia y, cuando llego a casa, no hay nadie. ¡Eso no está bien, Laura! Uno espera recibir un poco de cariño de su mujer, ¿o no es lo normal?

—¿Esperar? —le bufó ella—. El cariño no se espera, o lo hay o no lo hay. Y por la familia trabajo yo igual que tú. ¡*Vaffanculo*, Laurenti! —y recogió su almohada y su sábana y se levantó de la cama.

—¿Adónde vas?

—No pienso dormir al lado de un idiota infantil enfurruñado.

Se fue a la habitación de Patrizia, pero dejó la puerta de su dormitorio abierta.

Laurenti hervía de rabia. Salió corriendo detrás de ella al cuarto de su hija:

—¡Claro! ¡Cuando llegamos a este punto, sales huyendo, como siempre! ¡Es que siempre me haces lo mismo! ¿Por qué puñetas no podemos hablarlo?

Ella le daba la espalda y callaba.

—¡Te he hecho una pregunta, Laura! —estaba blanco de rabia.

Laura respiró profundamente:

—Mañana lo hablamos, Proteo. Ahora quiero dormir —dijo en voz baja.

Él dio tal portazo que temblaron las paredes y se fue a la cocina. Se sirvió una copa de vino tinto, y luego otra más, y se fue relajando aunque lentamente. También por la mañana se mascaba la tensión en el aire, estaba enfurruñado y apenas le dirigió la palabra a su mujer, que se mostró amable pero más introvertida que de costumbre. Luego, Proteo se fue a trabajar y Laura se fue a la playa, como todos los días.

Sí, pensó Proteo Laurenti, fue entonces cuando debió de empezar la cosa. No dijeron

ni palabra al respecto en todo el verano, Proteo estuvo susceptible y monosilábico todo el tiempo. Laura podía haberse disculpado con él, qué menos.

Miró el *tramezzino* que sostenía en la mano izquierda, los dedos se le habían hundido en el triángulo de pan blanduzco. Al segundo mordisco tuvo que sujetar con las dos manos el pan, casi deshecho por la salsa rosa, las gambas se escaparon entre sus dedos y fueron a caerle en el pantalón. Furioso, estampó el *tramezzino* en la mesa, donde se le descompuso por completo, dejando grandes manchas de grasa en la cubierta de un expediente. No encontró ningún pañuelo de papel en los bolsillos, así que salió a toda prisa en dirección al cuarto de baño, atravesando el despacho de Marietta. Justo en ese momento volvía ella de comer y, al primer vistazo, se dio cuenta de que a su jefe le pasaba algo.

—Proteo, ¿qué te pasa? ¡Estás más blanco que el papel! —le dijo preocupada.

—¡Fuera de mi camino! —la empujó hacia un lado groseramente y salió corriendo al pasillo. En el baño intentó limpiarse el pantalón con agua caliente y toallitas de papel. Una enorme mancha oscura de agua se extendió por la pernera de color beige, como si se hubiera orinado encima. Laurenti no paraba de soltar palabrotas, y con cada una iba sosegándose su rabia.

Antes de salir al pasillo se aseguró de que no venía nadie en su dirección. Corrió hasta su despacho.

—No quería decirte eso, Marietta —le dijo al entrar.

—¿Y eso qué es? —preguntó ella, señalando la mancha oscura del pantalón.

—¡Puede pasarle a cualquiera!

—¿A tu edad, Proteo? —le dijo cuando él ya se marchaba, creyendo hacer una gracia.

Él volvió con la cubierta de la carpeta en la que aún se veían los restos del *tramezzino*.

—¿Tienes un pañuelo de papel?

—Pero, bueno, ¿es que también has vomitado? —Marietta vio el desaguisado y se puso a buscar en su bolso—. Mira que te he dicho veces que te vengas a comer con nosotros. No te pasarían estas cosas.

—Y Laura me dice siempre que la mayonesa no es nada buena para el colesterol. Me encanta que todo el mundo sepa lo que me conviene. ¡Muchas gracias!

En el preciso momento en que Marietta levantaba las cejas con intención de poner su característica cara de madre y reprender a su jefe porque, para variar, estaba exagerando, se inició un estrépito tremendo en el pasillo. Un intenso rumor de voces y gritos, acompañados de un fuerte golpe, tras los cuales no llegó a hacerse el silencio.

Laurenti se abalanzó hacia la puerta y, al final del pasillo del departamento de investigación de fraudes, vio un tropel compuesto por cinco o seis chinos que ni se movían ni decían palabra, rodeados de policías, unos cuantos italianos exaltados que no paraban de dar voces y un grupo no pequeño de agentes uniformados. El cristal de la puerta del pasillo se había roto del golpe, los pedazos crujían sobre el suelo de piedra. Los agentes intentaban restablecer el orden, empujaban a los jóvenes contra la pared, Laurenti vio el brillo de las esposas. Pero el vocerío no se calmaba. Laurenti se quedó de

pie delante de la puerta de su despacho y trató de deducir lo que pasaba a partir de los fragmentos de frases que le llegaban. Entretanto, todos los compañeros de esa planta habían salido a curiosear al largo pasillo de la policía criminal, iluminado por luces de neón.

—¡Racistas! —bramó uno del grupo.

—¡Esto es fascismo! —gritó otro.

—¡No vamos a consentir la discriminación de toda la comunidad china! —chilló una joven. A Laurenti le sonaba haberla visto en alguna parte. ¿No era una de las dos amigas de su hijo?—. ¡Italia no es un estado policial!

Los chinos permanecían mudos e inexpresivos en su rincón, medio escondidos detrás de las anchas espaldas de ocho agentes de uniforme. El joven encargado del departamento de fraudes se había plantado delante del grupo y gritaba a los jóvenes italianos enardecidos que se callasen de una vez. Cuanto más alzaba la voz, cuanto más les amenazaba, más fuerte era también el griterío de los otros.

—¡Basta! ¡Silencio! —rugió Laurenti con todas sus fuerzas y pegó el mayor golpe del que fue capaz contra la puerta de un armario de metal, que se cayó con estrépito, escupiendo un verdadero torbellino de papeles de los cajones y compartimentos. Logró su propósito. Al instante se hizo el silencio.

—Pero ¿dónde os creéis que estáis? —Laurenti avanzó lentamente hacia el grupo—. ¿Acaso es esto un burdel o un edificio de la Polizia di Stato? ¡En un estado policial ya llevaríais bastante en la cárcel! ¡No quiero volver a oír ni el vuelo de una mosca!

Los agentes se apartaron un poco, despejando la vista del grupo de chinos a la izquierda y el de jóvenes italianos a la derecha.

—A ver, ¿qué pasa aquí? —preguntó Laurenti.

—Hemos registrado un restaurante en la Via Brunner. Se sospechaba que era una tapadera para el juego clandestino. Pero estos jóvenes se han entrometido. Así que los hemos traído a todos —informó, muy diligente, el agente Rosso, de la sección de fraudes.

—¿Y no se podía hacer armando menos escándalo?

Del grupo de jóvenes italianos salió una risita que no tardó en convertirse en risotada.

—¡Se ha meado en los pantalones! —oyó Laurenti de pronto—. ¡El policía se ha meado!

Miró hacia abajo y se vio la gran mancha oscura de los pantalones.

—¿Y qué? —les ladró—. ¿Alguien tiene algo que decir? Oye, tú, el de atrás, no te escondas detrás de los otros.

Uno de los chicos intentaba escabullirse a cuatro patas, por entre las piernas de los demás, y le faltó muy poco para conseguirlo, pero Laurenti le descubrió.

—¡Ponte de pie! —le gritó el comisario.

Se quedó de piedra cuando vio emerger la cara de su hijo entre toda aquella gente. A Laurenti se le fue todo el color de las mejillas.

—Haga su trabajo —dijo finalmente a su compañero, en voz baja, y se volvió por el pasillo, pálido de rabia, bajo la mirada curiosa de todos, pasó por encima del armario de metal caído y por encima de los papeles esparcidos por el suelo y volvió a su despacho. La puerta se cerró con un sonoro portazo.

Laurenti tamborileaba nervioso con los dedos sobre el escritorio. Luego cogió el teléfono y, con tanta rabia como determinación, marcó el condenado teléfono de San Daniele. Su suegra le dijo que Laura había bajado al pueblo a hacer compras. No, respondió Laurenti, no quería dejarle ningún recado, colgó y marcó el móvil de Laura. Sonó seis veces y lo cogieron.

—¿Cómo estás, Proteo?

—Tirando, ¿y tú?

—Más o menos.

—¿Cuándo vuelves?

—No lo sé, Proteo. Dame tiempo.

—Han detenido a tu hijo. Esto es un desmadre, en casa nos sepultan las basuras, no doy abasto yo solo.

—¿Que han detenido a Marco? ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Ni idea. Todavía no lo sé. Un asunto relacionado con los chinos.

—¿Chinos? ¿Qué chinos?

—¡Los chinos de la ciudad! Estafas, trabajo negro, tráfico de personas, yo qué sé. Me acabo de enterar, Laura. El chico te necesita... ¡y yo también!

—¿Cuándo sabrás lo que pasa?

—Espero que pronto.

—Lláname de inmediato, Proteo. Prométemelo.

—¿Y cuándo vas a volver?

—No lo sé. Ya te lo diré. Ahora tengo que colgar. Se me está agotando la batería. Lláname en cuanto sepas algo.

—¿Estás sola?

—Proteo, ¿de qué va esto? Ya lo hablaremos más adelante.

—Laura, te quiero. ¡Vuelve! ¡Por favor!

—Hasta luego, Proteo. Ahora no puedo hablar. Estoy en una tienda en San Daniele.

—Hasta luego —colgó el teléfono insatisfecho, pero enseguida descolgó otra vez para marcar el número de Rosso.

—Tiene usted ahí a mi hijo, Rosso. ¿De qué se le acusa?

—¿Su hijo? —Rosso sonaba realmente sorprendido—. No lo sabía. Todavía estamos tomándoles los datos a todos.

—Venga para acá un momento y haga el favor de contarme qué pasa.

—Ahora mismo se lo llevo.

—No, Rosso. Primero quiero hablar a solas con usted.

Laurenti era el jefe de Rosso, pero nunca solía llamar a sus subordinados a su despacho. No obstante, en aquel asunto no quería volver a meterse. Y tampoco quería que su hijo recibiese ningún trato de favor, por lo menos al principio. Si era necesario, siempre estaría a tiempo de sacarle las castañas del fuego más adelante.

—Marietta —llamó a su ayudante, en el despacho de entrada—, Marietta, me gustaría que convocaras una reunión para las cinco de la tarde. Que venga también Marrone, de Opicina, la Beano de criminalística y el viejo Galvano.

Luego se acercó a la ventana y repasó las respuestas que le había dado Laura. Le había contestado con una evasiva cuando él le había preguntado si estaba sola. Sin embargo, su voz no reflejaba rechazo. Laura sonaba preocupada de verdad. A lo mejor volvía de una vez. Le sacaba de quicio. No podía hablar con ella. Pero tenía que haber una forma de aclarar las cosas. Ella tenía que reconocer que...

Un carraspeo y un cauteloso «permesso» lo apartaron de sus sombrías cavilaciones. Se volvió y vio a Rosso en el umbral de la puerta.

—Bueno, ¿qué es lo que ha pasado?

—Nos habían avisado de que, en el Yang Tse, después de la comida jugaban a las cartas. Hemos registrado el local y, de hecho, sí que había gente jugando, pero no eran sólo chinos. Esos jóvenes italianos estaban sentados con ellos. Cuando les detuvimos, todos estaban calmados. La cosa empezó al llegar aquí.

—¿Y mi hijo?

—Bueno, pues... también estaba con ellos.

—¿De qué se le acusa?

—Lo estamos investigando. Todavía no lo sé. Me temo que vamos a tardar. Si quiere, digo que lo traigan.

—No, déjelo. Trátelo como a cualquier otro. Pero haga el favor de informarme en cuanto sepa algo.

—Resistencia a la autoridad en cualquier caso —dijo Rosso vacilante.

—¿Qué me va usted a contar? Si lo conozco desde que nació... —Laurenti se encogió de hombros con gesto malhumorado—. ¿Qué edad tienen los otros chicos?

—Diecisiete, dieciocho.

—¿Y los chinos?

—Dos tienen la edad de su hijo. Luego están el dueño, el cocinero y los dos camareros, que son mayores.

—¿Nadie más?

—No.

—¿De dónde procede la denuncia?

—Es anónima. Me figuro que de algún vecino.

—Hum... —Laurenti se rascó la nuca a placer antes de continuar—. ¿Y de verdad cree que estaban apostando dinero?

—No sería la primera vez —dijo Rosso—, nos lo habían dicho más de una. Y sí que había cartas encima de la mesa. ¿Por qué lo pregunta?

—Está bien. No se preocupe. Sólo me preguntaba si no son demasiado jóvenes. Y de mi hijo me extraña muchísimo, no lo puedo negar. Hasta ahora, nunca había mostrado ningún interés por los juegos de cartas.

—¿Qué hacemos?

—Tómeles declaración, Rosso. A las cinco tendremos una reunión todos. Ya me informará entonces.

Rosso miró el reloj que llevaba en la muñeca.

—Espero que nos dé tiempo hasta entonces. Son trece personas.

También Laurenti miró el reloj y se detuvo a pensar un momento.

—No, no les va a dar tiempo. Hágame un favor, Rosso. Siente a Marco en mi despacho cuando termine. Que me espere allí, por si se prolonga la reunión.

—De acuerdo. ¿Me necesita?

—No, siga con su trabajo.

Rosso ya estaba en el pasillo cuando Laurenti volvió a llamarlo.

—Una cosa más, entre nosotros. Le agradecería que, si tiene la impresión de que mi hijo necesita un abogado, hiciera un descanso y me lo dijera de inmediato.

Se puso en camino hacia la pescadería de su hija. Bruna Saglietti tenía que hablar con alguien. Se había atrevido a llamar a su marido varias veces, pero el teléfono sonaba en vano hasta que empezaba la señal de comunicando. De pronto, estuvo segura de una cosa.

El día anterior, a las cuatro de la tarde, había dicho en el trabajo que estaba enferma, se apresuró a fichar y bajó corriendo por las escaleras de piedra. Tenía mucha prisa.

Como esa mañana tampoco había oído a Ugo, llamó a los grandes almacenes y se disculpó diciendo que no se encontraba bien, que entraría una o dos horas más tarde. Se quedó sentada en el sillón con dos gatos en el regazo, mirando fijamente el montón de periódicos viejos, latas de atún vacías, bolsas de plástico, cajas de cartón, botellas y ropa sucia que tapaba toda la pared de enfrente. Se alegraba de no haber tirado nada. Los restos de comida perecederos eran la única basura que bajaba. Es posible que alguna vez le hicieran falta aquellas cosas. A ella o a Ugo o a Nicoletta. La tarde anterior, Ugo no había salido de casa a la hora acostumbrada, hasta las siete no había oído ella sus pasos en el piso de arriba y después el portazo. Eso quería decir que no salía con el barco, a pesar del buen tiempo y de los visos de conseguir una buena pesca. Era la primera vez en largos, largos e incontables años. Bruna sabía que algo era diferente. Algo pasaba. Y Ugo no había vuelto por la noche. Bruna se mantuvo despierta hasta que comenzaron las repeticiones de programas en la televisión de la noche. Y por la mañana vio las imágenes del entierro de Contovello en el noticiario. Bruna escuchó el nombre de la familia. Después de ver las noticias en los demás canales, casi se sabía de memoria el discurso fúnebre del alcalde. Se estremecía cada vez que mostraban un primer plano de la cara del viejo Gubian, desencajada de dolor, y recordaba lo que le había dicho el día anterior delante de su casa. «¡Dígale que le voy a matar!»

Gubian tenía la edad de Ugo y era igual de robusto que él. Dos viejos testarudos y fuertes como dos toros. Cuando, por la mañana, no oyó los pasos de Ugo, lo supo: Gubian había hecho realidad su amenaza.

Bruna llamó a Nicoletta al móvil a las ocho de la mañana y le contó lo que tanto le preocupaba. Nicoletta estaba aún en el muelle, supervisando la llegada del pescado como cada mañana, confeccionando las listas de pesos y precios y regateando todo lo posible. Siempre desconfiaba de todos y prestaba atención a cada gramo de la báscula. Nicoletta no tomó demasiado en serio las palabras de Bruna y puso fin a la conversación

enseguida.

—No te preocupes, mamá —le dijo—. Oye, ahora no tengo tiempo. Hablamos más tarde.

A las nueve y media, estando Nicoletta sentada en su despacho, Bruna volvió a llamar:

—Sigue sin volver, hija —anunció.

—¿No has ido a trabajar? —se extrañó Nicoletta.

—He dicho que iría más tarde. Estoy muy, muy preocupada, Nicoletta.

—Mamá, déjale hacer lo que quiera, mujer. Después de lo que ha pasado, seguro que papá necesita un poco de aire fresco. Ya verás cómo vuelve muy pronto. Además, tú no puedes hacer nada de todas formas.

—Pero es que vino el viejo Gubian de Pola, Nicoletta. Dijo que quería matar a Ugo.

—Ya, ya me lo contaste ayer. Pero no creo que lo haga. Eso son cosas que se dicen en el momento, en caliente, y en el fondo no se quieren decir. Además, es viejo. ¿Cómo iba a hacerlo?

—Ugo también es viejo.

—Aun así. Ya verás cómo vuelve. Déjale en paz. Si esta noche no ha vuelto, ya pensamos qué podemos hacer nosotras. *Ciao!*

Bruna estuvo el día entero muy desasosegada. No entendía bien las preguntas de los clientes o interrumpía una frase a la mitad, parecía ausente y desconcentrada. Después de que el jefe de sección, preocupado de verdad por ella, le dijera dos veces que se fuese a casa o al médico, reunió el valor suficiente y se marchó a ver a su hija a toda prisa.

Con sus pasitos cortos, corrió Via Battisti abajo. Ni siquiera volvió la cabeza al cruzar en rojo la Via Carducci, con el intenso tráfico que tenía siempre, y fue milagro que no acabase bajo las ruedas de algún coche. Bruna no veía nada más allá de la preocupación que deseaba compartir con su hija. En pocos minutos llegó al muelle de Sant' Antonio y giró hacia la Via XXX Ottobre en la esquina de la tienda de menaje del hogar. Pocos pasos más quedaban hasta el edificio que fuera el antiguo cuartel austríaco y en cuya ala delantera estaba el negocio de Nicoletta.

Bruna entró directamente y se dio un golpe en la pierna con la ajada maleta marrón oscura que llevaba el hombre en la mano. Hasta que no levantó la vista para disculparse no reconoció a Gubian. Asustada, retrocedió un paso. También Gubian la miró con gesto inseguro. Había ido a recoger sus cosas a la pensión Blaue Krone y se dirigía hacia su coche.

—¡Le ha matado usted! —chilló Bruna—. ¡Es un asesino!

Unos cuantos transeúntes se detuvieron curiosos. Gubian no dijo nada, cogió su maleta otra vez e intentó pasar por delante de Bruna.

—¡Es un asesino! —gritaba ella—. ¡Deténganle!

Gubian la miraba consternado y dubitativo, no podía salir corriendo en una situación así. Aquella mujer trataba de retenerle y cualquier movimiento que él hiciera podía considerarse sospechoso. Del edificio de la Guardia di Finanza acababan de salir dos agentes que se disponían a meterse en su coche. Al oír a Bruna, cerraron la puerta y se acercaron.

–¡Ése, ése! –gritaba Bruna, agarrando a Gubian del abrigo.

Los dos agentes se interpusieron entre ambos.

–¡A ver, papeles!

–¡Pero deténganle! –todo el cuerpo de Bruna temblaba–. ¡Ha matado a mi marido!

–¡Déjeme en paz! –gruñó Gubian–. Vengo de enterrar a mi familia esta mañana.

–¡Papeles! –repitieron los agentes. Gubian dejó la maleta en el suelo, sacó su billetera de la chaqueta y les entregó su pasaporte croata. Bruna no llevaba documentación consigo. Hasta entonces, sólo le había hecho falta en alguna de las contadas excursiones que hacía con Nicoletta los domingos, cuando cruzaban la frontera hacia Istria. En la ciudad, nunca.

–No llevo ningún carné, pero allí dentro trabaja mi hija –Bruna señaló la pescadería, que no estaría ni a cien metros de los agentes–. ¡Llamen a Nicoletta! Ella les confirmará lo que les he dicho. ¡Este hombre es un asesino!

–¿Cómo se llama usted?

–Saglietti, Bruna. Mi hija trabaja ahí. Pero deténgale...

–Cállese de una vez, señora.

El grupo de curiosos que se había formado a su alrededor era cada vez más numeroso. También los dueños de las tiendas de la zona se habían asomado a sus puertas, intentando averiguar qué pasaba.

–Señor Gubian, ya ha oído usted lo que asegura esta señora. ¿Cómo es que dice eso? –preguntó el segundo agente, después de mirar el pasaporte del viejo. Toda la ciudad había oído su nombre en los últimos días.

–Tendrá que preguntárselo a ella. Yo acabo de enterrar a mi familia esta mañana. Bastante he pasado ya. ¿Me puedo ir de una vez? Quiero volver a mi casa.

Lanzando una mirada a Bruna, a quien le seguía temblando todo el cuerpo, el agente cambió de opinión y devolvió el pasaporte a Gubian.

–Perdone la molestia.

Gubian cogió su maleta sin decir palabra y, sin volverse siquiera una vez, tomó la dirección de la Riva, donde tenía aparcado su pequeño Mitsubishi.

–Pero él... mi marido... –protestó Bruna y quiso correr tras él.

–Usted se queda aquí –la regañó el agente, sujetándola por el brazo. Bruna luchaba por no echarse a llorar. Se dio cuenta de que todos la tomaban por loca.

–Vamos a ver a su hija, señora.

La llevaron entre de los dos, el espectáculo había terminado, también los curiosos volvieron a lo que estuvieran haciendo antes.

Nicoletta escuchó al agente meneando la cabeza y confirmó la identidad de su madre.

–Está preocupada, han de entenderla –dijo finalmente–. Te llevaré a casa, mamá.

–Cuídese, señora. Vaya al médico y que le receten algún tranquilizante.

Los dos agentes se despidieron. Bruna no les devolvió el saludo. Se quedó de pie, inmóvil, con gesto rebelde. Sabía que no estaba loca.

La reunión empezó con retraso. A las cinco de la tarde estaban todos menos el compañero de la Guardia di Finanza, que estaba examinando los libros de cuentas y la

documentación bancaria de la tienda de *delicatessen* del difunto Manlio Gubian. Se había disculpado con Marietta por teléfono, dijo que había tenido un imprevisto tonto.

Laurenti había convocado a sus compañeros porque se encontraban en un punto crítico y no avanzaban en ninguna dirección. En el caso de Contovello seguían dando palos de ciego, y, desde esa mañana, se le había sumado el cadáver, todavía sin identificar, de la *foiba* de Monrupino.

—Antes de nada —inició la reunión Laurenti—, quiero comunicarles otra cosa. Mi hijo de diecisiete años está en la comisaría en este mismo momento. Ha sido detenido junto con un grupo de chinos contra quienes hay abierta una investigación por juego ilegal. Rosso aún le está tomando declaración. No sé dónde acabará el asunto, pero prefiero que lo sepan por mí que por otras personas. Naturalmente, espero que todo resulte ser un simple malentendido y que Rosso no tarde en notificarme de qué se trata. Bien, esto es todo al respecto. Señores, es momento de que reunamos toda la información de que disponemos. Esta mañana, cuando estaba en el entierro de Contovello, me llamaron para ir a la *foiba* de Monrupino. Tenemos otro cadáver. Atravesado por un arpón y colgado de un gran armazón de hierro. Un hombre de edad avanzada. Con el doctor Galvano está en buenas manos, puede estar contento de haber muerto. ¿Han averiguado algo más de él entretanto, Doc?

—Gracias por el cumplido, Laurenti. Yo habría podido ser un médico de renombre si no hubiera decidido quedarme aquí a morirme de asco porque me daba pena la policía de Trieste, no lo olvides. Aún desconocemos la identidad del muerto. Hemos difundido sus huellas dactilares, pero no estaban registradas en ningún sitio. Un metro ochenta y tres, de complexión notablemente robusta y musculosa. Parto de la base de que realizaba un trabajo físico a diario. Su estómago estaba casi vacío. Ayer noche no había cenado. No había huellas de lucha, nada bajo las uñas, etcétera. Fue ejecutado, atado al armazón de hierro tal y como hacían en tiempos los partisanos de Tito. Pero luego le dispararon con un arpón. Además, tenía la cabeza cubierta con un saco de café. No dejo de pensar si esto es un símbolo de algo, una nota para nosotros, un mensaje que tenemos que descifrar. Una suerte de jeroglífico —Galvano hizo circular una serie de fotografías—. Tomad, vedlo por vosotros mismos. Podrían ser mensajes que nos ha dejado él, o bien los asesinos. Claro que también es posible que no signifiquen nada.

—Al viejo lo encontró un griego al que interrogamos como testigo en otro asunto, el domingo. Sgubin —preguntó Laurenti—, ¿has ido a verlo?

—Sí, estaba en casa. Dice que no se encontraba bien y que por eso no fue a trabajar. Para reponerse, salió a dar un paseo.

—¿Conocía al muerto?

—No. Bueno, el saco le tapaba la cabeza, no pudo verle la cara. Sólo ha dicho que llamó a la policía de inmediato. Doctor, necesitamos que su foto aparezca en el periódico.

—Ya está enviada.

—¿Qué coche tiene el griego? —preguntó Laurenti.

—Un Ford Fiesta. Pero lo tenía aparcado más adelante, en la carretera.

—Por las huellas de neumáticos en la nieve, fue un coche pequeño el que se detuvo

delante de la *foiba* –apuntó Galvano.

–Sí –dijo Emelda Beano, la jefa de criminalística–. Cierto es que las huellas no son demasiado nítidas. He estado revisándolas antes de venir. Un Fiesta no es, lo más probable es que se trate de un coche japonés de fabricación bastante antigua. Para ser otro tipo de vehículo, no coinciden ni el ancho de eje ni el tipo de cubiertas, y también quedan descartadas las demás marcas. Yo me inclinaría por un Mitsubishi de mediados de los ochenta. La rueda delantera derecha está mal reglada y las cubiertas son distintas en ambos ejes. El perfil de una es más profundo, la trasera derecha. Deduzco que no hace mucho que se puso el neumático de repuesto.

–¿Y no podría decirnos también el color y la matrícula, Emelda? –dijo Laurenti.

Ella se echó a reír.

–Y, ya puestos, quién iba al volante, ¿no? Pues no, lo lamento. Una cosa es leer las pistas y otra leer la bola de cristal.

«Cuando se ríe», pensó Laurenti de pronto, «no me parecen tan terribles esas gafas». Y, desde luego, su figura no era ni mucho menos tan huesuda como la recordaba.

–Eso quiere decir que tenemos que esperar hasta que alguien responda al ver la fotografía en el periódico o esta noche en las noticias.

Umberto Marrone, el agente del Carso, frunció el ceño.

–No va a parar de sonar el teléfono en tres días.

–Ya lo sé, Marrone, pero será la manera de avanzar después de todo.

Laurenti se dirigió al compañero de la Guardia di Finanza:

–Tozzi, ¿ha encontrado algo en el examen de los libros de cuentas de Gubian?

–Tras la primera inspección, parece todo en orden. Pero no llevamos más que tres días en ello. Ahora que, tal y como llevaban esos libros, con tanta minuciosidad, no creo que haya nada. Tampoco las cuentas bancarias reflejan ningún movimiento llamativo. La tienda estaba siempre llena, Gubian sabía llevar el negocio muy bien y ganaba su buen dinero. No creo que haya muchas tiendas así en Trieste.

–¿Se podría construir un móvil a partir de ahí?

–Lo veo difícil, tal y como va la investigación. No hay problemas por deber el impuesto de seguridad a ninguna mafia, además, por el aspecto de la tienda, nadie diría que es un negocio tan rentable. En esta zona tampoco se da la especulación inmobiliaria, es decir, no hay nada con lo que hubieran podido presionarle. También los créditos que tenía iban pagándose a través de los bancos con toda normalidad. No hay ningún agujero que no tenga explicación.

Y tampoco en el almacén hemos encontrado nada que no tuviera que estar allí. Si hacía negocios sucios de mayor envergadura, es evidente que no era a través de esa tienda. Claro que igual nos encontramos con alguna sorpresa en los próximos días.

–Deberíamos mandar al periódico una cosa más –dijo Laurenti, tocándose la punta de la nariz con los índices de ambas manos–. Tenemos que averiguar si alguien había visto a Manlio Gubian frecuentando algún lugar que no fueran su tienda ni su casa. Encargáos de que, a más tardar mañana, eso también salga en la prensa. Con foto.

–Entonces, necesitaremos más gente para filtrar las llamadas –Marrone frunció el ceño

de nuevo—. Y también unas cuantas líneas de teléfono adicionales. ¡Menuda se va a montar! ¿Vieron el entierro? De entre todos los presentes serían de Contovello la mitad, como mucho, el resto eran curiosos.

—¿Quién se quedó hasta el final? —preguntó Laurenti.

—Yo —era Imelda Beano otra vez.

—¿Usted? —preguntó Marrone, estirando la palabra. Le extrañó que alguien de la policía científica hubiese ido al cementerio, donde no tenían que trabajar en nada.

—Sentía curiosidad y quería saber a quién me enfrento.

—¿Y bien?

—Nada de particular. Estuve allí hasta el final. Tardó un siglo en irse a su casa todo el mundo. Al final sólo se quedaron el padre y el cura. Luego, Gubian se subió en su... —se detuvo un instante—. Maldita sea, sí, se subió en un Mitsubishi blanco con matrícula croata. Estoy completamente segura.

—Mucha casualidad. Excesiva, diría yo.

La mano de Galvano se agitaba en el aire, nerviosa, como si estuviera espantando mosquitos.

—No sé yo... —intervino Tozzi—. En cierto modo parece todo demasiado fácil, porque yo también acabo de ver a Gubian. He llegado tarde porque una señora ha montado un numerito en plena calle. Acusaba de asesino a un hombre de edad avanzada. El hombre era Gubian. Llevaba una maleta y dijo que quería regresar a Pola. Apenas se defendió, pero la situación le resultaba sumamente desagradable, como bien pueden imaginarse.

—¿Y qué? —exclamó Laurenti—. ¿Qué hizo usted?

—Bueno, pues... le dejamos marchar. Era evidente que la mujer estaba muy trastornada. La ciudad está llena de chiflados y todo el mundo sabe que Gubian ha enterrado a su familia esta mañana temprano. ¿Va a ser un asesino?

—¿Será posible, condenado? Dígamelo otra vez, Tozzi: ¿le dejaron marchar sin más? —Laurenti se tiraba de los pelos—. Pero ¡cómo se puede hacer eso, hombre!

Todos le miraron estupefactos. Cualquiera de ellos habría dejado marchar a Gubian. ¿Qué podía haber contra un hombre mayor que acababa de enterrar a toda su familia?

—¿Sabe cuántos Mitsubishis hay, Laurenti? Esquina sí, esquina no, encuentras uno. Además, yo no sabía que buscaban un coche como ése.

—¡Se encuentra usted con una pobre mujer que asegura reconocer a un hombre como un asesino, y le deja marchar a él y la toma por loca!

—¡Vamos a ver, pare un poco, Laurenti! —se enfadó Tozzi.

—Si es que Gubian hasta vino aquí, a la comisaría, amenazando con encontrar al asesino de su hijo antes que nosotros y acabar con él. Estaba muy decidido a hacerlo. ¿Qué demonios sabe Gubian que aún no hayamos descubierto nosotros? ¡Maldita sea, Tozzi! ¡En una situación así, hay que actuar!

Tozzi no dijo nada.

—Si de verdad fue él, entonces se trata de una puñetera vieja historia entre él y el asesino —dijo Sgubin—. Si es así, tenemos que hurgar en el pasado.

—Regresa al origen —dijo Galvano—. Cuando empecé a trabajar aquí, en 1945, me

endosaron los cadáveres de los agujeros del Carso. Y hoy, casi cincuenta y cinco años después, ahora que casi estoy por colgar la bata blanca para siempre y empezar a cavar mi propio agujero de una vez, vuelve a salir a la superficie toda esa vieja historia. Curiosas coincidencias, Laurenti. Si el viejo Gubian tiene algo que ver con ello, tienes que ir a los archivos. Y eso puede llevarte mucho tiempo. Averigua quién era por aquel entonces. ¿Estaba con los fascistas o con los partisanos o era funcionario del Partido? Así sabrás también quiénes eran sus enemigos.

Y una cosa más –hablaba despacio y en voz baja, hizo una breve pausa y meneó la cabeza, haciendo girar su bolígrafo entre los dedos–: también podría tratarse de una venganza tardía.

–No le entiendo, doctor.

–Ni puedes. Vosotros, los jóvenes, sabéis demasiado poco y, en el fondo, es muy sencillo: tú matas a mi familia, y a cambio yo mato a la tuya. *Capito?*

–¿Después de tanto tiempo? No lo creo, Doc.

–El tiempo no tiene ninguna importancia.

–Entonces, ¿quién es ese condenado viejo con un arpón clavado en el pecho?

–Averígualo –concluyó Galvano con su sequedad habitual.

–Ay, Tozzi, si no hubiera dejado marchar a Gubian sin más, habría podido contárnoslo todo hasta el último detalle. Pero ¡mira que no...! –siguió insistiendo Laurenti.

–Y venga con lo mismo, Laurenti, usted nunca da su brazo a torcer. ¡Se veía que la mujer estaba claramente trastornada! No llevaba documentación encima y lo que decía era un puro galimatías. Comprobamos su identidad, la hija trabajaba muy cerca. Ella se hizo cargo. Y no teníamos ninguna noticia de que Gubian fuese sospechoso. ¿A quién podíamos suponer que había matado?

–¡Pues al que hemos encontrado, por ejemplo!

–¿Y cómo se llama ese hombre?

–¿Cómo se llamaba la mujer?

–Saglietti. La mujer. La hija, Marasi.

–¿Marasi? –la palabra salió de la boca de Marietta como un disparo. Hasta el momento, se había mantenido en silencio, recogiendo cuanto se decía para después redactar el acta de la reunión, mirando a Laurenti y mordisqueando el lápiz–. Esta mañana llegó un aviso de búsqueda de la Capitanía. La Guardia Costiera quiere hablar con un tal Marasi. Un asunto de un pescador desaparecido que cayó por la borda el lunes por la noche en el barco de ese Marasi. Tenían que tomarle declaración otra vez y no se presentó al interrogatorio. Eso es todo lo que ponía.

–Para que luego diga, Tozzi. Gubian también es pescador. ¡Que me aspen si no es Marasi el hombre que hemos encontrado en el Carso!

Galvano meneó la cabeza y musitó para sí:

–No lo creo, no lo creo.

–¡Traiganme a esa mujer! Que no pase de hoy. Ya que Tozzi no ha seguido esa pista, vamos a hacerlo los demás. ¡Mira que dejar marchar a Gubian! –Laurenti estaba furioso. Era injusto por su parte, y no quería captar las miradas con las que Marietta trataba de

apaciguarlo. En aquel momento, le caía mal a todo el mundo. Incluso Galvano se limitaba a mirar al techo sin decir nada. Sgubin se puso en pie, fue al teléfono y solicitó los datos de Bruna Saglietti y del tal Marasi. Sacudió la cabeza, apuntó lo que le decían y regresó a la mesa malhumorado. Laurenti estudió la nota y, de pronto, dio una palmada en la mesa.

—¡Esto no puede ser verdad! ¡Pero si viven todos en el mismo edificio! El griego, el tal Marasi y la Saglietti. ¡Todos! ¡En la Via Stuparich! Y el griego encuentra el cadáver de su vecino y no lo reconoce. ¿Es que nos hemos vuelto todos locos?

—¡Pare un poco, Laurenti! —Marrone se irguió en su silla—. De momento, nadie ha dicho que el muerto sea ese tal Marasi.

—Además, Marasi y la señora son marido y mujer, según ha informado Sgubin —dijo Galvano—. Por si no se te ha ocurrido, los matrimonios suelen vivir en la misma casa.

Laurenti le miró echando chispas por los ojos.

—Casualidad, Laurenti, todo son casualidades. Sigue la pista que te he dicho yo. Confía en un viejo zorro por una vez, hombre.

—Ya veremos —respondió el comisario con desgana—. Bueno, Gubian llevará ya tiempo en Pola, no podemos interrogarle y, aun suponiendo que fuera él, los croatas no nos lo entregarán. Además, seguimos sin saber cuál pudo ser el móvil. Doctor, trate de comprobar lo antes posible si ese cadáver corresponde a Marasi. Marrone, vaya a Contovello con la foto y pregunte si alguien lo reconoce. Yo voy a hablar con la Capitanía a ver qué tenían pendiente con el tal Marasi. Sgubin, enseguida vamos a ir a casa de esa señora a enseñarle la foto. Marietta, por favor, reúne los datos personales de todos los que tenían alguna relación con Marasi: direcciones y demás. Si es él, tendremos que interrogar a todo su entorno. En cuanto a Gubian... ya veremos cómo acercarnos a él. En el peor de los casos, alguien tendrá que desplazarse hasta Pola.

—Si necesitan a alguien en Pola —intervino Tozzi— puedo prestarles ayuda. Tengo una vieja amiga en la policía criminal.

—Está bien, Tozzi. Ya se lo diré. Muchas gracias.

Y así casi había vuelto a restablecerse la paz. Laurenti pensó que, entretanto, también él conocía a alguien en Pola.

Marco se aburría como una ostra. Llevaba tres cuartos de hora esperando en el despacho de su padre, adonde lo había llevado Rosso. Se había sentado en el sillón de Proteo, con los pies encima de la mesa, igual que su padre, y al principio se había entretenido un poco curioseando los cajones del escritorio, sin encontrar nada interesante excepto un paquete de Marlboro al que sólo le faltaban dos cigarrillos y un mechero rojo. Se encendió un pitillo, cogió el teléfono y se puso a charlar con sus amigos. Al fin y al cabo, tenía mucho que contarles.

Todo estaba lleno de humo cuando Laurenti regresó de la reunión, ya desde el despacho de Marietta le llamó la atención la peste a tabaco. Marco bajó los pies de golpe, se apresuró a despedirse del amigo con el que estaba hablando y colgó el teléfono.

–Bueno, ¿qué me cuentas? –Laurenti abrió la ventana de par en par.

–Anda que no habéis tardado... ¿Siempre sois tan pesados?

–Marco, te he preguntado en qué demonios andas metido.

–Nada, hombre, si es que una tontería. Verás: estábamos de sobremesa en el Yang Tse como tantas otras veces. Huan es amigo nuestro, el hijo del dueño. Si tú también lo conoces, papá. Ha estado en casa alguna vez. Vamos juntos al instituto.

–¿Y? ¿Por qué os trajeron a la comisaría?

–Porque están mal de la cabeza. Seguro que os ha llamado alguna viejecita frustrada y aburrida a calentaros la oreja con lo del juego ilegal. ¡Es de risa! Y, claro, parece que no tenéis otra cosa mejor que hacer que perseguir a gente inocente. De repente, todos los chinos son criminales. ¡Eso no se puede consentir! Esa panda de policías imbéciles se creará que ha descubierto a las Brigadas Rojas. Nos detuvieron a todos sin más, sin comprobar la documentación siquiera. ¡Nada! ¡Al camión y derechos a comisaría! Y luego, a agobiarnos bien, a hacernos esperar hasta volvernos micos. Cuatro horas me he tirado esperando. Al final les ha entrado en la cabeza que se han equivocado. Eso sí, hasta que el abogado de los Chu Li no ha soltado un buen fajo de pasta, nada. Va a hacer de ello una historia bien seria.

Marco birló un segundo cigarrillo del paquete de su padre.

–¿Cómo que una historia? Además, los cigarrillos son míos, ¿qué te has creído? – Laurenti se guardó el paquete–. ¡Trae para acá ese mechero, hombre!

Marco se lo sacó del bolsillo del pantalón de mala gana.

–Ni siquiera sabía que fumabas, papá.

–Si no fumo. A ver, dime cuál es esa historia que el abogado va a sacar de todo esto.

–Pues lo va a sacar todo en el *Piccolo*, según ha dicho.

–¡Lo que nos faltaba! Entonces, saldrán los nombres de todo el mundo, incluido Marco Laurenti. No me lo puedo creer.

Proteo se lanzó al teléfono y marcó ansiosamente el número de Rossana di Matteo. Sonó muchas veces hasta que lo cogieron en la centralita para decir que la jefa ya se había marchado hacía un rato. El comisario buscó el número de su móvil, pero también le salió el contestador. En pocas palabras explicó de qué se trataba y le rogó a Rossana que comprendiera la situación.

–¿Y quién ha sido el de la puerta cristalera? ¿Quién la ha roto?

Marco miraba la ventana con gesto esforzado.

–Ni idea. No vi nada. Pero dímelo tú, ¿crees que podíamos consentir una cosa así?

–¡Es resistencia a la autoridad, Marco! No te creas que aquí nos chupamos el dedo. El caso va a ir directo al fiscal, y yo apenas podré hacer nada.

–Estáis exagerando. Además, ¿quién es el jefe aquí? Eres tú, papá, ¿o no?

–Marco –dijo Laurenti mientras se encendía un cigarrillo y cerraba la ventana–. Marco, no puedes seguir así. Estás metido en todo lo que tengo que combatir en estos momentos. Primero, el asunto de los fascistas, y ahora te da por proteger a los pobres chinos. Me estoy haciendo a la idea de que mañana igual te detienen con los anarquistas. ¿Es que no puedes ser un chico de diecisiete años normal, como todos los demás?

—Dieciocho, papá. El doce de diciembre cumplo dieciocho.

A Proteo le vino a la cabeza que tenía que buscar un regalo. Quedaban tres semanas; a más tardar para entonces habría vuelto Laura, aunque sólo fuera temporalmente. Siempre había hecho una fiesta por los cumpleaños de sus hijos. Ojalá volviese antes. Tenía que llamarla. Se lo había prometido. Seguro que estaba impaciente, esperando noticias.

—Pues tampoco te extrañes tanto —dijo Marco—. El sábado hay convocada una manifestación contra la xenofobia y a favor de los chinos.

—¡Ni se te ocurra ir, Marco! —Laurenti tenía la sensación de que le zumbaba la cabeza.

—¿Por qué no?

—¡Porque no me da a mí la gana, así de sencillo!

—¡Estás mal de la azotea, papá! Además, chinos ya había en Trieste hace cien años.

—¿Quién te ha contado esa tontería?

—¡Es verdad! En San Giacomo. Se encargaban de la colada de los barcos del Lloyd Triestino. Y no era pocos, precisamente; claro que, en aquellos tiempos, se quedaban en su barrio, y hoy todo el mundo cuchichea que si la amenaza amarilla, que si tal que si cual, en cuanto los ve. Eso es racismo, papá. ¿Entienes ahora de qué se trata?

En ese momento, Sgubin entró en el despacho para recoger a Laurenti. Bruna Saglietti era el siguiente punto en el orden del día. Tenían que hablar con ella esa misma tarde. Sgubin puso fin a la discusión entre padre e hijo.

—¿Qué quieres? —le ladró Laurenti.

—La Saglietti nos espera. La he llamado. Pero si quieres, voy yo solo. Son más de las siete.

—No, no, voy contigo —dijo Laurenti, y añadió, muy serio, para su hijo—: Marco, no sé cuánto vamos a tardar. Haz el favor de irte para casa y llamar a tu madre de inmediato. Está muy preocupada con lo de tu detención. Cuéntale lo que pasa. Yo llegaré enseguida y ya lo hablamos todo con tranquilidad, ¿vale?

—Vale. Por cierto, hay una cosilla más.

—¡Vaya! Ya me extrañaba a mí. A ver, ¿qué?

Marco se bajó del borde de la mesa en que estaba medio sentado.

—Seguro que aún te acuerdas de Luciana.

Laurenti arrugó la frente.

—Luciana, la que estaba conmigo en el Bellavia.

—¿La guapa? ¿Qué pasa con ella?

—Te quería preguntar si puedes hacer algo por ella. Le han puesto una denuncia por lo de la puerta.

—¡Conque sí sabes quién fue!

—Ay, no, no. Pero uno de los policías asegura que fue ella. ¿No podrías...?

Laurenti dio un golpe en la mesa con la mano.

—¡Las ganas que tengo de ver un día en el que alguien me haga un favor a mí! ¡Por todos los demonios! —y se encendió un cigarrillo—. ¿Es tu novia o qué?

—¿Me das uno? Anda, papá, por favor.

Sgubin, atónito, contempló cómo Laurenti le tendía el paquete a Marco.

—¿Desde cuándo fumas? —preguntó a su jefe.

—¡Yo no fumo! —bufó Laurenti—. Bueno, ¿cuándo nos vamos de una puñetera vez? Y tú, ya te estás yendo para casa.

Jueves sucio

El 23 de noviembre hacía un día gris como la ceniza. La temperatura había subido a veinte grados durante la noche, y la extrema humedad del aire hacía sudar por todos los poros. Era el brusco cambio de tiempo típico de Trieste, cada vez más fuerte en los últimos años. Con el ligero siroco, Gadafi enviaba saludos en forma de arena del desierto que cruzaba el mar y se depositaba en finos regueros amarillos sobre los capós de los coches. Después de la *bora nera* a comienzos de la semana, este cambio era una sorpresa desagradable que se traducía en mal humor y astenia generalizada. Demasiado calor para esa época del año, maldecían muchos de aquellos que, ofuscados, el domingo aún afirmaban justo lo contrario. Una vez más, la temperatura subía y bajaba como una montaña rusa.

Luca Vidulini se había levantado temprano. Tenía intención de visitar a Nicoletta, después de haberse peleado con Mario la noche anterior y de no haber logrado dar con Marasi en todo el miércoles. Marasi ya no había aparecido a cenar el martes, tal y como habían convenido, para hablar de la venta del barco. Sin embargo, a Mario no le había preocupado en absoluto. Para empezar, él había llegado media hora tarde a pesar de que habían quedado con Marasi a las ocho. La mujer de Luca dijo refunfuñando que el cordero asado se había quedado seco en el horno y ya no tenía arreglo. Luego, a los tres cuartos de hora, Mario se levantó diciendo que no tenía sentido seguir allí, que estaba claro que Marasi ya no iba a aparecer, que se habría oído la respuesta... Después de todo, no era idiota. Mario dijo que no tenía hambre y que estaba cansado.

Le habían llamado por teléfono varias veces, en vano. Marasi no podía vender el barco sin más si ellos no estaban de acuerdo. Y, no obstante, era evidente que tendrían que acceder, puesto que sin Marasi tampoco podían seguir adelante. Tendrían que llegar a alguna forma de compromiso que les permitiera vivir aunque Marasi lo dejara. A él le pertenecía la parte más grande, el cuarenta y cinco por ciento del barco, mientras que los otros tres se repartían el resto a partes iguales. Ninguno tenía dinero suficiente para comprarle su parte a Marasi. Necesitaban tiempo para conseguir los medios o, al menos, para negociar con él cómo ir pagándole a plazos. Además, ahora sólo eran dos y también tenían que compensar la parte de Giuliano. Eliana tenía derecho a ella. Ahora bien,

Marasi tenía que rebajarles el precio. Al fin y al cabo, era culpa suya que Giuliano se hubiese caído por la borda. Y el miércoles tenían que presentarse en la Capitanía para declarar otra vez. Con eso podrían presionarle. Ugo Marasi no tendría más remedio que ceder, ahí estaban de acuerdo. Le obligarían con todos los medios. No podía arriesgarse a que las autoridades descubriesen qué tipo de mercancía les había estado pasando Gubian en aguas internacionales durante incontables noches. Eso le pondría en un verdadero aprieto, y no sólo a él sino también a Nicoletta.

Si ya estaba molesto, más se indignó Luca de que a Mario, de repente, le fuera tan indiferente dónde estaba Marasi. Estaba claro, su aliento le delataba y se le veía en los ojos que había estado bebiendo, y Luca sabía que Mario, cuando estaba borracho, siempre se cerraba a todo y apenas salían de su boca más que las cuatro palabras imprescindibles. Pero Luca se había pasado el día redactando un documento que querían presentarle a Ugo esa noche para que lo firmase. Un precontrato en el que les vendía su parte del barco, claramente por debajo de su valor. Luca había negociado con el banco, consiguiendo que el director de la filial accediese a concederles el crédito necesario, siempre que pusieran el propio barco como aval y lo asegurasen bien. Sin Marasi, tampoco les resultaría difícil encontrar a dos o tres jóvenes pescadores que quisieran trabajar para ellos. Eso sí, el barco tenía que ser de su propiedad, de Luca y de Mario. Esa noche podían cerrar el trato, y, maldita sea, Mario ya podía haber hecho el esfuerzo de aparecer al menos puntual y sobrio.

El miércoles, en el segundo interrogatorio en la Capitanía, habían repetido la misma versión de los hechos, tan parca y monosilábica como la primera. Encubrieron a Ugo y ni siquiera reaccionaron cuando les preguntaron dónde estaba. Ni idea. Igualmente impasibles permanecieron ante los intentos de intimidarles que hizo el oficial, desesperado ante la cerrazón que mostraban aquellos dos hombres, pues querer extraerles algo era como darse cabezazos contra un muro. Ellos sólo dirían algo en el caso de que Marasi se negara a aceptar sus condiciones.

Luca había esperado durante todo el miércoles, pero hoy ya tenía que ir a ver a Nicoletta. La hija de Marasi no le caía bien, como tampoco ella hacía por disimular su aversión y desconfianza respecto a él. Luca era más independiente que los otros y contradecía a su padre con frecuencia. No pocas veces Nicoletta le decía a su padre que tenía que separarse de Luca, que uno no acababa de fiarse de él. Luca, a su vez, solía ignorarla sin más.

Se despidió de su mujer, quien, como todas las mañanas, había empezado a limpiar la casa. Le dijo que volvería a comer. Luego tomó el autobús, se sentó junto a la ventanilla y se asomó a ver aquella especie de manta gris que había envuelto la ciudad. En la Via Carducci se bajó, se dirigió primero hacia el antiguo café La Colombiana y se tomó un *macchiato* en la larga barra de metal brillante. Luego recorrió a paso ligero las pocas calles que distaban hasta la Via XXX Ottobre. Nicoletta, con el grueso jersey azul marino que llevaba casi siempre, hiciera el tiempo que hiciese, supervisaba cómo sus empleados colocaban el pescado sobre la capa de hielo de los mostradores y cambiaba en el último

momento el precio de los *rombi* en la pizarra. Los peces tenían una especial buena pinta aquella mañana y bien se podían pedir unas cuantas liras más por ellos. Pareció sorprendida al ver a Luca.

–*Ciao*, Nicoletta!

–*Salve* –le respondió ella secamente, con su grave y áspera voz masculina.

–Tengo que hablar contigo.

–Espera –en el mismo tono, Nicoletta dio unas cuantas indicaciones al hombre de detrás del mostrador. Al momento, el empleado cogió algunos peces y los recolocó–. ¿Cuántas veces te he dicho que dejes bien a la vista los *branzini* grandes? ¿Dónde, si no es en mi pescadería, tienen piezas de esta calidad?

Luca se mantuvo a una distancia prudencial, esperando con las manos bien hundidas en los bolsillos.

–Vente por aquí –le dijo Nicoletta finalmente. Fueron a la parte de atrás, pero no a la oficina, se quedaron de pie en el patio–. ¿Qué quieres?

–¿Dónde está Ugo?

Nicoletta lo miró con desconfianza:

–¿Por qué?

–Habíamos quedado el martes por la noche. No vino. Ni ayer tampoco. Y tampoco se presentó al interrogatorio. Tenemos que hablar por lo del barco.

–De eso también puedes hablar conmigo.

–No, sólo con Ugo.

–No tienes otra opción. Papá está muerto.

Luca se quedó sin habla. Palideció.

–¿Qué has dicho?

–Os ofrezco a ti y a Mario 150 millones por vuestra parte. En total –en el rostro de Nicoletta no se movió ni un solo músculo.

–¿Qué significa eso de «Ugo está muerto»? –presa del asombro, Luca no se dio cuenta de que la oferta de Nicoletta en realidad sólo era la mitad del valor real de su parte del barco.

–Lo que he dicho. Me quedo con el barco yo. Tenéis hasta la semana que viene para pensarlo. Ni una lira más.

–Nicoletta –suplicó Luca–, ¿qué ha pasado? –parecía bloqueado del susto y estaba muy lejos de ponerse a regatear en un momento así.

–Lo que has oído. No hagas como que no sabes nada. Has venido a hablar del barco. He dicho lo que te tenía que decirte. Para el lunes quiero una respuesta. Si no, os daré menos.

–Pero... ¿cómo...? –Luca intentaba articular una frase. Pero Nicoletta lanzó una mirada más allá de donde estaba él y le empujó bruscamente hacia un lado.

–¿Qué quiere?

El empleado había enviado a la parte de atrás al hombre que acababa de entrar preguntando por Nicoletta.

–Vengo por Ugo Marasi.

–¿Y qué quiere de él?
–¡Quiero hablar con su hija!
–¿Por qué? –preguntó Nicoletta, agresiva.
–Es personal, señor.
–¡Pues hable!

Primero venía Luca a distraerla del trabajo, y ahora ese desconocido que la había tomado por un hombre. Cuántas, cuantísimas veces no le habría pasado lo mismo, sólo porque se parecía mucho a su padre y porque su voz sonaba masculina.

–¿Dónde puedo encontrar a Nicoletta Marasi?

–Soy yo. A ver, ¿qué quiere?

–Comisario Laurenti, Polizia di Stato. Discúlpeme, me había parecido... –pensó que era mejor no intentar arreglarlo—. ¿Dónde puedo hablar con usted sin que nos molesten?
–miró a Luca.

–Aquí –contestó Nicoletta–. Ahora lárgate, Luca. Ya sabes lo que hay.

Luca volvió a ponerse su gorra azul marino y la miró indeciso.

–Bueno, pues... ya nos veremos.

Luca se abrió paso entre Nicoletta y el comisario, y Laurenti esperó a verlo desaparecer por la puerta trasera en el interior de la pescadería.

–¿Y bien? –preguntó Nicoletta.

–¿Cuándo vio a su padre por última vez?

–El martes por la mañana.

–¿Ha tenido alguna noticia de él después?

–No.

–Quiero que venga conmigo. Hay que identificar el cuerpo. Su madre ya lo ha reconocido en la foto, pero es obligatorio realizar una identificación en persona. No consideramos de recibo pedirselo a su madre ayer noche en el estado en que se encontraba.

–¿Cuándo voy?

–Ahora mismo, si puede.

–Espéreme fuera.

Nicoletta dio media vuelta, sacó un enorme manojó de llaves del bolsillo del pantalón y, a enérgicas zancadas, se dirigió a su despacho, al otro lado del patio.

Laurenti recorrió el edificio con la mirada, era evidente que las demás plantas estaban vacías, luego regresó a la pescadería. Contempló los peces, se planteó por un momento comprar un *rombo* grande, podría prepararlo de cena, al horno con vino blanco, con patatas y algunos tomatitos. Como antes, cuando veía alguna oferta tentadora en alguna tienda mientras recorría la ciudad, y llamaba a Laura con el móvil para preguntarle si llevaba algo para cenar. Pero aquello era en el pasado. Ahora sólo eran dos en casa, y la cocina seguía sin recoger, hecha un desastre cada día mayor. La noche anterior, después del infructuoso interrogatorio a Bruna Saglietti, había llegado demasiado cansado y abatido como para hacer algo más que ir a un restaurante con su hijo.

Había citado a Bruna Saglietti en el bar que había en la planta baja de su edificio, en la

Via Stuparich, puesto que ella no dejaba entrar en su casa a nadie. Bruna se había desmoronado, saliendo a la calle con un ataque de llanto al reconocer a Ugo en la fotografía. Era la confirmación de sus sospechas, de aquel oscuro presentimiento que la agobiaba desde el martes por la noche. A Laurenti le costó impedir que se arrojara debajo de un coche. Luego llamaron por radio al médico de urgencias del cercano Ospedale Maggiore y dejaron a Bruna a su cuidado.

Nicoletta lo sacó de su ensimismamiento y le hizo apartar la mirada del espléndido *rombo* cuyos ojos muertos y cuya boca abierta había estado contemplando todo el tiempo.

–Vuelvo enseguida –dijo al pescadero en tono avinagrado–. Espero que, por una vez, os las apañéis una hora sin mí y sin arruinarme el negocio.

El pobre hombre la miró intimidado y respondió con gran respeto:

–Sí, señora.

Nicoletta abrió la puerta bruscamente y salió por delante.

–¿Dónde es? –preguntó, una vez en la calle.

–En el Ospedale Maggiore, en el Anatómico Forense –Laurenti había aparcado su coche en la plaza reservada de la Guardia di Finanza y lo señaló–. Luego la traigo de vuelta.

–No hace falta –respondió Nicoletta–. Pasaré a ver a mi madre. Está ingresada.

–Lo sé, fui yo el que llamó al médico de urgencias anoche. Su estado era muy delicado después de reconocer a su padre en la foto.

–¿Y le extraña?

–Por supuesto que no. Sin duda lo amaba mucho.

–¿Amor? –el tono despectivo era más que evidente–. ¿Es que existe en este mundo? – Nicoletta iba sentada en el asiento del copiloto, ambas manos embutidas en los bolsillos de una chaqueta azul guateada, la típica de marinero, mirando fijamente al frente–. ¿Por qué no va por la Via Milano? Es más rápido.

–Hace un rato estaba todo atascado.

Laurenti quería alargar el trayecto. Sólo unos minutos, para hablar un poco más con aquella mujer antipática, grosera, cerrada y de voz masculina. Tenía la sensación de que era la única oportunidad, lejos de los despachos oficiales y lejos de la pescadería, donde la vigilaban todos aquellos ojos de los peces muertos.

–Pues ahora no. Ya habríamos llegado.

–¿Ha hablado con su madre?

–Me llamó desde el hospital.

–No sabía que era tan grave. Lo siento.

–No hace falta. Creo que sólo se ha quedado allí para estar más cerca de él. Pronto le darán el alta.

Laurenti giró por el Corso Italia, donde los tres carriles estaban llenos de coches parados delante de los semáforos.

–Supongo que sus padres estaban felizmente casados.

—¿Felizmente? Otra palabra de esas. ¿Felicidad, amor? ¿Acaso sabe usted lo que es eso? Pues no, no lo estaban.

—Pero tampoco se separaron nunca. En fin, algo debía de haber entre ellos, después de todo.

—Ya le dije que fuera por la Via Milano. Aquí vamos a tardar una eternidad. Toda esta panda de imbéciles no saben conducir.

—Su padre era pescador, y usted le compraba el pescado. ¿Desde cuándo tiene el negocio?

—Hace mucho. También compro a otros y distribuyo por toda la región. El pescado de Nicoletta es el mejor. No sirvo ni un solo pez de piscifactoría. Todo es de primera calidad. En mi tienda no encontrará ninguna de esas porquerías importadas. Lenguados y *rombi* de Holanda, gambas argentinas, langostas del Canadá... ¡un asco todo!

—Dígame, ¿conoce a la familia Gubian?

—¿Los de Contovello?

—Sí. ¿Qué tipo de gente eran?

—¡Y yo qué sé!

—Su tienda iba muy bien, si no me equivoco.

—Seguro que sí. Gubian lo hacía muy bien.

—Seguimos buscando un móvil y no conseguimos avanzar por ninguna parte.

—Pues yo no les puedo ayudar.

—Pero ¿conocía a los Gubian?

—Sí, pero no bien. Lo que se conoce uno dentro del gremio.

—Verá usted. Una pregunta: la autopsia ha puesto de manifiesto que la familia había comido *datterì* ese mediodía. Pero están prohibidos.

—Sí.

—Si quisiera comerlos, ¿dónde podría conseguirlos?

—Necesitaría un buen contacto, entonces no sería problema. O al otro lado de la frontera. En Eslovenia o Croacia. En Croacia también están prohibidos. Pero los sirven de todas maneras.

—¿Y también se los piden alguna vez en la pescadería?

—Apenas.

—¿Y entonces?

—Entonces, nada —Nicoletta lanzó una mirada escrutadora al comisario—. Yo no hago esas cosas.

—¿Por qué no?

—Porque si te pillan, te trae un montón de problemas. Las multas son elevadas. Para mí no vale la pena ese riesgo. Ya gano mi buen dinero sin necesidad de ello.

—Pues, para muchos, eso no es argumento.

—No hay que destruir la base de la cadena alimentaria. Toda vida viene del mar.

El coche se metió por la Via Carducci, faltaban unos pocos metros y podrían avanzar más deprisa por las calles laterales.

—¿Y dónde cree que compraron los moluscos los Gubian? Quiero decir, ¿dónde

buscaría usted si estuviera en mi lugar?

—En Trieste lo veo difícil.

—¿Ha comido *datterì* alguna vez?

—Claro. Pero me gusta más un pedazo de salami casero.

—¿Dónde?

—Al otro lado de la frontera.

Atravesaron la Via della Ginnastica y volvieron a detenerse en un semáforo.

—Cuando su madre reciba el alta del hospital, me gustaría echar un vistazo a los papeles de su padre. Tal vez haya alguna pista sobre una cita que tuviera con alguien o alguna otra cosa.

—Más vale que no se haga ilusiones. Mi padre no tenía casi nada por escrito. Lo poco obligatorio que hay, seguros, contratos y demás, se lo llevaba yo. Mi padre sólo se fiaba de su memoria. Era más precisa que la de nadie. Ahórrese el trabajo de investigar sus papeles.

—Eso prefiero decidirlo yo.

—Ya lo verá.

—También su madre nos dijo que Ugo Marasi se guardaba todo para sí mismo. Un hueso duro de roer, su padre, ¿me equivoco?

—Yo no diría eso. Tenía buen corazón, era sincero y claro. Por supuesto que era muy cerrado, pero eso no es nada raro. Le quitaron todo, en Istria, en aquellos tiempos. No lo superó nunca. Lo sentía como una humillación. Su familia era pudiente y, luego, cuando salieron del país, no les quedó más que lo puesto, y cuatro cosas de la casa.

¿Qué estaba sucediendo en el interior de aquella mujer? De repente, aquella persona tan parca en palabras había cogido velocidad y hablaba sin tomar aire siquiera.

—Y cuando cruzaron la frontera —prosiguió Nicoletta—, los engañaron otra vez. Italia no los quería, dijeron que aceptarlos perturbaría las relaciones con el estado amigo de Yugoslavia. Ni indemnizaciones ni nada. Y todos pensaban que los istrios eran fascistas, por el simple hecho de venir de un lugar donde los comunistas querían librarse de ellos. Todos tuvieron que volver a empezar de cero. Una injusticia que clama al cielo. Tan malo no era el fascismo, al fin y al cabo, y, además, ¡Italia sigue pagando pensiones a los criminales de guerra comunistas! Y luego te vienen con que hay que dejar descansar el pasado y empezar de nuevo en una Europa unificada. ¡Es que me parto de risa!

Laurenti dio una vuelta al Ospedale Maggiore, despacio, como si buscara un hueco para aparcar, cuando tenía toda la intención de meterse hasta el patio y dejar el coche allí tranquilamente. Pero no quería interrumpir a Nicoletta.

—¡Ninguno de esos gobiernos tan finos que hemos tenido es mejor que esos esclavos de mierda! A ver si me entiende: queremos que nos devuelvan lo que nos pertenece. ¡Istria es italiana! La familia de mi padre tenía tierras y ganado y trigo y vino. Su hermano mayor fue uno de los doscientos cincuenta mil soldados italianos destinados a ayudar a los alemanes contra los rusos. De aquella tropa de desgraciados con la que Mussolini pretendía lamerle el culo al tal Hitler. No regresó nunca. Y a su hermana la asesinaron... —de pronto, calló, mordiéndose los labios.

Laurenti no tuvo más remedio que entrar por el acceso al hospital.

—No lo sabía —dijo.

—¿De qué lo iba a saber? —respondió Nicoletta—. Seguro que es usted del sur. Allí nadie se ha preocupado nunca por nosotros. ¿Entiende usted de una vez que ya no podemos creer en cosas como la felicidad o el amor?

—¿Cuándo nació usted?

—En 1966, ¿por qué?

—Porque es demasiado joven. Usted ya no vivió todo eso.

—¿Qué sabrá usted! La edad no tiene nada que ver. Lo que cuenta es la familia y la patria —Nicoletta abrió la puerta de golpe y se bajó. La cerró con tal portazo que el coche entero se tambaleó.

Laurenti estaba perplejo. Era la primera vez que se enfrentaba directamente a ese tipo de discurso. Por supuesto, sabía que existía aquella polémica. A veces circulaban panfletos o cartas al director escritos por algunos incorregibles, y ahí estaban también los lemas de los fascistas o, en los periódicos, las noticias sobre el encuentro anual de los «istriani», donde lloraban a la patria perdida. Sin embargo, ante aquel arrebatado de Nicoletta no sabía cómo comportarse. Ni siquiera tuvo ocasión de replicar, pues ella lo remató con un fuego de barrera.

—Y una cosa más le quiero decir: ¡ustedes dejaron marchar a Gubian! Mi madre tiene razón. Es un asesino.

—Las cosas no son tan fáciles —respondió Laurenti, pero Nicoletta no se dejaba interrumpir.

—¡Y aunque lo fueran! Claro que las autoridades, como bien se ve, siguen ocupándose de todo menos de la verdad.

—No hay pruebas de que fuera Gubian quien mató a su padre, ¡ni un solo indicio siquiera! Ese hombre lo ha perdido todo, acaba de enterrar a su familia...

Nicoletta se irguió, sacó pecho y puso los brazos en jarras como un campeón de lucha libre. Estaba muy cerca del comisario y tenía una mirada que parecía del mismo hielo sobre el que colocaban los peces en los mostradores de su negocio.

—¡A ver si escucha usted lo que se le dice! ¡No sólo ha matado a mi padre, no, hace cuarenta y siete años también asesinó a su hermana!

Se dio media vuelta y echó a andar a zancadas.

—¿Y eso quién lo dice? —bramó Laurenti.

—¡Yo! ¡Y mi padre también lo decía! ¡Pero a las autoridades siempre les ha interesado una mierda! ¡Hasta hoy!

—¿Por qué no lo denunciaron?

—Escúcheme bien de una vez, poli de mi... —Nicoletta se calló el resto. De nuevo se había plantado delante de Laurenti como un campeón de lucha—. Gubian era comunista. ¿Sabe usted lo que pasó por aquel entonces? ¡De qué lo iba a saber! No es más que un ignorante del sur. ¡Nadie preguntó jamás por los culpables! ¡Nos condenaron al silencio, sin más! Se pregunta por qué no denunciemos a Gubian. ¡Es que me parto de risa! ¿Sabe

lo que habría sido de la denuncia? Los comunistas la habrían tirado a la basura sin pensárselo dos veces. ¡Gubian era partisano comunista! Denunció a Violetta por nada. Porque le había dado calabazas. Fue violada por toda la tropa y luego arrojada a una *foiba*. La encontraron más adelante. ¡Por eso se sabe! A los asesinos, claro, no les pasó nada. Pero ¡ya verá usted!

Laurenti estaba desbordado.

—¿Qué es lo que voy a ver? ¿Qué, señora? ¿Con qué pretende amenazarme? Ya sé que su padre ha muerto, que lo han asesinado, y que usted tiene que identificar su cuerpo. Ya sé que no es plato de gusto. Pero sus humillaciones no tienen nada que ver. Haga el favor de no hablar así en presencia de otras personas. ¿Qué es lo que pasó entre la hermana de su padre y Gubian? ¿Tiene pruebas, documentos, testimonios? O todo es fruto de la «excelente memoria» de su padre? ¿Lo presencié? ¡Vamos, cuéntemelo!

Seguían en medio del aparcamiento, gritándose mutuamente. Un pequeño grupo de médicos con bata blanca pasó a cierta distancia y se les quedó mirando con verdadera extrañeza. A Nicoletta no le preocupó lo más mínimo.

—Documéntese. Vaya a los archivos. Pero, claro, están cerrados. A lo mejor a un policía le dejan echar un ojo. O lea las viejas ediciones del *Piccolo*, si es que sabe leer.

—Su madre tachó a Gubian de asesino en mitad de la calle...

—Su razón tenía...

—¿De verdad cree usted que ese viejo mató a su padre? ¿Él solo, allá arriba, en la *foiba* de Monrupino? ¿Cómo habría podido? Además, ese hombre está llorando a su familia. ¿Qué motivo tenía?

—¡Pues claro que fue él!

—¿Y por qué?

—Porque... pues porque creería que mi padre había hecho volar por los aires a su familia, ¿por qué si no?

—¿Acaso lo había hecho?

—¡No! ¡Seguro que no! Pero debería haberlo hecho. ¡Y mucho antes!

Nicoletta volvió a salir andando a zancadas en dirección a la entrada más próxima.

—¿Y usted? —preguntó Laurenti de repente—. ¿Fue usted?

Ella se detuvo, se dio la vuelta y le dio tal bofetón que Laurenti vio las estrellas.

—¡Ésa es mi respuesta, comisario!

Laurenti se tranquilizó por completo. Le ardía la mejilla pero ahora lo veía todo claro.

—Cuidado con lo que hace, señora Marasi, no vaya a ser que le retuerza el pescuezo yo a usted mucho más presto de lo que se imagina. Y ahora, venga conmigo.

En silencio, condujo a Nicoletta por los pasillos hasta que descendieron a los dominios del anciano forense. Él los esperaba en la puerta, con una larga bata blanca sobre el traje gris.

—¿Qué, Laurenti, ya has desayunado? —preguntó.

—Déjese de mandangas, doctor —contestó Laurenti, agresivo—. Ésta es la señora Marasi. Tiene que identificar a su padre.

—Uf, entonces, mejor una copa de aguardiente. Venga conmigo, señora.

Galvano echó a andar por un pasillo con suelo de baldosas y, con el pie, abrió la puerta que conducía a la sala donde estaban las cámaras refrigeradoras.

—¿Te ha dado un bofetón? —preguntó a Laurenti al ver la mejilla tan enrojecida que tenía.

—¡Sí!

Galvano se rió con su típica risa gallinácea. Luego se volvió hacia Nicoletta.

—No tiene tan mal aspecto —siguió parloteando al tiempo que sacaba buena parte de la camilla de Marasi de la cámara—. Tendría usted que ver lo que nos llega normalmente...

—¿Es su padre? —preguntó Laurenti.

—Sí —Nicoletta asintió con la cabeza. Laurenti vio que había palidecido por completo, pero era normal. Nicoletta tenía unos nervios de acero, como bien había podido comprobar. Soportó la visión sin perder la compostura. Luego miró cómo Galvano volvía a introducir a su padre en la cámara. Cuando se cerró la puerta, se tambaleó.

Laurenti intentó cogerla, pero Nicoletta cayó como un fardo. Él también perdió el equilibrio y acabó en el suelo debajo de ella. Curiosamente, no olía a pescado en absoluto; en cambio, pesaba mucho más de lo que aparentaba, que ya no era poco. Laurenti lanzó una mirada suplicante al forense, quien, entre risitas, empujaba el hombro de Nicoletta para darle la vuelta.

—Ay, Laurenti, Laurenti... —dijo Galvano—, ahora comprendo a tu mujer.

Proteo se liberó de aquel abrazo involuntario y justo conseguía levantarse de un salto cuando Nicoletta volvió en sí. Miró a su alrededor turbada y dejó que Galvano la ayudase. Puso una cara como si no fuera a perdonarse nunca aquella debilidad.

—Ya estoy bien —dijo, dio media vuelta y se dirigió a la puerta, la abrió de un empujón y salió a zancadas por el pasillo.

—Un hueso duro de roer, la señora —dijo Galvano.

—¿Usted cree que acaba de enterarse de la muerte de su padre?

—¡Y qué más da! Pero no te preocupes, creo que no. ¿Quieres un coñac?

—Sí, por favor. Que sea bien abundante.

—¿Qué ha pasado antes?

Laurenti resumió el incidente en unas cuantas frases.

Pasaron al despacho de Galvano y se sentaron. El doctor sacó una botella y dos vasos de un armario que había detrás del escritorio y sirvió el coñac.

—Sí —dijo finalmente Galvano—, todavía me acuerdo de los testimonios de entonces. La gente anduvo dándoles vueltas mucho tiempo. Pero jamás se descubrió quiénes habían sido. Por otra parte, tampoco está claro en qué medida parte de todo aquello se ha convertido en leyenda con el paso del tiempo y qué sucedió de verdad. Como tantas veces.

—¿La cree capaz de poner una bomba para cargarse a la familia de Contovello?

Galvano se encogió de hombros.

—He visto tantas cosas en mi vida... ¿Por qué no? Ahora bien, ¿por qué iba a hacerlo?

—Si los Marasi estaban realmente convencidos de que el viejo Gubian era culpable de la muerte de Violetta, la hermana, eso podría ser el motivo. Usted mismo lo dijo, doctor:

familia contra familia... y también dijo que el tiempo no curaba las heridas.

Galvano levantó la botella. Laurenti le acercó su vaso.

—Déme un cigarrillo, por favor.

Se frotó la mejilla una vez más, aún le ardía.

—No —rompió el silencio Galvano después de un rato—, no creo que fuera ella. De ser así, no habría reaccionado como lo ha hecho. Sí que la veo bien capaz de cometer un asesinato por celos, pero no una ejecución. Las personas tan impulsivas no sirven para ello.

—Ni yo tampoco, Doc. Es verdad que es un hueso duro de roer, o al menos eso pretende aparentar. Pero seguro que, en el fondo, es tremendamente vulnerable. Ya veremos, igual mando que la vigilen. Antes tenemos que comprobar si su padre estaba en Trieste el domingo por la tarde o no. Si tiene una coartada o no.

—No remuevas mucho en esos asuntos del pasado, Laurenti. Te vas a complicar la vida para nada.

—Ya veremos.

El comisario encendió el Dunhill mentolado, que no le gustaba pero que sirvió para calmarle un poco. Aspiró profundamente el humo y volvió a soltarlo en silencio. Galvano se recostó en el sillón de su escritorio.

—Dime una cosa, Laurenti, anoche... aquella señora tan guapa te gustaba, ¿a que sí? —preguntó después de un rato de silencio por parte de ambos.

Laurenti se sonrojó, sintió que le habían pillado.

—Muy simpática, sí, y sumamente competente, según parece.

—Jajá, competente. Seguro que sí, Laurenti, seguro que sí —Galvano se rió con su risita gallinácea—. ¡Tú ten cuidado! ¡Ésa te echa la zarpa como si nada! Y ahí sí que vas a tener un problema. Mira que yo mismo te dije que te echaras una amante, pero no que te enamorasas. Hazme el favor de andarte con cuidado.

Al llegar a casa el miércoles por la noche, después de interrogar a Bruna Saglietti, Laurenti ya no había tenido ganas de limpiar y le había propuesto a su hijo salir a cenar. Ya tendrían tiempo de recoger la cocina al día siguiente o el fin de semana... La cocina y la casa entera, la pocilga en que, en un tiempo récord, la habían convertido los dos representantes masculinos de la familia. Marco había vuelto a invitar a algunos amigos y se apresuró a despedirlos en cuanto llegó su padre. Sólo una pesada humareda de tabaco seguía flotando en el aire en el pasillo y el salón. En eso también se notaba que no estaba Laura. No soportaba que se fumase dentro de casa y sólo hacía una excepción cuando había invitados. Entonces, incluso ella fumaba en la sobremesa.

Proteo pensó que ambos se merecían una buena cena después de aquel día tan espantoso, y Marco estuvo de acuerdo. La Via Diaz no estaba lejos de las Rive, donde, enfrente de la antigua lonja, estaba el Nastro Azzurro. Había poca gente, y el maître dijo que podían elegir mesa. Laurenti quiso cenar donde siempre, en una mesa para cuatro detrás de la primera columna, pero, cuando fueron a sentarse, al pasar la columna se dio

cuenta de que ya estaban allí el doctor Galvano y la fiscal croata, quienes, a su vez, los habían visto y los saludaban con la mano.

—Vente conmigo —dijo el comisario a Marco—, no tenemos más remedio que decirles buenas noches.

—Hombre, los Laurenti, padre e hijo —dijo Galvano levantándose—, permítanme que les presente a una simpática...

—Ya nos conocemos —Živa Ravno le dio la mano.

—Mi hijo Marco —dijo Laurenti—. ¿Conque, después de todo, este viejo zorro la ha traído al Nastro Azzurro? Ándese usted con cuidado... Lo que no sabía yo es que se conocían *entre ustedes*.

Živa Ravno seguía llevando el pelo recogido en una trenza, pero, en honor al viejo Galvano, se había puesto un vestido negro, de cuello muy cerrado aunque de falda no precisamente larga, como pudo comprobar Laurenti de reojo.

—¿No queréis sentaros con nosotros? —preguntó Galvano—. Bueno, si le parece bien, señora —a los Laurenti ni les consultó—. ¿Y tú, qué, muchacho? ¿Ya te han soltado?

De modo que ya había corrido la voz. Galvano ofreció un Dunhill mentolado a Marco, que se había sentado junto a él. Marco cogió uno con gesto vacilante.

—A mi hijo lo han detenido esta tarde —explicó Laurenti a su vecina de mesa—. Sepa usted que aquí el joven, por lo que se ve, se ha propuesto aparecer en todos los sitios donde tengo que trabajar, con el fin de complicarme la vida.

—Eso no es verdad —protestó Marco.

—Así que esta tarde la cosa ha terminado con una denuncia por resistencia a la autoridad. Mire que yo le hubiera podido poner una a diario, durante los pasados diecisiete años; pues no, ha preferido que fuera otro compañero mío.

—¡Pero no ha sido así! ¡Qué va!

—Bueno, cuéntenoslo, pero no te extiendas.

Mientras Marco contaba lo que había sucedido, Proteo pidió un *risotto mistomare* para ambos y escogió una *ombrina* que, según el maître, estaba recién pescada.

—Sí, al grill, por favor —confirmó Laurenti.

En ese momento oyó las carcajadas del doctor y la fiscal y vio la cara de guasa de su hijo. Proteo se había perdido la frase en la que su hijo revelaba quién había roto el cristal de la puerta.

—¿Y qué dice tu madre de todo esto? —preguntó Živa Ravno.

—Es que ahora no está —dijo Marco.

El camarero trajo vino y agua y sirvió las copas. Era el momento adecuado para cambiar de tema.

—¿Cómo es que conoce usted a nuestro necrófilo doctor Galvano? —preguntó Proteo a la fiscal.

—Por esos temas que es necesario recuperar —dijo ella—.

La historia de la posguerra. El doctor Galvano tiene muchísima experiencia. Iba a contarme cómo fue todo en tiempos, cuando empezó a trabajar aquí. Muchas cosas se comprenden mejor por boca de alguien que, al menos, vio parte y, además, era de fuera,

alguien al margen.

—¿Se refiere a las *foibe*? —no podía tratarse de otra cosa.

—Sí, también, pero no sólo desde la perspectiva italiana. Por aquel entonces también desaparecieron incontables croatas. No se sabe el número, cientos o miles. Sucede lo mismo que con los italianos. Los censos eran eliminados sistemáticamente, y después era muy difícil comprobar quién faltaba. Muchos emigraron a occidente, o los mataron antes los alemanes. Hace décadas que tenemos denuncias sin resolver y que, hasta ahora, se han considerado tabú. Los testigos ya tienen una edad bastante avanzada.

—Sin duda, Galvano es una buena fuente de información. Sobre todo porque él no tenía nada que ver con todo ello, vino de joven como soldado de Estados Unidos.

—Soldado no, Laurenti —le interrumpió Galvano—. Yo era un médico recién licenciado, y éstos escaseaban aquí por principio. Había estudiado en Boston y me reclutaron en 1943; eso sí, me dio tiempo a terminar la carrera a toda prisa. Llegué a Trieste el 12 de junio con el ejército. En el ayuntamiento ondeaban cinco banderas: la de barras y estrellas, la Union Jack, y luego la roja, la yugoslava y la italiana, en cuya franja blanca habían cosido una estrella roja, por cierto. ¿Qué digo, Trieste? «Territorio Libero Trieste» se llamaba entonces, hasta que los Aliados devolvieron la ciudad a Italia en 1954.

»Me acuerdo perfectamente de cuando llegamos: un martes soleado y cálido, la gente había salido a la calle a saludarnos, había cientos de miles de personas en la Piazza Unità y en las Rive. Porque temían que Trieste pasara a ser yugoslava, y, de hecho, faltó un pelo para que fuera así. Ese día también se hizo público el acuerdo entre los estadounidenses e ingleses y los yugoslavos. Las tropas de Tito tuvieron que retirarse, la frontera provisional se correspondía más o menos con la actual. Además, tuvieron que comprometerse a liberar a todos los que vivían a este lado de la frontera y que ellos habían encarcelado o deportado... a excepción de los que hubieran sido ciudadanos yugoslavos antes de 1939. Es obvio que esto no lo cumplieron con demasiada exactitud. Se exigió a la población que mantuviera la calma y dejara retirarse a los yugoslavos sin incidentes. En muchas casas de la ciudad colgaron la Tricolor, o la bandera inglesa o la estadounidense, o todas juntas. En otras, en cambio, la yugoslava y la soviética. Sobre cuál fue el verdadero día de la liberación se sigue discutiendo hasta hoy. El 1 de mayo, cuando Tito tomó la ciudad, el 2 de mayo, cuando llegaron los neozelandeses y se rindieron los últimos alemanes que quedaban en la ciudad, o el 12 de junio, cuando se retiraron los yugoslavos. En cualquier caso, la situación era de una tensión extrema. Coexistían todas las tendencias que uno pueda imaginarse: fascistas italianos que hablaban de «eterna *italianità* y continuidad histórica», tal y como siguen haciendo hoy. O comunistas italianos, sometidos a la disciplina del Partido hasta la autonegación. También andaba por ahí Vittorio Vidali, de quien nunca ha llegado a saberse si realmente fue el artífice del asesinato de Trotski o no. También se rumorea que mató a Tina Modotti, su amante de entonces. Él era de aquí, de Muggia, y ella de Udine, pero, bueno, ésa es una historia que ya conocéis. Junto a todos estos había monárquicos, demócratas, seguidores de los Habsburgo y nacionalistas eslovenos que no tenían nada que ver con Tito pero, no obstante, querían tener su propio estado, incluyendo a Trieste

en él. Y luego, sobre todo, estaban los comunistas yugoslavos, además del IX Cuerpo Esloveno, unos cuantos alemanes que quedaban por ahí sueltos y nosotros: ingleses, estadounidenses y neozelandeses. Sea como fuere, la idea de Tito era quitar de en medio a todo el que contraviniera las intenciones territoriales de Belgrado. Desaparecía gente a diario. No sólo fascistas, también partisanos que no eran comunistas. Y lo que quedó de ellos para extraerlo de las *foibe*, pues eso es lo que me correspondió a mí. Aún me acuerdo con todo detalle del principio: al margen de incontables italianos, evidentemente salieron también soldados de la Wehrmacht, luego seguidores de la Ustasha y *domobranze*, como se llamaba a los colaboradores croatas y eslovenos, pero también doce cadáveres de militares neozelandeses. En fin, creo que esto no requiere más comentarios.

»En la ciudad, había enfrentamientos entre jóvenes internacionalistas, fascistas y colaboradores. Luego, los sindicalistas comunistas eslovenos se pusieron en huelga en contra del gobierno militar aliado, o hubo protestas por parte del Comité de Liberación Italiano contra el acuerdo con los yugoslavos. Aquello era un caos de tres pares de bigotes. Y los culpables siempre éramos nosotros: los que habíamos venido a liberarlos. No había forma de dar gusto a nadie, y el mínimo de estabilidad que todos querían se ponía en peligro una y otra vez por culpa de algún grupo de agitadores. Hacedos una idea: a lo largo de las Rive, todo el muelle estaba cercado con alambre de espino y estrictamente vigilado, quien quisiera salir de la ciudad necesitaba un pasaporte para ir en cualquier dirección, incluso hacia occidente, hacia Italia.

»Además, había tensiones con los ingleses, que apoyaban a los yugoslavos y seguían viendo a Italia como enemigo de guerra. Al fin y al cabo, Mussolini había pedido a Hitler tener el honor de bombardear Londres él también, y la flota del Adriático hundía un barco de guerra inglés tras otro. Antes de aquel 12 de julio, los ingleses y los neozelandeses se limitaban a observar lo que pasaba y no intervinieron en contra de los yugoslavos. El general Alexander, un inglés, comandante de las tropas aliadas del Mediterráneo, tenía buenas relaciones con Tito, y la estima era recíproca. Cuando Churchill consideró expulsar a Tito de la Venecia Julia, por la fuerza si era necesario, Alexander se resistió enviándole un telegrama muy duro en el que ponía en tela de juicio la justificación moral de un paso semejante y afirmaba que sus soldados sentían una profunda admiración por los partisanos de Tito y se solidarizaban con ellos. No podía exigirse a aquellos hombres que atacasen a un aliado. ¡Qué desvergüenza!

»Los americanos, por el contrario, estaban del lado de Italia y, evidentemente, tenían tantos motivos como arena hay en el mar. Así que ya veis el desbarajuste que era esto. No había manera de ver nada en claro. Y en Trieste era peor que en cualquier otro lugar.

»A pesar de todo, los triestinos corrieron claramente mejor suerte que el resto de Italia. Sólo del Plan Marshall, la asignación por cabeza era diez veces mayor que en las demás ciudades. De las cantidades exactas ya no me acuerdo. Pero para Trieste debían de rondar los sesenta dólares y en Italia eran unos ocho. Y los parientes de Norteamérica enviaban comestibles. Hay una historia muy divertida, la cuenta Diego de Castro en sus memorias, un político encargado de la cuestión de Trieste en nombre de Italia. Cuenta

que los parientes del otro lado del Atlántico enviaban los típicos paquetes con productos básicos: harina, espaguetis, conservas, café, azúcar... Bueno, pues una vez enviaron un polvo gris que en Italia no se conocía y del que pensaron que sería un condimento o unas vitaminas. Total, que lo echaban en todas las comidas. Meses más tarde, alguien encontró una carta en la caja vieja donde había llegado todo. Y resultó que eran las cenizas de un tío suyo, cuyo último deseo había sido ser enterrado en su patria. ¡Y se lo habían zampado!

Galvano lloraba de risa, luego recuperó la compostura en algún momento.

—Es que no me explico que no os haga gracia. Bueno, bueno... Al principio nos alojaron en los antiguos cuarteles y también en almacenes, pero a los pocos días tuve la suerte de que me asignaran una habitación en el Hotel Colombia. Aquello también era bien raro. El hotel lo habían confiscado los ingleses y sólo vivíamos allí dos americanos; para colmo, uno de ellos, a saber yo, tenía apellido italiano. ¡Dios mío, la de veces que tuve que dar explicaciones! Todo el mundo daba por supuesto que yo estaba enterado de todo hasta el último detalle, cuando, en realidad, mi familia era de Sicilia. La primera vez que mis padres oyeron hablar de Trieste fue por mí. Pues viví más de un año en el Colombia. Los demás no paraban de mudarse, pero yo fui el único que se quedó, y ni siquiera me dieron nunca una habitación más grande. Pero, bueno, tampoco la veía demasiado, las pocas horas que iba a dormir. Además, ya había conocido a la que después sería mi mujer...

El doctor hizo una pausa, los demás le escuchaban mientras masticaban. Marco engulló una porción gigante de tiramisú de postre, no tuvo reparo en decir que esas conversaciones sobre las *foibe* le aburrían, y a Proteo no le importó en absoluto que se fuera a casa. Al doctor contando sus recuerdos ya no había modo de frenarle, como sucede con los ancianos que han sobrevivido a la guerra. Hasta que él mismo no vio cómo Živa bostezaba por enésima vez, no hizo una seña al camarero para pedir la cuenta. Galvano invitó a todos.

—Veo que está cansada —dijo a Živa Ravno—. La llevaré al hotel en coche.

—No se moleste, doctor —respondió ella—. Me gustaría caminar un poco. Está muy cerca.

—¿Dónde se aloja?

—También en el Colombia. Y no lo va usted a creer: el baño tiene hasta bañera de hidromasaje.

Laurenti conocía el hotel, Laura siempre reservaba allí cuando les visitaba algún familiar o venían clientes de su empresa. Cierto es que no estaba en la Piazza Unità, pero, para compensar, era más agradable y más barato que el Grand Hotel.

—La acompaño un trecho, si le parece bien. A mí sí que me hace falta estirar un poco las piernas.

Ayudó a la fiscal a ponerse el abrigo y se despidieron de Galvano, que dio unas paternales palmaditas en el hombro a Laurenti, y cruzaron a la otra acera. Se decidieron por el camino a lo largo de la dársena. Las olas rompían contra el muelle con un suave chapoteo, y las luces de la ciudad se reflejaban en el agua.

–¿Tomamos una copa en el Caffè Tommasseo? –preguntó Laurenti.

–¿Por qué no? –respondió ella.

–En realidad no me gusta ese local, pero nos pilla de camino. Es el café más antiguo que se conserva en la ciudad. Fundado en 1827, hasta hace quince años aún era maravilloso. Luego quebró dos veces seguidas, estuvo cerrado durante mucho tiempo y, cuando volvieron a abrir, ya no tenía el antiguo mobiliario. De los viejos tiempos sólo queda el lujoso estucado; a cambio, la clientela es de lo más moderno. Pero es el único sitio de camino que aún estará abierto.

Laurenti abrió la puerta a Živa Ravno. El café estaba muy animado y sólo había mesas libres en la parte delantera. La ayudó a quitarse el abrigo. Ella atraía las miradas de la gente como por encantamiento. El camarero acudió más presto que nunca. Živa Ravno pidió un gin-tonic y Proteo Laurenti quiso lo mismo. Entonces, de pronto vio que la mejor amiga de Laura estaba sentada unas mesas más allá, mirán道les fijamente y llena de curiosidad. La saludó con la mano, un tanto apurado, y ella le devolvió el saludo muy digna. Estaba claro que aquella arpía teñida de rubio, con la cara renegrida por el sol y un pronunciado escote lo sabía todo sobre él y su mujer y había tomado partido por ella sin compasión alguna. Porque, de habitual, lo saludaba con grandes efusiones. ¿Y ahora? ¡La muy falsa! Apenas tuvo tiempo de pensar esto último, pues otras escasas mesas más allá vio de repente a Rossana di Matteo, que ya se había levantado, abandonando a sus acompañantes, y se dirigía hacia él de forma inevitable.

–Proteo –dijo Rossana con tal dulzura que destilaba azúcar–, y yo que siempre creí que no te gustaba el Tommasseo. Se ve que depende de la compañía –y le abrazó como tanto había ansiado él que lo hiciera el lunes por la noche–. ¿Es que no me vas a presentar?

–Živa Ravno, fiscal de Pola –respondió Laurenti obediente, aunque no tenía ninguna gana de que Rossana permaneciera allí ni un segundo más–. Ésta es una vieja amiga –añadió volviéndose hacia Živa Ravno–, responsable de la sección local del *Piccolo*.

–Encantada –la fiscal le tendió la mano.

–Vaya, qué interesante. ¿Ahora les dais clases particulares a los croatas? Me lo tienes que contar sin falta –Rossana no ahorró en veneno. Pero enseguida cambió de tono, cuando comprobó con una mirada que Živa la había entendido–. Imagínate, Proteo, gracias a Dios que he escuchado tu mensaje a tiempo y he vuelto pitando a la redacción. Los nombres de los chicos no salen en el artículo. No te puedes hacer idea de la presión que ha hecho el abogado de los chinos. Pero no te preocupes, no habrá ningún escándalo. Aún he llegado a tiempo de impedirlo.

–Para qué están los amigos –suspiró Proteo. La situación le incomodaba. Él y Rossana estaban de pie, Živa Ravno sentada a la mesa, y el camarero al lado, haciendo grandes esfuerzos por no derramar las bebidas.

–Al menos podrías haberme informado personalmente del otro asunto, Proteo. Me refiero al cadáver de la *foiba* de Monrupino. En lugar de eso, ha sido alguien de tu departamento, y tú no estabas localizable en ninguna parte. A veces tengo la impresión de que la policía no quiere colaborar con nosotros sino que simplemente nos utiliza.

–¡Por Dios, Rossana! –se justificó Proteo–. ¡Si supieras el día que he tenido! ¡Puro ajetreo, no me ha quedado ni un segundo libre para nada más! Por supuesto que te habría llamado yo mismo...

–¿Has sabido algo de tu mujer? –el numerito que faltaba–. ¿Volverá pronto a tu lado?

Proteo no sabía dónde meterse y se enfadó con Rossana:

–¿Pero tú de qué vas, lagarta? –gruñó–. Ahora no quiero hablar de eso.

–¡Ay, discúlpame! No quería molestar. Podemos quedar mañana a tomar un café, querido mío –y, de nuevo, abrazó a Proteo como una amante fogosa al tiempo que decía un seco y ambiguo «*Buona serata, signorina!*» a Živa Ravno, como si la tomara por una colegiala.

¿Qué mosca le había picado a Rossana?, se preguntó Proteo al sentarse.

–Rossana es una vieja amiga de la familia –tartamudeó.

–No se preocupe –se limitó a decir la fiscal con ternura–. Dos mujeres que se preocupan por usted... ¡Eso dice mucho a su favor!

Proteo Laurenti estaba tan blanco como el pequeño anfibio, tocayo suyo, que habita en las profundidades del Carso. Se sentía como un escolar al que examinan de religión sin haber estudiado y no sabe responder correctamente a ningún dogma de fe. Y, para colmo, frente a aquella mujer tan guapa.

–A veces no entiendo a Rossana en absoluto. Enloquece por completo, como ahora mismo. Cualquiera sabe lo que estará usted pensando de mí...

–Nada, tonterías –le contradijo Živa Ravno–. He vivido mucho tiempo en Múnich. Esa ciudad es igual de impenetrable que Trieste o más. Allí también se encuentra uno siempre en los mismos bares y restaurantes. Un abrazo o un besito de más y enseguida se enteraba todo el mundo y se montaba toda suerte de películas absurdas –le había rozado brevemente el brazo, Proteo Laurenti se estremeció.

Hablaron de Múnich y de Galvano, de la comida y de la policía, del arte de vivir y del verano.

Proteo casi había dejado de mirar de reojo a las mesas enemigas que, sin piedad, sí que lo mantenían a él en el punto de mira. No sabía cuánto tiempo había pasado cuando la mejor amiga de su mujer pasó de largo haciendo ruido adrede y dejando bien clara su intención de no saludarle, ni cuando también Rossana se marchó con sus acompañantes, despidiéndose, por el contrario, con un llamativo beso de carmín recién retocado en la mejilla.

Živa Ravno se rió:

–Seguro que lo ha hecho a propósito.

–¿El qué?

Živa Ravno sacó un pañuelo del bolso y le limpió la mejilla.

Proteo dio un respingo:

–¿Es muy terrible?

–¿Por qué iba a ser terrible? Se quita enseguida.

–Tú espera, Rossana... –farfulló–. ¡Ya te pillaré yo!

El pianista que llevaba toda la velada ambientando el café con el habitual repertorio de

música de bar, desde *As time goes by* hasta *Mrs. Robinson* pasando por los vales vieneses, se rindió de una vez por todas. La mayoría de clientes se habían marchado, y los camareros, en la parte de atrás, empezaban a poner las sillas dadas la vuelta encima de las mesas. Era hora de irse.

–La acompaño al hotel –dijo Laurenti.

–No es necesario –le respondió Živa Ravno.

–Si no son más que unos pasos. No me niegue ese placer.

Ella se colgó de su brazo. Ya no hablaron mucho más mientras paseaban a lo largo del Canal Grande, donde estaban anclados los barquitos de pescadores y la luz de las farolas se reflejaba en el agua en calma.

En la puerta del Colombia, Živa Ravno le dio un beso en la mejilla.

–¡Me alegro de conocer a alguien en Trieste, comisario! –dijo.

¿Era una broma llamarle así, era un signo de distancia o una proposición? Laurenti no lo tenía claro.

–¿Dijo que se quedaba hasta el domingo? ¿Le apetecería ir a cenar mañana o ha quedado ya? Me gustaría enseñarle el restaurante de un amigo mío.

–Mañana le llamo, Proteo.

Era la primera vez que le llamaba por el nombre. Por primera vez en varios días, Laurenti caminaba de buen humor bajo la suave brisa nocturna. Era 22 de noviembre y las pocas personas con las que se cruzó en el camino de vuelta lo miraron con asombro.

Luca Vidulini estaba conmocionado hasta lo más profundo de su ser cuando abandonó la pescadería de Nicoletta. ¿Marasi, muerto? No podía creerlo, tenía que ir a ver a Mario. Luca pensó tomar el autobús, aunque a pie llegaría casi al mismo tiempo y, tal y como estaba de exaltado, apenas habría sido capaz de quedarse quieto esperando en la parada. A toda prisa cruzó el centro de la ciudad hasta el Corso Italia y, con paso regular, emprendió la subida de la interminable Scala dei Giganti en dirección a San Giusto. Sólo veía la cara de Marasi, como si la tuviera frente a él, imágenes de todos aquellos años que habían trabajado juntos. Y, por último, la discusión en el bar. Nicoletta no le había dicho cómo había muerto. Y no había tenido oportunidad de preguntarlo, una vez había aparecido aquel policía. Claro que ella tampoco habría querido decírselo. Quería el barco. Ciento cincuenta millones por la parte de los dos, la respuesta, el lunes, eso había dicho tajantemente. ¿De verdad creía que él y Mario se dejarían avasallar así? Marasi se había vuelto cada vez más testarudo y cerrado en los últimos años, daba órdenes sin opción a discutirlos. De no ser por los treinta años de pasado que compartían, además de la parte del barco que les pertenecía a ellos, todos le habrían dado la espalda hacía mucho. Pero ellos eran viejos, y Nicoletta ni siquiera había cumplido los treinta y cinco.

Y ya era peor que su padre; eso sí, estaba muy engañada al suponer que iba a ser tan fácil estafarles a Mario y a él. Tenían que elaborar un plan, apresurarse a comprarle a Eliana la parte de Giuliano para conservar la mayoría. Entonces ya podía venir Nicoletta a pedirles lo que quisiera.

Luca había recorrido la Via Capitolina, por detrás del Colle di San Giusto. La ciudad quedaba a sus pies, pero él no la veía. Estaba al pie de la Scala Winckelmann y subió unos cuantos escalones. Luego llamó a una puerta y esperó. A la quinta llamada se abrió una ventana en el tercer piso y una mujer comenzó a insultarle en el más burdo dialecto. Pasó un buen rato hasta que se dio por aludido. Levantó la vista.

—¡Por más que llame al timbre, ése no le va a abrir! ¡Lárguese, hombre, está molestando a la casa entera!

—¿No está en casa Mario?

—*Cazzo*, ¿es que le ha abierto la puerta?

—¿Sabe dónde está?

—Se habrá ido a empinar el codo. ¡Como siempre! Pruebe en el Bar Italia, pero deje de llamar al timbre como un poseso, hombre.

—¿Bar Italia?

—Piazza Vico, ¡a ver dónde va a estar!

La ventana se cerró con un ruidoso golpe. Luca volvió a bajar por la Scala Winckelmann, pasó como pudo entre dos taxis aparcados y se encontró frente al local. En las mesitas con tapete verde, bajando cinco escalones desde la entrada, los clientes jugaban a las cartas de la mañana a la noche, el humo de los cigarrillos flotaba en el aire en forma de gruesas nubes bajo las lámparas de neón y subía lentamente hasta la zona de la barra, al final de la cual una pared de espejo de los años cincuenta duplicaba ópticamente el espacio. A tres metros de altura, en una gran pantalla de televisión centelleaban los anuncios de lavadoras, pañales, bebidas, comida para perros, etc. Mario estaba sentado en una de las mesitas pegadas a la pared, con una frasca de vino tinto delante y el vaso en la mano, mirando al vacío.

—Mario —dijo Luca—. Marasi está muerto. He ido a ver...

—Lo sé —gruñó adormilado.

—¿Tú también has visto a la hija?

—No, lo ponía en el periódico.

—¿Qué es lo que ponía?

—Que Marasi ha muerto. Asesinado. Allá arriba, en la *foiba*.

Luca se desplomó en la otra silla de la mesa.

—¿Asesinado? ¿Dónde?

Mario le acercó el *Piccolo* sin decir palabra y se bebió el vaso de un trago. Hizo una seña al camarero.

—Trae otra frasca —farfulló Mario mientras servía lo que quedaba de la anterior.

La fotografía de Marasi aparecía en un recuadro en la primera página, debajo, unas cuantas líneas y la indicación de la página correspondiente en el interior del periódico. Luca la abrió, ansioso, y leyó el artículo en silencio.

—Ahora, también Marasi... —dijo en voz baja y se santiguó.

—Ahora, también Marasi —gruñó Mario.

—Por eso no vino.

—Claro.

—¿Quién habrá sido?

Mario arqueó las cejas:

—Enemigos tenía de sobra.

Eran las doce de la mañana. La televisión emitió el avance informativo. Después de los titulares sobre política se dio la noticia de que aún no se había encontrado ningún móvil para el asesinato del pescador y que la policía seguía dando palos de ciego. Siguió una breve intervención del jefe de la policía criminal de Trieste, que difundió los tópicos habituales cuando uno no sabe qué decir o no quiere decir nada.

—A ése le conozco —dijo Luca, pero Mario no le replicó. Luego dieron el parte meteorológico.

—¿Un arpón? —preguntó Luca.

—Eso han dicho.

—¿Crees que pudo ser Eliana o los hijos?

—¿Por qué?

—Por Giuliano.

—Por qué no. Ahora está muerto. Aún me acuerdo del primer día en el primer barco — Mario bebió un trago largo.

—He estado donde Nicoletta. Quiere el barco.

—Que se quede con él.

—¿Qué?

—Por mí, todo para ella.

—Pero si ayer aún estuvimos haciendo planes para quedárnoslo nosotros... ¿Qué me estás diciendo, Mario?

—Ese barco está maldito. He hablado con Salvatore. A partir de la semana que viene, saldré a pescar con él. Tú también puedes venir. El trabajo es más fácil y está buscando gente.

Salvatore era un compañero que tenía un barco más pequeño en el Villaggio dei Pescatori, cerca de Diuno. Estaba especializado en la pesca en el golfo.

—¿Estás dispuesto a vender? —preguntó Luca, asombrado.

—Si nos paga, por qué no. Somos viejos. Se ha cerrado un capítulo.

—Nicoletta ha hablado de ciento cincuenta millones para los dos. Quiere la respuesta el lunes.

Mario despertó de golpe de su letargo y dio tal palmada en la mesa que volcó su vaso. El vino se derramó por el mantel. Mario volvió a poner de pie el vaso y trató de limpiar el vino con el reverso de la mano. Luego se sirvió de nuevo.

—*Puttana di merda! Troia maledetta!* ¡Va a ver esa condenada!

—Deja de beber, Mario. A las dos tenemos el nuevo interrogatorio.

—¿Y qué?

—Tenemos que pensar cómo vamos a actuar.

—¿Y qué hay que pensar? Todo se queda como estaba. A la Capitanía, ni palabra. Así tendremos a Nicoletta en nuestras manos. Si no nos paga lo que queremos, hablamos. Eso sí que será un problema para ella. Es muy sencillo.

Luca estuvo de acuerdo.

—Mañana es el funeral de Giuliano —dijo.

—Sí.

—¿Vamos a ir? Lo digo por Eliana.

—No nos lo puede prohibir. Iremos por Giuliano, no por ella.

—¿Tú quién crees que mató a Marasi?

Mario se encogió de hombros y levantó el vaso:

—Por Marasi —y lo apuró de un trago.

A las once menos diez, Laurenti estaba de nuevo en la jefatura, y su aliento despedía una vaharada de coñac. Marietta abrió su bolso y, sin decirle nada, puso un caramelo de menta encima de la mesa. Él la miró sorprendido, quiso rechazarlo de entrada pero enseguida captó el mensaje. Aún le ardía la mejilla. Desde luego, Nicoletta tenía un buen derecho.

—A las once vienen los de la RAI. No he conseguido localizarte en ningún lado, y tampoco ha habido forma de quitárselos de encima. Han dicho que venían a probar suerte de todas maneras. Es para las noticias del mediodía.

—¿No te he contestado al móvil? —Laurenti buscó su teléfono al tacto en el bolsillo, lo sacó y vio que se había agotado la batería. El cargador, naturalmente, estaba en casa—. Ya veo que no. ¿Qué quieren?

—Una declaración por lo de Marasi. ¿Qué te ha pasado en la mejilla? Tiene muy mala pinta.

—Ya te lo contaré. ¿Y qué les digo? ¿Lo que decimos siempre que no sabemos nada? ¿Ya has terminado la lista de parientes, tripulación, amigos y compañeros de trabajo?

—Sí, Sgubin ya está en camino, quería interrogar a la hija pero no ha dado con ella. Toda esta tarde va a estar en la comisaría móvil de Contovello. Los siguientes en la lista son dos hombres de su tripulación. He intentado convocarlos yo —Marieta señaló la lista—. De éste, Luca Vidulini, he pillado en casa a la mujer y le he dicho que lo esperamos aquí a las cuatro. El otro, Mario, no estaba, pero ha salido una patrulla para dejarle la notificación en el buzón.

—Está bien. En cuanto se marchen los de la tele, iré directo al puerto. A ver si encuentro a alguien por allí.

Llamaron a la puerta y entraron tres personas de la televisión, pertrechadas con cámara, micrófono y un montón de cables. Uno de ellos se presentó como reportero encargado de la emisión, mientras que el cámara y el técnico se ponían de acuerdo en cuál era el mejor ángulo.

Laurenti miró el reloj.

—No tardaremos mucho, comisario —dijo el reportero—. Sólo tiene que hacer una breve declaración sobre el estado de las investigaciones y nos iremos. Le sugeriría que se colocase delante del mapa que hay en la pared y así tendremos la luz de cara. ¿Me permite fumar? Los chicos estarán listos enseguida... —el hombre no paraba de moverse

por delante de Laurenti y ni siquiera esperó su respuesta, sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo y le ofreció. El comisario estuvo a punto de rechazarlo, pero al final cogió uno.

–Uf, qué mala pinta tiene eso... –dijo el periodista de repente, mirando la mejilla de Laurenti con gran interés–. Se ve que no ha sido una situación fácil. ¿Es que alguien se ha defendido de la policía?

–¡Me duelen las muelas! –mintió Laurenti e hizo un gesto con la mano que indicaba claramente que el tema estaba zanjado. Deseaba que aquellos tipos se marchasen cuanto antes.

–¡Estamos listos! –intervino el técnico.

–Sacadle del otro lado, tiene mejor aspecto –dijo el reportero.

El cámara se movió unos cuantos pasos hacia un lado y murmuró un «vale». Luego se encendió el gran foco de la cámara.

–En relación con el misterioso asesinato en el Carso, entrevistamos al jefe de la policía criminal de Trieste, el comisario Proteo Laurenti, en su despacho. Laurenti se encarga de seguir la pista de dos enigmáticos casos al mismo tiempo: hace algunos días fueron asesinados a sangre fría el comerciante Manlio Gubian y toda su familia en Contovello, y ayer por la mañana encontraron otro cadáver en el Carso. A pesar de su fuerte dolor de muelas, se ha prestado a darnos alguna información. Díganos, comisario, ¿han hecho nuevas averiguaciones?

–Por el momento, podemos informar a la población de que el cadáver corresponde a Ugo Marasi. Un pescador de setenta y cuatro años, residente en la Via Stuparich. Fue hallado en la *foiba* de Monrupino.

Laurenti se volvió hacia el mapa de la pared y señaló la región del Carso con la mano. La mejilla roja e hinchada quedó en primer plano, justo como había querido evitar el reportero. Además, todavía tenía el cigarrillo humeante entre los dedos. Estaba prácticamente reducido a una varita de ceniza que, al mover el brazo, le cayó sobre la manga de la chaqueta oscura, dejando una larga mancha gris claro en los pliegues del codo. Laurenti no se dio cuenta.

–El hombre estaba atado con alambre a un armazón de hierro, tenía la cabeza cubierta con un saco y estaba casi desnudo. La muerte, sin embargo, se produjo por un disparo de arpón, en el corazón directamente. Respecto al móvil, no hemos averiguado nada, como tampoco hemos hallado a ningún sospechoso.

–¿Hay alguna relación con el asesinato de Contovello?

–No lo descartamos, pero de momento tampoco tenemos ninguna prueba de ello.

Luego se apagó el foco, Laurenti tiró el filtro del cigarrillo a la papelera y esperó a que los tres hombres desaparecieran por la puerta.

–La próxima vez no deberías fumar, Proteo. Da muy mala impresión. ¿Vas a empezar otra vez con esa porquería? –Marietta dejó unos papeles sobre la mesa y le limpió la ceniza de la manga a golpecitos. Otra mujer que se preocupaba por él, y de nuevo una que no era la suya. Laurenti la dejó hacer.

–Si yo no fumo. ¿Qué son esos papeles?

–Los datos personales de la tripulación y los parientes.

–¿Y, algo de particular?

–Los cuatro miembros de la tripulación son oriundos de Istria. *Esuli*...

–¿*Esuli*? –así se llamaba a los italianos emigrados de Istria–. Eso ya es algo. Tal vez tenga razón Galvano y haya una vieja historia detrás de todo esto. Voy a bajar al puerto. A ver si averiguo algo gracias a los compañeros de Marasi. ¿No sabrás, por casualidad, dónde he aparcado el coche?

–¿Yo? Ni idea.

–En alguna parte estará. Si no es aquí, será en casa. Al menos tengo la llave... Por cierto, Marietta, quiero que vigilen a la hija de Marasi desde ahora mismo. Pon a un agente de paisano delante de la pescadería, que no la pierdan de vista. Y prepara también una orden de vigilancia telefónica para el juez de instrucción.

–¿Por qué? ¿Qué alego como justificación?

–Ha amenazado con resolver el asunto por su propia cuenta, lo cual viene a decir que tiene intención de asesinar a Gubian. Igual que hizo él el lunes, cuando nos amenazó con tomarse la justicia por su mano si no avanzábamos con las investigaciones. ¡Qué mundo de locos! Veo difícil que Nicoletta lo haga ella misma. Así que alega algo que suene sensato y que nos den la bendición. Que no pase de hoy, ¿me oyes?

Marietta miró hacia arriba con gesto de hastío porque su jefe seguía hablando sin descanso.

–Encuentra a alguien que pueda contarnos toda esta historia de Istria. Cittanova, Gubian y todo eso. Estaría bien que se solucionara deprisa.

–Que sí, hombre, que sí –dijo Marietta de mala gana–. Por cierto, ¿quién es esa croata de la que no para de hablar todo el mundo? Tiene que ser un estupendo fichaje. *Gran figa*?

–*Grandissima figa, Marietta, grandissima!* Simpática y muy competente. Mira, ya que estamos, búscala. En este momento, ella sí que puede echarnos una mano. Iba a llamar ella, pero más vale asegurarse. Llama a los compañeros y localízadla de mi parte.

–¿Y qué digo? ¿Que Laurenti anda buscando a la *grandissima figa*? –preguntó Marietta con picardía.

–No, todavía se trata del viejo Gubian. Primero por la amenaza y, después... A lo mejor hay algo de cierto en la sospecha que tenía aquella mujer tan trastornada, Bruna Saglietti. Otra cosa: que me traigan todos los papeles de la familia Gubian. Los quiero aquí. Que me los haga llegar la Beano, de criminalística. Que tampoco pase de hoy. Dile a Sgubin que haga el favor de ponerse con ello. A las cuatro estoy de vuelta.

En el umbral de la puerta, se volvió una vez más.

–Marietta, manda una patrulla con una citación para la hija de Marasi. Quiero verla la primera cuando vuelva –miró el reloj–. ¡Las tres!

Marietta dio un suspiro. Durante semanas, todo sigue su curso normal y luego, de repente, irrumpe un desenfreno inusual. Incluso el asunto de Contovello se había desarrollado con cierta calma hasta entonces. Pero cuando Laurenti cogía impulso, quería hacerlo todo al mismo tiempo. Por hoy podía olvidarse de la comida con sus

amigas.

El siroco había ganado fuerza y su calor impregnaba la ciudad. A 23 de noviembre, el termómetro marcaba veintiún grados. Los truenos retumbaban sin interrupción, como un bombardeo continuo no localizado pero tampoco muy lejano. Pronto llovería.

Mientras buscaba su coche a lo largo de la Vía del Coroneo, por delante de la comisaría, a Laurenti le vino a la cabeza que lo había dejado olvidado en el aparcamiento del Ospedale Maggiore, donde trabajaba Galvano. Tenía una peculiar relación con su coche. Cuando lo necesitaba, no lo tenía, cuando no lo necesitaba, seguro que aparecía en algún vado o algún lugar prohibido donde se habría deshecho de él porque llevaba alguien detrás pitándole... y, entonces, lo habitual era que no se acordara de dónde había dejado las llaves.

Pasó por delante de la sinagoga, vigilada por una patrulla de la policía desde que se anunciara el encuentro de los fascistas en la ciudad. Se notó desfallecido. Con el coñac de Galvano para reponerse de la mañana, los cigarrillos y el estómago vacío no era de extrañar. Decidió parar unos minutos en el Caffè San Marco y tomar un pequeño tentempié. Los días normales, casi siempre se sentaba a comer en aquel suntuoso lugar, testigo tan especial de la historia de Trieste. Laurenti recordó que, hasta hacía poco, no se había enterado de que el San Marco fue el punto de encuentro de los irredentistas cuando lo inauguraron, poco antes del estallido de la Primera Guerra Mundial. En los salones de la parte de atrás, los defensores de una Italia independiente encontraban la prensa italiana, prohibida bajo el imperio de los Habsburgo, y pergeñaban sus ambiciosos planes. Y también irían a ese café, probablemente cada cual a lo suyo, los intelectuales de Trieste, entre otros Svevo, Slataper y Saba. A James Joyce apenas debió de darle tiempo a ir. El 22 de mayo de 1915 se produjo una escalada de violencia. En Italia se inició la movilización, y los Habsburgo dieron orden de cerrar las fronteras. Pocas horas más tarde, las hordas pro-austriacas asolaban la ciudad, prendían fuego a los edificios del *Piccolo* y destrozaban el San Marco, tan sólo cuatro meses después de su inauguración. Joyce huyó a Suiza y no volvió hasta después de la guerra, su hermano Stanislaus fue internado en un campo de prisioneros austriaco. Se dice que, por aquel entonces, en el San Marco también podían conseguirse pasaportes falsos, a los que recurrían los hombres en edad de servir en el ejército que querían rehuir el llamamiento a filas austriaco.

Laurenti pidió un sándwich mixto a la plancha y una coca-cola. El camarero le preguntó sonriendo si ya se encontraba mejor. Laurenti se asombró de que el hombre, como era evidente, aún se acordara del domingo e hizo un gesto con la mano indicando que estuviera tranquilo. Echó un rápido vistazo a la primera página del *Piccolo* y al artículo sobre Marasi, luego pasó las páginas deprisa hasta llegar a la predicción meteorológica y al horóscopo, que hoy prefería no leer. Aries y Géminis, él y Laura, en ese momento no quería pensar en ello. La sección local parecía dedicada a él por entero. Tres artículos, tres fotografías: la de Marasi, de tamaño reducido e inserta en una insulsa

imagen de los barcos de pesca del puerto; luego, el retrato del asesinado Manlio Gubian con el mensaje que solicitaba información sobre dónde se le había visto en los últimos meses y los números de teléfono del puesto de guardia en Opicina. Tal y como Laurenti había pedido que se hiciera en la reunión del miércoles por la tarde. Marrone y sus hombres iban a tener trabajo. En la tercera fotografía vio a su hijo y los amigos de éste junto con los chinos, rodeados por agentes de la policía en el momento de la detención en el Yang Tse. «Nueva redada contra los chinos: sospechas de juego ilegal», rezaba el titular. Gracias a Dios, el artículo que seguía era inofensivo, no se daba ningún nombre, y a Marco tampoco se le reconocía si no se miraba la imagen con detenimiento. Dos páginas más adelante había un artículo sobre los neofascistas.

Seguimos firmemente determinados a acudir al encuentro internacional de fascistas en Trieste [declaraba el portavoz de Fascismo & Libertà]. El próximo mes de enero tendrá lugar la reunión tal y como estaba planeada. ¡No permitiremos que la izquierda y la prensa nos traten como a criminales!

¿Por qué demonios nadie le había dicho que esos idiotas habían cambiado de planes? Laurenti soltó un taco en voz baja.

Media hora más tarde aparcaba el Fiat junto a la antigua lonja del pescado en el Molo Venezia. El inmenso edificio tendría que dar por cumplidos sus años de servicio cuando trasladasen al puerto nuevo incluso la descarga de mercancías y las subastas de primera hora de la mañana. Una bonita misión para la ciudad, convencer a los pescadores de que se mudasen a otro sitio. Aquí, en la «catedral del pescado», o «Santa María del Guato», como se llamaba popularmente a la antigua lonja por su arquitectura y su correspondiente torre, aquí estaba su lugar desde siempre, y no veían razón alguna para irse del corazón de la ciudad a las afueras. ¿Sólo para dejar más espacio a los capitanes domingueros? No, ésa no era forma de ningunear a los pescadores. Después de todo, su representante era un pez gordo de la Alleanza Nazionale local.

Entretanto, el cielo se había ensombrecido dramáticamente, y la tormenta se acercaba a Trieste desde el sur, a toda velocidad y con gran estrépito. Las olas rompían en el muelle, y sólo unas cuantas personas deambulaban a lo largo del atracadero. Laurenti salió al Molo Venezia, donde estaban los barcos de pesca. Nunca le había interesado demasiado la pesca, olía a redes mohosas y a desperdicios de pescado. Y en todas partes había hordas de gatos sarnosos, campando a sus anchas con aire arrogante, como si fueran ellos los verdaderos amos de aquel lugar. Conocía sitios mucho más bonitos para pasear por el antiguo puerto. La zona que quedaba a la espalda de la Stazione Marittima, por ejemplo, donde los viejos desembarcaderos, rojizos por el óxido, le conferían el aire nostálgico de haber vivido tiempos mejores, cuando, a diario, atracaban allí grandes navíos. No había tanta gente como en el Molo Audace y olía mejor que entre los pescadores.

Hasta entonces, Laurenti nunca había tenido experiencias especialmente buenas con los pescadores, que parecían vivir en su propio mundo y, en su opinión, miraban a los demás

por encima del hombro, con desprecio y desconfianza. Cada vez que, en los últimos veinticinco años, había tenido algo que ver con ellos, le había irritado su parquedad en palabras, mientras que aquellos hombres guardaban silencio ante él aparentemente tranquilos. En cuestiones de paciencia, eran justo lo contrario que Laurenti. La palabra misma le ponía de punta los pelos del cogote. Odiaba que le hicieran esperar y odiaba tener que esperar por cosas que, según él, ya tenían que haberse resuelto hacía mucho tiempo. ¿Por qué esperar? ¡Con la cantidad de cosas mejores que se podían hacer!

Los pescadores de antiguas familias de Trieste eran minoría, la mayor parte procedía del sur, de familias de inmigrantes que, en su día, habían venido a la ciudad cuando la situación económica en su tierra se había vuelto catastrófica y quedaban demasiado pocas ganancias para demasiada gente. Eran emigrantes de Sicilia y la Campania, algunos de la Isola di Procida, la isla que hay al noroeste del golfo de Nápoles. Ésa fue la primera oleada de inmigrantes. Muchos viajaron después a Argentina o los Estados Unidos, como los padres de Galvano, otros buscaron suerte en el norte de Italia o siguieron camino hasta Alemania. Laurenti reconocía a los italianos del sur a primera vista. Conservaban el rico lenguaje gestual de su tierra, el que él mismo había aprendido en su niñez, aunque ya hablasen de su trabajo con desprecio y en el más cerrado dialecto triestino. Había oído que muchos de ellos votaban al partido sucesor de los fascistas, aunque más bien parecía que se pasaban el día con sus jóvenes amantes extranjeras, y también decían que en los barcos se fumaba marihuana en grandes cantidades.

Laurenti caminaba junto a la hilera de barcos y aún no había visto a ningún pescador. Cerca del edificio de la Asociación del Club Marítimo San Giusto, en la parte de enfrente del muelle, vio un barco de tamaño considerable con la cabina y la borda cubiertas por paños negros. «*San Francesco*», leyó en la proa. Y por encima había colgada una pancarta blanca: «In memoria di Giuliano Scropetti», y luego otra más pequeña con la inscripción: «Ugo Marasi» y una cruz negra. Así que aquella gente tenía alma, después de todo...

Detrás de un montón de redes, finalmente vio a dos hombres sentados que le observaban de reojo con gesto desconfiado. Con amplios movimientos, recogían la red, la pasaban entre los dedos y reparaban las partes estropeadas con versadas manos y una corta hebra de torzal.

—*Buongiorno* —Laurenti se quedó a un metro de distancia.

El de más edad le miró un instante y gruñó algo ininteligible. El otro siguió trabajando sin inmutarse y sin decir palabra.

—¿Es ése el barco de Marasi?

—Lo pone.

—Soy el comisario Laurenti, policía criminal —el más joven y más bajito se puso de pie y se dirigió al barco junto al que estaban trabajando.

—¿Y? —preguntó el mayor.

—¿Conocía usted a Marasi?

—¿Por qué?

—¡Buena pregunta! ¿Por qué va a preguntar algo así la policía? ¿Cuándo lo vio por

última vez?

—Ni idea. Hará unos días. No tenía permiso para volver a salir a la mar. Por el accidente.

—¿Qué accidente?

—Giuliano Scropetti, el martes por la mañana. Pregunte en la Capitanía si quiere saberlo.

Los primeros gotones de lluvia cayeron sobre el puerto con un sonoro chapoteo. El pescador se levantó y exclamó:

—¡Gino, lánzame el chubasquero!

Poco después, un grueso impermeable aterrizó sobre el asfalto. El pescador lo recogió y se lo puso. Laurenti estaba delante de él, en chaqueta, cosechando una mirada de desprecio de su parte.

—¿Tenía Marasi algún enemigo?

—¡Buena pregunta! ¡Sí!

—¿Quién?

—¡Todos! Aquí todos somos enemigos de todos.

La lluvia iba a más. Laurenti se levantó el cuello de la chaqueta y maldijo a los cielos.

—¿Todos?

—Todos pescamos en la misma mar.

—Quise decir enemigos, no competidores.

—¡Gino, el gorro! —al punto, el gorro voló hasta las redes. El pescador lo recogió—. No hay diferencia.

—¿Se le ocurre alguien que pudiera tener motivos para matar a Marasi?

—Yo qué sé. ¿Por qué uno de nosotros?

—Por el arpón.

—Nosotros no tenemos arpones. Pescamos con redes. Pregunte a los buceadores. Los buceadores usan arpones.

Comenzó a jarrear. El pescador se levantó y fue hacia su barco.

—¿Algo más?

Laurenti negó con la cabeza. Sin despedirse, regresó a la lonja lo más deprisa que pudo. Cuando abrió la puerta del coche, resonó el primer trueno y jarreó más todavía. Buscó pañuelos de papel en la guantera para secarse la cara, pero no encontró más que un Camel reseco cuya procedencia desconocía. Se lo puso en la boca. Se desmigajó al encenderlo. Arrancó el coche y recorrió lentamente el muelle hasta la Capitanía.

Le dijeron que esperase. Ettore Orlando, amigo de juventud de Salerno y capitán de la Guardia Costiera, estaba en una reunión que, según le dijeron a Laurenti, no tardaría en terminar. También Orlando había ido a parar a Trieste hacía algunos años; eso sí, mucho después que Laurenti. Fue una feliz casualidad para ambos, pues a pesar de sus largas carreras profesionales por caminos distintos, su amistad no había cambiado en nada. Y eso repercutía positivamente en su trabajo. Por lo general, el trato entre los distintos cuerpos de la autoridad no se caracterizaba por ser amistoso.

Laurenti se sentó en el enorme y mullido sillón del escritorio del despacho de Orlando, en el que casi se hundía. Primero se recreó en la vista del puerto y de los hombres de la patrulla costera en el embarcadero, que en ese momento soltaban las amarras de dos de sus grandes barcos y salían al mar acompañados por el fuerte borboteo de las máquinas. Lentamente dejaron atrás la zona del puerto y, al pasar la Diga Vecchia, el dique que la protegía del mar, aceleraron y pronto no fueron más que un puntito en el horizonte. Laurenti subió los pies a la mesa de Orlando y, aburrido, se puso a curiosear en los cajones. No encontró nada que le interesase, así que cogió el teléfono de Orlando y llamó a Marietta. Se enteró de que Živa Ravno ya estaba localizada y de que iría a la comisaría a media tarde. ¡Eso sí que era una buena noticia! Laurenti se alegró. Marcó el número de la Trattoria al Faro.

—*Ciao*, Franco. ¿Qué, ya estás bueno?

—¡Hombre, la policía! ¿Bueno? ¿Por qué lo dices?

—Pues porque anteayer estaba tu madre sola en el local y me dijo que por un pelo había conseguido salvarte de ser despedazado. ¿Es que Rossana se pasó contigo?

—No tengo ni idea de qué me hablas.

—Franco, no te pases de listo. El lunes me birlaste el ligue. Pero no soy picajoso, mira. ¿Tienes una mesa para esta noche?

—¿Para cuántos?

—Para dos.

—¿Con quién vas a venir?

—Ya lo verás.

—¿Con Rossana?

—No, esta semana te la dejo toda para ti.

—¿Ha vuelto tu mujer? Se te nota muy contento.

—No. Otra persona. Sólo voy si Rossana no está.

—¿Por qué Rossana?

—Podría ser que ahora visitase tu restaurante con más frecuencia, después de vuestra noche de pasión.

—¿Estás celoso?

—¿Acaso tengo motivos? —Laurenti bajó los pies de la mesa. Había oído a Orlando en la antesala.

—No, no. Hasta la noche.

Laurenti colgó en el momento en que se abría la puerta y entraba por ella una masa de dos metros, con uniforme y barba: su amigo.

—Un buen sillón, ¿a que sí? —le dijo Orlando a modo de saludo—. Te queda un poco grande.

—Pero es muy cómodo. ¿Te lo han encargado a medida?

—Ya quisiera yo. Lo compré con mi modesto sueldo. Bien lo sabes tú, el estado considera que ya te hace una merced con dejarte trabajar para él. Un sillón nuevo y, encima, fuera del modelo estándar, en el que no me cabe ni una cacha toda apretada, requeriría un papeleo infernal, lo mismo hasta tenía que acudir al ministerio de Defensa

y, al final, me pedirían un certificado médico oficial de que mido dos metros dos y peso ciento diecisiete kilos. Para entonces, ya tendría la espalda hecha un higo. Anda que no son caros, los puñeteros sillones. ¿Has venido por algo de trabajo?

—Sí —Laurenti permaneció sentado, divirtiéndose al ver cómo Orlando intentaba encajarse entre los estrechos brazos del sillón para las visitas—. Hemos encontrado a ese pescador, Marasi, en el Carso, lo sabrás por el periódico. Vosotros también lleváis un asunto relacionado con él.

—El pobre *maresciallo* está haciendo todo lo posible para nada. Yo no intervendré hasta que realmente se vea que no avanza. Perdieron a un hombre en la noche del lunes al martes. ¡Qué tipos más cerrados, los pescadores! Siempre que ha pasado algo, lo mismo. Mira que son pocos en palabras. En el mundo reinaría el silencio si la gente hablara tan poco como ellos.

—¿Hay alguna sospecha concreta? ¿O por qué estáis investigando?

—De momento, no hay nada concreto. Hoy les hemos citado por segunda vez.

—¿A qué hora?

Orlando miró el reloj.

—Dentro de un cuarto de hora, que yo sepa. ¿Por qué?

—Yo también necesito hablar con ellos. A uno todavía no le hemos localizado. Me viene muy bien, así puedo decírselo yo mismo después.

—¡Que te diviertas! Pero me parece que, de todas formas, atraviesas una racha de mala suerte. Primero Contovello y luego el tal Marasi. ¿Hay alguna relación?

Laurenti levantó ambas manos y las dejó caer de nuevo.

—No lo sé. Quizá. De haberla, debe de estar décadas atrás, cuando los comunistas se quedaron con Istria. Me huele que hay una vieja relación entre ese Marasi y el padre del hombre al que pusieron la bomba en Contovello. Los dos eran pescadores y los dos de Istria. La hija de Marasi me ha soltado un bofetón esta mañana después de provocarla un poco con eso mismo. Tiene más fuerza que un caballo —Laurenti se señaló la mejilla, aunque la hinchazón había bajado del todo hacía rato.

—¿Cómo se llama?

—Nicoletta Marasi.

Orlando revolvió sus papeles y, finalmente, sacó una hoja.

—Toma, no sé cómo pero esto ha venido a parar a mis manos. Ella ha vuelto a solicitar la licencia para el barco de su padre. A su nombre. A él no creo que se la hubieran concedido después de lo que pasó.

—¿Cuándo?

—Lleva fecha de hoy.

—¿De hoy? Ahí ya estaba muerto.

—Será que quiere hacerse cargo del barco. Tiene esa pescadería. Es lógico. Trabaja de forma totalmente independiente, igual que el viejo.

—Mucha prisa se ha dado, en mi opinión.

—No te creas, Proteo. Cuenta con dos hombres que, de otro modo, se buscarán otra cosa... —Orlando cogió el teléfono y pulsó la tecla para llamar al otro despacho—.

Tráiganme, por favor, la documentación del registro del *San Francesco*, TS 47819 – colgó—. Cada día que uno de esos barcos no sale a pescar sale caro. Mientras los otros dos no tengan otro trabajo, ella sólo tendría que contratar a dos o tres más. Organizar una tripulación entera es mucho más difícil.

–Pues no me ha dado la sensación de que tuviera en mucha estima a los compañeros de su padre. Cuando he pasado a verla esta mañana, se despedía de uno de ellos con cajas destempladas.

Tras llamar discretamente a la puerta, entró con el expediente el secretario de Orlando, un agente de uniforme.

–Gracias –Orlando lo abrió—. Qué interesante. El barco era propiedad de cuatro personas. Marasi, naturalmente, luego el hombre desaparecido desde el lunes, y los otros dos. Claro, la tal Nicoletta Marasi todavía no figura. Pero es evidente que heredará la parte de su padre, le correspondía el cuarenta y cinco por ciento y era el único tomador de la licencia. Los otros, diría yo, no eran más que empleados con cierta participación.

–Se me ocurre otra pregunta completamente distinta. Lo único negativo que se puede decir de la familia de Contovello es que habían comido *datterì*.

–Mmm. ¡Cuánto hace que no los pruebo! –Orlando se frotó la barriga con la mano—. ¿Y?

–¿Tú crees que los pescadores hacen contrabando?

–Yo qué sé. Nunca encontramos nada. Pregunta a la Guardia di Finanza, también los controlan ellos. Pero ¿de marisco? No creo. Con eso no se hace uno rico. Si acaso, de pescado. Pero el intercambio suele hacerse en aguas internacionales, con lo cual ya no puede considerarse contrabando. Jamás he visto a un pez que respetase las fronteras, ni que llevara pasaporte diciendo de dónde venía. Ya te puedes olvidar de eso.

–¿Y contrabando de otras cosas? ¿Seres humanos? ¿Chinos quizá?

–¡Tonterías! Ésos no vienen en barcos de pesca, hombre. Si vienen por mar, no lo hacen en esta estación, y si acaso sería con botes inflables o a bordo de yates de recreo, de los que tanto abundan en el golfo en verano. Eso no puede controlarlo nadie. No, me parece que es una pista falsa. Y, en lo que respecta a los chinos, en Trieste se debería tener más cuidado con ellos. Después de todo, el Lloyd Triestino está en manos taiwanesas desde hace unos años, y todos esperamos que la compañía naviera Evergreen aumente su actividad aquí.

–Bueno, bueno. A ver, ¿qué otra cosa? ¿Drogas, armas?

–Las armas van en la dirección opuesta, y las drogas es verdad que vienen por mar, pero en cargueros o camiones de mercancías. Olvídalo.

–¿Tienes buenos contactos con las autoridades del puerto croatas?

–Hasta ese punto sí. ¿Por qué?

–¿Podrías enterarte de si Gubian también salió el lunes por la noche?

–Lo veo difícil. Los croatas no nos dan información sobre sus compatriotas. Además, me vas a perdonar, pero ¿Gubian no estaba en Trieste? La casa de su hijo salió por los aires la noche anterior. Seguro que se lo notificaron de inmediato.

–¡Ay, sí, maldita sea! Si hasta estuvo en mi despacho. Eso fue el lunes. Por ahí no

vamos a ninguna parte. El único móvil que queda es, pues, esa vieja historia. No sabes las ganas que tengo de encontrarme con un caso de asesinato normal, de los de toda la vida. Por mí, un doble asesinato por celos. ¡Un móvil normalito, por favor!

—Lo que es en Trieste, ya puedes esperar sentado —dijo Orlando y se irguió entre los brazos del sillón entre suspiros—. ¿Qué tal están Laura y los chicos?

Laurenti hizo un gesto con la mano para que dejara el tema.

—A ver si cenamos un día de éstos y te lo cuento todo. Laura tiene un admirador, pero ahora no quiero hablar de ello.

—¿Qué me dices? ¿Quién? —a pesar de que Orlando se levantó de golpe, el sillón no se rompió.

—Me voy a tener que buscar otra compañía de seguros.

—¿Ese tío? ¿Ese imbécil? Pero si tú mismo me lo recomendaste a mí también. Le estuve llamando ayer o anteayer. A mi mujer le entregan el coche nuevo.

—¿Cuándo?

—Dentro de dos semanas.

—No, que cuándo llamaste exactamente.

—El martes, ¿por qué?

—¿Y? ¿Lo encontraste?

—No, me dijeron que estaba de viaje toda la semana.

—¡Vaya!

Orlando miró a su amigo con gesto interrogante.

—¡Supongo que estará con ella! —Laurenti cerró el puño.

—¿Adónde ha ido?

—A San Daniele, a casa de su madre.

—Entonces no creo que se haya llevado al admirador. A casa de su madre seguro que no, Proteo.

—¡Allá arriba también hay hoteles! —a Proteo Laurenti le temblaban las manos.

—¿Cuánto dura la historia?

Laurenti se encogió de hombros.

—No lo sé. Es posible que desde el verano.

—¿Qué habrá visto en él, por Dios? Si no tiene más que problemas. Si no me equivoco, está endeudado hasta las pestañas y la cosa ya no va a tener arreglo. Ni siquiera el Volvo es suyo. Está a nombre de su hermano mayor. ¿Y no ha vuelto a vivir con sus padres, incluso?

—Habría que comprobar a quién pertenece la casa. Sin duda, también la habrá puesto a nombre de algún familiar para que no la embargasen. Pero no sé, yo tampoco soy un soplón.

—Entonces, a ver, ¿qué crees que ha visto en ese tipo?

—No tengo ni idea —Laurenti hizo un gesto de desesperación—. Rico no es, guapo no es, e inteligente tampoco demasiado. Y carácter, desde luego, no tiene. Vive de vender seguros a gente que no los necesita. Eso es todo. Y, sin embargo, a Laura le parece aceptable.

—Mira, te prometo una cosa: ¡como lo pille por banda, le parto la boca de un puñetazo! Cuenta con ello —Orlando se dio un puñetazo en la palma de la otra mano.

—Quita, quita. Ya lo haré yo mismo en su momento, y con gran placer. Pero, de verdad, no sigamos hablando de este asunto. Cenemos juntos la semana que viene, Ettore.

—Lo que tú quieras. Te acompaño abajo a ver al *maresciallo*. Ya habrán empezado el interrogatorio.

Laurenti sólo habló con los pescadores un momento. Tenían la mirada sombría. Dos comparecencias ante las autoridades en un día eran realmente demasiado.

—¡A las cuatro! —dijo Laurenti, y luego vio la cara del *maresciallo*, a quien no le había hecho ninguna gracia que un policía restringiese el tiempo de su propio interrogatorio—. Por supuesto, sólo si ya han terminado aquí. Si no, más tarde. Tal vez podría ser usted tan amable de avisarnos cuando se marchen estos caballeros.

Y a los pescadores les dijo:

—Evidentemente, también podemos ir a interrogarles a su casa, señores. Pero, claro, iríamos con el coche patrulla y, sin querer, igual poníamos la sirena para que también nos oyeran sus vecinos. Ustedes eligen.

Orlando lo acompañó hasta la puerta.

—Pues nada, que te diviertas luego con esos dos. Te mandaremos el informe por fax. Y, cuando acabes tú, te agradecería una llamada para contar qué tal ha ido. A lo mejor les sacas algo.

La lluvia había cesado. Media hora más tarde llegaría Nicoletta Marasi a la comisaría, suponiendo que Marietta hubiera logrado convencerla. Después de la escena de la mañana, no era raro pensar que no se presentaría. Laurenti decidió dejar el coche en el aparcamiento de la Capitanía, ir a pie y así, de camino, hacer una visita a Tozzi, de la Guardia di Finanza. Sería un pequeño gesto para demostrarle que era consciente de haberlo tratado mal en la reunión.

Proteo Laurenti cruzó la Riva Tre Novembre y caminó a lo largo del Canal Grande, donde hoy tampoco había más que barquitas de pescadores, lo bastante pequeñas como para que, aun con marea alta, sus dueños pudieran pasar por el escaso hueco que quedaba bajo el Ponte Verde tumbándose en el bote. A Laurenti le gustaba aquel camino. Un lado del Canal Grande estaba dominado por el imponente Palazzo Carciotti, con sus seis columnas jónicas y su cúpula de cobre en la fachada principal. Una vez había oído que el comerciante griego Demetrio Carciotti, el que había mandado construirlo, había huido a Trieste en 1750 con la mitad del tesoro nacional egipcio, invirtiéndolo entonces en el desarrollo de la ciudad. Muchos conocían esta historia, aunque nadie podía citarle ninguna fuente fiable en la que basarse. Otros, a su vez, decían que no había sido Carciotti sino el barón Revoltella, el que luego había invertido el dinero en la

construcción del Canal de Suez. Lo que estaba claro era lo siguiente: los delitos financieros casaban mucho mejor con una ciudad comercial y portuaria que aquellos extraños y a menudo absurdos casos de asesinato a los que siempre tenía que hacer frente.

Un poco más allá, unos obreros comenzaban a levantar las casetas del mercadillo de Navidad, y delante de Sant' Antonio iban a instalar, por primera vez, una pista de hielo artificial. El ayuntamiento se jactaba de que era una iniciativa extraordinaria para los jóvenes. Proteo Laurenti no había patinado sobre hielo en toda su vida y se preguntaba qué ventaja tendría pasarse horas dando vueltas en el mismo lugar. Mejor habría sido invertir el dinero en reabrir la parte alta del canal, clausurada en los años treinta por motivos inexplicables.

Como medida de precaución, lanzó una mirada hacia la Via xxx Ottobre, donde, en cualquier momento, podía salirle al encuentro Nicoletta. Luego se apresuró a llegar al palacio de la Guardia di Finanza, pidió que anunciaran su llegada y subió los escalones de dos en dos. Tozzi ya le esperaba en el pasillo.

—Perdone que me haya presentado así, sin más. Estaba por la zona y quería preguntarle si la Guardia di Finanza tiene trato con los pescadores del Molo Venezia últimamente.

—Una y otra vez. ¿Por qué?

—Pura curiosidad. Se trata de ese Marasi y sus hombres.

—En términos generales, hacemos las inspecciones rutinarias para que esa gente no deje de pagar sus impuestos. Si no, no harían más que negocios en dinero negro. Supervisamos las tripulaciones con regularidad y también la subasta de la mercancía a primera hora de la mañana. Pero, por el momento, lamento decirle que no hemos observado nada fuera de lo normal.

—Esa familia de Contovello...

—¡Gubian! El hijo del hombre al que tendría que haber encarcelado directamente, de ser por usted...

—Habían comido *datteri*. Es la única pequeña tacha que tienen. ¿Cómo llegan esos bichos a Italia? Me pregunto si no serán los pescadores quienes los traen de contrabando.

—Sería muy raro. Sí que hay bastante contrabando, pero, según nuestras investigaciones, siempre se lleva a cabo por tierra. Hace tres días detuvimos a un croata que, en la frontera de Muggia, pretendía pasar treinta y siete kilos de vieiras en el maletero del coche. O, una semana antes, dos eslovenos con quince kilos de mejillones en el paso de Rabuiese. Eso pasa constantemente. A veces también encontramos *datteri*. No dejo de sorprenderme de la estupidez de la gente. O de su desvergüenza. Abres el maletero y ya te da en la nariz el olor. A veces, incluso antes. Por mar entran cigarrillos, productos de marca falsificados, drogas y armas, pero únicamente en los contenedores de carga de barcos griegos o turcos. Además, siempre tenemos en el punto de mira la zona del puerto en la que se depositan los contenedores de mercancías. Pero ¿los pescadores...?

—Cuando encuentran esos moluscos en los maleteros, ya me imagino lo que cenan las

familias de todos los agentes...

—¡Ya quisiéramos, Laurenti! Todo va a parar a la incineradora de basura. ¿Y por qué? Porque no se sabe de dónde procede y si cumple con la normativa de sanidad. En los moluscos no se ve si traen un virus o si los han sacado de las cloacas.

—¿Y qué hay de Nicoletta Marasi? ¿Está acusada de algo, o ha habido algo raro en los últimos años?

—Nada que yo recuerde. Pero lo comprobaré encantado para usted. ¿Es suficiente si le llamo a última hora de la tarde?

Se había entretenido demasiado hablando con Tozzi, pero no estaba lejos de la comisaría y, además, tampoco tenía prisa. En el caso de que Nicoletta se hubiera presentado, no le vendría mal que la hicieran sufrir un poco. El tiempo sólo era un buen aliado cuando se tenía la certeza de tenerlo de parte de uno. Laurenti no se explicaba por qué estaba de tan buen humor. Cruzó la Via Carducci silbando, miró la hora y entró en el Bar X. Pidió un café, se lo tomó sin azúcar en dos sorbos y pensó en las preguntas que le haría a Nicoletta. Dejó mil quinientas liras sobre la barra y no tardó en llegar al edificio de la policía criminal. Los operarios estaban instalando un nuevo panel de vidrio tensado en la puerta de la tercera planta y tuvo que abrirse camino entre ellos para salir al pasillo.

—Llegas tarde —lo saludó Marietta—. La señora Marasi ya te está esperando —señaló con la cabeza hacia el despacho de su jefe, cuya puerta, como siempre, estaba abierta.

—¿Y qué? ¿Algo más? —no tenía nada en contra de que Nicoletta le oyese.

—Tu fiscal, la bomba sexual esclava, como la llama mi compañera de la Comisaría n.º 3, llegará entre las cinco y las seis. Además, han llamado tus dos hijas. A ver si te compras un cargador de reserva para el móvil.

—Dile a esa compañera tuya que se cuide de lo que dice. ¡No quiero volver a oír eso! —Nicoletta carraspeó, como si quisiera que la oyesen en la habitación contigua—. ¿Qué querían mis hijas?

—Ni idea. Les he dicho que les devolverías la llamada. Ah, sí, tu madre ha preguntado muy preocupada si estarás comiendo suficiente. Creo que he conseguido tranquilizarla.

—A las cuatro vienen los dos hombres de Marasi. Me he encontrado con ellos de casualidad en la Guardia Costiera. Además, Tozzi me ha dicho que la Guardia di Finanza tenía echado el ojo a Marasi desde hace mucho —guiñó un ojo a Marietta y habló más alto adrede—. Los *finanzieri* dicen que, de todas formas, no habrían tardado en destapar el asunto.

—¿Qué había hecho?

—¡No lo adivinarías nunca! Luego te lo digo —Laurenti no tenía ni la menor idea de lo que podría inventarse para que sonara creíble e hizo una mueca—. A ver si me suelta otro bofetón. ¿Nos traes café, por favor?

Marietta puso los ojos en blanco y le señaló un papel que tenía delante. Laurenti lo leyó. El juez de instrucción denegaba la escucha del teléfono de Nicoletta. Laurenti tampoco contaba con que fuera a aprobarlo. Al menos lo habían intentado, pero los argumentos eran débiles. Para pinchar un teléfono tenía que haber sospechas más

concretas. Laurenti consideró que ya había hecho esperar bastante a Nicoletta y pasó por fin a su despacho. Eran las tres y veinticinco.

—*Buongiorno, signora!* Perdone que la haya hecho esperar, pero, en estos momentos, estamos hasta arriba de trabajo. No doy abasto y, además, tengo que pasar por el dentista, que siempre lo tiene a uno un buen rato en la sala de espera. Le suena, ¿verdad? —Nicoletta, frunciendo el ceño, miró cómo el comisario se frotaba la mejilla—. Pero no se preocupe, señora. Dice que no es para tanto, que a lo sumo serán diez días, hasta que se cure del todo la encía. Hasta entonces, debería alimentarme básicamente de purés. ¡Con lo que odio los purés! En fin, ya se me pasará. Por cierto, el pedacito de muela ya me lo ha reconstruido en el momento.

Nicoletta Marasi guardaba silencio. Marietta trajo café y azúcar en una bandejita.

—Muchas gracias, ángel mío —dijo Laurenti con fingida jovialidad y arrimó la silla al escritorio.

—Señora Marasi —comenzó en tono formal—, no contaba con que viniera.

Nicoletta seguía sin decir nada.

—No tenía usted obligación. Sólo queremos hacerle algunas preguntas.

—Lo sé. Pero, al fin y al cabo, se trata de mi padre.

—Efectivamente —Laurenti aún no estaba seguro de si Nicoletta colaboraría—. Esta mañana ha formulado usted una clara sospecha acerca de quién mató a su padre. ¿Querría repetirla, por favor?

—¿Y por qué? Ya se lo dije esta mañana —Nicoletta removió lentamente el café.

—Bueno, por volver a oírlo. A veces se piensa uno las cosas dos veces. ¿Se reafirma en su opinión? ¿De quién sospecha, pues?

—¡De Gubian!

—¿Y por qué?

—Eso también se lo dije antes. Era enemigo de mi padre. ¡Amenazó con matarle!

—¿Cómo lo sabe?

—Se lo dijo a mi madre.

—¿Estaba usted allí, lo oyó?

—No.

—¿Cuándo fue?

—El martes por la tarde. Le estaba esperando en la puerta de su casa.

—¿Cómo se encuentra su madre?

—Mejor. Ya le dieron el alta y está en casa. Le han firmado una baja para el trabajo y recetado unos tranquilizantes.

—¿Por qué quería Gubian matar a su padre?

Nicoletta dejó la cucharilla en el plato.

—Ya se lo dije, pero si insiste, se lo repito. Gubian creía que mi padre había matado a su hijo. Por venganza.

—¿Dónde estuvo su padre el domingo por la tarde?

—En casa.

—¿Estuvo usted con él?

–No. Pero hablamos por teléfono.
 –¿Cuándo? ¿A qué hora?
 –Después de las tres.
 –¿Y dónde estaba usted?
 –También en casa.
 –¿De qué hablaron?
 Nicoletta lo miró sorprendida.
 –No, no tiene que contármelo, sólo si quiere.
 –Le pregunté si iba a salir a pescar. Un cliente nos había hecho un buen pedido. Pero soplabla la *bora nera*. Era imposible salir.
 –Salió la noche del lunes al martes. Fue el único. Perdió a un hombre. ¿Lo conocía?
 –Por supuesto.
 –¿Qué pasó?
 –Un accidente. Giuliano perdió el equilibrio y cayó por la borda. No lograron encontrarlo.
 –¿Le parece plausible que un pescador ya mayor y experimentado se cayera por la borda así, sin más?
 –Sería como dijeron mi padre y los otros. A todo el mundo le llega la hora, da igual la experiencia que tenga.
 –¿Conoce al resto de la tripulación?
 –Los conozco a todos.
 –¿Cree que su padre tuvo algo que ver con la bomba de Contovello?
 –No. No me lo puedo ni imaginar.
 –¿Le cree capaz, en abstracto, de hacer algo así?
 –Alguna vez me lo he preguntado. No, sin ninguna duda. En todo caso, habría arreglado las cuentas con Gubian en directo y, probablemente, mucho antes. Sí, con el viejo en directo. Mi padre jamás rehuyó un enfrentamiento. Por eso se le respetaba.
 –El barco de su padre fue confiscado temporalmente después del accidente y le retiraron la licencia. ¿No escasea ahora la mercancía para su negocio?
 –No, sólo que he tenido que subir los precios. Pescado hay de sobra, pero ahora tengo que comprarlo todo en la subasta de la lonja, como los demás. Antes sólo adquiría así una parte.
 –¿Y su madre? ¿Dónde estaba ella el domingo por la tarde?
 –En casa. ¿No se acuerda del tiempo que hacía? *Bora nera!* Nadie salió de casa si pudo evitarlo.
 –Pues el que hizo volar por los aires a la familia Gubian sí que salió. Entonces, su madre también podrá testificar que su padre estuvo en casa.
 Nicoletta rebullía inquieta en la silla, cambió de postura varias veces y, finalmente, dijo:
 –Sí, podrá testificar que así fue.
 –No suena muy convencida, señora Marasi. ¿Acaso le cabe la duda de que su padre tuviera algo que ver, después de todo?
 –¡Ya le he dicho que no! Pero si quiere que mi madre le diga algo, tendrá que

preguntárselo a ella.

—¿Quiere estar presente cuando hablemos con su madre?

—No. ¿Por qué?

—Por mí no hay inconveniente. Parece estar muy afectada.

—No se preocupe por eso. Es mucho más dura de lo que la gente piensa.

—Volvamos a Gubian. ¿Sabe dónde vive?

—En Pola.

—¿Lo conoce?

—No. ¡Ni nunca he sentido la necesidad!

—¿Su padre estaba en contacto con él?

—No. Se encontraron hace muchos años por casualidad. A papá le afectó mucho, por entonces... yo era muy pequeña, pero todavía me acuerdo. Mi padre jamás regresó allí después de 1954. Comenzó una nueva vida en Trieste. Gubian se cruzó con él aquí, si recuerdo bien.

—¿Qué va a pasar ahora con el barco?

—Por ley, mi madre y yo somos las herederas. Yo me haré cargo de él.

—Si estoy bien informado, no era propiedad de su padre en exclusiva.

Nicoletta se puso en guardia y, con una mirada escrutadora, intentó calibrar cuánto entendía Laurenti de ese tipo de cosas.

—Mi padre tenía una parte mucho mayor que los otros. Yo les compraré el resto.

—Imagino que no le saldrá precisamente barato.

—¿Para qué existen los bancos?

—¿Y por qué quiere deshacerse de los otros? Si ya son un equipo consolidado.

—Mi propio padre tampoco quería volver a pescar, después de la muerte de Giuliano. Me lo dijo el mismo martes por la mañana. No entendí su decisión pero él no quiso discutir nada al respecto. De cuatro hombres no quedan más que dos, y, además, viejos. ¿Adónde voy yo con ellos? Es mejor formar un equipo nuevo y empezar desde el principio. Gente ya tengo. Podemos empezar en cuanto esté lista toda la burocracia y haya llegado a un acuerdo con los otros.

—¿Realmente es un negocio lucrativo, señora? Quiero decir, ¿no se va la mayor parte en impuestos, porcentajes y demás?

—¡Vaya si lo es! Pásese una mañana por el muelle, cuando vienen los propietarios. Todos tienen un Mercedes. Casi todos, una amante. A mi padre jamás le interesaron esas cosas. Pescaba porque era su pasión, no por el dinero. Y cuando uno es su propio proveedor, todavía sale más rentable.

Laurenti se sorprendió, pues tampoco a Nicoletta parecía interesarle demasiado el dinero. Sabía que tenía un Fiat Panda, y no costaba adivinar que tampoco hacía grandes dispendios en ropa. Claro que igual llevaba una doble vida. Se encogió de hombros y miró la hora. Luca y Mario ya debían de estar esperando fuera.

—El trato entre pescadores no es precisamente amistoso. La competencia es dura, por lo que se ve. ¿Cree que pudo ser uno de ellos?

—No lo sé. Siempre había peleas. No sólo con mi padre. Todos contra todos. Pero eso

es normal. Debe saber que, a pesar de todo, son una comunidad muy unida. Mi padre nunca le quitó nada a nadie. ¿Por qué iba a querer matarlo nadie, entonces?

—Hay mil motivos distintos, además del dinero. Honor, celos, competencia por la tripulación o por el sitio en el puerto y cosas así. Hablaremos con todos. Algo acabaremos descubriendo.

—¡Fue Gubian! ¡Sólo pudo ser él! Interróguenle. De todo lo demás ya pueden ir olvidándose.

Laurenti no tenía ganas de oír aquella cantinela otra vez. Le bastaba con la de la mañana. De forma instintiva, se llevó la mano a la mejilla.

—Ya hemos dado orden de hacerlo. Hablaremos con Gubian. Esto ha sido todo por hoy, señora. Gracias por prestarnos su tiempo. Eso sí, seguro que más adelante tendremos más preguntas.

Nicoletta se levantó y le tendió la mano.

—Por favor, perdone que haya perdido los nervios esta mañana. No era mi intención...

—Está olvidado. Cada cual reacciona ante el dolor a su manera.

Tanta amabilidad por parte de aquella mujer tan peculiar sorprendió a Laurenti de veras.

Al acompañar a Nicoletta Marasi hasta el pasillo, vio que los dos viejos pescadores ya estaban allí sentados en las sillas de plástico naranja de la pared de enfrente, uno junto al otro y en silencio. Miraron a Nicoletta sin que sus rostros se alterasen lo más mínimo. Ella les dedicó una mirada fulminante.

—El lunes —dijo—; pensáoslo bien.

La única persona a la que Laurenti no hizo esperar aquella tarde fue Živa Ravno. A cambio, fue él quien, a partir de las cinco, esperó impaciente a que ella apareciera de una vez. Liquidó la declaración de los dos pescadores con tanta agilidad que, una y otra vez, ellos se miraban entre sí con gesto interrogante porque el comisario ni siquiera esperaba a sus vagas y renqueantes respuestas. Creyeron que era una trampa. Laurenti, por el contrario, pensaba que no merecía la pena perder el tiempo con ellos, puesto que sus respuestas eran prácticamente idénticas a las del resto de su gremio. También a ellos les había tenido esperando en el pasillo casi media hora, pues antes quiso hablar con sus hijas. Livia se quejaba del frío y la falta de luz de Berlín. Era el primer invierno que pasaba en esa ciudad.

—Las tres y media y aquí ya es de noche cerrada. Figúrate, papá.

Al menos la carrera le gustaba, aunque se tardaba mil años en ir de una parte a otra de la ciudad y las aceras estaban llenas de cacas de perro. En algún momento, su hija le preguntó por fin si cabía la posibilidad de que él y Laura se reconciasen.

—¿Tú que crees? —Laurenti se sorprendió con esa pregunta. No había dormido bien ni una sola noche desde que Laura se había marchado. O ahogaba sus penas en alcohol o no paraba de dar vueltas en la cama, atormentado por unos sueños descabellados, y no se dormía hasta la madrugada, con un sueño tan pesado como poco reparador.

–Nunca se sabe –dijo Livia–. A veces se le cruza a uno en el camino otra persona antes de lo que se imagina.

También Patrizia Isabella se alegró al oír la voz de su padre.

–Figúrate, papá, me han admitido en el grupo de arqueología de Pompeya que va a abrir una nueva zona de excavación en un sitio donde había un supermercado que ahora van a demoler. Empiezan en primavera. Además, me han puesto un sobresaliente en una exposición en clase.

–¡Qué bien! ¿Cuál era el tema?

–Una comparación del papel de las prostitutas en el Imperio Romano y en la actualidad.

Laurenti carraspeó y rebulló inquieto en su silla:

–Bonito tema –dijo sin demasiado entusiasmo.

–Es de lo más interesante, papá. Augusto pensaba que los romanos acabarían extinguiéndose con el tiempo si demasiados hombres iban a ver a las prostitutas o tenían concubinas en lugar de casarse y tener hijos. Para elevar el valor de la familia, ideó un sistema de premios y castigos. Los padres de tres hijos, por ejemplo, ascendían enseguida.

–Una pena que no apliquen el mismo baremo ahora –musitó Proteo.

–Sí, es una pena que tampoco apliquen otras cosas: por ejemplo, derogó una antigua ley que permitía matar a las adúlteras. A cambio, el emperador dictó otra ley que castigaba a los maridos que no querían divorciarse de sus mujeres cuando les engañaban con otro.

–¡Qué emperador tan bueno! –Laurenti suspiró atormentado. Si esa ley siguiera vigente, aún le degradarían tan sólo por ser fiel a Laura. Seguro que Patrizia Isabella no sabía lo que estaba provocando con sus recién adquiridos conocimientos.

–Eso se tradujo, después, en que las prostitutas fueron perdiendo su reputación, hasta hoy. A pesar de la importante función que desempeñan dentro de la sociedad. La reputación de una prostituta en nuestros días sólo puede compararse a un pañuelo de papel. Te sueñas los mocos una vez y a la basura.

–¡Patrizia! –se escandalizó Laurenti–. ¡Espero que no nos esté oyendo nadie!

–No te alteres, papá. Me limito a llamar a las cosas por su nombre.

–¿Y cómo sabes todas esas cosas? –preguntó el comisario tras un breve silencio.

–De la situación actual sé mucho por ti, naturalmente, el resto lo he investigado por mí misma. Y Pompeya es un mundo muy transparente, sobre todo desde que se puede acceder otra vez a la colección de arte erótico del Museo Arqueológico Nacional. Tendrías que verla. ¡Es maravillosa!

–¿Y a qué más te dedicas, aparte de investigar sobre la prostitución?

–Salgo mucho con mis amigos. Esto es estupendo. Hay mucha más vida que en Trieste. ¿Y qué tal vosotros?

–Estoy hasta el cuello de trabajo, y Marco está aprendiendo chino. ¡Es muy duro sin tu madre! ¿Has sabido algo de ella?

–Sí, sí.

–¿Y qué se cuenta? ¿Está bien?
 –Más o menos. Está preocupada.
 –¿Por qué?
 –¡Por qué va a ser! No es una situación fácil para ella, como bien te puedes imaginar.
 –¿Yo? ¿Acaso se pregunta alguien alguna vez cómo estoy yo? ¿Está sola?
 –No, claro... –Laurenti se estremeció y dio tal golpe a la mesa que el dolor le subió por la mano como un latigazo—. Está en casa de la abuela, ¿qué te habías pensado?
 –Ay, bueno, uno hace sus conjeturas.
 –¿Crees que podrías reconciliarte con mamá si vuelve a casa?
 –¿Por qué no? –esa pregunta ya se la sabía.
 –Nunca se sabe. Igual ya te has echado algún ligue. Quiero decir, yo lo entendería. Al menos su hija predilecta se mantenía de su lado.
 –Pues no sabría quién. A ver, a ver, ¿qué te ha dicho tu madre?
 –Nada. Oye, papá, tengo que colgar. Lllaman a la puerta. Hasta pronto.
 –Patrizia, ¿es que te ha dicho algo Laura?
 Pero ya no oyó más que la señal de comunicando.
 ¿Qué significaba aquel extraño interrogatorio por parte de su hija? Meneó la cabeza, se levantó, se acercó a la ventana y se quedó un largo rato mirando a la calle. No volvió a la realidad hasta que no entró Marietta.
 –¿Vas a tomar declaración a los dos pescadores de una vez, antes de que salgan corriendo?
 Laurenti se sobresaltó.
 –Sí, sí. Está bien. Que pasen.

A las cinco de la tarde, Živa Ravno aún no había llegado. En cambio, apareció Antonio Sgubin a informar sobre su revisión de los papeles de la familia Gubian.

–Cuatro horas me he pasado leyendo todo ese papeleo. ¿Cómo se pueden guardar tantas felicitaciones de Navidad y de cumpleaños? El viejo de Pola no escribía nunca. Y otros parientes no tenían. Los papeles del negocio los está revisando Tozzi, también tiene los contratos de compra de la casa y los papeles de las aseguradoras. Le he preguntado por el seguro de vida. El matrimonio había puesto al respectivo cónyuge como único beneficiario de la póliza. El dinero lo heredará el padre. ¡Una buena suma! Si no fuera tan viejo, cabría considerarlo sospechoso. Pero ¿qué va a hacer con el dinero? Por lo demás, no hay nada digno de mención.

–A lo mejor tiene una joven amante y va al casino en secreto.

–No, hombre, no. Él no.

–¿Quién sabe, Sgubin? Cada persona es un mundo. ¿Has encontrado a alguien que esté bien informado de todo este complejo asunto de Istria? –preguntó a Marietta.

–Todavía no. He preguntado en el *Piccolo*, pero no he querido contactar con el periodista que me han dicho. Es de Alleanza Nazionale, y no me fío de los fascistas para estas cosas. Hay un historiador en la ciudad, pero tiene más de ochenta años.

–Será difícil encontrar a nadie más joven. Llámalo y pregúntale si podemos hablar con

él. Estaré encantado de ir a verle.

—Ya lo he hecho. Está con gripe y tiene que cuidarse. La semana que viene. Te he conseguido unos cuantos libros sobre el tema. Creo que son bastante buenos, según me ha dicho la librería. Y me han costado una pasta, por cierto. No creo que podamos facturarlo como «dietas».

Laurenti cogió los cinco libros que le había traído y les echó un vistazo, miró los índices, las biografías de los autores y, finalmente, le devolvió dos.

—¿Puedes devolver éstos? Los otros tres los pago yo. De todas formas, tenía ganas de leer algo sobre el tema.

—Por el momento, no tienes nada mejor que hacer por las noches.

Proteo Laurenti estaba a punto de soltarle un bufido cuando llamaron a la puerta, detrás de Marietta. Era Živa Ravno. Llevaba el abrigo desabrochado y, debajo, un vestido de cachemir de color caldero. Una sonrisa se dibujó en su rostro al ver que Proteo Laurenti se levantaba de un salto para saludarla.

—¡Živa, qué alegría!

La ayudó a quitarse el elegante abrigo de vuelo. La gruesa trenza de la croata le rozó la mejilla. Sgubin estaba como pegado a la silla, con la boca entreabierta y la mirada clavada en la recién llegada. Marietta seguía de pie, en el umbral de la puerta, e hizo una mueca que nadie vio.

—¿Café? Marietta, por favor, café —dijo Laurenti, aunque al punto levantó la mano para rectificar—. ¿O podemos ofrecerle algo mejor, Živa?

Marietta se llevó la mano a la frente y salió.

—«¿O podemos ofrecerle algo mejor?» —remedó a su jefe por lo bajo—. «Žiiiiiva...» —dijo con voz de pito. Como si tuvieran otra cosa que ofrecer que no fuera café de la máquina que Proteo y ella habían comprado a medias dos años atrás. Y, desde luego, ella, Marietta, no estaba dispuesta a bajar al bar a pedir otras bebidas para aquella señora.

—¿Hemos terminado con lo nuestro? —preguntó Laurenti mirando a Sgubin, quien, a su vez, seguía como transfigurado, con la vista clavada en Živa—. Živa, por favor, siéntese —y le ofreció una silla.

—Sí, sí —titubeó Sgubin—. ¿Por qué no preguntamos a Galvano si conoce a alguien de Istria?

Sus palabras despertaron el interés de Živa Ravno.

—Ya nos calentó la oreja ayer con ese tema —dijo Laurenti—, ¿no es cierto, Živa?

—¿Qué necesitan? A lo mejor puedo ayudarles —dijo ella.

—Es por el muerto de la *foiba*, Ugo Marasi. Al parecer, el viejo Gubian mató a la hermana del tal Marasi en 1943... o al menos tuvo algo que ver en que, al final, la encontraran en una *foiba*. ¡Suponiendo que sea verdad! Gubian amenazó con matar a Marasi hace unos días y ahora ha regresado a Pola. Pero antes de enviar una orden de búsqueda oficial, tenemos que saber un poco más sobre el asunto, no sólo los testimonios de la hija y la mujer de Marasi, que se basan en lo que, a su vez, les había contado él. Igual no son más que elucubraciones y ni siquiera merecen los engorrosos trámites burocráticos.

—¿Por qué no me deja hacer unas cuantas llamadas, Proteo? —preguntó Živa Ravno—. Según dice, Gubian era de Pola. Sin embargo, como ya le dije en el entierro, creo que mi abuela, en Cittanova, conoce a una familia con el mismo nombre. Tiene más de ochenta años, pero de la cabeza está estupendamente.

Marietta depositó el café sobre la mesa.

—A ti no te he traído. Hoy ya has tomado más que de sobra —dijo a Laurenti sin miramientos.

—Buena idea —le respondió él en tono ambiguo—. Por favor, Živa, siéntese en mi sitio. Tiene que marcar el cero para que le den línea.

Marietta y Sgubin se habían quedado junto a la puerta y no hacían ademán de marcharse.

—¿Es que no tenéis nada que hacer? —preguntó Laurenti y empujó a sus dos ayudantes fuera del despacho. Luego cerró la puerta que, normalmente, siempre dejaban abierta.

—«¿Es que no tenéis nada que hacer? ¡Ay, por favor, siéntese en mi sitio, Žiiiiiva! Todavía está calentito de mis huevos» —le imitó Marietta, abrió un cajón de su escritorio y sacó una botella de Jack Daniels—. Sgubin, son más de las seis. ¡Hora de una copa!

—¿Estás celosa? —preguntó Sgubin.

—¿Yo? ¡Qué tontería! ¡Pero el idiota del jefe se está divirtiendo con esa loba, mientras a nosotros nos sale el trabajo por las orejas!

—¿En serio crees que tienen un lío?

—Oye, Antonio —Marietta alzó su vaso—, ¿y qué tal si salimos a cenar alguna vez tú y yo?

—Por mí, encantado —dijo Sgubin, sentándose en el borde de la mesa de Marietta.

—Esta noche, por ejemplo. ¿O ya tienes otros planes?

—No. Si quieres. Sí, por qué no.

Marietta se sirvió un segundo whisky y dedicó una sonrisa al apurado Sgubin.

—¿Qué te parece la Trattoria al Faro? —preguntó. Marietta estaba absolutamente segura de que su jefe llevaría allí a aquella señora. ¡Pues iba a aguarle la fiesta como que se llamaba Marietta!

Živa Ravno empezó a hablar en croata. Un idioma que Proteo Laurenti no entendía y que tampoco le gustaba. Estaba sentado en el sillón de las visitas de su escritorio, enfrente de ella, observándola. Ella sólo se interrumpió para preguntarle algunos datos sueltos: nombres de pila y edad de Gubian y Marasi, fechas de nacimiento, etc. Luego siguió en croata. Tomó algunas notas en su libreta. A Laurenti le gustó su letra, enérgica y con un volumen generoso a la vez que firme, ligeramente inclinada hacia la derecha y, sobre todo, regular y redondeada. Se imaginó trabajando a diario con ella, codo con codo. Se entenderían sin palabras, y, libres de toda competencia, resolverían todos los casos con gran celeridad, y así les quedaría mucho tiempo para otras cosas. Salió de su ensimismamiento cuando Živa le preguntó si le permitía llamar un momento a su oficina en Pola.

Durante media hora habló con toda suerte de personas, muy concentrada, hasta que

por fin colgó, se recostó en el sillón de Laurenti y estiró los brazos. Él quedó más fascinado todavía cuando, además, le sonrió.

—¿Ha podido averiguar algo?

—Teniendo en cuenta que mi abuela tiene ochenta y seis años, aún diría que mucho. Ha reconocido tanto a Gubian como a Marasi en la televisión. Suele ver las noticias italianas. Además, he dado orden en mi oficina para que investiguen los viejos expedientes. A lo mejor encuentran algo.

En ese momento irrumpió Sgubin.

—Otra vez hay lío en el Bellavia. Acaban de llamar. ¿Te vienes?

—A lo mejor le interesa, Živa. Es un bar donde van los jóvenes de extrema derecha a partirse la cara y recuperar Istria. Ninguno pasa de los veinticinco. Está a la vuelta de la esquina. ¿Echamos un vistazo? Luego podemos seguir.

—Creo que es mejor que le cuente lo que ha dicho mi abuela ahora. Lo lamento mucho, esta noche no puedo ir a cenar con usted, Proteo.

—¡Ve tú solo, Sgubin! —su buen humor sufrió una puñalada en el corazón. Marietta, en el despacho contiguo, tuvo que inventarse una excusa para librarse, a su vez, de la cita con Sgubin.

—Es una cena con el fiscal, su esposa y algunas personalidades importantes más, como suelen llamarlas. Acabo de enterarme.

Laurenti se había quedado sin palabras.

—Lo siento —añadió ella—, hubiera preferido salir con usted.

—¿Durará mucho? Quiero decir, tal vez le apetezca que nos veamos más tarde.

—No lo sé. ¿Puedo llamarle si consigo salir lo bastante pronto?

Proteo Laurenti le apuntó su teléfono:

—Por mí, a cualquier hora de la noche.

—Bien, mi abuela me ha contado que Gubian y Marasi ya no se tragaban desde pequeños y que se pegaban con frecuencia. Los Marasi eran gente más o menos acomodada, por lo visto tenían muchas tierras. Antonio Gubian, el hombre al que buscan, se unió a los comunistas desde muy joven, con dieciséis años, y, según cuentan, a los partisanos en 1943. Por otra parte, dice mi abuela que le extraña mucho que tuviera algo que ver con el caso de Violetta Marasi y cree que todo es invención de la familia. Con todo, fue una historia muy sonada, y se habló mucho de ella. Nadie sabe con exactitud quiénes fueron los asesinos, puesto que para ese tipo de asuntos sucios se solía recurrir a camaradas de otros lugares, como es lógico. Gubian desapareció de Cittanova en 1946. Mi abuela no sabe adónde fue, pero me ha prometido recoger un poco de información por ahí.

Viernes maloliente

Habían estado esperando a que Nicoletta saliese de la vieja lonja, tras finalizar la subasta de la pesca del día y ver cómo los camiones, cargados con el género, desaparecían entre el fluido tráfico de las Rive. Ella estaba a punto de subir a su Fiat Panda cuando Mario se interpuso en su camino. Luca se puso detrás de ella.

–Buenos días, Nicoletta –dijo Mario.

–*Salve*. ¿Qué queréis?

–¿Vas a ir al funeral de Giuliano esta tarde?

–¿Y a vosotros qué os importa?

–Nada, pero tampoco hemos venido para eso.

–¿Qué queréis, pues?

–Es por el *San Francesco*.

–No creí que os decidierais tan deprisa.

–No nos hemos decidido.

–Entonces ¿qué se os ha perdido aquí?

–No puedes obligarnos a vender, Nicoletta. Y menos a ese precio.

–El precio está ajustado y, de todas formas, sin mí no vais a ninguna parte. Me corresponde el cuarenta y cinco por ciento y con la parte de Giuliano será el sesenta y tres y un tercio. Eliana va a venderme su parte. Ya hemos llegado a un acuerdo.

Mario y Luca intercambiaron miradas de asombro. Luca agarró a Nicoletta por el hombro y la hizo volverse hacia él.

–Vamos a ver, Nicoletta –comenzó.

–¡Aparta tus sucias pezuñas!

–¡Cállate! ¡Este juego lo controlamos nosotros, no tú! ¿Entendido? Como sigas intentando tomarnos el pelo, destapamos todo el pastel.

Nicoletta se rió.

–¿Y cómo lo vais a hacer?

–Si hablamos, tendrás un problema gordo.

–¿Y qué vais a decir?

–¡No nos tomes por idiotas! Hablaremos de Gubian y de las cajas que nos entregaba

casi cada semana. ¿Crees que no sabemos lo que había dentro? ¿Nos tomas por estúpidos hasta ese punto?

—¿Ah, sí? ¿Y qué había dentro?

—¡Drogas! —soltó Mario.

Nicoletta lanzó una risita venenosa:

—¿Qué me dices? No había nada más que pescado. Sólo pescado. ¡Demuéstralo!

—¡Lo haremos!

—¿Y cómo? ¡No podéis demostrar nada, idiotas! ¡Nada de nada!

—Si eres lista, no dejarás que la cosa llegue a eso. ¡Más te vale escucharnos!

—Bueno, venga, no tengo toda la mañana.

—Puedes quedarte con la parte que nos corresponde a los dos y con la de Eliana por ochocientos cincuenta millones, entonces daremos el caso por zanjado.

Nicoletta apartó bruscamente a Mario de la puerta de su coche.

—¡Estáis locos! ¡Ahora sí que se os ha ido la cabeza del todo! El barco no vale eso, y a cada uno de vosotros le corresponde menos de un veinte por ciento. Es que no sabéis ni sumar.

Intentó subir al coche, pero esta vez fue la manaza de Luca la que la agarró por el hombro y la inmovilizó contra el capó.

—Pero, a cambio, mantenemos la boca cerrada. Eso también tiene un precio, ¿no te parece?

—Si habláis, también estaréis metidos en ello. Además, no podéis demostrar nada. ¡Sois un incordio!

Intentó zafarse de la manaza, que no aflojaba la presión. El pulgar de Luca se le clavaba dolorosamente en el hombro izquierdo.

—¿Y esto qué es? —preguntó Mario, sacando del bolsillo de la chaqueta una bolsita de plástico con una masa blanca compacta y sosteniéndola ante la nariz de Nicoletta—. Sabemos que viene de Albania y que, a través de Gubian y de nosotros, entra en Trieste.

Nicoletta los fulminó con la mirada.

—¿De dónde has sacado eso?

—¿De dónde va a ser? ¡Es nuestro seguro!

Luca la soltó. Nicoletta se deslizó hasta el asiento del conductor.

—Lo que sea, el lunes. A las tres. Entrad por atrás. Estaré en la oficina —dijo y giró la llave en el contacto.

Los dos viejos contemplaron cómo el pequeño Fiat atravesaba el aparcamiento quemando llanta, en primera, y luego se incorporaba a la Rive, acompañado por los pitidos de los otros vehículos, obligados a frenar en seco para dejarle paso. Proteo Laurenti se escondía detrás de los contenedores de basura, de los que salía un terrible olor a podrido. Había estado allí todo el tiempo, observando la escena. Se tapaba la nariz y la boca con un pañuelo y no podía evitar pensar en Galvano. Él tenía que respirar olores semejantes a diario. Eso sí, aquel tormento había tenido su premio. Laurenti había oído lo suficiente para entender la esencia de aquella discusión, si bien el ruido del tráfico

se tragaba fragmentos de frases una y otra vez. Tras desaparecer Nicoletta, Laurenti vio cómo Mario volvía a sacar la bolsita de plástico de la chaqueta y la tiraba al cubo de basura. Uno de los dos pescadores dijo que se habían ganado un café. Sus voces se alejaron y Laurenti, por fin, pudo enderezarse. Pero lo que vio a continuación no le gustó nada. Tres hombres, encargados de limpiar la lonja, se acercaban con desperdicios de pescado y cajas vacías y las echaban al cubo encima de la bolsita.

Laurenti sintió pánico. Tenía que hacerse con aquella bolsita como fuera. Varias posibilidades le vinieron a la cabeza como fogonazos. De sacar la placa y exigir de forma oficial el acceso al cubo podía olvidarse de entrada. Todo el que trabajara por allí sabría, a lo sumo esa tarde, que la policía buscaba, al parecer, algún pez asesinado, y los otros estarían sobre aviso. Podía apilar dos palés junto al contenedor, arremangarse y, conteniendo la respiración, revolver el amasijo de vísceras y desperdicios de pescado. Pero eso lo verían los pescadores, y seguro que no tardaban en venir a pedirle explicaciones. De haber traído el coche, habría podido empujar el contenedor desde el otro lado y volcarlo. Ese habría sido tal vez el método menos sospechoso. No le lincharían, aunque sin duda le obligarían a recoger otra vez la porquería con sus propias manos. Pero el coche estaba, desde el día anterior, en el aparcamiento de la Guardia Costiera. No le quedaba otro remedio que ponerse manos a la obra de inmediato.

Había cinco contenedores en hilera. Eran muy pesados pero, con suerte, lo conseguiría. Lentamente, arrastró fuera de la fila el que le interesaba y se apresuró después a llevarlo hasta la parte de atrás de la lonja, lejos de la vista de los pescadores. Abrió la tapa de un golpe, tomó impulso en el borde, contuvo la respiración y saltó dentro. Al punto sintió una arcada irreprimible. ¡Si, al menos, pudiera cerrar los ojos! ¡Pero tenía que buscar! Directamente con las manos, empezó a revolver las vejigas, cabezas e intestinos de pescado. Era espantoso y repugnante hasta no poder más. En fin, no le veía nadie, y ya se había echado a perder el traje gris, así que tenía que terminar lo que había empezado. Y, finalmente, lo consiguió. Por fin se vio con la bolsita en las manos... y notó una sacudida. La tapa del contenedor se cerró. Se encontró a oscuras, agazapado, al incorporarse, se dio un golpe en la cabeza que vio las estrellas. El contenedor se puso en movimiento, Laurenti oyó dos voces masculinas.

—¡Cualquiera sabe cómo ha llegado hasta aquí este chisme! *Porcamiseria maledetta!*

—*Puttanadimerda*, ¡me cago en lo que pesa! —farfulló el segundo.

—Venga, hombre, empújalo para acá, ¿o te vas a pasar la mañana recostado en ese contenedor?

Laurenti abrió una rendija y vio a los dos hombres contra el contenedor con los brazos estirados. Se pusieron en movimiento. Era su oportunidad. Retiró la tapa del todo y salió de un salto. Y, luego, echó a correr lo más deprisa que pudo, con la bolsita en la mano, hacia las Rive, corrió entre el tráfico en marcha hasta la Piazza Venezia y no ralentizó el paso hasta no haberse vuelto dos veces para comprobar que no le seguía nadie.

—¿Has visto a ése?

—¿A quién?

—Pues a ese de ahí. Lo que te digo, hasta los ricachos hurgan ya en la basura. Llevaba

un traje gris y zapatos buenos.

—El mundo está cada vez más loco. Creo que lo llaman globalización o algo así.

—Se llama de otra manera. ¡Venga, va! Empuja de una vez, a ver si acabamos con esta mierda de trabajo. Quiero irme a casa a lavarme. Mi mujer está de parto.

—¿Otra vez?

Laurenti, a paso rápido y sin resuello, giró por la Via Diaz. En los trescientos metros que quedaban hasta su casa, llamó la atención de todo el mundo. Los que se cruzaban con él por la acera le esquivaban y se le quedaban mirando atónitos. La sonrisa triunfal de su cara, el traje sucio y maloliente que, con todo, seguía revelando que, en su día, fue caro, el paso acelerado y la peste infernal, además del hilo de sangre que le corría por un lado de la frente, la mejilla y el cuello... todo aquello ofrecía una visión inusual incluso para Trieste.

El ascensor estaba en la planta baja, Laurenti subió hasta el cuarto, abrió la puerta de su casa, lanzó la bolsita sobre la cómoda y, en la cocina, se arrancó el traje del cuerpo, lo tiró al suelo y quiso entrar en el baño. La puerta estaba cerrada.

—¿Eres tú, papá?

—Marco, abre, tengo mucha prisa. Tengo que ducharme y estar en una reunión con el *questore* dentro de un cuarto de hora. ¡Venga, hijo, espabila!

—Dos minutos. ¿Me haces un café?

—Maldita sea, date prisa.

Laurenti regresó a la cocina, sacudió los posos del café de la cafetera usada en el fregadero, la cargó de nuevo de agua y café y la puso al fuego. Luego, oyó la puerta del baño y se encontró con Marco en el pasillo.

—¡Dios mío! ¿Qué te ha pasado?

—Nada, ¿por qué?

—¡Pero qué pinta traes! ¡Si estás sangrando! ¡Puaj, y apestas como un pez muerto!

—¿Sangre? —Laurenti fue al baño y se miró al espejo. Se revolvió el cabello con los dedos de pescado y encontró un pequeño arañazo en el cuero cabelludo. A continuación se metió en la ducha y se lavó con abundante champú y agua muy caliente. Cada vez que se rozaba la herida, se estremecía.

A las ocho menos cinco estaba sacando ropa limpia del armario y se vestía a toda prisa. El pasillo apestaba a una mezcla de café requemado y pescado. Marco, en la cocina, había abierto todas las ventanas de par en par y sostenía la cafetera casi al rojo vivo bajo el grifo del agua fría. Echaba humo y emitía toda suerte de bufidos y chasquidos.

—Te has cargado la cafetera, papá.

—¿Yo? ¿Por qué no las has vigilado tú? ¿A qué hora empieza el colegio?

—Enseguida. Pero ¿qué ha pasado?

—Luego te lo cuento. Tengo que irme. ¿Serías tan amable de llevarme el traje al tinte? Y esta noche recogemos la casa.

Hizo un gurreño con el traje y lo dejó en un rincón.

—Luego, vale.

–Entonces, hasta la noche.
 –Oye, papá, ¿te importaría que pasara la noche en Udine? Unos amigos dan una fiesta.
 –¡Maldita sea, Marco! ¿No te acabo de decir que esta noche recogemos la casa los dos juntos? Al menos, podrías escucharme.
 –Pero eso también podemos hacerlo mañana o el domingo. ¡De verdad que es muy importante!
 –De acuerdo –Proteo Laurenti ya no tenía tiempo de contradecir a su hijo–. ¿Cuándo estarás de vuelta?
 –A lo sumo, el domingo.
 –¿Qué? ¿Tu Luciana también va?
 Marco se sonrojó.
 –¿Por qué?
 –Ten cuidado y no hagas tonterías. ¡Prométemelo!

Como no era infrecuente, Laurenti llegó con cierto retraso a la reunión de los viernes con el *questore*, cosechando miradas ceñudas por parte de todos los presentes. Nadie entendía por qué era tan importante la bolsita de plástico que llevaba en alto. En casa, la había metido en una bolsa para congelados que había sellado con mucho cuidado.

–¿Qué? ¿Se acostó tarde anoche, Laurenti? –comentó el *questore* con una sonrisa burlona–. Un detalle por su parte, presentarse de todas formas.

–¡Ya quisiera yo! –Proteo se preguntó a qué vendría aquel comentario y retiró la silla que le correspondía para incorporarse a la mesa. Sin duda, el máximo jefe de la policía había sido uno de los invitados a la cena en casa del fiscal en honor de Živa Ravno y de la cooperación más allá de las fronteras.

–Les ruego que me disculpen –dijo una vez tomó asiento–. Todo lo contrario, *questore*. Más bien he salido muy temprano esta mañana. Pero ha merecido la pena. ¡Miren! –lanzó la bolsita sobre la mesa–. Para el laboratorio. También tiene huellas, además de las mías.

–¿Ha estado en la lonja, Laurenti? –el *questore* arrugó la nariz.

–Sospechan ustedes bien, y si realmente hay dentro lo que parece que hay, desde hace una hora tenemos a un pez bien gordo en la red. Si no, quizá también, porque ha hecho su efecto de todas maneras. A lo mejor se pone en marcha de una vez todo el asunto de Marasi.

Mientras Proteo hablaba, tanto el *questore* como el compañero de su derecha se iban apartando poco a poco.

–¿Y si no es droga, qué? –preguntó uno de los compañeros.

–Ya lo veremos. A Nicoletta Marasi, para empezar, le ha impresionado.

–Bueno, parece que por fin avanzamos –dijo el *questore*, rompiendo el silencio que se hizo después de hablar Laurenti–. Eso disculpa la pestilencia que desprende. ¿Qué propone?

–¿Pestilencia? ¿Qué pestilencia? ¡Pero si me he duchado con agua calentísima, me he lavado el pelo y me he cambiado de ropa! ¡Si me llega a oler cuando salí del contenedor

de basura! Discúlpeme, señores. Lo que más prisa corre es el informe del laboratorio. Y hay que registrar ese barco con perros. No tenemos tiempo que perder.

Podían pasar semanas hasta que los triestinos se decidían a ponerse la ropa de invierno. Cuando Proteo salió a la calle, con una sonrisa de euforia, y echó un rápido vistazo al anfiteatro que se abría frente a él, le llamó la atención que él mismo no llevaba más que una chaqueta. Tuvo que apartarse para dejar pasar a una señora gorda de avanzada edad con abrigo de piel. Se veía que ella sí se guiaba por el calendario y probablemente ya habría sacado del armario sus atuendos para el frío, con el típico tufo a naftalina, a mediados de octubre. La gente mayor siempre olía a bolitas de alcanfor en la estación fría. Laurenti, por el contrario, casi siempre iba demasiado ligero de ropa, sencillamente no se hacía a la idea de que también en Trieste bajaban las temperaturas. El ligero siroco le dio la razón. Se llevó la mano a la cabeza al ver a aquella mujer envuelta en pieles cuya cabeza salía del cuello como la de una tortuga, meneándose suavemente con cada paso. En el Corso Italia, las mujeres que se cruzaban con él ya lucían la moda de invierno, que él encontraba espantosa. Ya el año anterior se habían extendido como la peste aquellos gruesos abrigos guateados de popelín negro hasta las rodillas con los que todas, sin diferenciación, parecían el muñeco de Michelin, sin importar lo que marcase la báscula a cada una. Pensó en Živa Ravno con aquel abrigo largo de pelo de camello, tan suave y de corte tan elegante, que le había ayudado a quitarse la tarde anterior. ¿Por qué no le habría llamado por la noche? Había permanecido despierto hasta tarde y, hasta pasada la una, no había asumido que el teléfono ya no iba a sonar. «La suerte de los tontos: afortunado en el trabajo, desafortunado en amores», se dijo a sí mismo. «Yugoslavia ya dará señales de vida. Y si no...»

Proteo Laurenti se dio cuenta de que un obrero que estaba parado en el semáforo a su lado se le quedaba mirando como si estuviera junto a un loco. Apretó el paso al cruzar la Via Carducci. Decidió pasar por el bar Bellavia, ya que estaba por la zona. A lo mejor todavía se veía algo de la pelea de la noche anterior.

Entre las ramas y los troncos desnudos de los plátanos que bordeaban el Viale xx Settembre estaban descargando vigas de metal para montar casetas; ya estaban armadas las primeras del mercadillo de San Nicolás, que se inauguraría en pocos días. Laurenti se abrió camino entre el ejército de amas de casa con bolsas de la compra que venía hacia él. Se le antojó un cigarrillo y entró en un pequeño estanco.

—Una cajetilla de Marlboro de diez y un mechero rojo —dijo a la mujer joven que escondía sus generosos volúmenes detrás de las incontables tarjetas de felicitación multicolores, colgadas del techo a modo de guirnaldas, que daban a la tiendecilla el aspecto de una tómbola.

—Lo siento pero cajetillas de diez no tengo —dijo, poniendo un mechero rosa sobre el mostrador.

—Pues una normal.

Si volvía a fumar, siempre iría a comprar el tabaco allí.

–Siete mil doscientas.

–El mechero lo quería rojo –respondió Laurenti–, este color le va más a usted.

Ella sonrió y le cambió el mechero.

–¡Qué bueno hace hoy, parece primavera! –le dijo al darle el cambio en el dialecto más cerrado–. Pero dicen que va a refrescar, ¡qué pena! Echo mucho de menos el verano y el mar.

–Yo también prefiero el verano –contestó Laurenti, guardándose los cigarrillos–. Todo es mejor que en esta estación tan tonta.

–Ay, sí, y, junto al mar, al menos se pasa el tiempo volando –suspiró la mujer.

–¿A qué playa suele ir usted?

–Muy cerca de Miramare. Se llega enseguida...

Laurenti imaginó lo agradable que sería estar tumbado en la playa con ella en ese momento.

–¿Y le da tiempo a escaparse de aquí en verano? –le preguntó.

–A la hora de comer, los fines de semana y, por supuesto, todo agosto.

–Qué raro que no nos hayamos visto nunca –mintió él–, tenemos que quedar para el año que viene.

–¡Anda que no falta para entonces! –replicó ella y se puso a trajinar con unos albaranes que tenía sobre el mostrador.

–¿Qué es lo que pasó anoche en el Bellavia? –preguntó Laurenti con tal de tener motivos para no marcharse.

–En el periódico dice no se qué de una pelea. Hay un tipo en el hospital. Por lo visto, herido grave. Beben demasiado, y luego pasa lo que pasa.

–¿Y qué dice la gente del barrio?

Los generosos volúmenes hicieron un amplio movimiento con el brazo y luego dejaron caer los hombros. Luego, la mujer resopló:

–¿Y qué van a decir? A nadie le hace gracia, eso está claro. Pero no se puede hacer nada. En el fondo, no son peligrosos.

Se abrió la puerta y entró un hombre joven.

–Pues nada, que pase un buen día –le deseó Laurenti, le sonrió y huyó.

–Igualmente, gracias –respondió ella con voz aflautada en tono indiferente.

Una vez en la calle, Laurenti abrió el paquete de tabaco y se encendió un cigarrillo. Ante la librería de la esquina con la Via Xydias se detuvo. Durante la noche, alguien había vuelto a llenar de pintadas el escaparate. Levantó la vista hacia la fachada y vio la placa de piedra para conmemorar que aquélla era la casa natal de Italo Svevo. Le faltó poco para tirar la cajetilla entera por respeto a Zeno Cosini, el triste héroe de Svevo, que se pasa la novela intentando dejar de fumar, pero le supo mal por el dinero. Pero, bueno, ¿en qué estaba pensando? Por supuesto que él no iba a empezar a fumar otra vez. Cuando Laura volviese, lo dejaba de inmediato.

Después leyó las pintadas de la fachada: «¡Honor para las víctimas de las *foibe*! ¡A Europa con Haider! ¡Viva Haider!». Laurenti meneó la cabeza. Aquéllas eran, con

diferencia, las consignas fascistas más estúpidas que había visto en los últimos días. Se disponía a reemprender la marcha, cuando una voz a su espalda lo retuvo.

—¿Qué tal la reunión?

—¿Sgubin? ¿De dónde vienes?

—He pasado otra vez por el Bellavia. Esos imbéciles ya han vuelto a abrir. Esta vez sí que le ha pillado al griego. ¡Sorpréndete!

—¿Ése otra vez?

—El camarero, ¿te acuerdas?, el transexual, ha hecho una declaración de lo más conmovedor —y Sgubin empezó a imitarle con voz afeminada—. «¡Ay, no sé, no sé! ¡Pobre hombre! Le rompieron una frasca de agua en la cabeza. Fue todo muy rápido. ¡Yo di aviso enseguida!»

—¿Y quién fue? ¿Tenéis al culpable?

—Estaban en la barra, bebiendo —respondió Sgubin con el mismo tono resentido.

—¿Quiénes?

—Al parecer, el camarero no llegó a ver exactamente quién dio el golpe, sólo oyó los cristales rotos. Luego, Ritsos se desplomó y se arrastró hasta la puerta. También le dieron patadas. Dos de los que lo hicieron salieron por pies a continuación. El griego iba al bar casi a diario. Estaba allí desde las cuatro, tomándose su cerveza. Lo conocían. En algún momento, se inmiscuyó en su conversación. Hablaban de la *foiba* de Monrupino. Uno dijo que el muerto no era más que un sucio eslavo. El griego afirmó que era un italiano. «¡Un eslavo!», gritó el otro tipo. «*Uno slavo di merda!* ¡Un italiano, no! ¿Te enteras? ¡A bastantes de nosotros han matado allí! ¡Ahora se lo devuelven de una vez!» Total, que Ritsos dijo que eso no era verdad. Después de todo, el cuerpo lo había encontrado él y le había dicho a la policía que posiblemente sería un italiano. Así se pasaron un rato. Luego, uno le dijo a Ritsos que a fin de cuentas él era eslavo y que «qué demonios se le había perdido en Italia». Él respondió que era griego, y que muchos italianos también habían sido griegos en sus orígenes. Más le valía no haber dicho semejante tontería. Ya conocía a aquellos tipos. Le dijeron que todos los griegos eran esclavos, y luego otro le preguntó por qué no trabajaba. Él respondió que estaba de baja. A continuación, otro gritó que el bar no era un hospital y que se diera el piro. Que allí no había sitio para parásitos que pretendían estafar al estado. ¡Ya estaba bien! Y, entonces, se armó —el show de Sgubin había terminado—. Los hemos metido a todos en el calabozo —dijo finalmente—. Ya tienes el informe encima de la mesa.

Ritsos había ingresado en el hospital con heridas en la cabeza y en el ojo izquierdo.

—Les vamos a cerrar el local. Ahora sí que han tocado fondo —dijo Laurenti—. Hoy mismo me pongo a ello. Déjame fuera todos los expedientes que tengan algo que ver con el Bellavia. Eso bastará. Al menos durante una temporada, esa panda de imbéciles tendrá que buscarse otro sitio.

—También he estado ya donde la viuda de Marasi. La pobre está completamente trastornada, no hay forma de sacarle una frase con sentido. No hace más que repetir la misma cantinela: «¡Ugo no merecía algo así! Era un buen hombre, es que no sabía hacer las cosas de otra manera».

Y cuando le pregunté qué quería decir con eso, respondió: «Todo», y se me quedó mirando en silencio, con las lágrimas corriéndole por las mejillas. Y, a pesar de todo, me dio la sensación de que no lloraba.

—¿Por qué?

—Porque, aparte de las lágrimas, faltaba todo lo demás. Ni sollozaba, ni tenía la cara desencajada por la pena, ni ataques de debilidad ni movimientos compulsivos. Estaba completamente relajada, sólo que le caían las lágrimas como si hubiera abierto todos los grifos.

Subían por las escaleras hasta el tercer piso cuando Sgubin mencionó de nuevo la reunión con el *questore*.

—Ha picado un pez bien gordo —dijo el comisario y pasaron hacia su despacho—. Buenos días, Marietta. ¿Habrá al menos un buen café en estos tristes habitáculos?

—¿A ti qué te pasa? ¿Ha vuelto Laura? ¿O por qué estás tan contento? —Marietta lo miró con gesto dubitativo, luego saludó a Sgubin con voz melosa—: *Ciao*, Antonio.

—A veces basta un poco de éxito en el trabajo para ser feliz. Venid a mi despacho, así no tengo que contar las cosas dos veces.

Laurenti se dejó caer en su sillón y puso los pies encima de la mesa, Sgubin y Marietta quedaron del otro lado, uno junto al otro como si fueran a casarse.

—Sospecho que Nicoletta Marasi tiene un lucrativo negocio paralelo en el que también estaba metido su padre y, si estamos de suerte, también Manlio Gubian. Puede que estemos destapando un auténtico avispero. Si mi olfato no me engaña, igual resolvemos los dos asesinatos de una misma vez.

—¿Un pez gordo en un avispero? ¡Qué metafórico te has levantado hoy, Proteo, y luego ese olor...! —dijo Marietta.

—Pero, bueno, ¿queréis que os lo cuente o no? ¡Entonces, no me interrumpáis todo el tiempo, hombre!

Laurenti les contó su experiencia en el cubo de basura y, para terminar, expuso algunos puntos que había que resolver de inmediato:

—En cuanto lleguen los resultados del laboratorio, ¡en marcha!

—¿En marcha qué? —preguntó Marietta. También Sgubin arrugó la frente:

—Si hubiera algo importante en la bolsita, ¡no la habrían tirado a la basura! ¡Y tú olerías a fiscal croata y no a pescado!

—¡Hasta ahí llego yo también! Pero si no fuera nada, veo muy raro que Nicoletta se hubiera dejado impresionar, ¡genios! ¿Acaso creéis que el *questore* y los otros compañeros me han preguntado algo distinto? Al menos ellos lo han entendido enseguida. A ver, tenemos que coordinarnos con la Guardia di Finanza urgentemente. Yo llamo a Tozzi. Sgubin, vete a hablar con los de criminalística para que vuelvan a buscar restos de droga entre los escombros de Contovello. Marietta, tú avisa a la Capitánía para que retiren el barco de Marasi del muelle; además, hay que registrar la tienda de Gubian con los perros de la brigada antidroga, a las doce en punto quiero a todo el mundo en la sala de reuniones. Y, por último, necesito los papeles para el Departamento de Orden Público, a ver si cerramos el Bellavia. Además, hoy es el funeral de ese pescador desaparecido,

Giuliano. Yo voy a ir. ¡Vamos, muchachos, a trabajar!

—Proteo —dijo Marietta cuando hubo salido Sgubin—, perdona que te lo diga, pero apesta a pescado. ¿Es que no te has cambiado de ropa?

—¡Pues claro que me he cambiado! ¿Qué te crees? —y se irguió en la silla indignado—. Debe de ser de otra cosa —se olió las manos y se las puso a Marietta delante de la nariz—. Vamos, huele, huele.

—¿Y los zapatos? —preguntó Marietta—. ¿Te los has cambiado?

—¡Y yo qué sabía! No te las des de madre entregada. Tenemos trabajo y no nos sobra el tiempo para conversaciones sobre higiene personal.

Bruna Saglietti había recibido el alta del Ospedale Maggiore el jueves por la mañana. En el corto camino de regreso a su casa, había comprado pan y unas cuantas latas de atún para ella y para los gatos. Había pasado la noche en vela en la habitación de seis camas, oyendo la respiración y los suaves ronquidos de las otras pacientes y pensando una y otra vez en Ugo y en que los gatos se habían quedado sin cenar. Pero estaba demasiado agotada para levantarse. El tranquilizante no le ayudaba a conciliar el sueño, sino que se limitaba a encadenarla a la cama, le rondaban la cabeza demasiadas cosas. Se sentía extrañamente ligera. Le venían a la mente imágenes del pasado, de la época en la que las cosas todavía iban bien. Bruna recordaba un paseo dominical que habían dado juntos con Nicoletta de niña por el Colle di San Giusto. Ugo llevaba en brazos a la pequeña de dos años, ella empujaba el cochecito vacío por la pedregosa cuesta llena de baches de la Via della Cattedrale. Era un día soleado de mayo de 1968 y una suave brisa veraniega mecía las hojas recién brotadas de los castaños con un murmullo. En la plaza, delante de la catedral de San Giusto, había autobuses de turistas austriacos que venían a visitar el foro romano y el castillo y se apelotonaban ante el puesto de bocadillos y refrescos. También Ugo tuvo sed después de la subida y fue a comprar una cerveza y un helado para Bruna. Y, entonces, sucedió. Bruna lo vio desde el otro lado de la calle, donde le esperaba con la niña. De pronto, se vieron frente a frente: dos hombres de la misma edad, altos y corpulentos. Ugo reconoció a Gubian al instante y no se movió ni un paso de como estaba: con el helado en la mano derecha y la cerveza en la izquierda, los brazos ligeramente flexionados.

Sus manos se convirtieron en puños, sin darse cuenta de que estrujaba el helado entre los dedos. Fue entonces cuando también Gubian comprendió quién estaba frente a él y se dio media vuelta. «¡Aún has de pagar por lo que hiciste, sucio comunista!», le siseó Ugo, y Bruna vio cómo Gubian volvía la cabeza por última vez y lo miraba fijamente. Luego se fue a toda prisa.

«¿Qué pasaba, Ugo?», le preguntó asustada a su marido cuando por fin regresó junto a ella, tirando el helado espachurrado al suelo con rabia. Ella había sacado un pañuelo del bolso y quiso limpiarle la mano.

«¡Quita!» Ugo se echó cerveza en la mano y se limpió en el pantalón. Sin haber bebido, dejó la botella en el borde de la acera. «Era Gubian. Me las pagará. Nos vamos a

casa.»

Echó a andar en silencio, tres metros por delante de Nicoletta y haciendo caso omiso de las preguntas que le hacía Bruna, muy preocupada. A ella le costaba seguirle, y hasta que no llegaron a las escaleras que bajaban al foro, él no se detuvo para, sin decir palabra, coger en brazos a la niña, que se había quedado completamente callada de repente, como si también ella sintiera que algo había cambiado. Luego reemprendió la marcha en silencio, por delante de su mujer, y no le dirigió la palabra hasta por la noche, una vez estuvieron en la cama y con la luz apagada. Entonces, las palabras brotaron como un torrente. Le contó que los partisanos de Tito se habían hecho con el gobierno de Istria durante un breve período de tiempo tras la caída del régimen fascista italiano en septiembre de 1943 y antes de que los alemanes «barrieran con todo» –como él decía– a las pocas semanas. Primero detuvieron a los funcionarios fascistas y los llevaron ante los tribunales populares, improvisados en escuelas o ayuntamientos, donde enseguida fueron condenados y trasladados, y nadie volvió a verlos jamás. Poco después, los partisanos también se presentaron en las casas de otras personas. A menudo venían sólo dos, y por lo general elegían la noche para sus operaciones. Se llevaban a la gente en la oscuridad. Entre los italianos, no tardó en extenderse el rumor de que no sólo iban a por los fascistas. Se hablaba de venganzas personales, de envidias y odios y viejas rencillas. También había partisanos entre las víctimas: los que no eran comunistas y se oponían a la disciplina del Partido. Fue una semana antes de la ocupación alemana cuando se presentaron en casa de los Marasi. Gubian no acudió en persona. Se llevaron a la hermana de Ugo, Violetta, de veintidós años, con la inocente excusa de que necesitaban sus servicios como enfermera. Violetta no regresó. Su cadáver fue hallado semanas más tarde en estado de semidescomposición en una *foiba*, descubierta por casualidad, y en algún momento se extendió el rumor de que la habían torturado y violado durante largos días y noches en el interior de una escuela en otro pueblo antes de arrojarla allí. Pero, para entonces, ya nadie se atrevía a hablar abiertamente. Ugo juró vengarse. Estaba convencido de que Gubian estaba detrás de aquello porque jamás había sido capaz de asumir que Violetta le rechazara dos años antes. Desde entonces, había difundido mentiras sobre ella una y otra vez y tachado públicamente a los Marasi de estafadores, ladrones y explotadores.

El día de la colina de San Giusto era la primera vez que volvían a encontrarse. Gubian había sido visto por última vez en 1946 en Cittanova, que ahora se llamaba Novigrad. Como nadie más había sabido nada de él, Marasi había albergado la esperanza de que, al final, hubiera caído a manos de su propia gente como tantos otros.

Bruna pidió el alta en cuanto el médico fue a visitarla por la mañana, y, cuando el médico jefe le preguntó si ya se sentía lo bastante recuperada como para volver a casa, finalmente accedieron a su deseo.

Los gatos la recibieron muy contentos en cuanto abrió la puerta, frotándosele por las piernas. Ella saludó a cada uno por su nombre. En la cocina abrió las latas de atún, llenó los comederos y los puso en el suelo, con las latas vacías y aceitosas al lado para que

terminaran de relamerlas después, y se sentó en su sillón. Por fin se le cerraron los ojos, por fin podía dormir. Estaba en casa y ya no le preocupaban sus gatos.

Bruna Saglietti se despertó al oír que llamaban al timbre varias veces. Ya se cansarían, se dijo y permaneció sentada. Hacía años que no dejaba entrar a nadie en su casa. Nadie habría entendido por qué era incapaz de tirar nada, y por qué toda aquella porquería que, en algunas partes de la casa, llegaba hasta el techo, podría ser de utilidad alguna vez. Ni siquiera su hija. Siempre había encontrado alguna excusa para quedar en la calle con quien fuera. El timbre siguió sonando, ahora sin interrupción. A los diez minutos, Bruna se decidió a levantarse de una vez y recorrió el pasillo sin hacer ruido. Se quedó detrás de la puerta, conteniendo la respiración y a la espera. Reconoció la voz que la llamaba.

Apagó la luz del pasillo y se dio la vuelta para comprobar que el resto de la casa no se veía desde allí. Luego entreabrió la puerta.

—Estaba durmiendo, Nicoletta, ¿qué quieres?

—Quería verte, mamá. ¿Estás bien?

—Sí, sí, no te preocupes. Ya estoy bien.

—¿Puedo entrar?

—No, Nicoletta, tengo la casa sin recoger. Por favor, no.

—Quise ir a verte al hospital. Pero ya te habías ido. He identificado a papá.

—¿Tienes llave de su casa?

—Sí.

—Pues subamos.

La vivienda ofrecía el mismo aspecto espartano que en tiempos, cuando Ugo se mudó. Bruna jamás había estado en aquellas habitaciones, sólo las conocía por los pasos de Ugo. Para su sorpresa, comprobó que los platos y cubiertos seguían siendo los mismos. También la ropa de cama había aguantado todos aquellos años. Lo único nuevo era una fotografía en color de Nicoletta encima del televisor, al lado de otra en blanco y negro de la joven y bella Violetta en 1943, una imagen que Ugo veneraba como algo sagrado.

Se quedaron en la cocina. Nicoletta retiró el vaso sucio y la botella de vino, luego puso un café.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó Bruna.

—Nada horrible. Más bien al contrario, parecía en paz. No creo que pasara miedo. Daba la sensación de que ni siquiera creía capaz de asesinarle a quien lo hizo.

—¿Sufrió mucho?

—No. Murió en el acto —mintió Nicoletta.

—No merecía algo así. En el fondo, era una buena persona. Sólo que no sabía hacer las cosas de otra manera.

—¿Qué no sabía hacer de otra manera, mamá? ¿Qué estás diciendo?

—Nada —después, Bruna Saglietti guardó un largo silencio y todo lo que hizo fue carraspear cuando su hija se puso a fregar las tazas del café y el vaso de vino.

—Déjame las llaves, Nicoletta. Alguien tendrá que ocuparse de esta casa.

Nicoletta vaciló.

—Tú tienes que trabajar, hija. Yo estoy de baja.

–Pero no se te ocurra dejar entrar a nadie, mamá. ¿Me oyes? ¡A nadie!
–¿Y a quién iba a dejar entrar yo?

Antes de que Proteo Laurenti llegara a descolgar y marcar el número de Tozzi, sonó el teléfono. El número que marcaba la pantalla le resultaba familiar, pero no sabía de qué. Se quedó de piedra al oír su voz.

–Espero no molestarte, Proteo, pero estaba preocupada por qué habría pasado con la detención de Marco. Además, quería saber cómo estáis.

–Nos arreglamos –dijo él secamente, antes de que se le ocurriera otra cosa mejor. La llamada le había sorprendido–. ¿Dónde estás?

–¿Dónde voy a estar? En San Daniele –llamaba desde el teléfono de su madre.

–¿Estás sola?

–No.

Laurenti sintió una punzada en el corazón.

–¿Está él contigo?

–¿Quién?

–Pietro, ¿quién va a ser!

–No, está mi madre.

–Algo es algo.

Fue Laura quien rompió el breve silencio:

–¿Qué ha pasado con Marco?

–¿Qué va a pasar? –Laurenti sintió cómo se ponía furioso. ¿Para qué le llamaba Laura ahora? Desde el domingo le había dejado solo. ¡Por un agente de seguros! Si al menos hubiera sido por un carpintero, por un fontanero o por el cartero... Los agentes de seguros le sacaban de quicio y le parecían, junto con los agentes inmobiliarios, la viva imagen de la nulidad y el efectismo hueco. Sentía como una ofensa personal el que Laura se hubiese liado precisamente con uno de aquellos imbéciles.

–¿No puedes entender que me preocupe por mi hijo?

–¡Eso podrías haberlo hecho antes! ¡Antes de largarte con ese mentecato!

–¡Proteo! Ya te dije que quería alejarme para aclarar mis ideas. También lo he hecho por nosotros, por ti. ¡No para engañarte! ¡Me estás hablando como si fuera una puta barata! ¿Te enteras?

Laurenti intentó reprimir su rabia.

–Tu hijo está bien. Se va a pasar el fin de semana a Udine con unos amigos. De todas formas, yo no habría podido ocuparme de él. Estoy de trabajo hasta el cuello.

–¿Por eso has empezado a fumar otra vez?

–¿Cómo dices?

–Durante la entrevista en la televisión fumabas, y se te cayó la ceniza en la manga de la chaqueta.

–Yo no fumo. Pero es un detalle por tu parte preocuparte por eso.

–¿Qué tal las cosas en casa?

–Tirando. No tengo ni idea de cuándo comí algo decente por última vez. Marco se pasa el día por ahí con sus amigos. Esta mañana nos hemos quedado sin cafetera. Espero tener un momento para comprar una nueva.

–¿Qué haces por las noches?

–¿Y tú? ¿Por qué lo preguntas?

–Por preguntar. Quiero saber cómo estás.

–¿Y cómo estás tú?

–También tirando. Me acuesto temprano.

–El buzón de Pietro está lleno de correo. ¿Dónde está?

–Se ha ido unos días a Istria. Pero, bueno, ¿es que te dedicas a espiarle?

–Ni por asomo. Le llamó la atención a alguien y nos dio aviso.

–Proteo, ¿quién es esa mujer con la que te han visto?

–¿Una mujer? ¿Qué mujer? ¿De quién me hablas?

–Una mujer muy elegante que llama la atención de guapa, de unos treinta años, con una gruesa trenza y ropa hartito ajustada...

Para eso estaban las amigas, pensó Laurenti. Por eso le habían preguntado sus hijas tan preocupadas. Ya se encargaría él de saldar cuentas con Rossana di Matteo en persona. Le irritaba especialmente que también ella le hubiera traicionado.

–Una compañera de trabajo –respondió–, una fiscal que ha venido de Croacia a tender puentes entre las respectivas autoridades.

–Y parece que se le da de maravilla, por lo que me han contado.

–Vamos, Laura, déjate de tonterías. ¡Si eres tú la que se ha ido! Fuiste tú la que me dejó el verano entero tirado como una colilla, que no había quien hablara contigo. ¡No yo! Tú me has engañado a mí y no al revés. Y ahora me vienes con ésas.

–¿Cómo que te he engañado? Yo no te he engañado...

–¡Basta! Pero ¿quién te has creído...?

Proteo Laurenti colgó el teléfono antes de que Laura pudiera replicar y dio un tremendo golpe con ambas manos sobre el tablero de la mesa. Cuando entró Marietta, asustada por el estruendo, se puso a buscar los cigarillos y el mechero en el bolsillo de la chaqueta, ardiéndole aún las palmas de las manos. Marietta prefirió guardar silencio al ver su mirada de rabia.

–¡Un cenicero! –ordenó bruscamente y plantó los pies encima de la mesa para, al poco, levantarse de un salto, dar cuatro zancadas hasta la ventana, volver a la mesa, ponerse la chaqueta y decirle a Marietta:

–Me voy a ver a Tozzi. Y, si llama Živa Ravno, dile que me llame al móvil sin falta.

–En la Capitanía dicen que irán a por el barco; además, tienes el coche allí. Y no te olvides de la reunión a las doce –Marietta esperaba que aún la hubiese oído.

Con el buen humor que tenía hasta un rato antes, ya se le había amargado la mañana. Afortunado en el trabajo, desafortunado en amores. Se ve que era su destino.

Más que caminar, corrió Vía del Coroneo abajo, llegó al semáforo y tuvo que esperar, brincando impaciente sobre una pierna o sobre la otra y sin darse cuenta de que los

transeúntes que se cruzaban con él se le quedaban mirando asombrados y daban un rodeo para no pasar cerca del basilisco. De pronto, se encontró frente a la Boutique du Poisson, en la Via XXX Ottobre, la pescadería de Nicoletta, a menos de cien metros de la sede de la Guardia di Finanza. Algo le había llevado a detenerse, y pensó qué habría sido. Su mirada se posó en el rótulo escrito con tiza que anunciaba la oferta del día en el escaparate: *guati*. Le encantaba aquel pescado, y hacía muchísimo que no lo comía. En época de desove, en primavera, no estaban tan ricos, pero ahora, hacia final de año, su sabor era único. Cuando los veía en la carta de algún restaurante, prefería aquellos pececillos con tantas espinas a cualquier otra cosa. Los pescadores, naturalmente, solían devolverlos al agua: quitar a aquellos bichos las incontables espinas, finas como hilos, era demasiado trabajoso para la mayoría de cocineros. Pero Proteo Laurenti estaba solo en casa esa noche, no había quedado con nadie, su hijo estaba en Udine, sería muy raro que se presentase ningún invitado y pasar otra velada con Franco en la Trattoria al Faro supondría el golpe de gracia para su maltrecho hígado. Proteo tenía en mente recoger la casa de una vez, ordenar la cocina y, como premio, prepararse unos *guati*. Primero un *risotto* y, de segundo, unos filetes al horno. Se le hizo la boca agua. Además, la vida del *guato* macho no era muy distinta de la suya: en la época de desove, construían un nido con fango y algas en el que la hembra depositaba sus huevos. Luego, los machos cuidaban los huevos y las crías mientras las hembras se dedicaban a nadar por ahí.

—¿Viene a mi tienda? —Nicoletta había salido hasta la calle sin que él se diera cuenta.

—*Buongiorno, signora*, pues no... bueno, sí. ¿De dónde son los *guati*?

—De la zona entre Grado y Portogruaro. Están recién pescados. ¿Quiere unos pocos?

—Sí.

—Pues pase. ¿Los quiere en filetes?

—No, gracias, me gusta hacerlos yo mismo.

Nicoletta pasó detrás del mostrador, escogió cuatro pescados y se los enseñó.

—¿Cuántos quiere?

—¿Qué iba a decirle? ¿Que eran para él solo? No:

—Para dos personas. Un kilo, calculo yo.

—¡Es mucho! —Nicoletta escogió tres pescados más—. Esto serían setecientos gramos.

—Póngame uno más, por favor.

Siempre podía comerse el resto al día siguiente. Ya que se ponía a hacer filetes de pescado, unos cuantos de sobra no tenían importancia.

Nicoletta metió el pescado en una bolsa de plástico, le hizo un nudo, metió ésta en otra bolsa y se la dio a Laurenti

por encima del mostrador.

—¿Qué le debo?

—Nada. Déjelo. Yo le debo algo a usted, por lo de ayer por la mañana —Laurenti entendió que se refería al bofetón.

—Ay, no, faltaría más —sacó dos billetes de diez mil liras de la cartera y los dejó sobre el mostrador.

—Que sí, de verdad. No se preocupe. Está bien así.

—Mire, la próxima vez, encantado, señora —dejó allí el dinero—. Cuando acabe todo esto, ¿de acuerdo?

Ella vaciló. Luego cogió los billetes sin decir nada, marcó la cantidad en la caja registradora y le devolvió el cambio y el ticket.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó finalmente.

—Vamos avanzando —Laurenti cogió la bolsa—. Ya se enterará a su debido tiempo. *Arrivederci!*

Al cruzar de acera, se enfadó consigo mismo por haberle comprado los *guati* a Nicoletta. No era el momento adecuado, se dijo, tenía que ser más cauteloso. Luego se dirigió al edificio de la Guardia di Finanza, pidió que anunciaran su llegada y, poco después, tomaba asiento frente a Tozzi, dejando la bolsa de plástico blanco con el pescado encima del escritorio de éste. Tozzi la miró con gesto interrogante y olisqueó el aire como un sabueso siguiendo un rastro.

—*Guati!* ¡Tenían *guati!* Me pirran —dijo Laurenti.

—Ahora me lo explico —respondió Tozzi—. ¿Y estarán buenos con ese olor tan fuerte?

—Están fresquísimos. De la laguna de Grado. Pero no he venido por eso, Tozzi, necesito su apoyo. Se trata de la Marasi y su padre. Quiero que registren esa pescadería hasta el último rincón.

En pocas palabras le contó lo que había descubierto a primera hora de la mañana y enseguida estuvieron de acuerdo en que existían sospechas suficientes para investigar a fondo aquel asunto. Aunque todavía no conocieran el contenido de la famosa bolsita, bastaba para presionar a Nicoletta.

—Voy a hablar con el juez de instrucción de inmediato —dijo Tozzi finalmente—. Primero necesitamos acceso a las cuentas de Nicoletta Marasi. Y también a las del viejo. Eso sí, Laurenti, como de verdad haya algo, va a ser un trabajo de mil demonios, no cuento con que el dinero se quede en bancos del país y lo ingresen por transferencia. Más bien circulará en efectivo o estará en Suiza o algún otro país con una legislación mucho más flexible. Si es que nos sirve de algo, las cuentas de aquí no nos darán más que alguna clave muy velada, alguna cantidad menor sin justificante, por ejemplo algún ingreso sin la correspondiente entrega de género. Esas cosas son todo menos rápidas. Le sugiero que empecemos a investigar de incógnito, que primero echemos un vistazo a las cuentas sin que Nicoletta sepa nada. Hoy es viernes. Y, desde luego, no creo que hagamos muchos amigos, menos que de costumbre incluso, porque, si nos presentamos ahora con eso, a más de un director de filial le va a tocar hacer horas extra o incluso sacrificar su fin de semana.

—¿Y los negocios de Gubian hijo? ¿Revisará lo suyo teniendo en cuenta esta nueva posibilidad?

Tozzi negó con la cabeza.

—Está todo limpio, como ya le dije. La forma en que llevaba el negocio es casi ejemplar. Y también sus cuentas privadas. Y, además, en su caso faltaba un tipo de ingresos que suele ser frecuente: las donaciones de los padres. No es de extrañar si se conoce la situación que hay detrás. Las únicas transferencias dentro de la familia eran las

que regularmente le hacía él a su padre.

—Está bien —¿qué otra opción tenía Laurenti sino fiarse de Tozzi? Los libros de cuentas siempre le habían aburrido—. ¿Cuándo empezará?

—De inmediato. Si doy con el juez de instrucción, dos horas más tarde estaremos en los bancos.

—Muchas gracias, Tozzi —Laurenti le dio la mano y ya había salido por la puerta cuando oyó que su compañero lo llamaba.

—¡Laurenti, su pescado! —y Tozzi le tendió la bolsa de plástico agarrándola con la punta de los dedos.

Poco después, Laurenti estaba en la Guardia Costiera frente a su amigo Ettore Orlando, aunque esta vez cada uno se sentaba donde le correspondía: Orlando bien repantingado en su enorme sillón a medida, que crujía bajo su peso.

—¿Has sabido algo de Laura?

Laurenti indicó con la mano que prefería no hablar el tema.

—Sí, nos hemos peleado por teléfono.

—¡Qué burro eres! ¿Por qué?

—Primero le pregunté yo si estaba con Pietro, luego me preguntó ella quién era la mujer con la que me habían visto y me montó una escena, como si fuera yo el que la engaña.

—¿Con quién?

—Con Živa Ravno.

—¿Quién?

—Es la fiscal de Pola que ha venido hace unos días.

—¡Vaya! ¿Y con ésa estás saliendo? ¡Si debe de tener a más de la mitad de los compañeros haciendo cola sin ninguna posibilidad! Y, mira por dónde, elige al marido cornudo. *Complimenti*, Proteo. ¡Qué osado eres!

—¡Bobadas! Estuvimos la otra noche en el Tommasseo, a la vista de todo el mundo, y, claro, nos vio Rossana. Y, además, estaba la mejor amiga de Laura, esa lagarta. Claro, no tenía nada más urgente que hacer que llamar a Laura de inmediato para cotillear. ¿De verdad crees que engañaría a mi mujer en público? Si quisiera hacerlo, me iría al otro lado de la frontera, a Capodistria o Portorose. ¡Como hace todo el mundo! Eso, aparte de que yo siempre soy fiel a Laura...

—¡Eso no lo digas! —Ettore había levantado la mano con gesto de advertencia—. No lo digas, Proteo, y así tampoco lo comprobará nadie. Pero tienes razón, siempre me ha sorprendido que toda esa gente que va a jugar al escondite al otro lado de la frontera no se acaben encontrando unos con otros. Por casualidad, evidentemente. Bueno, entonces ¿qué pasa con la fiscal?

—Nada, Ettore, te digo que no hay nada, hombre. ¡Por todos los demonios! Estoy de trabajo hasta el cuello y aún pretenden que me sobre el tiempo para tener una aventura. ¿Habéis confiscado ya el barco?

—Asómate a la ventana. Ahí abajo está. Los perros ya han subido a husmear.

Laurenti se asomó. El barco estaba amarrado en el muelle de la Capitanía. En ese momento, un agente bajaba a un pastor alemán del barco y le hacía entrar en el coche. El

policía negó con la cabeza mientras hablaba con un compañero.

—¿Qué le habéis dicho a Nicoletta?

—De momento, nada. La orden de incautación todavía está aquí. Se la llevarán más tarde.

—¿Qué alega?

—Investigación relacionada con la desaparición de Giuliano Scropetti, ¿por qué? — Orlando le dejó el papel sobre la mesa.

—Eso está bien. Bajo ningún concepto debe enterarse de que buscamos droga.

—¿Y por dónde seguimos?

—Tozzi y un equipo suyo van a investigar las cuentas bancarias de Nicoletta. Además, los dos compañeros de Marasi la están presionando. Seguro que por ahí avanzamos algo. Y si el asunto de la droga es cierto, a más tardar con la siguiente entrega se destapará todo. Libera el barco después de la investigación, Ettore. Y tampoco estaría mal que le concedieras la licencia a Nicoletta lo antes posible. Si lo demás no nos lleva a ninguna parte, no nos queda más que esperar a la siguiente entrega.

—¡Si es que la hay! —Orlando se pasó una de sus enormes zarpas por el cabello negro y la dejó descansar en la nuca—. ¿Cómo estás tan seguro?

—No es nada concreto. Pero me preguntó por qué Marasi era el único que salía a pescar a aguas internacionales, cuando los demás tampoco ganan mal en el golfo de Trieste. Eso sin tener en cuenta su edad.

—Buena pregunta. Voy a pedir que revisen las notas de los últimos dos años. Los datos de sus salidas y llegadas. A lo mejor descubrimos algo que no hemos visto hasta ahora.

—¿Tardaréis mucho?

—No —Orlando cogió el teléfono—. Está todo archivado. Enseguida nos devolverán la llamada —y dio las órdenes a su secretario.

—¿Podrías pasarle la lista a Tozzi? Quizá sirva de algo cotejarla con los movimientos de las cuentas de Nicoletta.

—¿Y si no?

—Pues nada, a esperar. Pero me huelo que vamos a descubrir algo.

—Hablando de olores, amigo mío... —Orlando miró la bolsa que Laurenti había colgado de la silla—. ¿Has comprado pescado?

—¡Ay, puñeta! Sí. Otro que me pregunta. Pero no es el pescado lo que huele mal. Está fresquísimo. Lo reconozco, esta mañana me he cambiado de ropa, pero no de zapatos. De ahí esta peste. ¿Contento?

—¡Ay, el marido abandonado! Pues dudo mucho que tu nuevo perfume tenga éxito con la croata esa.

—¡Pero qué tendrá eso que ver!

—Mucho. Si tus relaciones con los croatas son tan buenas como parece, podrías intentar hablar con Gubian. ¡Vete a Pola! Dile que es sopechosos de asesinato, déjasele claro con todas las consecuencias. A lo mejor habla de una vez.

—Ya lo había pensado. Ya he mandado buscar a Živa Ravno por todas partes. Marietta me llamará en cuanto la localice. En fin, tengo que irme —miró el reloj—. A las doce es la

reunión, y si no me cambio los zapatos antes, no se van a acabar nunca estos comentarios superfluos.

—No te olvides el coche, Proteo, o tendremos que cobrarte el aparcamiento. ¿Qué pescado has comprado, por cierto?

—*Guati!* Me los voy a hacer esta noche.

—*Guati?* ¿Cuántos has comprado?

—Lo siento, no te puedo invitar —dijo Laurenti al ver la mirada ansiosa de Orlando—. Éstos no me dan ni para el primer plato. Y tengo que recoger esa pocilga de casa de una vez. En otra ocasión, encantado.

—¿Esperas a alguien?

—¡Olvídalo!

Efectivamente, aquél era un día especial: Proteo Laurenti estaba frente a su coche y tenía las llaves. Echó los *guati* al asiento de atrás y bajó por la Riva hasta la Piazza Venezia. Delante del Museo Revoltella dejó el coche en un vado, advirtió al bedel del museo que volvería enseguida y se apresuró a subir a su casa. Su traje seguía en la cocina y, a pesar de la ventana abierta de par en par, desprendía un infernal olor a desperdicios de pescado. Era evidente que Marco había olvidado llevarlo al tinte. «En fin, mañana será», suspiró Laurenti, se cambió de calcetines y se puso otros zapatos. Miró el reloj de la cocina y lo comparó con el de su muñeca. Seguía atrasando. Laura ya lo habría puesto en hora. Luego, su mirada recayó sobre las montañas de cajas de pizza y botellas de cerveza, la pila hecha un asco y las bolsas de basura a rebosar. Suspiró una vez más, echó un vistazo al salón y vio los ceniceros llenos y el alcance de la catástrofe más allá de la cocina. Se derrumbó en un sillón, encendió el segundo pitillo del día y calculó cuánto le llevaría esa noche poner orden en aquel desbarajuste antes de poder prepararse los *guati*. ¡Los *guati*! Se los había dejado en el coche. Pero seguro que aguantaban unas pocas horas.

Apenas cuarenta personas acudieron a dar el último adiós a Giuliano Scropetti en la misa de Sant' Antonio Taumaturgo, y sólo estaban ocupados los bancos de las primeras filas. La iglesia de San Antonio no le pareció mala elección a Proteo, puesto que todavía no se había encontrado el cuerpo del pescador, a pesar de que la Guardia Costiera buscaba en el mar a diario y estaba en contacto con las autoridades costeras de otros lugares. ¿Seguiría su viuda esperando un milagro? Al menos se le podía encargar una misa por el correspondiente óbolo y recibir un poco de consuelo. Tal vez San Antonio arrojará un poco de luz sobre aquel asunto. Laurenti recordó la cantidad de billetes que había echado él en el cepillo del santo muchos años atrás, y cómo le castigó después con su desprecio por no cumplir sus deseos. Pero, si Laura volvía pronto, se dijo en voz baja, igual sí que volvía a echarle un billete de los grandes. Eso sí, lo de pagar por adelantado se había terminado, y, desde luego, de ir a Padua ni hablar.

Laurenti se mantuvo a una debida distancia de los asistentes al funeral. No quería que le vieran, sino comprobar con tranquilidad quiénes habían acudido. Primero, detrás de una columna, vio al fotógrafo del *Piccolo*, que al menos tenía la decencia de no utilizar el flash. Ya le pillaría por banda más tarde y le pediría algunas copias para su «uso particular». Unos cuantos miles de liras extra, sin factura –cómo iba a darle una factura la policía–, ya habían hecho el mismo trato más veces.

Reconoció a la viuda. Los que estaban a su lado debían de ser los hijos con sus respectivas familias. Aparte de ellos, no conocía a nadie de las primeras filas, pero se sorprendió realmente al ver que, en el cuarto banco, junto a Mario y Luca, que llevaban sencillos trajes de domingo y camisa blanca, estaban Bruna Saglietti y Nicoletta. Se mantenían apartados del resto del grupo, como si fueran leprosos. El banco de delante estaba vacío. Nicoletta iba mejor vestida que las demás veces. De no ser así, bien habría podido pasar por un pescador más junto a los otros dos compañeros. Ancha de espaldas y robusta como su padre, con el cabello corto y cortado como un chico, el cráneo ancho, luciendo el cuello blanco de la blusa bajo una chaqueta negra larga hasta la rodilla mucho más elegante de lo que Laurenti hubiera imaginado, a menos de un metro de los otros dos. Esa mañana saltaban chispas entre ella y los compañeros de su padre, y ahora, en cambio, estaban allí todos juntos en armonía, sin duda recordando al desaparecido.

Laurenti hizo una seña al fotógrafo. Cuchichearon un instante, luego Laurenti sacó un billete rojo de su cartera y lo metió en el bolsillo del fotógrafo, que asintió con la cabeza y abandonó la iglesia. De repente, Laurenti notó que una mano se deslizaba confiada y suavemente por debajo de su codo izquierdo. Volvió la cabeza lentamente y vio la cara sonriente de Živa Ravno. Puso su mano derecha sobre la de ella y sonrió. Ella no retiró la mano. Él no la miró, sino que hizo como si continuara observando el funeral, aunque ya no se enteraba de nada. Había perdido la concentración por completo y hubiera podido quedarse allí de pie para siempre... en penumbra, en un lado de una iglesia donde apenas nadie podía verlos, lo bastante lejos del sentido común que acechaba en el exterior.

–¿Qué hace aquí? –susurró al oído de Živa.

–¡Le estaba buscando!

–¿Cómo sabía que estaba aquí?

–Por su ayudante.

–¿Vamos a tomar algo?

–¿No quiere observar el funeral?

–Ya he visto lo que quería ver, y ni siquiera merecía la pena el viaje hasta aquí. Excepto porque ha venido usted.

–También le habría encontrado en otra parte.

–¿Nos vamos, pues?

«Pero ¿adónde?», pensó durante un instante. Podían elegir entre el Caffè Stella Polare, recién renovado en un estilo mortal, y el bar modernista de la cadena Illy de detrás de la iglesia, donde servían el mejor café de la ciudad, si no del mundo entero, pero donde también era demasiado grande el peligro de toparse con alguna de las amigas-espía de

Laura. Condujo a Živa, cuya mano, enganchada en su brazo, aún mantenía en la suya, unos pasos más allá, hasta la Piazza San Giovanni, donde un pesado Giuseppe Verdi de bronce observaba la escena. En la esquina estaba el Gran Malabar, en el que todavía reinaría la tranquilidad a esa hora, antes de que, como cada tarde de viernes, comenzara una de sus catas de vino, célebres en Trieste y mucho más allá. Pero Laurenti se equivocaba. Al entrar, les sorprendió una ruidosa carcajada masiva, y Walter, el dueño, se abalanzó sobre Laurenti agitando la primera página de la revista *Panorama* y colocándola delante de su nariz.

—¡Mira, mira, es para verlo y no creerlo! —le dijo jadeando... y ya había desaparecido otra vez.

Laurenti ni siquiera tuvo oportunidad de presentarle a Živa Ravno. «¡China está muy cerca!», rezaba el titular de la publicación, obviamente falsificada. «¡La histórica Droguería Toso en la Piazza San Giovanni de Trieste está en manos de los chinos!» Acompañaba estas palabras una fotografía de ese emblemático establecimiento de la ciudad vieja de Trieste que ofrece el mismo aspecto que hace cien años y en el cual, a veces, se encuentran cosas compradas en su día por el propio fundador. Las estanterías llegan hasta el techo, el retrato al óleo del viejo Toso vela por los negocios, y se puede comprar de todo, desde jabón de afeitar al peso hasta azafrán. Todo eso, justo al lado del bar de Walter.

Al ver que cada vez más triestinos viejos comentaban con verdadero pánico que los chinos iban a acabar comprando la ciudad entera, Walter había sentido lástima y decidido actuar. Aprovechando el día de la semana que cerraban, decoró la entrada de la droguería con farolillos rojos e inscripciones en chino. Cuando, por la mañana, las clientas de toda la vida pasaron por la plaza, chillaron de estupor: «¡Ahora también Toso ha vendido el negocio a los chinos y ni siquiera nos lo ha consultado! ¡Espera, que le vamos a cantar las cuarenta!». Muchas llamaron directamente a su casa, y a Toso hijo no le hizo ninguna gracia tener que salir en su día libre a quitar los carteles. Sus clientas, por el contrario, quedaron muy contentas. En la barra del Malabar, a la hora del café, se mostraron convencidas de que Toso sólo había cambiado de opinión gracias a sus llamadas y sus reprimendas. Con ello, Trieste seguía siendo la de siempre a sus ojos. Al menos en la Piazza San Giovanni, el mundo volvía a estar en orden.

Eso era lo que Walter contaba a su desternillado público al mismo tiempo que, sin preguntar, servía dos copas de vino tinto para Proteo y su acompañante.

—Típico de Walter —dijo Laurenti—. Está loco en el mejor de los sentidos y, gracias a Dios, también está loco por los buenos vinos.

—¿Qué es lo que tomamos? —preguntó Živa, que no había entendido nada.

Proteo buscó el paquete de tabaco en el bolsillo al tacto.

—El tercero del día —dijo orgulloso mientras le daba fuego a Živa. Él aspiró el humo profundamente y lo expulsó de nuevo formando una larga nube—. Me alegro de tenerla conmigo —dijo—, he de hablar con el viejo Gubian. ¿Puede ayudarme?

—¡Si ya se lo prometí ayer! ¿Qué quiere de él?

—Quiero presionarle. Tal vez no sea un juego limpio del todo. Si colabora usted y le

contamos que también le están buscando las autoridades croatas, a lo mejor desembucha. No termino de imaginarme que fuera él quien asesinó a Marasi, pero me sorprendería bastante que no supiera nada. A lo mejor cede si tocamos las teclas adecuadas.

—Eso es mucho pedirme, Proteo. Excede con mucho las relaciones oficiales entre nuestros respectivos países.

—¿Tiene que ser oficial? Le prometo que lo dejaré si la cosa se pone fea. Pero tengo que hablar con él. Es como la llave de repuesto de la caja de seguridad de un banco.

—¿Y cuándo?

—¡En cuanto usted pueda!

Živa apagó el cigarrillo y bebió un sorbo de vino. Antes de depositar la copa en la barra, dijo:

—¿Podríamos ir esta misma tarde?

—¿Cuándo?

—En cuanto esté listo usted.

Proteo miró la hora.

—Hasta Pola son dos horas de camino como poco. No sabemos si Gubian estará en casa...

Živa meneó la cabeza.

—Está en casa. Mi gente lo ha confirmado, pero no va a quedarse allí.

—¿Qué significa eso?

—Que no tiene que ir muy lejos. Sólo hasta Novigrad.

—¿Adónde? —como si no hubiera entendido lo que ella quería decir.

—Cittanova. Podrá matar dos pájaros de un tiro, querido mío. Si quiere, después puede ir a hablar con mi abuela.

Cierto es que Laurenti iba siempre tan apresurado que no encontraba momento para leer los libros que le había conseguido Marietta, pero aquello iba demasiado deprisa incluso para él.

—A ver si puedo tomarme libre uno de los próximos días. Es que casi no me atrevo a irme mientras no estén apagados todos los fuegos que arden aquí...

Živa Ravno había retrocedido un pequeñísimo paso.

—¿Cómo? ¿Primero me habla de una pequeña intriga y luego no quiere marcharse? ¿Quiere hablar con Gubian o no?

—¡Pues claro que quiero hablar con él!

—¿Y qué me diría si Gubian se viera con Nicoletta?

Laurenti dio un respingo.

—¿Cuándo?

—Esta noche. En Cittanova.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo sé —dijo ella con una sonrisa de suficiencia—. ¡Mi gente no duerme!

Bruna Saglietti se armó de valor, compró un ramo de rositas blancas por treinta mil

liras y, a las cinco y media de la tarde, se presentó en la puerta de la casa de Eliana.

—Lo siento tanto —dijo Bruna antes de que Eliana llegase a saludarla, y le tendió las flores—. ¡Es terrible, pobre Giuliano! —quiso abrazar a Eliana pero ella se apartó.

—Pasa —dijo—. Los otros se han ido hace media hora.

Eliana cerró la puerta detrás de Bruna y la condujo al salón, donde aún había copas medio vacías y un cenicero lleno en la mesita de delante del sofá.

—Voy a poner las flores en agua. Muchas gracias, Bruna.

Y gracias por venir a la misa. ¿Qué quieres tomar?

—Nada, gracias —Bruna se sentó en el borde del sillón.

—¿Cuándo es el entierro de Ugo? —preguntó Eliana al volver.

—Todavía no lo sabemos. La policía iba a avisarnos hoy o mañana. En cuanto se pueda retirar el cuerpo. Depende de ellos. Espero que pronto.

—¿Ugo volvió a hablar contigo?

Bruna negó con la cabeza.

—No; se mantuvo en sus trece. Ni siquiera cuando le dije que Gubian le estaba esperando.

—¿Gubian? ¿Quién es Gubian?

—Ese pescador de Cittanova o de Pola que mató a la hermana de Ugo. ¿No te acuerdas? Aquel asunto que Ugo no superó nunca. Se conocían de antes.

Eliana hizo gesto de asentir:

—¿Un pescador? ¿Un pescador de Istria?

—Sí, ¿por qué?

—¿Se sabe quién mató a Ugo?

—No —Bruna sacudió la cabeza—. ¡Pero fue Gubian!

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque él mismo me lo dijo, en la calle, mientras esperaba a Ugo en la puerta de abajo. Estuvo esperando mucho tiempo. Y, como Ugo no venía, me dijo a mí que lo iba a matar.

—¿Y por qué?

—Porque creía que Ugo estaba detrás del atentado de Contovello.

Eliana arqueó las cejas:

—¿Ugo? ¡No! Es verdad que Ugo era un egoísta sin escrúpulos al que no le importaban un pimiento los demás. Pero de ahí a matar a alguien intencionadamente... No. Nunca me gustó Ugo, eso lo sabes, Bruna. Y lo que le pasó a Giuliano fue culpa suya y de nadie más. Yo también le habría matado por ello, pero se ve que ya lo hizo otra persona. ¿Has dicho que Gubian es un pescador de Istria?

—Sí, ¿por qué?

—Bruna, tengo que contarte una cosa. Cuando vinieron Luca y Mario el martes por la tarde, les pregunté cómo había sido. Los dos me hablaron de una red que se había quedado enganchada y que, al ir Giuliano a ver, se soltó y le hizo caer por la borda. Luego, al rato, vino tu marido. Yo no quería dejarle entrar pero tampoco conseguí librarme de él. Quería que lo perdonase. Así, sin más. ¡Perdonar! Y habló mucho para lo

que él solía hablar. Entre otras cosas, me dijo que Giuliano había caído por el hueco entre los costados y que por eso no había podido ayudarle. Lo que oyes, ¡entre los costados!

—¿Y?

—¿Es que no lo entiendes, Bruna? Luca y Mario dijeron que estaban ellos solos. Ugo, por el contrario, mencionó primero lo de los costados y luego se corrigió. ¡Para caer entre los costados tenía que haber alguien más! ¡Dos barcos! Pero de eso no quieren hablar. He intentado sacarle algo a Luca solo, ya sabes que Mario no hay forma de que suelte prenda. Ya no hace más que emborracharse. Luca me respondió con evasivas. Todo lo que dijo es que Ugo debía de encontrarse en estado de shock. ¡Quisiera saber lo que pasó allí, en el mar! ¡Tengo que saberlo!

—Yo no sé absolutamente nada, Eliana. Ugo no rompió su silencio. ¿Les has dicho algo a las autoridades?

—No. Ni siquiera me han pedido que declarase. Y, cuando llamo, siempre me dicen que no pueden darme información porque aún no han terminado las investigaciones. Muy corteses pero no me sirve de nada.

—Tienes que decírselo, Eliana. Ugo está muerto, ya no puede pasarle nada. Y a lo mejor también es algo relacionado con Giuliano. Quizá Gubian mató también a Giuliano. Anda, vayamos juntas. Si nos presentamos directamente las dos en la Guardia Costiera, tendrán que hablar contigo, ya no podrán darte largas más veces.

—Tengo que pensarlo. Igual tienes razón. Pero hoy estoy demasiado cansada. El funeral ha sido un gran esfuerzo para mí, tengo que recuperarme. Cuando uno va a ver a las autoridades, tiene que tener muy claro qué decir.

Bruna salió de la casa nerviosa y angustiada. Permaneció un rato parada en la acera, mirando a su alrededor con aire desamparado. ¿Debía ir a hablar con Luca o con Mario? Mario no vivía lejos de allí, para ir a casa de Luca tenía que tomar el autobús y hacer dos trasbordos. No, hablaría con Mario, tenía que ir a ver a Mario, a quien siempre le había caído bien. Incluso después, cuando Ugo ya había roto todo contacto con ella, siempre era Mario el que le dirigía la palabra si se encontraban de casualidad por la calle. A veces, también la invitaba a un café o se pasaba a verla a los grandes almacenes si estaba por la zona.

Pasó junto al mercado, se abrió camino entre los coches que formaban un gran tapón en el Largo Barriera Vecchia y subió a paso rápido por la Via Madonnina. En la Piazza Vico sintió sed y se notó hasta tal punto sin resuello que tuvo que entrar en el Bar Italia y pedir un vaso de agua. No quería presentarse ante Mario en aquel estado de excitación. Sin embargo, al llegar a la barra y pedir el agua, una mano se posó en su hombro.

—¿Qué haces aquí, Bruna?

—¡Mario! Pues iba a tu casa. Tengo que hablar contigo.

—Ven, siéntate.

El televisor que había por encima de la barra emitía un ruido atronador a través de dos grandes altavoces y, desde el rincón próximo a la entrada, llegaban el zumbido y la musiquilla de las máquinas tragaperras. Los tubos de neón bañaban el bar con una luz

fría e irreal. Delante de Mario, sobre la mesita, había una frasca de vino en la que aún quedaba un dedo de tinto.

—Gino, tráenos otra —dijo al camarero, que simplemente asintió con la cabeza. Bruna se sentó en la silla, una silla barata con el asiento de cuerda sintética azul y amarilla.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó Mario—. ¿Por qué se te ve tan preocupada?

Bruna estiró la espalda y se sentó, tiesa como una vela. Con las dos manos se agarraba al asa de su bolso, apoyado en las rodillas.

—¡Quiero saber lo que pasó con Giuliano! ¿Con quién os encontrasteis en alta mar?

Mario frunció el ceño y apuró su vaso. La miró fijamente, con desconfianza, estudiando sus facciones. Pero Bruna no se movió lo más mínimo.

—Con nadie. ¿Por qué?

—¡Dime la verdad, Mario! ¿Era Gubian? —le puso una mano en el brazo—. ¡Dímelo!

—¿Cómo se te ha ocurrido eso?

—¡Lo sé, Mario! ¿Cómo sucedió?

—Como dijimos, Bruna. No había nadie más. ¿Qué te pasa, mujer?

—Mario, sé que siempre me has tenido aprecio. Por favor, no me mientas.

—¡Fue culpa de Ugo! No deberíamos haber salido. Hacía tiempo que ya no me fiaba de Ugo, y Luca tampoco. En cambio, Giuliano sí. Giuliano era como un niño, pero necesitaba a Ugo. Y nosotros necesitábamos a Giuliano. En él sí que confiábamos. A Ugo le daba todo igual. Duro e impenetrable como una piedra. Nunca le importaron los demás. Nadie lo sabe mejor que tú, Bruna.

—¡Hay que entender a Ugo! Después de todo lo que hubo de sufrir en la vida, no es de extrañar que se volviera raro. Ugo no era una mala persona. Siempre hizo las cosas por vosotros. ¡Haz el favor de decirme lo que pasó allá, en el mar!

—Nada. Fue como hemos dicho Luca y yo. Eso es todo lo que pasó.

Mario se rellenó el vaso y apuró el vino de un trago. Sus ojos, mejillas y nariz estaban notablemente enrojecidos, y, bajo la luz de neón, resaltaba mucho el entramado de finas venillas azules que surcaban su rostro.

—Pero Ugo no era como tú lo describes, Bruna. Por más que tú no quieras hacerte a la idea: era un cerdo. Deberíamos haber partido peras con él mucho antes. No hacía más que aprovecharse de otra gente. Menos de Nicoletta. Por Nicoletta habría hecho cualquier cosa. Cualquier cosa.

—Ugo tenía un corazón tierno bajo una corteza muy dura. ¡No era un cerdo! —Bruna hablaba deprisa y en voz alta. Notó que se le aceleraba el pulso—. ¿Por qué seguiste pescando con él tanto tiempo si era un monstruo como dices? ¡No le estás haciendo justicia! ¡No hables así de Ugo!

Mario la miró con ojos vacíos.

—¡Ugo era un cerdo! Él mató a Giuliano. Yo tendría que haberlo hecho mucho antes, y Giuliano seguiría con vida.

Se hundió en la silla y apuró otro vaso de vino a toda prisa. Bruna vio cómo dos lágrimas corrían por sus mejillas.

El camarero les miró con curiosidad.

—Mario —dijo desde donde estaba—, ¡deja de beber! Ya es el quinto en una hora. Vete a casa a dormir lo que te haga falta.

Mario, con la vista clavada en la pared, hizo un gesto de rechazo con la mano.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Bruna en voz baja.

Mario giró la cabeza, la miró y repitió el mismo gesto con la mano, como si quisiera borrar del aire las palabras que había pronunciado sin querer.

—¡Nada!

Entonces, se levantó y abandonó el bar sin despedirse, arrastrando los pies, como si quisiera dejarlo todo atrás.

Numerosas casas de Cittanova tenían andamios en la fachada. En el centro de la ciudadela portuaria istria habían rehabilitado muchos edificios con exquisito gusto y el *rosso romano* de sus muros se veía recién pintado, mientras que el de las casas aledañas se desconchaba a causa del aire impregnado de sal. También las fachadas de los contados palacios góticos se habían limpiado con esmero, se habían revocado los ornamentos y colocado inscripciones en varios idiomas con la fecha de construcción de cada edificio. Tres bares de la plaza seguían abiertos y sus luces soñolientas dejaban fluir su tristeza hacia la noche. A esas horas, todos los comercios estaban cerrados.

Laurenti y Živa Ravno habían dejado su documentación, pagado por adelantado, puesto que iban sin equipaje, y, llave en mano, subían las escaleras, cubiertas con plásticos, hasta el último piso, a la habitación individual con la que habían tenido que conformarse, puesto que era la única libre. Damir la había reservado para ellos desde su restaurante. Debido a las obras de reforma, no costaba más que cuarenta mil liras la noche y, eso sí, tenía baño. Era el hotel más agradable de la ciudad, había dicho Damir, pero tendrían que contar con el ruido de los obreros desde primera hora de la mañana. Les daba igual. Esa noche no querían volver a Trieste pero habían de estar allí el sábado temprano. No tenían tiempo de dormir mucho.

Proteo iba por delante. El papel de las paredes estaba arrancado y el polvillo de escayola se acumulaba en los bordes del pasillo. Hizo girar la llave en la cerradura de la habitación 36 y buscó el interruptor de la luz. Estaba apurado y excitado a la vez. Ni siquiera se habían besado y ya habían decidido pasar la noche juntos en una habitación individual. La cama era de cuerpo y medio, había farfullado el portero, indiferente, un hombre adormilado al que le caía la caspa sobre los hombros de la chaqueta oscura. Ahí tenían la cama ahora, pegada a la pared, a la izquierda de la puerta, enfrente de una ventana bastante grande y sin cortinas que, sin duda, no tardaría en ser sustituida por una nueva. La cama tendría un metro veinte de ancho y estaba cubierta con una colcha de flores. Al menos la calefacción funcionaba en aquel cuarto. El aire estaba viciado, Proteo abrió la ventana.

—¡Si hasta se ve un pedacito de mar! —dijo. La mayor parte de la vista quedaba tapada por la muralla de la ciudad, pero entre las almenas se colaba la luz de las farolas, reflejada por las tranquilas aguas de la bahía. Pescó un cigarrillo del bolsillo de la

chaqueta y lo encendió.

—¡Qué locos estamos! —rió Živa y, por fin, le rodeó el cuello con sus brazos—. Ahora, al menos, tienes que besarme. No, espera. Eso tampoco corre prisa.

Le acarició lentamente el cuello y le pasó los dedos por el cabello de las sienes, mientras las manos de él iban subiendo por su cuerpo hasta sentir el borde de los pechos en las costillas. Živa le desabrochó el primer botón de la camisa, luego los demás. Proteo se estiró y echó la cabeza hacia atrás. Las manos de Živa se deslizaron bajo su camisa, y sintió cómo el miembro hacía presión en el slip y le dolía. Živa se arrimó y atrajo su cabeza hacia ella. Su beso sabía a café y a la *crème brûlée* que había tomado de postre, y un poco al *amaro* típico de Istria que Damir les había servido después; dos copas, por cierto. Proteo se olvidó de todo a su lado. Por fin, volvía sentir la ternura sin la que había tenido que sobrevivir todo el verano. Y, ahora, estaba en Cittanova, en un hotel cutre, estrechamente abrazado a una fiscal croata que había conocido pocos días antes, y ya le asaltaban las dudas sobre si su idea de fidelidad y amor hacia Laura para toda la vida no sería una pura ilusión. ¿Acaso Živa no era como Laura diez años antes? Proteo Laurenti deslizó las manos por debajo de su jersey y sintió una piel lisa y cálida.

—Hace frío —dijo ella—. Cierra la ventana, por favor.

Preocupado, Proteo le bajó el jersey otra vez, la besó en la boca y fue hacia la ventana.

—Discúlpame un momento —dijo, una vez la hubo cerrado, y maldijo para sus adentros las ganas de orinar que le habían entrado en aquel preciso momento—. Vuelvo enseguida.

Cuando salió del baño, Živa ya estaba dentro de la cama, tapada hasta el cuello con la colcha. Proteo buscó su ropa con una mirada fugaz y vio el jersey y la falda en el respaldo de la silla. Le hubiera gustado más quitárselos él, prenda tras prenda. ¿Debía desnudarse ahora delante de ella? Le resultaba un tanto embarazoso.

Živa le sonrió al darse cuenta de su apuro.

—Ven.

Él se sentó en el borde de la cama y quiso besarla otra vez.

Pero Živa se destapó y él ya no pudo apartar los ojos de ella.

—Ven —repitió.

Proteo se puso de pie y se quitó la camisa. Luego se deshizo de los pantalones, calcetines y zapatos de un tirón. Ella lo miraba con curiosidad y se rió al verlo perder el equilibrio sobre un pie.

Casi era de noche cuando llegaban a la ciudad, que en tiempos se había llamado Emona, después Emonia, después Neápolis y, en el año 599, finalmente aparecía por primera vez en documentos con el nombre de Civitas Nova. Una hora duraba el viaje desde Trieste, a través de las carreteras llenas de curvas y las escarpadas colinas de Istria, donde se habían construido las antiguas comunidades italianas, con sus altísimas torres de iglesia, las típicas torres cuadradas coronadas por una cúpula muy picuda, como el Campanile de San Marco. En el paso de frontera italo-esloveno de Rabuiese, sin hablar apenas, esperaron fumando en el coche a que los agentes finalmente les anunciaran que

Nicoletta Marasi acababa de partir. Dejaron diez coches de distancia y la siguieron por la serpenteante carretera. En la aduana croata, al mostrar Živa Ravno su documentación oficial, les indicaron que pasaran directamente haciéndoles una señal con la mano, y poco más tarde se alzaba delante de ellos el pico de la montaña de Buie. ¡Qué bonita ciudad, casi abandonada después del éxodo de los italianos, con aquellas vistas del campo y hasta el mar!

—¿Sabía usted —le preguntó Živa Ravno— que, en otros tiempos, Buie se llamó «Spía d'Istria»?

—Espía de Istria... exactamente igual que hoy —dijo Laurenti, frenando el coche. Nicoletta había girado a la derecha, los coches que quedaban entre ambos seguían por la carretera principal y quería mantener la distancia. Después de todo, Nicoletta conocía su coche desde que la había llevado al Anatómico Forense—. Pero no entiendo por qué los yugoslavos no ocuparon la ciudad después de marcharse los italianos.

—¿Qué iban a hacer aquí? —preguntó Živa—. En muchos casos, la cuestión de la propiedad de los terrenos no estaba nada clara. Muchos italianos de entonces no quisieron vender. Les ofrecían demasiado poco. O sólo se quedaron los viejos en tanto que los jóvenes emigraban a occidente. Cuando murieron, las casas se quedaron vacías pero siguieron perteneciendo a las familias. Además, muy poco después se colectivizó la agricultura. Eso no ofrecía ningún atractivo a nadie que quisiera empezar una nueva vida. Por lo general, ya tenían sus tierras y sus propiedades y sus raíces en otros lugares.

—¿Qué difícil saber si esta tierra es eslava o italiana! —dijo Laurenti.

Živa Ravno lo miró asombrada.

—Yo creí que eso ya se había aclarado.

—No lo decía en ese sentido. Pero fíjese en la arquitectura veneciana. Las torres de las iglesias, las fachadas bizantinas de algunas casas y los arcos de las ventanas. Ya sabe usted que no soy revisionista.

—¡También los venecianos fueron invasores en su momento, Proteo! Y los romanos también estuvieron aquí haciendo de las suyas. Pero eso no quiere decir que la tierra fuera suya, ni mucho menos.

—¡Ay, déjese de romanos, por favor! Mi hija ya me ha complicado la vida con ellos. A menudo me pregunto qué es realmente eso de la patria. Yo me alegré mucho cuando tuve ocasión de salir de Salerno, estaba contento de poder labrarme un camino, mi propio camino, y me siento como en casa en Trieste a pesar de que también soy un inmigrante.

—¿Inmigrante?

—Los triestinos auténticos no existen. Todos han venido alguna vez de otro sitio. De todas partes. Yo soy del sur, «de Italia», como todavía dice mucha gente. ¿Ha estado en alguno de nuestros cementerios? Además del católico hay otros seis: el British Cemetery, el ortodoxo griego, el ortodoxo serbio, el judío, el protestante e incluso están representados los musulmanes. No me da ninguna vergüenza considerarme triestino. Al contrario de la gente que ha nacido en Trieste y que no deja de decir que cualquier otro sitio es mejor, pero no se va. Pero lo que me interesa es ese sentimiento nacionalista de pertenencia a un lugar que no entiendo. Por ejemplo, los eslovenos de Trieste, que llevan

siglos en la ciudad y siguen insistiendo en que no son italianos. Entonces ¿qué son? Tienen pasaporte italiano, al fin y al cabo. ¡O los *esuli*! Italianos que emigraron de Istria al Canadá o Australia o la Argentina y comenzaron una nueva vida allí y lograron medrar. Pues siguen llorando por la Istria que dejaron atrás. Me pregunto si realmente existe un regreso para ellos. Se han integrado en cualquier otro lugar del mundo mejor que aquí. Sus hijos, nietos y bisnietos tienen pasaportes australianos o estadounidenses y ya no les importa ni un comino este codito de tierra firme en el Adriático norte. No obstante, persiste esa nostalgia que hace tan difícil la convivencia más allá de la realidad económica. Živa, dígame una cosa, ¿usted qué siente? Ha vivido en Múnich, no creció en Cittanova, de donde es su familia. Y, sin embargo, ha querido regresar. ¿Qué es eso?

—Un ideal, Proteo. Para mí no es otra cosa que un ideal. Sé que no soy alemana ni tampoco italiana, ni inglesa, a pesar de que hablo bien todos esos idiomas. La verdad es que también podría vivir a gusto en otro sitio. Nací en Yugoslavia y, en 1991, me convertí en ciudadana croata sin haber hecho nada por ello. Como suele decirse: en esta franja de tierra no sabe uno nunca qué pasaporte tendrá al día siguiente. Mis padres tuvieron primero el italiano, mis bisabuelos incluso el austrohúngaro y tuvieron que asimilar que, a lo largo de su vida, su nacionalidad cambiara cuatro veces. Si mi abuela vive diez años más, a lo mejor todavía le dan un pasaporte europeo. Sería el quinto.

»¡La respuesta es sencilla, Proteo! Es ese extraño idealismo lo que me dice que me necesitan aquí. Si todo el mundo se va y no vuelve nunca, este país quedará en manos de quienes lo han estado arruinando durante décadas.

Y luego están los prejuicios y las tensiones. Ha llegado el momento de hablar abiertamente sobre los problemas del pasado para que pueda haber un nuevo futuro que no sólo se llame Comunidad Europea, sino que sea sinónimo de una buena convivencia con los vecinos. Quiero que este país olvide todas las fronteras lo antes posible. ¿Lo entiende?

—Por supuesto. En Italia, la izquierda ha reprimido el tema durante un tiempo más que suficiente, haciendo como si nada de lo que usted dice hubiera existido nunca. El comunismo yugoslavo era un comunismo bueno por definición. Las putadas no tenían cabida por motivos ideológicos, así, de base. Y tal cual dejaron el terreno en manos de la derecha. Hasta hoy.

Al llegar a Vertenéglio, Nicoletta giró a la izquierda. También este pueblecito se encontraba en un lugar escogido en lo alto de una colina, y también aquí despuntaba muy por encima de los tejados la típica torre de la iglesia. Nicoletta aparcó en la plaza del pueblo y entró en una tienda de ultramarinos. Laurenti siguió hasta la siguiente esquina para parar. Živa Ravno bajó del coche y fue detrás de Nicoletta. Volvió a los cinco minutos.

—Está haciendo la compra. Panceta y salchichas. Tenían muy buena pinta. Se ve que sabe dónde hay que ir. A mí antes también me gustaban mucho las salchichas y el jamón de Istria, antes de pararme a pensar lo que le echan a la carne.

Proteo Laurenti arrancó el coche de nuevo y esperó a que Nicoletta pasara por delante

con el suyo.

A la entrada de Cittanova, los badenes de la calzada hicieron rebotar el coche. La distancia respecto a Nicoletta se había reducido notablemente.

—¿Qué le parece? ¿Dejamos el coche aquí? Ahí dentro, igual nos reconoce.

—No. Pare un momento. Vamos a cambiarnos. A mí no me conoce y usted puede agacharse y esconderse. Lo dejaremos en casa de mi abuela, dentro del patio. Si no, como salga por el otro extremo de la ciudad, nos quedamos aquí colgados como dos estúpidos.

El temor de Živa Ravno no se hizo realidad. Nicoletta se había dirigido a un aparcamiento y siguió a pie hasta llegar a un local a la izquierda.

—Ya puede levantarse, Proteo. Ha entrado en el local de la comunidad italiana —Živa paró y apagó el motor—. Hemos llegado.

Estaban delante de una coqueta casita con jardín. Detrás de sus muros no habría más de cuatro habitaciones.

—Me gustaría oír lo que tiene que hablar con Gubian. Si es que él está.

—¡Pero usted no puede entrar ahí! Le reconocerían de inmediato: la estrella televisiva de las noticias italianas. A mí, en cambio, no me conoce nadie. Si quiere, entro yo.

El local de la comunidad italiana era una sala grande, amueblada con sencillez, con techo bajo y una iluminación pobre. La mayoría eran hombres mayores, de caras coloradas y manos toscas y agrietadas, sentados en mesas de madera desnuda, bebiendo vino de garrafa y charlando en voz bastante alta. En una de las mesas, al fondo del local, vio a Gubian.

—*Salve* —dijo secamente Nicoletta y se sentó.

—*Salve* —respondió él y fijó la mirada en otra parte.

Un camarero dejó sobre la mesa, con burdas maneras, una frasca de Terrano y dos sencillos vasos de cristal grueso. Luego desapareció.

—¿Qué quiere? —preguntó Gubian.

—Quiero que continúe. No puede dejarlo así, sin más.

—¿Y por qué no?

—¡Todavía tengo la mercancía de aquel día, Gubian! Además, usted está metido en esto igual que yo. Si me descubren a mí, a usted también.

—Me da igual. ¿De verdad cree que iban a encerrar a un viejo como yo?

—Hay otros métodos. No se olvide de que yo tampoco soy más que una ruedecita en la maquinaria. La gente para la que trabajamos usted y yo no perdona si uno lo deja de la noche a la mañana. Me han encargado que se lo diga.

—¿Y usted qué va a hacer?

—Encontrarán a otro después de acabar con usted. ¡Piénselo bien!

—Eso también me da igual. Ya no tengo nada que me importe. Por mí, que me fusilen. Ya lo intentaron una vez, cuando estuve con los partisanos. Sólo que, entonces, aún era joven. Sería desperdiciar una bala. Dígales eso... a quien sea.

—Se lo repito, Gubian. Esa gente no se anda con bromas. No quieren testigos.

–¿Y quién va a salir con el barco? Marasi ha muerto.
–La semana que viene me dan la licencia. Ya tengo tripulación.
–Sí que se ha dado prisa. Pero eso no cambia nada.
–¿Ah, no? –Nicoletta se enfureció–. ¡Es usted un maldito orgulloso, Gubian! ¿Qué quiere? ¿Más dinero?

–¿Dinero? –Gubian emitió una sonora carcajada–. ¿Y qué hago con él?
–¿Para qué ha venido, entonces? –bufó Nicoletta–. ¿De qué va esta mierda?
–¿Mierda? –Gubian se inclinó sobre la mesa, sus cabezas no estarían ni a veinte centímetros de distancia, Nicoletta olió su aliento ácido. Los ojos de Gubian estaban clavados en ella–. ¿Mierda lo llama? ¡Escúcheme bien! ¡Quiero que me devuelvan la vida de mi hijo! ¡Quiero venganza!

Nicoletta le devolvió la mirada y esperó que siguiera hablando. Ambos mantenían la cabeza ligeramente inclinada, como dos toros a punto de embestirse. Ni un gesto, ni un pestañeo, alteraba su rostro.

–Ya la tiene –dijo Nicoletta–. Usted mató a mi padre, igual que a su hermana Violetta en otra época.

–¡Está tan loca como él! No tengo nada que ver ni con lo primero ni con lo segundo. Pero sé que sobre la conciencia de su padre pesaban mi hijo y su familia. ¡Por eso quiero venganza, y la tendré!

–¡Miente!

Gubian levantó la mano en señal de amenaza. Nicoletta se estremeció y guardó silencio.

–No miento –y retiró la mano–. ¡Ándese con cuidado!

–¡Mi padre no mató a su familia! ¿Y en quién va a ejecutar esa venganza? –Nicoletta se recostó en la silla y rió burlonamente–. ¡A ver, dígamelo! ¿En quién iba a recaer esa venganza?

–¡Piénselo usted misma! ¡Muchas opciones no hay!

–¡Atrévase!

–¿A quién tendría que matar... –preguntó Gubian con voz queda–, para causar el mayor dolor posible? ¿Eh? Dígamelo. ¡Lo sabe perfectamente! Piense un poco...

Los ojos de Gubian echaban chispas, y Nicoletta sintió cómo la invadía la rabia ante su arrogancia. Pero no dijo nada.

–¡A su encantadora madre, por supuesto! Entonces, usted se quedará sola. Enteramente hija de su padre. No podría quitárselo de la cabeza hasta el final de sus días. ¡Y todavía es muy joven!

–¡Sólo se lo diré una vez, Gubian! –Nicoletta estaba medio levantada–. ¡Deje a mi madre en paz! Como se le ocurra tocarle un pelo siquiera, acabaré con usted de la manera más cruel que pueda imaginarse. ¿Lo ha entendido? Ella no tiene nada que ver con mi padre. ¿No le basta con haberle matado a él, a pesar de que no tuviera nada que ver?

–¡Encubre a su padre incluso después de un acto como el que cometió! Debería darle vergüenza. ¡Ojalá la parta un rayo!

—¡No le estoy encubriendo! Pero sé que no fue él. Lo ha matado por nada, Gubian. Él quería asesinarle a usted, pero no lo hizo por mí. Usted era demasiado valioso para el negocio.

Poco a poco, Nicoletta fue sentándose de nuevo.

—¡Ya lo sé! ¿Es que me toma por tonto? El negocio era importante mientras vivía Manlio. Ya nos ha extorsionado lo suficiente. Ahora, se acabó. ¿Quién pudo ser sino su padre? ¡Dígamelo!

—Ya lo sabrá. ¡Continuará con lo nuestro! Se lo aconsejo de buena fe. Le llamaré la semana que viene. En cuanto tenga la licencia. ¡Piénselo bien! Si no, no podré hacer nada por usted —gritó Nicoletta y, al levantarse, arrastró ruidosamente la silla por las baldosas—. No se sobreestime. O recibirá el mismo paquete que su hijo.

—¡Usted sí que verá! ¡No es más que un pedazo de mierda! —gritó Gubian, y todas las cabezas del local se volvieron hacia él. Nicoletta se apresuró a dar media vuelta y se chocó con Živa Ravno, que se había mantenido todo el tiempo a apenas un metro de ellos, fingiendo que estaba de mirona en la partida de cartas de la mesa vecina. El hombro de Nicoletta le dio un fuerte golpe en el tabique nasal. Tuvo que agarrarse al respaldo de la silla para no caer al suelo. Notó sangre en los labios. La puerta se cerró con un sonoro portazo detrás de Nicoletta.

Živa Ravno sacó un pañuelo del bolsillo del abrigo y se lo puso en la nariz. Luego, sintió una mano sobre su hombro.

—Siéntese, señora. Sí, aquí.

Sintió que la sentaban en una silla.

—Tenga, tenga.

Abrió los ojos y vio a un hombre de cabello negro, de unos cuarenta años, que le tendía un fajo de servilletas de papel.

—Gracias —dijo a través del pañuelo.

—Un vaso de agua —dijo el hombre—. Espero que no se la haya roto.

Živa negó con la cabeza.

—No, no se preocupe. Enseguida se me pasa. ¿Dónde está el aseo?

—Al fondo, a la izquierda. ¿Necesita ayuda?

—Gracias. Ya estoy bien.

Notó que el local entero la miraba fijamente. Frente al espejo, se lavó la cara y vio que se le había hinchado un poco la nariz. Intentó enfriársela y cortar la hemorragia.

El hombre la estaba esperando en la puerta y parecía preocupado.

—Tenga, si necesita ayuda —dijo, entregándole su tarjeta—. En el móvil estoy localizable a cualquier hora.

—Gracias —dijo Živa—. Muy amable por su parte.

Sonrió y salió a la calle.

Proteo Laurenti fumaba el undécimo cigarrillo de aquel viernes, y el interior de su coche recordaba a un brumoso día de noviembre en Venecia. Había reclinado bastante el asiento del copiloto y, con los pies en alto, sobre la cubierta del airbag, esperaba a que

volviese Živa Ravno. Extraños pensamientos le rondaban la cabeza. Pensaba en lo bonito que sería acostarse con Živa, y, al instante, le vino como un fogonazo la imagen de Nicoletta cayéndosele encima en el sótano del doctor Galvano; luego se acordó del bofetón que había recibido un rato antes, y luego volvió a ver a Živa, sentada en la mesa del comisario y hablando por teléfono con su abuela. Los pescadores del Molo Venecia irrumpieron en esta escena, y luego Mario y su compañero Luca, a quienes había obligado a ir a la comisaría de mala gana e interrogado con demasiada premura. Su estúpido prejuicio de que, de todas formas, era inútil intentar llevar una conversación con aquella gente, le había impedido seguir su instinto. «Tengo que prestar más atención en el futuro», dijo en voz alta para sí mismo y, por culpa de eso, se atragantó con el humo. Tosió y, de repente, oyó la voz de Laura que le preguntaba desde cuándo había vuelto a fumar. Y luego vio el cinturón de seguridad que, al ajustarse entre los pechos de Živa, le marcaba el sujetador a través del jersey. Impaciente, tiró por la ventanilla el Marlboro a medio fumar.

—A mi abuela le va hacer mucha ilusión ver las colillas en el jardín.

Živa Ravno estaba pálida y se tapaba la mejilla con la mano.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué le han hecho? —Proteo Laurenti bajó del coche de un salto y le puso las manos sobre los hombros.

—¡Nada grave! —Živa se quitó la mano con el pañuelo de la cara y sonrió de medio lado.

—¿Qué es eso? —se asustó Laurenti al ver el tabique enrojecido y quiso acariciarle la mejilla, pero Živa se lo impidió.

—No, no. Ya me duele bastante. ¿Tiene muy mal aspecto?

—No. Está un poco rojo. ¿Qué ha pasado?

—Del rojo pasa al azul, luego al verde y al amarillo... Hay una rima infantil sobre esto, ¿la conoce? Su bella pescadera casi me deja k.o. ¡Ay! ¡No, Proteo, no me toque!

Laurenti retiró la mano.

—Pero ¿cómo ha sido? ¿Vamos a ver a un médico?

—No hace falta. En unos días se me habrá pasado. Se estaban peleando, Nicoletta se levantó de la mesa un poco bruscamente y me dio. ¡Pero he oído todo lo que han dicho! ¡Cada palabra! Vayamos a casa de mi abuela para que me ponga un poco de hielo en la nariz. Quería hablar con ella de todas formas, ¿no?

—Creo que sería mejor ir a ver a un médico.

—No, no. Ya me lo ha aconsejado el simpático caballero que me ha prestado los primeros auxilios. Hasta me ha dado su tarjeta.

Laurenti la miró y se la arrancó de la mano.

—¡Santo cielo! ¡Esto sí que no puede ser verdad! —rugió.

—¿El qué? —Živa lo miraba atónita.

—¡Mira! —gritó Laurenti, señalando la tarjeta con el índice una y otra vez—. ¡Mira! ¡Lee! ¡Pietro Materada! ¡Rece por él, que no se me cruce ahora en el camino...! ¡Lo mato! Primero mi mujer y, ahora, también se acerca a usted...

Živa Ravno le quitó la tarjeta de las manos.

—¿Será casualidad? —preguntó—. ¡Pobre Proteo! —y le puso una mano en la mejilla—. Desde luego, eso es más que una broma pesada. Le comprendo. Venga conmigo. Después de este susto, necesito una *grappa*.

Živa Ravno se dirigió a la puerta de la casa y llamó al timbre. Proteo Laurenti se quedó un paso detrás de ella, recorriendo su espalda con la mirada, pero no podía dejar de pensar en Pietro. Cittanova era pequeño y, como se lo encontrase, no respondía de nada.

No les abrió nadie. Živa Ravno miró el reloj.

—Qué raro. Tendría que estar en casa —y llamó una vez más—. ¿Habrás salido? ¿Adónde, a estas horas? Son casi las siete y media.

—Enséñeme Cittanova, demos un pequeño paseo y seguro que después está de vuelta.

Živa Ravno rebuscó en su bolso y sacó una hojita y un bolígrafo. Escribió unas palabras que Laurenti no supo leer y dejó la nota pillada en la puerta.

—A veces va a jugar al bridge. Como todas las señoras de esa edad. Ya jugaban hace sesenta años. La pena es que no sé dónde. Vayamos a cenar. Tengo hambre. Luego pasamos otra vez y, si no ha vuelto, nos volvemos a Trieste. En tal caso, tendrá que hablar con ella por teléfono.

—¿Por qué discutían Nicoletta y Gubian?

—Ahora se lo cuento, mientras cenamos. Vamos, tengo hambre.

—¿Adónde vamos?

—No está muy lejos, ¡un restaurante exquisito! Seguro que no ha comido un pescado tan fresco en toda su vida. Dejaremos el coche aquí.

—Ven a casa de tu padre —dijo Bruna.

—Estaré allí en media hora. ¡No abras a nadie!

Nicoletta llegó a Trieste hacia las ocho de la tarde. Durante todo el camino de vuelta estuvo reflexionando sobre su encuentro con Gubian. No entendía cómo, de repente, tenía miedo. Hasta entonces, nunca había tenido miedo. Una sola vez en toda su vida se había enfrentado a un sentimiento parecido: cuando su padre echó de su casa a Manlio Gubian y la obligó a separarse de él. Por las extrañas palabras del viejo, Nicoletta tenía miedo por su madre. No podía dejarla sola más. Era impensable que Gubian intentara hacerle algo a ella, a Nicoletta. Era casi tan alta como él y tenía fuerza suficiente para defenderse. Claro que él había dicho sin lugar a equívocos que quería venganza y la tendría. No había muchas opciones. Pedazo de mierda, la había llamado. Por otra parte, no podía permitirse el lujo de amenazarla. Ella tenía todos los papeles que, al principio de todo, le había dado Manlio, cuando pasaba armas a oriente, y, además, el propio Gubian había estado entregando la mercancía a Marasi en aguas internacionales durante años. ¿Cómo iba a arriesgarse? Con todo, aquel oscuro sentimiento de temor no abandonó a Nicoletta hasta que no llegó a la Via Stuparich, aparcó el coche en un hueco

pequeñísimo, casi lo encajó en diagonal, subió las escaleras y vio el rostro preocupado y pálido de su madre.

—¿Qué te pasa, hija? ¿Por qué estabas tan alterada al teléfono? —preguntó Bruna en el descansillo de la escalera, ante la puerta de su marido.

—Entremos —Nicoletta la hizo entrar de nuevo en la casa—. Gubian está loco. Le he visto esta tarde. Ha amenazado con hacerte algo a ti para vengar a su hijo. Cree que fue papá quien puso la bomba, cuando eso es un auténtico disparate. También asegura que él no mató a papá. ¡No debes volver a salir a la calle!

Bruna la escuchaba indiferente.

—¡Corres peligro, mamá! Lo mejor sería que te marchases a otro sitio.

—No. Eso es imposible. No puedo irme. ¿Adónde iba a ir?

—Ven, vamos a sentarnos. ¿Queda vino? Tengo sed —Nicoletta encontró una botella medio llena de Merlot en el aparador—. ¿Tú también quieres?

Bruna asintió con la cabeza y Nicoletta llenó los únicos dos vasos que encontraron en la cocina.

—¿Qué ha dicho Gubian? ¿Por qué iba a hacerme nada?

—Está completamente fuera de sí. Es igual que papá. Igual de decidido e igual de terco que mi padre. Le creo capaz de cualquier cosa. Gubian no sabe que os separasteis hace tanto tiempo.

—Nunca nos separamos. Ugo nunca se fue del todo. Sigo siendo su mujer —Bruna calló un instante y contempló cómo

Nicoletta apuraba su vaso en dos tragos y lo volvía a llenar—. Estás muy excitada, hija mía. No tengas miedo. Hoy he ido a ver a Mario. He hablado con Mario. Creo que él mató a papá.

Nicoletta luchaba con el último trago.

—¿Qué dices? —exclamó tosiendo—. ¿Mario?

—Fue un detalle mínimo lo que me llevó a esa idea. Llevo toda la tarde intentando localizarte. Mario estaba borracho. Eliana me dijo que no había estado sobrio en ningún momento en los últimos días. Dijo que Ugo, cuando fue a verla, dio a entender que había otro barco. Yo le pregunté por ello a Mario. Él lo negó y, de pronto, dijo que si hubiera matado a Ugo antes, Giuliano seguiría con vida. Y, luego, se levantó y se fue.

—¿Mario? Eso es un disparate. O no has oído bien o estaba realmente borracho. Mario no tiene agallas para hacer algo así. No, fue Gubian, por mucho que lo niegue.

—Y, entonces, ¿por qué iba a seguir empeñado en hacerme algo a mí también? —la voz de Bruna había cambiado por completo.

—Es igual, mamá. ¡No debes volver a salir! Mañana mismo buscaré un sitio al que puedas ir. Un balneario, un bonito hotel con masajes y baños de lodo en el que te mimen y puedas recuperarte durante las cuatro próximas semanas. En Abbano o en Saturnia, en la Toscana.

Bruna meneó la cabeza enérgicamente.

—No, Nicoletta. No puedo dejar abandonados a mis gatos. No puede ser.

—Vendré todos los días a darles de comer. No te preocupes.

—Que no, Nicoletta, no puede ser. Me quedo aquí. Alguien tendrá que ocuparse del entierro.

—¡Entonces, vente a mi casa por lo menos!

—¿Y los gatos? ¿Quién se ocupará de los gatos?

A finales de noviembre ya eran pocos los triestinos que realizaban excursiones culinarias a Istria. Sólo estaban ocupadas tres de las mesas del pequeño restaurante, en cuya parte delantera se habían dejado a la vista los muros de piedra del Carso y cuyo techo estaba atravesado por gruesas y antiguas vigas de madera. Eligieron un sitio en la parte de atrás, en un recóndito rincón con una única mesa. El dueño los había saludado en italiano, trayendo de inmediato una botella de Malvasía y agua. Proteo Laurenti pidió vino tinto, lo cual resultó ser casi pecado allí.

—Beba Malvasía —le ordenó el dueño del restaurante, tan enérgico que hasta sus grandes orejas coloradas se movieron—. No encontrará vino mejor. Y éste es el mejor que haya tomado jamás. Pruébelo. Se lo cambio encantado si no le gusta. Pero pruébelo.

Laurenti hizo lo que le mandaban, e incluso aunque no le hubiera gustado el vino le habría sabido mal llevarle la contraria a aquel hombre. Por otra parte, era cierto que el vino era muy bueno y no tenía nada que ver con el Malvasía que suelen servir a granel en los bares.

—¿Es usted Damir? —preguntó Živa.

—Sí —respondió él con una mirada interrogante.

Živa pasó al croata, y Laurenti supuso que le estaba explicando quién era. El dueño del restaurante tendría, a lo sumo, algunos años más que ella. Su cara se iluminó. Tras unas cuantas frases más, Živa volvió al italiano.

—Les recomiendo pescado crudo para empezar —dijo Damir.

—¿Pescado crudo? —Laurenti levantó una ceja—. ¿A la japonesa?

—Olvídese de los japoneses. Nada que ver.

—¿A ti qué te parece? —preguntó Proteo y, al punto, se corrigió:

—¿Qué le parece, Živa?

—Suena bien...

Damir desapareció de su mesa sin decir palabra.

—Me ha gustado, Proteo. Sigamos así —y Živa alzó su copa.

Él la miró encandilado:

—¿Así, cómo?

—Tuteándonos, claro. ¿No crees que ya es momento? ¡No podemos ir por ahí abrazándonos o cogiéndonos la manita como recién enamorados y llamarnos de usted!

Proteo rió. Y le cogió la mano.

Damir hizo que dejaran de mirarse cuando trajo, crudos, las gambas y un lenguado que, así, frío y de un color gris marronáceo, apenas se diferenciaba de la bandeja en la que venía servido.

—Está muy fresco. No lleva aquí ni cuatro horas —dijo Damir—. Comed.

Luego, sacó un cuchillo de hacer filetes y realizó un corte de cirujano a lo largo de las branquias del pez, alrededor de la cabeza. Con los dedos, quitó las espinas de las aletas del vientre y la espalda, dio dos cortes más y retiró la piel de detrás de la cabeza con la punta del cuchillo. La agarró con los dedos y tiró de ella de una vez. Empezó a cortar los filetes desde la cola, colocándolos uno a uno en una bandeja de plata. Después, dio la vuelta al pez y repitió el procedimiento. Proteo lo miraba fascinado. Regó los filetes, una vez cortados en finas tiras, primero con zumo de limón, luego los salpimentó y, finalmente, les echó un abundante chorro de aceite de oliva.

—¿Qué aceite es?

—En parte vuestro, en parte nuestro. Mayormente viene de Italia. Aquí ya han olvidado cómo se hace el buen aceite, a pesar de que hay olivos por todas partes, siempre los ha habido. Sugiero empezar con las gambas. El lenguado tiene que macerarse un poco, pero tampoco demasiado o se encubrirá el sabor.

No se soltaron las manos hasta que no empezaron a comer. Entusiasmados, comentaron lo deliciosos que estaban las gambas crudas y, después, el lenguado. Y luego llegaron los *datteri* que les había recomendado Damir. *Datteri!* Proteo Laurenti pensó en la comida de la familia Gubian de Contovello, antes de recibir la bomba como postre. El marisco prohibido.

Para cuando terminaron la tercera botella de Malvasía era casi medianoche. Aún redondearon la cena unas copas de un digestivo amargo de almendra tostada de color casi negro. Proteo Laurenti pidió al camarero otra cajetilla de tabaco. No había fumado tanto como ese día desde antes de nacer su hija mayor, luego se había sometido al tormento de dejarlo. De eso hacía casi veintitrés años.

Mario no se fue a casa, como le aconsejó el camarero del Bar Italia. Arrastrando los pies, subió al Colle di San Giusto, pasó entre las columnas del Foro Romano y se sentó en el pedestal del Monumento a los Caídos en la Primera Guerra Mundial, una alegoría de un grupo de soldados. Allí, en lo alto de la colina, no había nadie de quien tuviera que guardarse. Mario empezó a gritar y gritar, a veces sonaba como el aullido de las gatas en celo en el mes de mayo. De nuevo, le parecía estar viendo la mirada de horror de Giuliano antes de caer por la borda y desaparecer en el Adriático, azotado por la tormenta. Lo veía todas las noches. Sólo podía soportarlo si bebía. Pero, luego, aún había muchos momentos en los que su dolor aumentaba, antes de que el tinto adormeciera sus sentidos y lo sumiera en un sueño sin consciencia. Tenía que salir de él. Dio puñetazos al pedestal de piedra hasta que le sangraron los nudillos. ¿Cómo sabía Bruna que no estaban solos en alta mar? ¿Era una estratagema de Nicoletta para intimidarlos a Luca y a él? ¿Y eso, a pesar de que ellos dos estaban convencidos de haber dado la vuelta a las tornas esa misma mañana en la pescadería? A Nicoletta la creía capaz de cualquier cosa. Iba con ella no dar su brazo a torcer con tanta facilidad. Mario se levantó con un quejido, se limpió la cara con la manga y se puso de nuevo en camino. Un viejo que quería ver las cosas claras. Tenía que hablar con Bruna otra vez.

En el aparcamiento, delante de San Giusto, había un teléfono público. Rebuscó algunas monedas en el bolsillo del pantalón y marcó el número de Bruna. Cuando ella respondió, no supo qué decirle y colgó. Se sentó en un escalón a reflexionar. Lo intentó dos veces más, y siempre le pasaba lo mismo: no lograba que saliera una palabra de sus labios. Quería tenerla enfrente cuando hablase con ella. Así, también podría sopesar el peligro que suponía. Y, en caso necesario, actuar.

Bruna se había salido con la suya. ¿Quién iba a entrar en su casa si cerraba bien la puerta y echaba la cadena, como siempre? Las persianas no las subía nunca, de todas maneras. Una vez se despidió Nicoletta, Bruna se sentó en el sillón y encendió el televisor. Dos gatos se apresuraron a subírsele al regazo, los otros dos se le frotaron por las piernas un rato antes de tumbarse a calentarle los pies, como hacían todas las noches. Bruna se notó el vino que había bebido. Se alegraba de que su hija por fin le hubiera revelado sus sospechas y ahora pudiera descansar.

Tres llamadas, en breves intervalos, la hicieron sobresaltarse, y le entró miedo. No respondía nadie, sólo oía los ruidos de la calle, pero ninguna voz ni la respiración de nadie. Todas las veces colgaban después de unos segundos. Bruna apartó a los gatos de su regazo y se asomó por la mirilla. Al ver que no había nadie en el descansillo de la escalera, abrió la puerta y arrancó el cartelito con su nombre que había encima del timbre. Ahora, el nombre Marasi sólo se veía en el piso de arriba. Echó dos vueltas de llave y puso la cadena. Antes de sentarse, volvió hasta la puerta para comprobar que había cumplido religiosamente con todas las medidas de seguridad. Luego bajó el volumen de la televisión. Una vez más, sonó el teléfono. Ya no lo cogió. Bruna recordó las palabras de Mario y lo que le había contado Nicoletta de su encuentro con Gubian. Aquel hombre era siniestro. Había que contar con que volvería a Trieste. Ya había estado esperando durante horas delante de la casa una vez... esperando a Ugo. Pero también Mario había dicho algo que ella no podía olvidar. ¿Era Mario un asesino? Por más que nadie le creyera capaz de hacer nada parecido, Bruna le había oído perfectamente cuando dijo que debería haberse librado de Marasi mucho antes. ¿Qué significaba eso? ¿Que de verdad había sido él o que sólo le rondaba la idea? Pero, cuando uno está borracho, dice justo las cosas que preferiría callar estando sobrio. ¿Y qué eran aquellas llamadas? Alguien quería asustarla. Pero ¿por qué?

Mientras no dejara entrar a nadie, no podía pasarle nada. En los días siguientes, sólo saldría cuando hubiera mucha gente en la calle. Por otro lado, tampoco tenía que salir para nada. Aún le quedaban dos semanas de baja y tenía en casa cuanto necesitaba. Y si le faltaba algo, se lo podía traer Nicoletta. Mañana subiría a organizar las cosas de Ugo y empaquetar la ropa para darla a los pobres. Mucho trabajo no podía darle aquella casa. Quizá debería mudarse allí ella misma, puesto que su piso se le había quedado pequeño con el paso de los años. Ahora bien, ¿quién se ocupaba de que no le pasase nada a Nicoletta? Pensando en eso, Bruna se quedó dormida con el televisor encendido.

Poco después de medianoche, oyó fuertes pasos en la escalera. Apagó el televisor y recorrió el pasillo sin hacer ruido. Por la ranura de debajo de la puerta, vio que había luz en el descansillo y siguió de puntillas. Oyó los pasos en la escalera de abajo y se dio cuenta de que se detenían una y otra vez. Como si alguien se quedara quieto para aguzar el oído. Igual que ella pero al otro lado de la puerta y a unos cuantos metros de distancia. Le pareció que pasaba una eternidad, de pie en el pasillo, a oscuras y sin atreverse casi a respirar. Luego volvió a oír los pasos y supo que se acercaban. Volvió a hacerse un silencio que luego, sobresaltándola, rompió un ruido de cristales rotos. Oyó una respiración pesada. El hombre estaba justo delante de su puerta. Bruna volvió sigilosamente al salón, buscó el teléfono a tientas y marcó el 113. Sonó dos veces y respondió la centralita de la Polizia di Stato. En voz muy baja, dijo al auricular:

—Oigan, ¡está ahí! Está justo delante de mi puerta. Vengan, rápido.

—¿Cómo se llama? Diga su nombre, por favor.

—Bruna Saglietti —susurró, y el agente completó los datos de la calle, número y piso con tanta rapidez que Bruna se asombró. Un vistazo al ordenador de la red telefónica había bastado.

—¿Qué es lo que pasa exactamente, señora?

—Está ahí fuera. Quiere matarme. Puedo oírle.

—¿Quién?

Por ordenador, el agente dio orden de acudir al domicilio a un coche patrulla.

—¡No lo sé! O Gubian o Mario.

—Le envío un coche. ¿Cómo se apellida ese Mario?

—Es uno de los dos. Tengo que colgar o me oirá.

—No cuelgue, señora. No se retire, pase lo que pase. ¿Me oye, señora?, podemos ayudarla mejor si...

No fue lo bastante rápido. Bruna había colgado sin hacer ruido y volvía al pasillo a tientas. De nuevo, oyó la respiración pesada al otro lado de la puerta y un ruido que sólo podía ser el de un zapato moviéndose lentamente sobre cristales rotos. Conocía ese ruido. Lo había oído unos días antes en el piso de arriba, cuando Ugo había estampado la botella de vino contra la pared. El martes por la mañana tenía que haber sido. Oyó como si deslizasen algo a lo largo de la puerta y, poco después, un golpe sordo contra la madera. También el picaporte se había movido. Pero ella tenía echada la cadena, y había dado dos vueltas a la llave, de eso no tenía duda. Luego oyó que arañaban la puerta y que un objeto pesado la rozaba y acababa cayendo al suelo.

Bruna estaba como paralizada y la despertó el timbre de la puerta de la calle. Tenía que ser la policía. A toda prisa, buscó el picaporte al tacto y no quiso soltarlo, como si eso fuera a acelerar la llegada de sus salvadores. Oyó cómo los hombres, con gruesos zapatos, subían corriendo la escalera y, luego, gritos. Ahora por fin se atrevía a asomarse por la mirilla. Vio los hombros de un agente de uniforme y oyó una fuerte discusión. Un hombre protestaba por su detención a gritos, farfullando frases confusas. Luego se hizo un silencio hasta que llamaron a su puerta. Bruna vio por la mirilla a un policía de rostro inexpresivo. Giró la llave en la cerradura, pero dejó puesta la cadena. Abrió una rendija.

–¿Sí?

–Polizia di Stato. ¿Señora Bruna Saglietti?

–¿Sí?

–Usted nos ha llamado. ¿Está bien?

–Sí.

–Abra, por favor. Cuéntenos lo que ha pasado.

–No.

–Señora, por favor, ábranos.

–¿Sigue él ahí?

–Le hemos detenido. No tenga miedo. Por favor, abra la puerta.

–Un momento. Vuelvo enseguida.

Bruna cerró la puerta de nuevo, encendió la luz por fin y buscó la llave del piso de Ugo en el bolsillo del abrigo. En su casa no dejaría entrar a nadie. Ni siquiera a la policía. Podían hablar arriba, si no había más remedio. Luego, apagó la luz otra vez y abrió la puerta lentamente.

Vio a un agente muy alto; detrás de éste, un compañero y, más atrás, otro hombre que la policía no le dejaba ver.

–¿Es él? –preguntó Bruna. El corazón le latía desbocado. En un instante vería quién era, Mario o Gubian.

–No tenga miedo. Ya no puede hacerle nada. Está esposado –dijo el policía, apartándose un paso hacia un lado–. ¿Conoce a este hombre?

Bruna bajó la vista y vio los cascotes de cristal verde en el suelo, así como el cuello y la base de una botella en un charco de un líquido amarillento que los zapatos de los tres hombres habían extendido por toda la escalera.

–¿Conoce a este hombre, señora?

Bruna levantó la vista poco a poco.

–¿Usted? –exclamó sobresaltada. ¡Era el griego del piso de arriba!

Ritsos la miró sólo con un ojo, muy enrojecido. El otro estaba cubierto por una venda. Se tambaleaba. En efecto, estaba esposado, y no podía agarrarse bien a la barandilla. Como un fardo, se cayó contra ella y quedó casi de rodillas.

–¿Es que ya no puede uno ni entrar en su casa en paz? –dijo con lengua de trapo.

Con el griego no había contado. Miró a los agentes sin saber bien qué hacer.

–No –dijo tímidamente–. Éste no es. Él no es.

Día de limpieza

Era una mañana de sábado maldita, 25 de noviembre, y el sol no quería salir entre un espeso manto de nubes. Durante la noche, había empezado a llover. El siroco había cesado y la temperatura había caído unos cuantos grados.

Laurenti tanteó el otro lado de la cama, pero estaba vacío. Ella estaría en el baño y, sin duda, volvería enseguida. Volvió a dormirse.

En algún momento oyó el estrépito del martillo neumático, y el viento del mar trajo un inconfundible olor a pescado a través de la ventana entreabierta. Proteo Laurenti regresó lentamente a la realidad. ¿Dónde estaba? Miró a su alrededor. Aquellas paredes las conocía. No era el hotel, y la cama era mucho más ancha que la que había compartido con Živa. El olor a pescado, en cambio, también estaba antes. Cerró los ojos, los abrió un poco, se frotó la cara y, por fin, se despertó. Era su cama. ¡Suya y de Laura! ¿Cómo había llegado allí? ¿Qué había pasado la noche anterior, por Dios? Retiró el edredón y recorrió la casa dando tumbos, miró en todas las habitaciones y terminó en el baño. Sentado en la taza del váter, con los codos sobre las rodillas y la cabeza apoyada en las palmas de las manos, intentó reconstruir el rompecabezas de la noche anterior.

Habían regresado a Trieste cuando Damir cerró el restaurante. Se quedaron los últimos y Damir conservó la paciencia durante mucho rato. En algún momento, trajo la cuenta sin decir nada. Proteo pagó con su tarjeta de crédito y se negó a que Živa pagara su parte, como ella quería. Una hora más tarde estaban en Trieste. Borracho y cansado, dejó a Živa en el hotel Colombia y se volvió a su casa. Sin lavarse los dientes, se dejó caer en la cama y se quedó dormido de inmediato. ¿Y el olor a pescado? Tenía que ser de los *guati*, que habían viajado con él hasta Istria y seguían en la bolsa de plástico, junto a su cama, medio tapados por la ropa. ¿O venía de la cocina, donde aún seguía su traje? ¿No lo habría soñado todo? Proteo Laurenti se sentía agotado como después de un vuelo de diez horas, cuando no habían hecho más que una pequeña y emocionante excursión.

Delante de su edificio, unos obreros estaban levantando las tuberías del gas. Cuando

Proteo fue a buscar su coche, no pudo encontrarlo. Allí donde creía haberlo dejado la noche anterior, había una zanja de la que asomaban los cascos de dos hombres. Pensó dónde podría estar el coche si no, pero no se le ocurría ningún otro sitio. Por primera vez en su vida había encontrado un hueco para aparcar en la puerta de casa, ¿y ahora qué? El mundo estaba en su contra. Volvió a su casa y llamó a los Vigili Urbani. Le dijeron que su coche –el coche de la policía– estaba en el depósito municipal, lo había llevado allí la grúa. Se enfadó con el agente de turno, quejándose de que nadie le hubiera avisado. ¡Ya podían haberse dado cuenta de qué coche era al comprobar la matrícula! El guardia intentó salir del apuro alegando que sólo cumplía el reglamento en casos de emergencia. Alguien había dado un aviso de que olía a gas, qué otra cosa podían hacer. Preguntó a Laurenti si hubiera preferido volar por los aires y éste le colgó de pésimo humor. Luego embutió el traje sucio en una bolsa de plástico y, a pie, emprendió el camino hacia la tintorería de la Via Lazzaretto Vecchio. Cuando Silvana le saludó calurosamente, le preguntó por Laura y los chicos y bromeó sobre la peste que desprendía el traje, se esforzó por devolverle una sonrisa. Hasta el camino de vuelta no se pusieron en orden sus confundidos pensamientos.

En algún momento habían empezado a tutearse. Habían cenado de maravilla y habían bebido mucho. ¿Lenguado crudo? Sí, era cierto que habían comido pescado crudo, eso no lo había soñado. Incluso habían comentado que no era conveniente volver a coger el coche y que sería más sensato pasar la noche en un hotel. ¿De verdad era lo más sensato? De repente, Proteo Laurenti no lo vio tan claro. Por otra parte...

Esa mañana se dedicaría, por fin, a limpiar la casa, llenaría gruesas bolsas de basura negras con toda la porquería, las cajas de pizza, las botellas de cerveza, las colillas y los posos de café. Que no se le olvidaran los *guati* del dormitorio, con lo mal que olían. También tenía que comprar una cafetera nueva. Además de los periódicos y comida. Le entraron muchas ganas de ordenar. Claro que, para ir a la compra, necesitaba el coche. Así pues, llamó a Sgubin para que le llevase al depósito municipal de la grúa. Se le hicieron excesivas las veinte mil liras que costaba un taxi. Bastantes dispendios había hecho a favor del estado en los últimos días: los libros, la tintorería, la cena en Cittanova.

Cuando llegó a la calle, Sgubin ya le estaba esperando.

–*Buongiorno*, Antonio.

Sgubin arrugó la frente. Su jefe sólo le llamaba por el nombre de pila en contadas ocasiones. Ya le sorprendía hasta que supiera cómo se llamaba.

–¿Qué tal?

Laurenti hizo un gesto con la mano: mejor no preguntar.

–Súbeme donde los Vigili Urbani, esos inútiles han dejado que la grúa se me llevara el coche.

La mirada que le lanzó dejó a Sgubin perfectamente claro que cualquier comentario jocoso sobre la relación del jefe con su coche estaba fuera de lugar.

–¿Qué más pasó ayer? –preguntó Laurenti.

–No te perdiste nada. Estuvimos dos veces en el Viale XX Settembre porque un tipo de

la extrema derecha quería pedir cerveza blandiendo un hacha. Una llamada anónima. Cuando llegó la patrulla a detenerle, se amotinó todo el grupo. Los compañeros tuvieron que pedir refuerzos. Y luego, los tipos se esfumaron enseguida. Es la desventaja del Viale. Demasiados bares. Se meterían en las tabernas de los alrededores y listo. Pero conseguimos los carnés de dos de ellos, a otros cuantos los reconocieron los compañeros porque ya estaban fichados. Hoy les toman declaración. Me extrañaría que no cantasen enseguida. Antes de correr el más mínimo riesgo ellos mismos, delatan a quien sea.

—¿Han cerrado el Bellavia de una vez?

—Sí. El departamento de Orden Público lo consiguió a las seis de la tarde.

—¿Y qué más?

—Poco más.

—Está bien —Laurenti se recostó en el asiento y, bajo la mirada crítica de Sgubin, subió los pies al salpicadero—. Para ahí un momento, voy a comprar el *Piccolo*.

Sgubin paró al final de la Via Diaz, en un hueco para minusválidos.

—Vuelvo enseguida —dijo Laurenti, entrando en la tiendecilla donde compraba los periódicos cada mañana, de camino al trabajo. Excepto aquella semana. Había estado allí por última vez el domingo, el día que la *bora nera* azotaba la ciudad con una cortina de nieve.

—¿Has estado esquiando? —le preguntó Gianna al entrar.

—Sí, de ahí el color —dijo Laurenti, que tenía una cara como si acabara de echar hasta la primera papilla.

—Como no he visto a Laura en toda la semana, pensé que estabais de viaje. ¿Quieres el *Piccolo*?

—Sí. Y el *Corriere* también —dijo Laurenti, como todos los sábados.

—Tres mil setecientas.

—Dame una cajetilla de Marlboro y un mechero rojo, por favor.

Gianna frunció el ceño.

—Es la segunda vez en esta semana, Proteo —dejó el tabaco encima del mostrador—. Pensé que no fumabas.

—Dime una cosa, Gianna, ¿me estás vigilando? ¡En serio que no fumo! Los necesito para el trabajo. ¿Qué te debo? —Diez mil ochocientas, y saluda a Laura de mi parte. — Cuando la vea —farfulló Laurenti malhumorado.

Abrió el paquete de tabaco y se encendió un cigarrillo. —Espero que no te moleste, Sgubin. Venga, tira ya. Luego, se puso a hojear el periódico. Antes de llegar a los horóscopos, pasó por la doble página de las noticias locales. —¡Para, Sgubin, para el coche!

—¿Qué pasa? ¿Qué te ha dado? —preguntó su ayudante preocupado.

Laurenti le plantó el periódico en el regazo.

—¡Toma! Léelo tú mismo.

que la emisión del discurso del gobernador de la región de Carintia, Jörg Haider, no pueda tener lugar. Haider tenía intención de dirigirse a sus vecinos del Friuli a través de una pantalla gigante instalada en la Piazza Matteotti de Udine. El viernes por la noche, hacia las veintitrés horas, un grupo de jóvenes que celebraban una fiesta en las cercanías arremetió contra las instalaciones técnicas, prendiéndoles fuego con ayuda de dos bidones de gasolina. La policía, alertada por algunos vecinos, logró detener a cuatro chicos y una chica de edades comprendidas entre los 17 y los 21 años. La policía sólo nos ha transmitido sus iniciales: A. V., de 19 años, y C. C., de 18, ambos de Udine; G. F., de Butrio; M. L., de 17, de Trieste. La chica, L. Z., de 18, también procede de Trieste.

Se les acusa de daños materiales y vandalismo. Desde ayer por la noche, un grupo de vigilancia de la Lega Nord se encarga de proteger la pantalla gigante. Es muy probable que no puedan conseguirse a tiempo las piezas necesarias para la reparación de los daños. La Lega Nord ha anunciado que, dado el caso, el discurso de Haider se repetirá dentro de una semana.

—¿Y por eso te pones así? —preguntó Sgubin—. Si es una buena noticia.

Laurenti expulsó el humo de un nuevo cigarrillo con la fuerza de una olla a presión y le arrancó el periódico de las manos a Sgubin.

—¡Pero, míralo, hombre! ¿No salta a la vista? ¡M. L., 17, de Trieste! ¡Adivina de quién se trata! ¿Qué? ¿Se te enciende la bombilla? ¿Has oído alguna vez el nombre de Marco Laurenti? Y esa tal L. Z. debe de ser su amiga Luciana. ¡Encima es mayor que él, *porca miseria*!

—Ya sé por qué no tengo hijos —dijo Sgubin con intención de arrancar el coche otra vez.

—¡Espera! —Laurenti marcó el teléfono móvil de Laura y se bajó.

Ella respondió a la tercera señal.

—¿Ya has leído el periódico de hoy? —gruñó Laurenti sin saludarla.

—Sí, ¿por qué?

—¿Cómo que por qué? ¿Es que ya no sabes leer? Creo que tu hijo tiene un problema muy gordo. Y yo también. Y tú también.

—¿Qué pasa? ¿De qué me hablas?

—¡Ve inmediatamente a Udine y sácalo de ahí! Tú estás más cerca y yo tengo que trabajar. Además, nada de esto habría pasado si estuvieras en casa. Pero, claro, un hijo sin madre... ¿Qué otra cosa se puede esperar? Al menos no estás en Cittanova con ese capullo estafador de los seguros.

—¡Proteo! ¿Te has vuelto loco? ¿De qué me hablas? No entiendo ni una palabra.

—Creo que Marco está entre rejas en Udine desde anoche. Al menos, podrías leer el periódico como Dios manda, ya que te pones. ¡Maldita sea! Y si, por casualidad, todavía te acuerdas de que eres su madre, ¡ya estás yendo para allá a sacarlo! Llámame cuando sepas algo —colgó y subió al coche otra vez—. Venga, arranca ya —bufó a Sgubin.

Ante las bromitas del agente del depósito que le devolvió el coche, Proteo Laurenti prefirió hacer oídos sordos. Ni siquiera devolvió el saludo cuando le abrieron la barrera para que saliera del recinto municipal. Fue hasta su oficina y corrió escaleras arriba, buscó el número de la *questura* de Udine, llamó y colgó antes de que se lo cogiera nadie. No, no quería y no debía intervenir. Tenía que mantenerse al margen del asunto. A Marco no le haría ningún mal pasar un día en el calabozo con los demás. Al menos, en ese tiempo, no estaría haciendo el gamberro por ahí. Y tampoco estaba mal que Laura se

preocupara un poquito e hiciera algo. Tal vez eso la ayudara a comprender de una vez que iba por el camino equivocado.

Poco después, encendió el ordenador para leer los informes de la policía de la tarde anterior. Seguía teniendo la sensación de haber estado fuera de Trieste durante mucho más que unas horas, como si tuviera que reinventarse a sí mismo por completo. Los primeros hechos recogidos eran de muy poca importancia; luego, el teléfono interrumpió su lectura.

—Proteo, ¿eres tú? —era el vozarrón de Ettore Orlando, de la Guardia Costiera.

—Hombre, Ettore. ¿Qué haces en la oficina en sábado?

—Lo mismo digo. Tengo una buena noticia para ti, pero no sé si te va a gustar.

—¿Marasi? ¿Habéis encontrado algo más?

—Nada en absoluto. Pero ha venido la mujer del pescador desaparecido. Asegura que el *San Francesco* no estaba solo en alta mar, sino que se encontró con otro barco.

—¿Con quién?

—No lo sabe. Pero dice que a Marasi se le escapó sin querer.

—¿Se puede tomar en serio lo que dice esa mujer?

—Creo que sí. Parece muy en sus cabales. Yo mismo he hablado con ella, acaba de irse. El informe te llegará en media hora por fax. ¿Tienes idea de qué hay detrás de todo esto? Quiero decir, ¿tenéis alguna pista de quién puede ser?

—Por supuesto: Antonio Gubian. El padre de la familia de Contovello. Es de la edad de Marasi. No sé cómo se llama su barco. Pide información a tus homólogos en Croacia.

—¿Qué tal si se lo preguntas tú a tu nueva amante? Será mucho más rápido, supongo.

—Déjate de bromas, Ettore. Ya te he dicho que tus suposiciones están más que desencaminadas.

—Os vieron ayer por la tarde de la manita, detrás de la iglesia de San Antonio.

—¿Quién?

—Alguien. Sé más discreto, hombre. Esta ciudad es demasiado pequeña, Proteo. Todo el mundo te conoce. Me extraña que Laura no se haya enterado ya.

—Cálmate, te digo que no hay nada. ¿Vas a interrogar a los dos pescadores más veces?

—El lunes por la mañana. Están citados.

—Mantenme al corriente.

—¿Qué tal estaban los *guati*, por cierto? ¿De verdad te los comiste tú solo?

—Ettore, olvídale. No llegué ni a prepararlos. He tenido que tirarlos porque, con tanto trabajo, no tengo tiempo de cocinar. Ni de meterlos en el frigorífico siquiera.

—Pues a ver si la próxima vez compras unos pocos más y me invitas. Hasta pronto.

La lectura de informes de Laurenti fue interrumpida una segunda vez. Ahora era Tozzi, de la Guardia di Finanza. Otro que pasaba la mañana del sábado en la oficina.

—Ese tal Gubian está aquí otra vez. Después de la bronca que me echó por no detenerle en la calle, aquel día de la señora que gritaba, podemos aprovechar y hacerlo ahora, aunque no esté acusado de nada —dijo. Por lo visto, todavía no le había perdonado del todo. Su tono de voz destilaba ironía y sarcasmo—. Lleva dos horas abajo,

en la calle, sin moverse del sitio. Pensé que quizá le interesaría, Laurenti.

—Por supuesto, mucho. ¿Dónde dice que está?

—Está petrificado como una estatua delante de la Boutique du Poisson. Si fuera el asesino de Marasi, no creo que se atreviera a tanto. ¿No le parece?

—Yo diría que no, pero he visto bastantes locos a lo largo de mi vida —reconoció Laurenti en tono vacilante—. No le pierda de vista en un rato, ¿es posible? En cuanto pueda, envíe a alguien para allá.

—Bueno, pero dése prisa.

—¿Qué hace la hija de Marasi?

—Ha salido dos veces a mirar. Eso es todo.

—Otra pregunta, Tozzi. ¿Han llegado a algo con la investigación de los movimientos bancarios de Nicoletta Marasi?

—Estamos en ello. Nos enviaron los papeles ayer. Estamos comparándolos con la lista de las salidas de Marasi a aguas internacionales que nos ha facilitado la Guardia Costiera. Aún tardaremos un poco. El lunes sabremos más.

—Gracias, Tozzi —Laurenti colgó el teléfono con un fuerte golpe.

No sólo a Sgubin, también a Marietta se le había terminado el día de asueto después de la llamada de su jefe. Laurenti había ido a recoger el fax, encontrando no sólo el informe de la declaración de Eliana Scropetti, sino también el del laboratorio, que no había llegado a ver la tarde anterior. El resultado era inequívoco: la masa blanca de la bolsita de plástico era polvo de escayola. Los especialistas del laboratorio habían indicado hasta la marca. Era una trampa de los dos pescadores en la que Nicoletta, con todo, había picado. Laurenti había podido comprobarlo con sus propios ojos la mañana anterior. Luego, en cambio, su gesto se ensombreció, y Marietta, que le dio los buenos días en tono jovial, como de costumbre, se llevó el primer bufido.

—¿Por qué demonios no me notificaste este resultado ayer?

—¿Qué resultado?

—¡Éste de aquí! —Laurenti agitó el fax en el aire—. ¡El informe del laboratorio!

—Porque no había llegado cuando me fui —Marietta parecía una imagen congelada, aún sin sacar el brazo izquierdo de la manga del abrigo—. ¿Qué pone?

—Nada. ¡Escayola!

—¿Y por eso te pones así?

En ese momento entraba Sgubin y Marietta le lanzó un beso; además de una mirada de advertencia, puso los ojos en blanco y se dio unos golpecitos en la frente, indicando un tornillo flojo.

—¿No me has dicho antes que no había pasado nada excepto lo de los nazis esos? —rugió Laurenti antes de que Sgubin pudiera decir nada.

—¿Por qué?

Laurenti hervía de rabia.

—¿Pero estáis atontados los dos o qué? ¡Me ausento unas horas y esto es un desbarajuste total! ¿Qué es esto, Sgubin? —gritó al tiempo que golpeaba la pantalla del

ordenador con el dedo como un poseso.

Sgubin se inclinó a mirar y Marietta se asomó por encima de su hombro.

—Se me olvidó —confesó Sgubin, apocado.

—Aquí pone que, ayer, poco antes de medianoche, Bruna Saglietti avisó a la policía... ¡Ésos somos nosotros, queridos míos! ¡Por si se os había olvidado!... diciendo que se sentía amenazada. La patrulla detuvo al griego del piso de arriba, borracho como una cuba. Lo han vuelto a soltar esta mañana temprano. Sin embargo, al tomarle declaración a la señora Saglietti, reconoció que quien la hacía sentirse amenazada era Gubian o ese tal Mario. ¿A alguien se le ocurre algo? ¿No? ¡Pues a mí sí! —Laurenti se puso en pie de un salto—. Primero: ese Mario es uno de los pescadores que iban con Marasi. Para empezar, el lunes por la noche se ahogó uno de ellos, al parecer por accidente, sólo que hasta hoy no se ha encontrado todavía el cuerpo. El martes por la noche murió Marasi. Y ayer por la noche llama su mujer porque se siente amenazada por el tal Mario. ¿Qué? Hasta el policía más tonto caería en la cuenta de que algo raro pasa con ese Mario. Segundo: la Saglietti calificó de asesino a Gubian en plena calle, y tercero: ayer, Gubian amenazó a Nicoletta Marasi con matar a su madre. Y hoy lo tenemos plantado en la puerta de la pescadería. Eso no podéis saberlo todavía porque me lo acaba de decir Tozzi hace unos minutos. Que la Saglietti es la viuda de Marasi, eso sí lo sabemos todos. ¿O no? Podríamos avanzar a pasos agigantados, pero, claro, vosotros estáis ahí, de charleta o qué sé yo. ¡Me cago en la mar, hombre!

Marietta y Sgubin no tuvieron siquiera ocasión de protestar. Proteo Laurenti había cogido velocidad y no había forma de pararlo.

—Por el momento, la cosa todavía parece fácil. Sería muy raro que Nicoletta cerrara la pescadería antes de la una y media, si es que cierra. Pero hay que pegarse a ella como lapas. Gubian no necesita que le siga nadie, pues apenas cabe duda de que también él irá detrás de Nicoletta. Quiero que me informen de todos y cada uno de sus pasos. Sgubin, de eso te encargas tú. Además, tiene que ir una patrulla a vigilar la casa de la Saglietti lo antes posible.

—No me parece buena idea seguir yo a Nicoletta —replicó Sgubin—. Ya me conoce.

—¡Pues por eso mismo, Sgubin! Eso es justo lo que quiero. Que sepa que le estamos pisando los talones. A lo mejor, así, por fin comete algún error. Que te vea, no hay ningún problema. ¿Lo has entendido? Eso sí, tampoco pierdas de vista a Gubian.

—¿Y yo qué hago? —preguntó Marietta.

—Tú te quedas aquí, en la oficina, hasta que el caso esté resuelto.

Marietta rió un instante.

—¡Estás chiflado, Laurenti! Eso puede tardar mucho.

—Pues que te traigan el cepillo de dientes. Pero antes quiero ver a ese Mario. En la próxima media hora, para más señas. ¡En marcha! Poneos a trabajar ya mismo.

Marietta miró a su jefe a punto de escupir fuego y se quedó quieta un instante después de que Sgubin se alejara.

Luego, también ella desapareció en el despacho de al lado y, por primera vez en mucho tiempo, dio un furioso portazo tras de sí.

La patrulla no encontró a Mario en su casa. Siguiendo las indicaciones de Marietta, atravesaron la ciudad en coche hasta la Vía San Severo, al pie de la universidad. Finalmente, dieron con él en casa de Luca y su mujer, comiendo. A las dos y veinte estaba en el despacho de Laurenti, preguntando por qué no le habían dejado ni tomarse el postre.

Laurenti se puso de pie y empezó a dar zancadas de un lado a otro de la habitación, mientras el pescador refunfuñaba. Luego, sin responderle nada, salió para regresar poco después con una grabadora, la plantó encima de la mesa, dijo tres palabras para probar el micrófono al tiempo que leía fugazmente las indicaciones y rebobinó la cinta para asegurarse de que todo funcionaba. Mario le miraba con interés.

—Sábado, 25 de noviembre de 2000. Trieste... Despacho de Proteo Laurenti, comisario de nivel IV, Polizia di Stato. Declaración de Mario... ¿Cómo se apellida usted?

Mario dijo su apellido y Laurenti lo repitió.

—...sospechoso en el caso de la desaparición de Giuliano Scropetti, así como del asesinato de Ugo Marasi.

Con sólo oír el nombre de Giuliano, Mario abrió los ojos como platos, pero no encontró palabras para protestar. Laurenti se dio cuenta, para su satisfacción, y colocó el micrófono en el centro de la mesa.

—Vamos a empezar por el principio de todo: la noche del lunes al martes, cuando usted salió con el *San Francesco*, un barco de pesca del que le corresponde una parte, y, según dice, tuvo un accidente en aguas internacionales en el que Giuliano Scropetti cayó por la borda y se ahogó. ¿Es correcto?

Mario asintió con la cabeza.

—Responda en voz alta, acercándose al micrófono.

—Sí.

—Hablamos del asesinato de Scropetti, Giuliano, el 21 de noviembre...

Mario le interrumpió:

—¡No fue un asesinato! ¡Fue un accidente!

—Tenemos la declaración de un testigo que sostiene que fue un asesinato —respondió Laurenti sin conmovirse—. ¿Quiénes eran los otros?

—No le entiendo —Mario se había quedado con la boca abierta.

—Se encontraron con otro barco, cuando pasó el accidente.

Mario vaciló un instante y luego dijo:

—No —sus manos estaban muy enrojecidas.

—Sabemos que había otro barco. ¿Se mantiene en lo que ha dicho?

—Sí.

—¡Está mintiendo! Sabemos que se encontraron con Gubian. Antonio Gubian, de Pola. Pero vayamos un paso más lejos: un día más tarde, la noche del martes, según el informe del forense, entre las diecinueve y las veintiuna horas, es asesinado otro compañero suyo, Ugo Marasi, también propietario del *San Francesco*, hallado el miércoles en la *foiba* de Monrupino con un arpón clavado en el corazón. ¿Puede confirmar eso?

—Así lo decía el periódico.

—Y, hoy, poco antes de la medianoche, Bruna Saglietti llamó a la policía. Dijo que se sentía amenazada por usted —Laurenti hizo una larga pausa y clavó una fría mirada en Mario—. La señora Saglietti dijo que la muerte de Giuliano Scropetti no fue un accidente y está dispuesta a declararlo bajo juramento —Laurenti se encendió un cigarrillo y echó el humo a la cara a Mario, como solía hacer de joven porque creía que impresionaba a los interrogados—. ¿Tiene algo que decir al respecto?

—¡Bruna está loca! Hace tiempo que está un poco rara.

—Bruna Saglietti asegura que usted tiene algo que ver.

Está convencida de que la muerte de Giuliano Scropetti es culpa de usted. Luego, asesinó a Ugo Marasi porque quería romper el silencio que le había jurado. ¿Dónde estuvo usted el martes por la noche?

Mario se rascó la cabeza.

—Cenando en casa de Luca. Donde también estaba comiendo hoy antes de que vinieran a por mí. Pregúntele a él.

—Ya lo hemos hecho —siguió mintiendo Laurenti y se apoyó en la mesa, al lado de Mario. Mario se rascó el antebrazo izquierdo.

—Bruna Saglietti está dispuesta a declararlo bajo juramento.

—¡No puede hacerlo! ¡Ella miente! Además, ¿por qué motivo iba yo a matar a Giuliano?

—Usted y su compañero Vidulini querían su parte porque tenían intención de dejarlo. Pero Giuliano no quería vender y se mantenía fiel a Marasi. Éste les ofrecía demasiado poco para vivir de las rentas. Y por eso tuvieron una discusión tan acalorada.

—¡Ya está bien! ¡Eso son imaginaciones tuyas! Vamos, enciérrenme. Bruna no les ha contado esos disparates. ¡Ni por casualidad! ¡Ella no tenía ni idea de cómo estaban las cosas entre nosotros! —Mario temblaba de indignación y rabia.

—Mantenga la calma —Laurenti dio una vuelta a la mesa y apoyó las palmas de las manos en el tablero—. Ugo Marasi le contó todo, y la Saglietti lo ha puesto por escrito.

Laurenti sacó unos pocos folios de una carpeta, los agitó en el aire, volvió a guardarlos y cerró la tapa.

—Es imposible —Mario rió maliciosamente—. Ugo no le dirigía la palabra desde hacía más de veinte años. No me cuente historias, ni siquiera vivían juntos. Usted quiere engañarme. Pero no lo conseguirá, maldito...

Laurenti levantó una mano.

—¡Vamos, dígalos, dígalos! ¡No se reprima! No me importa que me ofenda. Tiene problemas mucho más graves.

De pronto, le vino a la mente lo último que acababa de decir el pescador.

—Ya hablará, se lo juro —dijo, apagó el cigarrillo y se sentó—. ¿Qué quiere decir eso de que Marasi no hablaba a su mujer?

—Pues lo que he dicho. La abandonó hace mucho. Era un cerdo. Alquiló el piso de arriba y dejó de hablarle. Ni siquiera se divorció. Bruna no lo ha superado. ¿Y usted pretende contarme que no fue así?

—Espere un momento —dijo Laurenti.

Fue al despacho de Marietta. Ella se apartó cuando el jefe quiso decirle algo al oído, y entonces comprendió que no era un intento de reconciliarse con ella.

—¿Dónde están las direcciones de Ugo Marasi y Bruna Saglietti?

Marietta rebuscó entre sus papeles y sacó dos hojas:

—Aquí, ¿por qué?

Laurenti recorrió los datos con el dedo y vio que, en la casilla de «piso», Bruna había puesto un I, mientras que en el expediente de Ugo había un II. Se llevó la mano a la frente.

—¡Era eso! Ahora lo entiendo todo. ¡Claro, eso no llamaba la atención!

—¿El qué? —preguntó Marietta, pero Laurenti ya estaba cerrando la puerta otra vez.

Muy tranquilo, se sentó enfrente de Mario, volvió a encender la grabadora haciendo ruido a propósito al pulsar la tecla y, para su nueva satisfacción, vio cómo los ojos de Mario acompañaban el clic. Aquel hombre seguía impresionado por la situación.

—Estamos comprobando su testimonio —el tono de Laurenti era conciliador—. Bruna Saglietti declaró que Ugo Marasi rompió su silencio después de la muerte de Giuliano Scropetti.

—Imposible —dijo Mario—. Usted no conocía a Ugo. ¿Tiene una orden de detención o me ha traído aquí sin más?

—No me hace falta. ¿Qué hacían con Gubian en alta mar?

—Ya le he dicho una vez que él no estaba allí. ¿Iba a salir a pescar cuando acababan de matar a su hijo?

—Puede irse —dijo Laurenti de repente. Tenía que interrumpir el interrogatorio de inmediato, antes de que derivara en una conversación. Sus especulaciones sólo eran válidas mientras el pescador estuviera intimidado. No podía echar a perder el efecto sorpresa que Mario aún llevaba claramente metido en el cuerpo. Laurenti apagó la grabadora. No obstante, el hombre no se levantaba.

—¡Márchese! —le gritó Laurenti, abriendo la puerta de par en par—. ¡Vamos! ¡Desaparezca!

—Pero, bueno, ¿qué ha pasado ahí dentro? —Marietta apenas podía reprimir su curiosidad.

Laurenti estaba repanchingado en su sillón, con los pies encima de la mesa, tamborileaba sobre la mesa con un cigarrillo sin encender y miraba por la ventana.

—No sé cómo se puede vivir así —dijo—. Si es verdad lo que dice ese pescador, es espantoso. Dos personas, en la misma casa, en dos pisos distintos, casados sin divorciarse, separados pero cerca. Y sin tener nada que ver el uno con el otro. Para eso, es mejor separarse directamente y con dignidad cuando la cosa ya no funciona, en lugar de torturar al otro. Tengo que reflexionar.

Se puso el cigarrillo en la boca, pero no lo encendió.

—¿Sobre qué? ¿Podrías hablar más claro, por favor?

—¿Ya han mandado a alguien a la casa donde vive Bruna Saglietti?

—Por supuesto.

—¿A quién?

—A una patrulla.

—¿Cómo? ¡Pero eso llama mucho la atención! ¡Que los releven agentes de paisano de inmediato!

—Pues haberlo dicho —refunfuñó Marietta y se marchó a su despacho.

Laurenti bajó los pies de la mesa, encendió el cigarrillo y dio una profunda calada.

—Voy a dar un pequeño paseo. Tengo que reflexionar sobre cómo se puede vivir así. Llámame enseguida en cuanto pase algo, por nimio que sea. Y haz el favor de transcribir esa cinta cuando tengas un rato.

Marietta comprendió que no tenía sentido seguir preguntándole. Claro que tenía un rato, no tenía otra cosa que hacer, excepto quedarse allí sentada, preparada para lo que fuera. Eso sí, conocía muy bien aquella expresión de estar ligeramente ausente en el rostro de su jefe. Gracias a Dios, sólo aparecía cuando estaba absolutamente concentrado en el trabajo e iba tras una pista como un coyote o cuando tenía problemas en casa. En ese momento, ambas cosas valían.

—¿Cuándo volverás? —preguntó cuando él ya le daba la espalda.

—Luego —murmuró Laurenti desde el pasillo. Marietta apenas lo oyó.

Mario echaba chispas de rabia al salir a la Via del Coroneo después del interrogatorio. Se sentía traicionado y se preguntaba por qué el comisario sospechaba que él precisamente había matado a Giuliano. Era incomprensible que Bruna hubiera dicho algo así. Además, no le cabía en la cabeza que Ugo hubiese roto el silencio con Bruna. ¿Por qué iba a cambiar de comportamiento un sádico como él? A los cien metros, Mario entró en el Bar X y pidió una copa de Merlot, que se bebió de un trago para, acto seguido, pedir otra. Su nerviosismo se calmó un poco. ¿Le convenía llamar a Luca y hablarle del interrogatorio? Seguro que esperaba alguna noticia suya o incluso contaba con que también fueran a buscarlo para otro interrogatorio. Pero el policía sólo lo había inculpado a él y ni siquiera había mencionado a Luca. ¿No sería todo una estratagema? Pagó y siguió su camino. En el Viale XX Settembre, se decidió a esperar delante de una cabina telefónica, ocupada por unos jovencillos que se pasaban el auricular unos a otros gastando bromas. Mario esperó cinco minutos. Cuando comprendió que aquellos chicos no estaban por la labor de dejar de jugar en breve, entró en el bar más próximo y se tomó otro vino. A los intentos de charla del camarero sólo respondió con gruñidos, sin apartar la vista de la cabina. Cuando se quedó libre por fin, salió del bar sin despedirse.

—Luca, hay problemas.

—¿Qué pasa? ¿Qué querían de ti?

—La policía afirma que fui yo quien mató a Giuliano. Por lo visto, lo dijo Bruna.

—¿Estaba también ella?

—No.

—Eso es imposible. ¿Cómo puede afirmar eso?

—Yo no creo que lo haya dicho. Pero tampoco estoy seguro. Por lo visto, Ugo se lo

dijo a ella.

Mario miró a su alrededor. Estaba cerca de los grandes almacenes donde trabajaba Bruna. A lo mejor se la encontraba por la calle de casualidad. Sin embargo, aparte del grupo de jovencillos, no se veía a nadie más.

—¿Ugo? Descartado.

—Voy a hablar con Bruna. Quiero oírsele decir a ella.

—¿Crees que también me van a interrogar a mí?

—Seguro. Tienen que hacerlo. Eres el único que sabe que las cosas fueron de otra manera.

Luca expresó su descontento gruñendo al teléfono:

—Yo declararé que eres inocente. Nos mantenemos en la versión que hemos dado hasta ahora, sólo añadiré que Marasi no prestó suficiente atención.

—Otra cosa más. Saben que nos encontramos con Gubian.

Mario descansaba el peso primero en una pierna y luego en la otra. No tenía costumbre de hablar por teléfono y no le gustaba.

—¿Cómo saben eso?

—No me lo han dicho.

—Maldita sea. Ahora sí que tenemos que conseguir que Nicoletta nos venda su parte.

—¿Luca? —dijo Mario después de vacilar unos instantes.

—¿Sí?

—Tengo que decirte algo más —se interrumpió.

¿Qué?

—Ya no quiero el barco. Que nos pague ella —volvía a ser presa del mismo estado de nervios de antes.

—¿Qué me estás diciendo? —exclamó Luca.

—Ya no tiene buena estrella. Quiero vender.

—¿Y, luego, qué? ¿De qué vas a vivir?

—Ya se verá. Oye, tengo que...

—Pásate por mi casa, Mario —se apresuró a decir Luca al deducir del tono de voz de Mario que quería terminar la conversación—. Hablémoslo con calma.

—No. Hoy ya no.

Mario colgó y miró hacia el Viale sin saber qué hacer. Al menos ya lo había dicho. Así Luca se iba haciendo a la idea. Y si se presentaban en su casa para llevarlo a interrogar, estaba sobre aviso. Pero ¿y Bruna? Tenía que hablar con ella. De inmediato, en cuanto lograra tranquilizarse.

Las tiendas no volvían a abrir hasta media hora después. Apenas había gente en la calle y tampoco mucho tráfico: una típica tarde de sábado de noviembre. El mal humor de Laurenti se había disipado por fin, y paseaba Via Battisti abajo. No dejaba de darle vueltas a la conversación con Mario. Laurenti le había lanzado una sarta de especulaciones, meras ideas ensambladas que no podía demostrar, y el viejo pescador, en efecto, había picado y se había puesto mucho más nervioso de lo que el comisario

hubiera podido soñar. Con algo debía de haber dado en el blanco. Pero ¿qué era? Tal vez tuviera razón Ettore Orlando y le convenía pedirle a Živa Ravno que averiguara si el barco de Gubian había salido la noche del lunes. Además, era un buen pretexto para preguntarle cómo había pasado el resto de la noche.

La localizó en el móvil. Unos minutos antes había terminado su visita oficial con la última reunión con el fiscal jefe. Quedaron en el Caffè Piazzagrande, donde, a esa hora, seguro que encontraban mesa libre.

Živa Ravno ya le estaba esperando cuando entró. La vio en una de las mesas del fondo del local. Laurenti se abrió paso entre la gente que tomaba café en la barra, saludó fugazmente a algunos conocidos y notó que alguien le tiraba de la manga. Era la mejor amiga de Laura.

–¿Has sabido algo de tu mujer? –preguntó sonriendo.

–Creo que ahí estás mejor informada que yo, ¡soplona!

–Ay, bueno, podré preguntar, ¿no?

–Pues ya que estás, puedes llamarla otra vez. Me están esperando –y saludó con la mano a Živa, que le respondió con una encantadora sonrisa–. Hala, bonita –le dijo a la mejor amiga de Laura–, ya estás llamando. ¿O aún tengo que darte el teléfono yo?

La dejó allí, con la boca abierta, y se abrió paso hasta Živa.

–Discúlpame, por favor –dijo, dándole un beso en la mejilla–. Era la mejor amiga de mi mujer.

–Ya, la del miércoles por la noche. Pero me alegro de verte –dijo Živa–. Se diría que estás trabajando.

–Y eso que, en realidad, estoy hecho enteramente para el ocio. ¿Nos sentamos? Espero que la reunión haya ido bien... después de nuestra pequeña excursión.

Miró a su alrededor buscando al camarero, quien, al igual que en la mayoría de bares de Trieste, no brillaba por su rapidez y sólo se dignaba atender a los clientes de cuando en cuando.

–Era una pura formalidad. Ya no había nada importante. Sólo estoy un poco cansada.

Sonrió, y Proteo se alegró. De modo que no había quedado mal sabor de boca después de la excursión.

–He soñado que pasábamos la noche allí –dijo a Živa. El camarero por fin se había acordado de ellos y le interrumpió con muy poca cortesía. Laurenti pidió dos cafés.

–Más inteligente habría sido. Hacía mucho que no bebía tanto. ¿Has avanzado algo?

–Creo que sí. Parece que por fin se está poniendo en marcha el asunto. Gubian está en Trieste, al parecer para sembrar el miedo. Se ha pasado dos horas, quieto como una estatua, delante de la pescadería de Nicoletta. Le estamos vigilando. Pero necesito tu ayuda otra vez. No es más que una llamada. Tenemos que saber si el barco de Gubian salió a pescar el lunes por la noche y si llegó a aguas internacionales. Las autoridades del puerto de Pola podrán comprobarlo enseguida, supongo.

–Se diría que ahora trabajo para la policía de Trieste. ¿Cuánto cobra tu ayudante?

–Demasiado poco, pero en este trabajo siempre se cobra demasiado poco. Por eso, tampoco merece la pena llevarse muchos disgustos. A cambio, te invito a cenar otra vez

esta noche.

–Eso va a ser difícil. Ya he dejado la habitación del hotel y tenía intención de hacer algunas compras antes de marcharme. Mañana al mediodía tengo otra reunión en Pola.

–Pues márchate más tarde. Después de cenar.

–¿Y tan borracha como ayer? No es buena idea.

–No te preocupes, hoy no nos pasaremos de la raya. Aún debo una disculpa en la Trattoria al Faro, porque la otra noche no fuimos a pesar de que tenía una reserva. Ya lo verás, te gustará el sitio.

–Es una insensatez total, pero, bueno, de acuerdo. Eso sí, en cuanto me termine el café me marchó. Esta noche te cuento lo que averigüe sobre Gubian.

–No bebas tanto, Mario –dijo el camarero del Bar Italia. Pero Mario no podía evitar beber, era todo cuanto podía hacer. En los grandes almacenes le habían dicho que Bruna estaba de baja y, por lo tanto, en casa. Del Viale había ido directamente a la Via Stuparich y llamado al timbre un buen rato. Pero Bruna no abría. Vio el coche de policía en la acera de enfrente y a los agentes de uniforme que le observaban aburridos. Ya volvería más tarde; después de todo, no era tan malo que Bruna no estuviera en casa. Así tendría un poco más de tiempo para reflexionar sobre todo el asunto y trazar un plan. Las sospechas de aquel policía le habían sacado de quicio, empujándolo de la rabia a la resignación y otra vez a un sentimiento de rabia impotente. Tenía que hablar con Bruna hoy mismo. Ayer ya le había dado un susto tremendo cuando fue a buscarlo al bar. Seguro que había ido a hablar con la policía después. Mario se preguntaba por qué se comportaba así precisamente con él. Tal vez fuera cierto que Marasi había vuelto a dirigirle la palabra, contándole aquellas mentiras. No cabía imaginar que la propia Bruna inventara esa clase de historias.

Entretanto, había comenzado a anochecer. Mario había pasado las dos últimas horas sentado en una mesita en el bar del que prácticamente no salía desde hacía días, echándose al cuerpo medio litro de vino detrás de otro. El recuerdo de aquellas dos noches funestas cada vez adquiría más fuerza en su cabeza. De nuevo, veía la imagen de Giuliano cayendo por la borda. Como a través de una lupa de gran aumento, veía la mano de Giuliano agarrándose al cabo antes de caer por el hueco entre los costados de los dos barcos. Veía los grandes ojos de su amigo, aún más abiertos por el horror. Recordaba la insensibilidad de Ugo al determinar qué mentira debían contar después a la Guardia Costiera para que no se descubrieran sus negocios sucios. Mario estaba furioso con él. Marasi nunca había pensado más que en sí mismo, sólo había utilizado a los demás para que Nicoletta se saliera con la suya. Nicoletta la fea, que ya era igual que su padre de 74 años. Luego le vinieron a la mente las imágenes del martes por la noche. Seguía en su mesa del bar sin percibir nada más del mundo que le rodeaba. Sólo bebía y veía aquellas imágenes. Había perdido la noción del tiempo, era como un sueño pero sin estar dormido, y sólo logró despertar lentamente al cabo de mucho rato. Sintió sed y pidió otro medio litro de vino. El camarero vaciló y lo miró preocupado. Sabía que Mario

aguantaba muy bien la bebida, pero las cantidades que llevaba ingeridas esa tarde y esa mirada perdida en el vacío que ni siquiera reaccionaba ante los saludos de los demás clientes le hacían dudar si era acertado seguir dándole de beber. Sin embargo, él se ganaba la vida así. Mario, sin reaccionar, vio cómo dejaba sobre la mesa la frasca nueva y retiraba la vacía. Él ya había tomado una decisión, por fin. Ahora sabía qué hacer. La única persona que podía suponer cierto peligro para él era Bruna. Se lo había dicho el comisario. Y eso mismo era lo que tenía que impedir por todos los medios. Tenía que encontrarla.

Antonio Gubian había vuelto a Trieste el sábado por la mañana. La breve conversación con Nicoletta en Cittanova le había reforzado en su decisión. Ella le había amenazado con que recibiría el mismo paquete que su hijo si no mantenía el contacto y dejaba de trabajar para ella como intermediario, si dejaba de salir a alta mar para transportar la mercancía. Ahora sabía que podía hacerle daño.

Primero, regresó a Pola y apenas pegó ojo en toda la noche. Desde aquel día en que él y Marasi habían vuelto a verse después de tantos años, sabía que éste le creía responsable de la muerte de su hermana Violetta. Por eso no había regresado Gubian a Cittanova después de la guerra, sino que había buscado trabajo en Pola. Con Marasi siempre estaba hecho a la idea de lo peor. Cada noche que se encontraban en el mar. Gubian estaba preparado para ello cada vez y nunca acudía a un encuentro con Marasi sin llevar su vieja pistola del ejército ruso en el bolsillo. Sus hombres no conocían la historia. Gubian se quedaba al timón, desconfiando, y no perdía a Marasi de vista ni un segundo. Y Marasi hacía lo mismo en la cabina del *San Francesco*, como si fuera su reflejo en un espejo. Jamás se dirigían la palabra. Gubian había pensado muchas veces si Marasi también se habría hecho a la idea de que lo atacaran. En las noches de luna clara se veían perfectamente. Cada uno clavaba la mirada en el otro mientras manejaba el timón y la máquina con movimientos mecánicos y mientras sus hombres trasladaban la mercancía de una cubierta a otra. Y Gubian pensó más de una vez en sacar la pistola y pegarle un tiro a Marasi sin más. Pero no habría podido explicarlo a nadie, y además estaba seguro de que la hija de Marasi entregaría a su hijo de inmediato. Ciertamente es que Manlio, a lo sumo, habría ido dos años a la cárcel, pero su reputación estaría hundida para siempre, sería un golpe tremendo para la familia y también supondría el fin de los pagos mensuales a su padre. Habría sido muy fácil acabar con Marasi, pero las consecuencias habrían sido mucho peores que encontrarse con él en alta mar una vez por semana. Gubian se mantenía alerta.

Nicoletta le había amenazado con que la gente para la que ambos trabajaban lo liquidaría si dejaba de colaborar. Aquello no le intimidaba en absoluto. Sin embargo, cuando Nicoletta había comprendido que él hablaba muy en serio y la amenazaba, a su vez, con vengar a Manlio, le había dicho que esperara un paquete con una bomba, igual que su hijo. Eso era lo que quitaba el sueño a Gubian. ¿Qué motivos tenía Nicoletta? Tratándose de una mujer tan agresiva, no imaginaba que fuera únicamente obediencia ciega a su obstinado padre.

Por la mañana temprano, había cogido el coche y había ido a Trieste. De todas formas, tenía que ir el lunes a hablar con el notario que se encargaba de la venta de la tienda de *delicatessen* de Manlio. Así podría aprovechar sábado y domingo. Quería arreglar aquello. De la policía no esperaba nada. Si uno pretende llegar a alguna parte, tiene que tomar las riendas del asunto él mismo. Gubian había decidido presionar a Nicoletta. Que no pudiera evitar verlo a cada minuto. Se limitaría a seguirla hasta que hablara. Y, además, estaba su madre. Antonio Gubian estaba convencido de que, yendo a por cualquiera de las dos, siempre acertaría. Para eso también servía una familia.

En Trieste reservó una vez más una habitación en el hotel Blaue Krone, por treinta y nueve mil liras la noche. No quedaba lejos de Nicoletta. Poco después de las diez, se plantó en la acera de enfrente de su pescadería, sin quitarle ojo de encima. Un hombre mayor muy corpulento con un abrigo corto de color gris, un gorro azul y las manos hundidas en los bolsillos. Los transeúntes que iban hacer sus compras de sábado tenían que esquivarlo para pasar. Estaba en medio de la acera y no se apartaba ni un paso hacia un lado.

Esa misma mañana, el negocio marchaba sobre ruedas desde que habían abierto la pescadería a las ocho. La puerta no llegaba a cerrarse de tantos clientes como entraban y salían, y la propia Nicoletta tuvo que salir a atender. Sus empleados habían ido a llamarla. Ella ordenó rápidamente los papeles con los que estaba trabajando en la oficina, cerró la puerta con cuidado y fue a ocuparse de la caja, a la entrada. Más de una vez tuvieron que ir a las cámaras refrigeradoras a reponer el género de los mostradores. Ese día tendrían menos mercancía rebajada que ofrecer a los restaurantes después del cierre. Nicoletta estaba contenta y, para como ella era, de buen humor, incluso dispuesta a dar un poco de conversación a los clientes. Hasta las diez y veinte, en que todo se tranquilizó un poco durante un rato. Su mirada fue a posarse en la calle y se estremeció. El viejo de la acera de enfrente era Gubian. Nicoletta se bajó lentamente de su taburete y se le quedó mirando. No sabía cuánto tiempo llevaría allí, mirándola también. Gubian no se movió ni un milímetro de donde estaba ni siquiera cuando dos ancianas que volvían cargadísimas de la compra se chocaron con él con sus rebosantes bolsas de plástico. Gubian estaba allí quieto, como un monumento. Nicoletta volvió a la realidad cuando una clienta fue a pagar. Marcó la cantidad en la caja registradora, le dio el cambio y musitó un «muchas gracias». Luego salió a la calle muy despacio, se detuvo delante del escaparate y clavó los ojos en Gubian. Él no reaccionó. Nicoletta volvió a la caja y siguió observándolo. Su buen humor había desaparecido, dando paso a la extrema parquedad en palabras de siempre. Media hora más tarde volvía a salir. Muy decidida, cruzó la calle y se plantó delante de Gubian, quien parecía atravesarla con la mirada.

Ella le exigió que desapareciera, pero él no se inmutó. Sólo le respondió una vez: «¡No se olvidará de mí!». Nicoletta hizo gestos de amenaza, gritó que llamaría a la policía, pero Gubian permaneció mudo e inmóvil. Furiosa, volvió a entrar en la pescadería. Hacia las doce, Sgubin aparcaba su coche en el vado de enfrente, salía, se apoyaba en el capó y también clavaba la vista en la Boutique du Poisson. Nicoletta intentó adivinar qué

significaba aquello. Contaba con que, poco después, aparecería Laurenti y unos cuantos coches patrulla. A pesar de tener el local lleno, mandó ocuparse de la caja a uno de los vendedores y atravesó el patio interior para entrar en el cobertizo donde tenía su oficina. A toda prisa, recogió unos papeles, los rompió y arrugó, los tiró en un cubo de metal y les prendió fuego. Tuvo que abrir la ventana y la puerta para que saliera el humo. Luego, volvió a la tienda a sentarse en la caja.

A la una del mediodía, apenas quedaba más que hielo en las grandes cubetas de acero inoxidable. Los vendedores juntaban los pocos peces restantes y empezaban a limpiar las cubetas vacías. Cada vez entraba menos gente, se acercaba la hora de cerrar. Nicoletta apretó la tecla de «total» de la máquina registradora. Hacía mucho tiempo que no alcanzaban una suma tan elevada. Sacó el cajón del dinero y fue a la oficina para hacer la caja. Calculó el sueldo semanal de sus empleados y guardó los billetes en los sobres que ya tenía preparados para entregárselos unos minutos más tarde, cuando hubiesen terminado de limpiar y bajasen los cierres.

Gubian seguía allí, como si hubiese echado raíces en el suelo. Una sola vez había apartado la vista de la Boutique du Poisson para fijarse en un coche que había aparcado justo delante de él, en el vado, media hora antes. Vio que el conductor sacaba un micrófono con un cable en espiral del panel de instrumentos del coche al mismo tiempo que observaba la pescadería de Nicoletta, como si hablase de ella. A los pocos minutos, el conductor se bajaba y se apoyaba en el capó. Gubian tuvo que dar un paso hacia un lado para que el otro no le tapara la vista.

Así pues, ahora eran dos los hombres parados delante de la Boutique du Poisson como si no tuvieran otra cosa que hacer. El viejo se mantenía completamente inmóvil; el otro, de unos treinta y tantos años, cambiaba el peso de una pierna a la otra y, a veces, apoyaba un brazo en el techo del coche. Gubian sabía que era un policía. Eran iguales en todas partes. Tampoco los de Croacia lograban quedarse quietos mientras observaban a alguien, y ni siquiera los agentes de paisano que tenía la Gestapo en la costa del Adriático habían sido capaces de hacerlo en su época. Gubian lo había aprendido muy pronto. Y ahora sabía que la policía también estaba metida en el juego. Una cosa tenía clara, no se interpondrían en su camino.

De pronto, Nicoletta supo lo que tenía que hacer. Supuso que no vendrían ni el comisario ni otros policías. Sgubin estaría siguiendo órdenes de vigilarla. Pero eso tenía fácil solución.

Con toda calma, Nicoletta terminó su trabajo en la oficina, regresó a la pescadería hacia las tres de la tarde y pudo ver por una rendija de la persiana que Sgubin y Gubian seguían esperando fuera. Sgubin miraba a todas partes menos hacia ella. Debía de estar aburrido. Era su oportunidad. Cerró la puerta trasera de la tienda y la oficina con llave, se sentó en su coche y salió del patio. Gubian era el único que la inquietaba. Esta vez, volvió la cabeza por fin y la miró. Nicoletta bajó a toda velocidad por la Via xxx Ottobre,

giró a la derecha y aparcó en el primer hueco que encontró. Dejó el Fiat sin cerrar y se metió corriendo por la entrada de carruajes de un edificio. Antes tenía una plaza de aparcamiento allí, en el patio interior del taller del electricista. La puerta solía estar abierta durante el día. Nicoletta la cerró tras de sí y esperó en la penumbra del zaguán. A través de las sucias ventanas, vio a Sgubin frenando y dando marcha atrás. Se bajó de su coche y echó un vistazo al interior del de Nicoletta. Al darse cuenta de que ella no había cerrado, volvió junto al suyo a esperar. Exactamente como ella había planeado. Nicoletta atravesó el patio y salió a la calle por el otro lado. No necesitaba el coche. Regresó corriendo a la Via XXX Ottobre, justo a tiempo de ver cómo Gubian desaparecía al final de la calle en la Piazza Sant' Antonio Nuovo. Por fin habían cambiado los papeles. Nicoletta ya no era la perseguida.

Gubian decidió entrar a picar algo en algún bar y ponerse en camino después. Tenía prisa.

Proteo Laurenti sintió un deseo irrefrenable de poner orden. No sólo en el caos de su casa: de hecho, recoger la casa incluso podía servirle de ayuda para ordenar su tremenda confusión interior. Y sería mejor que pasarse el día en el despacho, esperando a que sucediera algo... con Marietta en la habitación contigua, ofendida y dispuesta a hacerle pagar por el tono grosero de antes durante bastante tiempo aún.

Primero decidió ir a cortarse el pelo. No tenía hora, pero donde Oskar siempre le atendían entre cliente y cliente, incluso en sábado. El salón de peluquería, en la Via del Mercato Vecchio, detrás del que fuera el palacio del Lloyd de Trieste, le quedaba a medio camino hacia su casa. Al entrar, Oskar, que también le arreglaba el bigote y a quien uno mismo no dudaría en recomendar como buen peluquero, le dijo que tenía que esperar, a menos que quisiera que le cortase el pelo la chica que lo ayudaba. Era justo lo que esperaba Proteo. Por eso nunca pedía hora. Le parecía que ella acertaba más con el corte que el jefe. Además, no hablaba tanto y, sobre todo, hacía menos ruido.

Proteo se hundió en el sillón en el que le sentaron, una vez lavada la cabeza, para facilitarle el trabajo a la ayudante, de apenas metro cincuenta.

—¿Cortito, como siempre? —preguntó.

—Sí, sí. Como siempre —dijo él y cerró los ojos cuando ella le inclinó la cabeza hacia delante para apurarle bien la nuca.

—Vaya, cómo le ha crecido —dijo.

—¿Ah, sí? —dijo él con los ojos cerrados.

—¿Cuándo vino la última vez?

—Ni idea —respondió Proteo en voz baja.

—Pues trae unas buenas lanas.

—Ya, ya.

Proteo ya no prestaba atención a lo que ella decía. Hacía tiempo que aprovechaba el rato de la peluquería para relajarse y dormir. Hasta que no notó las tijeras por la frente no abrió los ojos. Luego, oyó sonar su móvil. La peluquera interrumpió su trabajo

mientras él se lo buscaba en la chaqueta por debajo del peinador de flores.

—*Pronto!*

—Sgubin ha perdido a Nicoletta, y Gubian tampoco está. Ahí está pasando algo. He enviado a todas las patrullas disponibles, pero por el momento no los ha visto nadie.

—¿Cuándo ha sido eso?

—Nada más irte.

—Voy enseguida —dijo, poniéndose de pie de un salto—. ¡Mándame un coche!

—¿Adónde?

—A la peluquería —dijo Laurenti y apagó el teléfono—. ¿Qué le debo? —preguntó mientras tiraba para quitarse el peinador.

—¡Pero si no he terminado! Sólo le quedan cinco minutos —se lamentó la peluquera bajita.

—Luego vuelvo.

Oskar le agarró del brazo y, de tres tijeretazos, le arregló los mechones más largos, luego le desabrochó el peinador.

—Así está mejor —dijo—. No llama tanto la atención, aunque no quede bonito. Estamos abiertos hasta las siete y media. Pásese un momento y ya está.

La peluquera, a su lado, lo miraba con cara de preocupación. No le parecía nada bien que su cliente abandonara el local de esa manera. «Cortito, como siempre»; así era como lo quería, y con el lado izquierdo no había hecho más que empezar. Proteo Laurenti salió a toda prisa en cuanto pasó el coche patrulla azul y blanco con la sirena y las luces encendidas. La peluquera meneó la cabeza riendo pero con gesto poco convencido.

—Es un alto funcionario de la policía —explicó Oskar con orgullo al otro cliente que había y que, obviamente, ya había caído en la cuenta—. Lleva muchos años viniendo. Claro que esto no había pasado nunca. Quién sabe el caso que estará llevando.

Laurenti subió los escalones de dos en dos hasta la tercera planta. El ascensor habría tardado demasiado. Sin resuello, entró en el despacho por el que se pasaba al suyo y donde ya le esperaban Marietta y Sgubin.

—¿Cómo ha podido pasar una cosa así? —exclamó.

—¿Qué demonios podía hacer yo? —maldijo Sgubin—. Me he tirado tres cuartos de hora esperando a Nicoletta. Se me ha escapado por un patio interior. ¡Cómo iba yo a imaginármelo! Primero, tres horas delante de la pescadería, y ahora, encima, esto. No tiene ninguna gracia.

—¿Y ahora, qué? ¿Qué hacemos, a ver? —Laurenti se encendió un cigarrillo—. ¡Gubian también se ha esfumado, por supuesto! Al perder a Nicoletta, también lo has perdido a él. Estaba claro que la estaba siguiendo —pasó a su despacho y dio la luz. Marietta y Sgubin le siguieron.

—¿Has estado en casa de Nicoletta?

—Sí. Pero tampoco estaba allí.

—He enviado una patrulla de paisano. Nos informarán en cuanto aparezca —añadió Marietta.

—Algo es algo —gruñó Laurenti y echó la ceniza en la papelera—. Maldita sea, es casi de noche. Esto no me gusta nada. Marietta, insiste a los hombres de la Via Stuparich que estén alerta, y transmite otra vez la descripción de los sujetos. Sgubin, tú te vienes conmigo. Vamos a dar un paseo. O no, mejor es que cojas el coche y des vueltas por las calles. Yo iré a pie. En alguna parte daremos con ellos.

—¿Y por dónde doy vueltas?

—Por toda la zona entre las Rive y la Via Stuparich. Por todo el centro en general. Y otra cosa: búscame también a ese Mario.

—Ése sí sabemos dónde está —dijo Marietta—. Lo ha notificado una patrulla.

—¿Y dónde está? Vamos, dímelo.

—Hace media hora estaba en el Bar Italia, empujando el codo a conciencia. No creo que esté para muchos trotes con la cogorza que lleva.

—De eso no te puedes fiar. Que lo mantengan bien vigilado. Vete primero para allá, Sgubin. Yo me acercaré al Viale y luego a la Via Stuparich. Nos comunicamos en cuanto pase lo que sea. ¿Entendido? Lo que sea, informamos de inmediato, ¿está claro?

Sgubin y Marietta asintieron con la cabeza. Laurenti se puso la chaqueta y pidió a Marietta un *walkie-talkie*.

Subió por la tarde, después de informar a Nicoletta de que quería poner un poco de orden en el piso de arriba.

Pocos objetos personales daban testimonio de la vida de Ugo Marasi. Parte de los cajones del armario estaban casi vacíos. Apenas había ropa y muy pocos cachivaches de los que uno suele ir acumulando a lo largo de una vida: cartas, fotografías, documentos, recuerdos, recortes de periódico y libros. Unas cuantas postales se entremezclaban con una póliza de seguros y recibos del año de Maricastaña, también había una caja con fotos antiguas y toda suerte de papeles. Sacó todo lo que había en los cajones y lo dispuso encima de la mesa. Con una mezcla de curiosidad y esa peculiar sensación de estar haciendo algo prohibido, cogía cada objeto y lo contemplaba con detenimiento, o leía aquellos papeles que eran los únicos testigos de la vida de Ugo en los últimos años, vida de la que ella tan sólo conocía los pasos que se oían desde su casa. Sintió sed y fue a la cocina, donde había una botella recubierta de mimbre. Jamás, ni siquiera en día de fiesta, se había tomado un vaso de vino estando ella sola, pero esta vez se sirvió un Merlot y regresó a la mesa para continuar su trabajo. «Tengo que ordenarlo todo», se dijo Bruna. «Primero lo de aquí arriba y luego también abajo. Tengo que poner orden, ahora que él ha muerto. Orden...» Se quedó muda al oír que sonaba el teléfono de abajo, pero no se levantó. De modo que también Ugo, desde arriba, había oído todo lo que hacía ella. De modo que también Ugo había vivido con ella de esa forma, sabiendo siempre en qué habitación estaba: el dormitorio, el salón, el aseo, el baño o la cocina. Ugo siempre sabía lo que estaba haciendo ella en cada momento. Durante todo ese tiempo, había estado tan cerca de ella como a la inversa.

Su teléfono había dejado de sonar. Bruna tomó otro sorbo de Merlot y fue a buscar

una bolsa de plástico a la cocina. Se sentó de nuevo a la mesa y empezó a clasificar los papeles de Ugo. Cuando consideraba que algo carecía de importancia y de valor, lo metía en la bolsa. No quedó mucho fuera de ella. «Tengo que ordenar esto», musitó Bruna para sí. Al rato, se quedó dormida sentada.

Nicoletta seguía a Gubian a bastante distancia. Jamás se metía por una calle de la que él no hubiera salido ya; si era necesario, se quedaba esperando detrás de la esquina hasta que él hubiera girado y luego apretaba el paso para alcanzarlo de nuevo. Una vez se preguntó por qué estaría haciendo aquello, sobre todo porque Gubian no parecía dirigirse a ningún lugar en concreto. En algún momento, bajó por la Via San Nicolò para continuar en dirección a la Plaza de la Bolsa. Atraído por el olor a chucrut que salía del Pepis, el bufé de platos tradicionales donde servían codillo, lengua hervida y estómago de cerdo, Gubian entró a comer. Nicoletta maldijo para sus adentros. Estaba en la Via Cassa di Risparmio y no sabía cuánto tiempo se quedaría Gubian allí dentro. Nicoletta decidió entrar en el bar de enfrente, en diagonal. También ella tenía hambre y, desde allí, podía vigilar perfectamente el Pepis.

Gubian acompañó con una cerveza los callos de cerdo con salsa casera de rábano picante y aprovechó para leer el *Piccolo*, olvidado sobre la barra por otro cliente. Ya en la primera página saltaban a la vista las declaraciones de los políticos de extrema derecha contra la aplicación del reglamento de protección de minorías a los eslovenos. La derecha, ruidosamente apoyada por los extremistas, elevaba la protesta diciendo que aquello era la peor muestra de represión de la «italianità» en Istria. Antes de que Italia pudiera dar ningún paso, los eslovenos tenían que responder de las víctimas de las *foibe*. A uno de los políticos que aparecían en las fotografías lo reconocía. Estaba sentado en el mismo local, unas cuantas mesas más allá. Un antiguo matón de la extrema derecha que ahora representaba a la Alleanza Nazionale en el Parlamento y que, por su peculiar forma de moverse, recordaba al monstruo de Frankenstein, por muy caro que fuera el traje que llevase puesto ahora. Gubian, sin querer, se le quedó mirando fijamente. ¿Qué debía hacer ahora? A Nicoletta la había perdido. Así pues, la única opción era buscar a su madre, seguro que eso la hacía aparecer también a ella. Seguro que le tenía miedo, pues no sabía cuáles eran sus planes. Así tenía que ser. Él conseguiría que le revelara la verdad sobre el atentado de Contovello. Desde el día anterior, sospechaba que ella sabía algo. Y, cuando lo supiera a ciencia cierta, actuaría. Gubian se levantó y pagó en la barra. Subió por el Corso Italia, donde, por primera vez en ese año, se había encendido la iluminación de Navidad. Un gigantesco «AUGURI» hecho de bombillas se extendía a todo lo ancho de la calle. Gubian pisaba firme y supo abrirse camino enérgicamente entre la gente que iba de compras.

Nicoletta pagó a toda prisa y salió de su bar. Intentó localizar a Gubian entre la gente de la acera. No podía estar muy lejos. Subió corriendo por el Corso Italia, atropellando una y otra vez a los transeúntes que no se apartaban de su camino a tiempo. Nicoletta iba jurando y maldiciendo. Si vislumbraba a Gubian, al momento siguiente había vuelto a desaparecer entre la masa. Le costaba mucho seguirlo.

Mario estaba convencido de que Bruna estaba en casa, aunque no reaccionara ni al timbre de la puerta ni al del teléfono. Pero no pensaba darse por vencido tan pronto. Si ella declaraba aquellos disparates a la policía, también tenía que ser capaz de decírselos a él a la cara. Estaba dispuesto a echar la puerta abajo si no le abría.

Mario había abandonado el Bar Italia hacia las cinco y media de la tarde, pasando después por su casa para coger unas tenazas y dos destornilladores. A pesar de la borrachera, subió a su viejo Mitsubishi. Fue en dirección al Ospedale Maggiore, conduciendo tan despacio que los coches de detrás no paraban de pitarle y darle las luces. Él no se dio cuenta, sólo pensaba en cómo proceder. Sería difícil encontrar dónde aparcar. Pero podía dejar el coche en segunda fila un momento. Con Bruna no iba a tardar mucho.

Se tranquilizó al comprobar que el coche patrulla que aún estaba allí dos horas antes se había ido. A la patrulla de paisano no la reconoció. Mario aparcó el Mitsubishi justo al lado de su vehículo y cruzó de acera. Los dos hombres también se tranquilizaron al verle llamar al timbre del último piso, el del griego. Entonces, su presencia no tenía nada que ver con Bruna Saglietti. Además, por cómo había dejado el coche, era de esperar que volviese enseguida. Mario llamó por segunda vez y el griego, por fin, le abrió. Pero Mario sólo subió hasta el primer piso, hasta casa de Bruna. Colocó el destornillador entre la puerta y el marco, a la altura de la cerradura, empujó hasta que logró encajarlo dentro y lo giró. La puerta se abrió casi sin ruido. Mario se extrañó de que Bruna no hubiera echado la llave, ni siquiera la cadena, y vaciló. No había imaginado que fuera tan fácil. Pero, entonces, oyó que alguien bajaba la escalera y se apresuró a entrar al estrecho pasillo. Sin hacer ruido, cerró la puerta y contuvo la respiración intentando reconocer algún ruido en el interior del piso. Se sobresaltó al notar algo suave en los pies e, instintivamente, le dio una patada. Por el chillido, se dio cuenta de que era un gato que salía corriendo y quejándose. A tientas, buscó el interruptor de la luz.

—¿Bruna? —llamó, y esperó un momento a que le respondieran—. ¡Bruna! Soy yo, Mario. Bruna, tengo que hablar contigo. Sé que estás ahí. Voy a entrar.

Primero pasó a la cocina. No podía creer lo que veían sus ojos. La pila y la parte de encimera que quedaba al lado estaban limpiísimas; sin embargo, en las paredes, se apilaban hasta el techo las basuras y toda suerte de cosas inútiles. Cientos si no miles de latas de atún vacías, platos de plástico, bolsas, cajas. No habría más de dos metros cuadrados de espacio libre. Lo suficiente para abrir la nevera, porque a la mesa ya no se podía uno sentar. Los trastos lo invadían todo. Mario cerró la puerta enseguida y cruzó el pasillo hasta el salón, donde se había refugiado el gato. Al encender la luz, se asustó. Además de la bandeja con la tierra de los gatos, la televisión y el sillón, tampoco allí había espacio para nada. Las torres de objetos sin ningún valor alcanzaban varios metros de altura. Sólo los periódicos ya debían de abarcar varios años completos. Mario ni siquiera era capaz de distinguir separadamente las cosas que componían aquel desbarajuste y se fijó en cuatro caras de gato que, a su vez, le observaban desconfiadas desde su escondite, detrás del televisor. Luego, oyó pasos en la escalera. Aguzó el oído hasta que tuvo la certeza de que pasaban de largo y subían un piso más arriba.

–¡Bruna! –llamó otra vez–. ¿Dónde estás? –y fue al dormitorio.

Bruna se sobresaltó. Había oído algo. No sabía cuánto tiempo había dormido allí sentada, delante de las cosas de Ugo. Estaba a oscuras y justo iba a levantarse a encender la luz cuando lo oyó otra vez. Era su nombre el que alguien pronunciaba, y sólo podía proceder de su piso. Se quitó rápidamente los zapatos y salió al pasillo de puntillas. Oyó pasos abajo, en las escaleras, y quiso echar la cadena en la puerta, pero en casa de Ugo Marasi no había ninguna cadena con la que cerrar. ¿Y sus llaves? ¿Dónde había dejado sus llaves? Fue a hurtadillas hasta el salón y la cocina antes de recordar que seguían puestas en la cerradura, por fuera. Los pasos de las escaleras se acercaban cada vez más. Tenía que abrir la puerta como fuera. Sacar la llave y cerrar por dentro. Tenía que ser más rápida; hecho esto, ya podía llamar a la policía y atrincherarse en el piso hasta que llegase ayuda. Bruna abrió y cogió la llave... y, entonces, sintió una fuerte presión en la puerta y una mano gigantesca que le tapaba la boca y luego también le cerraba los ojos. Todo sucedió en una fracción de segundo. A pesar de ello, le reconoció al instante.

Sgubin llamó por radio y comunicó que había visto a Gubian en la Piazza Goldoni.

–¡Síguele la pista, pero que no te vea! –ordenó Laurenti–. Donde esté Gubian tampoco estará lejos Nicoletta.

–Ya la veo –susurró Sgubin–. Se mantiene a bastante distancia pero es evidente que le está siguiendo. ¡No lo pierde de vista! –al parecer, Sgubin le había tomado el gusto a la persecución.

–¿Adónde se dirigen?

–Se diría que estabas en lo cierto: hacia la Via Stuparich. ¿Dónde estás tú?

–En el Viale. Mantenme al corriente de dónde estáis. Voy para allá.

Laurenti dio una última y profunda calada a su cigarrillo y lo tiró. Le resultó difícil avanzar entre los puestos del mercadillo de San Nicolás, ante los que se agolpaba la gente, para llegar al otro lado del Viale. Fue abriéndose camino a base de gruñidos e insultos. A falta de sirena, lo único que servía era la brusquedad.

Sgubin comenzó a seguir a Nicoletta a gran distancia y tan despacio que los coches de detrás le pitaban y le daban las luces. Laurenti se cruzó con él al final de la Via della Ginnastica. Escondido detrás de un cubo de basura, había visto pasar primero a Gubian y después a Nicoletta, que, con mirada torva, siempre se resguardaba detrás de un coche o en el portal de alguna casa en cuanto Gubian aminoraba el paso o volvía la cabeza. Laurenti tuvo que agacharse detrás del contenedor de basura para que Nicoletta tampoco lo viese a él.

«¿Por qué me pasaré media vida detrás de algún pestilente cubo de basura?», pensó y, de pronto, oyó a Nicoletta maldiciendo para sí. Entonces recordó la llamada del domingo anterior en la que le anunciaban la explosión de Contovello. ¿Podía haber sido la voz de Nicoletta? ¿Era ésa la solución?

Le dio cincuenta metros de ventaja y la siguió del mismo modo en que ella seguía a Gubian: siempre atento para encontrar un escondite de inmediato y que ella no lo viera. Sgubin se había adelantado a la Via Stuparich y le estaría esperando allí.

Antonio Gubian se detuvo a unos pocos pasos del edificio y miró a su alrededor con mucha cautela. No tardó en descubrir a la patrulla de paisano, cuya vista le entorpecía un coche pequeño aparcado junto a ellos, en segunda fila. Eso podía servirle de ayuda, pero tenía que darse prisa antes de que regresara el conductor. Gubian tuvo suerte. A través del cristal de la puerta, vio bajar y salir a la calle a un hombre enjuto con un ojo vendado. Perikles Ritsos se dirigía al bar de al lado a comprar tabaco. Antes de que se cerrara la puerta, Gubian se había deslizado dentro y estaba en la escalera. Subió rápidamente y desapareció del campo de visión de la patrulla incluso antes de que captaran su presencia. No pudo descifrar los nombres del timbre de la puerta del primer piso, pero vio claros indicios de que alguien había entrado por la fuerza. Un olor repugnante impregnaba el pasillo de aquel piso, como si no hubieran ventilado en años. En el segundo, vio el cartelito con el nombre que buscaba: «Marasi». De repente, Antonio Gubian tomó conciencia de lo nervioso que estaba. Le temblaba todo el cuerpo y le corría el sudor por la frente. Una vez más, repasó el plan que había trazado antes de estirar el dedo índice para llamar al timbre. En ese momento, se abrió la puerta.

Cuando Mario volvió al pasillo desde el dormitorio de Bruna, oyó pasos en el piso superior. De modo que estaba allí. Entonces, hablaría con ella arriba. No salió de la casa hasta que no tuvo la certeza absoluta de que el hombre que había subido por las escaleras ya había llegado a la última planta. Conteniendo la respiración, cerró la puerta tras de sí y limpió el picaporte con la manga. Fue entonces cuando oyó un ruido en el piso de arriba, como un grito ahogado. ¿Qué era aquello? Subió la escalera todo lo rápido que pudo y llegó a ver justo cómo se cerraba la puerta del piso de Marasi. ¿Había sido Bruna? ¿O era la sombra de un hombre? Respirando con dificultad, se quedó parado en el descansillo hasta que, casi por instinto, se le ocurrió recurrir de nuevo al destornillador. El cerrojo saltó y Mario reaccionó al instante. Ante sus ojos estaba Gubian, a quien conocía de los encuentros nocturnos en alta mar. Le tapaba la boca a Bruna, quien, a su vez, intentaba liberarse de su brazo. La mujer se retorció, pero el viejo tenía demasiada fuerza para ella. Mario se abalanzó sobre él, le echó atrás la cabeza agarrándolo de las orejas y, al mismo tiempo, le dio un rodillazo en la columna. A esto siguió un fuerte rechazazo en la sien. Al caer Gubian al suelo, no se oyó más que un débil suspiro, como si un globo perdiera aire. Bruna estaba paralizada delante de Mario, con la boca abierta y los ojos fijos.

—Bruna —dijo Mario—, ¿por qué...?

No llegó a decir más. Se desplomó como un fardo y, con un estertor, quedó tumbado en el suelo al lado de Gubian. Ni siquiera supo de quién procedía el golpe en la nuca que le había hecho caer.

Laurenti tenía a Nicoletta en el punto de mira. Acababa de torcer por la Via Stuparich y sólo unos pasos la separaban de su destino: la casa donde vivía su madre. A Gubian ya no lo veía. Nicoletta se detuvo y se volvió. Laurenti logró esconderse en el portal de una casa. Cuando se asomó por la esquina, Nicoletta había desaparecido. La patrulla apostada enfrente le hizo una señal de que había entrado en el edificio. Laurenti les indicó con la mano que cruzasen y, de pronto, también apareció Sgubin.

—¡Vamos! —gritó Proteo Laurenti—. ¡Echad esa puerta abajo!

Pero antes de que la destrozaran, volvió el griego del bar de al lado y farfulló:

—¿Qué ha pasado?

—¡Ábranos, venga, deprisa!

Como si fuera algo muy complicado y trabajoso, Ritsos sacó la llave del bolsillo, Laurenti se la arrancó de las manos. Subieron corriendo el corto tramo de escaleras hasta el piso de Bruna. La puerta de madera barata se salió de los goznes al darle Sgubin una patada en el punto adecuado.

Los dos agentes de paisano irrumpieron en el interior con las armas desenfundadas y poco les faltó para caerse encima de los gatos, que, bufando como posesos, salieron disparados hacia ellos y huyeron presa del pánico. ¡Nada! Bruna no estaba en su casa, allí no había ningún asesino, nada. Sólo basura y mal olor.

—¡Uno más arriba! —exclamó Laurenti en el momento en que también ellos oían un golpe seco en el piso de encima.

Sgubin se adelantó a todos por la escalera y apartó de un empujón al griego borracho. En la misma escalera, les salió al encuentro Bruna, con los ojos muy abiertos, temblando como una hoja y balbuceando:

—Ahí, ahí... —murmuró muy trastornada mientras señalaba la puerta, cerrada pero sin encajar del todo.

Se entendieron por señas y aseguraron el pasillo.

—¡Nicoletta Marasi, Antonio Gubian! ¡Salgan! —gritó Laurenti—. ¡Sabemos que están en la casa!

Ninguna respuesta, ningún ruido. Habría podido oírse caer un alfiler al suelo, de no ser porque el griego, detrás de todos ellos, no paraba de sorber con la nariz.

Laurenti hizo una señal. Uno de los dos agentes se lanzó, blandiendo el arma, contra la puerta sin encajar. No llegó muy lejos. En el estrecho pasillo había tres personas inmóviles en el suelo: Gubian, Mario y Nicoletta.

Gubian estaba boca abajo, con un cuchillo clavado en la espalda. Mario aún lo sostenía en la mano. Nicoletta yacía a su lado, con los ojos muertos clavados en el techo, pero respiraba. Una extraña trinidad.

—¡Registrad la casa! —exclamó Sgubin.

Los dos agentes pasaron como pudieron por encima de los cuerpos, inspeccionaron el resto de la vivienda y, una vez hubieron comprobado que no había nadie acechando detrás de las puertas ni podía haber escapado nadie por una ventana, indicaron que no había peligro. Sgubin pidió varias ambulancias por radio. Estaban a un tiro de piedra del Ospedale Maggiore. Casi habría sido posible llevar a los tres heridos en brazos hasta allí.

—Respira —dijo Laurenti, arrodillado sobre Nicoletta y pegando el oído a su cara. Luego fue a ocuparse de Gubian.

El cuchillo tenía una hoja larga y fina, pero, por lo que podía comprobar, sólo había penetrado dos dedos por debajo de la escápula del viejo y no podía haberle causado ninguna herida mortal. Pero ¿por qué no emitía absolutamente ningún ruido? Era imposible que aquella herida le hubiese dejado inconsciente siquiera. Laurenti se agachó aún más para ver qué podía ser. Tuvo que apoyarse en una mano y fue a dar en el pecho de Mario. De su boca entreabierta escapó una especie de gárgara ahogada. Dio un respingo, sacudió la cabeza dos veces y buscó algo a lo que agarrarse.

Se le cayó el cuchillo e intentó levantarse apoyándose en las dos manos. Su muslo derecho fue a dar pesadamente sobre la garganta de Nicoletta. Más suavemente de lo que nadie hubiera esperado tratándose de ella, Nicoletta gimió, y una sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios. Mario intentó ponerse de pie, y Laurenti se apartó de un salto. Inseguro, el pescador se apoyó en la pared, sus pupilas buscaron algún punto en el que quedar fijas, encontrándolo, finalmente, en la mirada de Nicoletta. Mario resoplaba y sacudía la cabeza, como si intentara alejar una alucinación. Antes de que recuperara la consciencia por completo, las esposas se cerraban alrededor de sus muñecas con un clic seco a su espalda. Sgubin le tenía sujeto.

—Pero... —Mario se volvió bruscamente, intentando comprender—, pero... ¿por qué yo? ¿Por qué me esposan a mí? Si yo sólo la he salvado... —y volvió a sacudir la cabeza con fuerza, como un perro mojado.

—¡Llévao! —ordenó Laurenti.

—¡No! —balbució Mario—. ¿Qué pasa con Bruna? ¿Dónde está?

—¡Llévao ya! —Laurenti pasó por delante de él, empujándole hacia un lado.

Nicoletta gimió. Laurenti se inclinó de nuevo sobre ella y la vio recuperar la consciencia por segunda vez en la misma semana. Con un suave quejido, levantó la cabeza y reconoció a Laurenti.

—Quédese tumbada —dijo Laurenti en el tono más suave que pudo, pero ella ya estaba medio levantada, clavándole una mirada fulminante.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Nicoletta.

—Eso se lo tengo que preguntar yo a usted. Salga al descansillo. Siéntese en uno de los escalones. Enseguida vendrá un médico. ¿Le duele algo?

—¡Déjeme en paz! ¿Dónde está mi madre? —intentó apartar a Laurenti a empujones.

—No se preocupe. Está bien, dentro de lo que cabe. ¿Qué ha pasado?

—Debo de haberme desmayado.

Luego vio a Bruna, sentada en la escalera, temblándole aún todo el cuerpo y balbuceando para sí, al parecer ajena a cuanto sucedía a su alrededor.

—Mamá, ¿qué te pasa? —Nicoletta la cogió del brazo—. Anda, ven, vamos a casa. Te llevo abajo.

Bruna no dejaba de menear la cabeza, murmurando para sí cosas incomprensibles.

—Deja paso, idiota —bufó Nicoletta al comisario.

Sgubin las siguió.

Por indicación de Laurenti, habían avisado a Galvano al móvil, arruinándole el aperitivo de la cena con Živa Ravno. El forense ya se había hecho su composición de lugar y contaba con pasar la velada con ella, pues esperaba que los interrogatorios y el papeleo posterior tuvieran a Laurenti entretenido en la oficina hasta entrada la noche. Pero no pudo ser.

Primero, Gubian se negó en rotundo a que le hicieran un reconocimiento médico, repitiendo cerrilmente que no merecía la pena ni hablar de ello porque no pensaba ir a ningún hospital. Mantenía la mirada fija en el suelo y sólo respondió a las preguntas de Laurenti de forma renqueante y sin levantar la vista nunca. Sólo había ido a la casa a hablar con Bruna porque esperaba que le dijera dónde había pasado Marasi la tarde del domingo. Gubian dijo que Bruna le había abierto la puerta, dejándole entrar. Que alguien lo había derribado de un golpe mientras iba detrás de ella por el pasillo. De la cuchillada, que parecía no dolerle apenas, ni se acordaba. Se obstinó tanto que Laurenti tuvo que recurrir a una orden judicial para que lo viera un médico. Galvano fue el único que logró convencer a Gubian de que era necesario examinar la herida. Gubian le siguió refunfuñando y, ya en el Instituto Anatómico Forense, se quitó la chaqueta y la camisa sin decir palabra, después de que Galvano intentara determinar el ángulo de penetración del cuchillo en la tela.

—No es nada —le dijo éste, desinfectando la herida.

—Ya lo decía yo —respondió Gubian.

—Pero eso nunca se sabe hasta que no se comprueba —dijo Galvano—. Créame que he visto a gente que ni siquiera sentía el cuchillo en la espalda. ¡Muertos! Así, de repente. Otros no se desploman hasta pasado un rato. Siempre es mejor echar un vistazo por si acaso —y le cubrió la herida con un apósito.

—¿Me puedo ir? —dijo Gubian impaciente, cuando el doctor le indicó que podía vestirse otra vez.

—¿Adónde?

—A mi casa.

—Huy, entonces... mucha suerte.

Al otro lado de la puerta le esperaban dos policías que lo llevaron de vuelta a la comisaría.

Živa Ravno llamó por teléfono mientras Laurenti se encontraba en pleno interrogatorio a Nicoletta.

Las autoridades del puerto de Pola habían confirmado que también el barco de Gubian había estado en aguas internacionales la noche del lunes al martes. Marietta, muy ladinamente, le pasó la llamada a su jefe, el cual, dadas las circunstancias, se mostró lacónico, mientras Nicoletta lo miraba con curiosidad. Colgó el teléfono despacio y se quedó mirando a la hija de Marasi sin decir nada durante un momento. Luego, retomó el interrogatorio.

—Bien, permítame que me repita: usted dijo que ese tal Mario estaba intentando apuñalar a Gubian y que entonces usted lo dejó fuera de combate.

–Sí.

–¿Y quién la dejó fuera de combate a usted?

–Nadie, supongo que fue la excitación. Cuando vi que Mario llevaba el cuchillo en la mano, debí de perder el conocimiento.

–Vaya, ¿tan delicada es? ¿Y qué tiene que ver Gubian con su madre?

–Ya se lo he dicho: Gubian mató a mi padre y ahora quería matar también a mi madre porque sabe que fue él. Supongo que después me habría tocado el turno a mí. No había manera de convencer a Gubian de que mi padre no fue quien puso esa bomba en Contovello.

–¿Y qué tiene que ver usted con Gubian?

–Nada. Conocía a su hijo.

–¡Qué curioso! –dijo Laurenti, callando a continuación. Sonrió a Nicoletta y se encendió un pitillo–. Por cierto, mañana mismo dejo de fumar.

–¿Qué es lo curioso? –gruñó Nicoletta.

–Que Gubian se encontrara regularmente con su padre en alta mar –Laurenti dio una profunda calada y apagó el cigarrillo–. Tal vez debería dejarlo ya. ¿Qué le parece?

–Déjese de jueguecitos de una vez. Si tiene que decir algo, dígallo. Si no, me está haciendo perder el tiempo.

–¿Cómo es que los dos enemigos mortales, tal y como usted los describe, se encontraban en alta mar?

–No sé nada de eso.

–Su padre y Gubian hacían contrabando.

–¡Se está usted poniendo en ridículo!

–Ayer sábado amenazó usted a Gubian porque quería dejar el asunto.

Nicoletta palideció y cerró los puños.

–No pienso decir nada más.

–Los dos estuvieron en el local de la comunidad italiana de Cittanova y discutieron. Usted dijo que le enviaría un paquete como el que recibió su hijo.

–Yo no dije eso. Fue Gubian el que amenazó con hacerle algo a mi madre. Por eso me puse a seguirle. No debería haber impedido que Mario le matara. Fíjese cómo le pagan a una haber ayudado a alguien. ¿Me puedo ir de una vez? Sin un abogado no me sacará ni una sola palabra más.

–Adonde puede ir es al calabozo, señorita. ¿Es que no lo ha comprendido todavía?

Nicoletta se levantó de un salto, volcando la silla. Laurenti, instintivamente, se apartó un poco. Aún conservaba un recuerdo muy vivo del bofetón.

–¡No pienso hacerlo! –chilló Nicoletta, se abalanzó hacia la puerta y la abrió de par en par. Al ver a los dos policías uniformados, dio media vuelta sobre los talones–. ¿De qué me acusan?

–Fue usted quien puso la bomba de Contovello.

–¡Demuéstrelo!

–Usted me llamó por teléfono. El domingo por la tarde, hacia las cuatro. Hoy, mientras seguía a Gubian y maldecía sola, he recordado su voz. La compañía telefónica lo

verificará. Yo mismo no tengo ninguna duda.

—¿Y qué demuestra eso, aparte de que le llamé?

—Para mí, suficiente, y para el juez que firma las órdenes de detención, más todavía. El resto se resolverá ante los tribunales. Y puede tardar bastante, como bien sabe usted. A mí me da igual —Laurenti hizo una seña a los policías—: ¡Lleváosla de una vez!

Mario no se resistió, pero lo negó todo. Dijo que él no llevaba consigo ningún cuchillo. Que tampoco sabía cómo había ido a parar a sus manos. Que, probablemente, había sido Nicoletta quien le había dejado fuera de combate. Habría llegado a la casa poco después que él y no se habría detenido a hacer preguntas, asestándole un buen golpe antes de que él pudiera defenderse. En realidad, él sólo había querido ayudar a Bruna.

Laurenti pidió a Sgubin que continuara él con el interrogatorio. Esos pescadores le atacaban los nervios. Por comparación, hablar con Nicoletta era un placer. Esperaba impaciente el resultado del examen médico que había hecho Galvano a Gubian. Ya había llamado al forense dos veces. Aparte de reprocharle su falta de paciencia, el viejo no había querido decirle nada.

Laurenti se sentó al lado de Marietta, en el despacho de ella, y encendió otro cigarrillo. A la ayudante no pareció hacerle demasiada gracia la compañía y siguió tecleando sin dirigirle una sola mirada.

—Oye, Marietta —rompió el silencio Laurenti—, ¿no guardabas una botella de Jack Daniels en el escritorio?

—¿Quién quiere saberlo?

—Yo. ¡Anda, no estés enfurruñada conmigo! Yo aquí matándome a trabajar y mira lo mal que me tratas... No seas tan cruel, mujer.

—Me pones de los nervios, Proteo. No te imaginas hasta qué punto. Pero si esperas un momentito a que termine los papeles para confiscar el coche de Mario, a lo mejor aún me lo pienso dos veces. Además, me estás ahumando el despacho.

—Pues nada, ¡olvídalo! —Laurenti se puso de pie—. Para eso me bajo un rato al bar de enfrente.

—Sólo abren durante el día.

—Pues me voy al San Marco.

—¿Y quién sigue con todo el trabajo?

—Vosotros.

—Está bien —Marietta abrió un cajón del escritorio y sacó una botella de Jack Daniels medio llena—. ¡Toma! —dijo, plantándola encima de la mesa—. Vasos no tengo. Trae las tazas del café y así no se dará cuenta nadie. A mí también me pones uno, claro.

Laurenti sirvió los whiskys y le tendió su taza a Marietta.

—¿Qué coche tiene Mario?

—Un Mitsubishi. Año de fabricación: 1989.

—¿Y cómo no me lo has dicho hasta ahora?

—¿Ya empezamos otra vez? ¡Anda y que te den por el sur, Laurenti! Siempre es todo culpa de los demás.

—¿Dónde está ese coche?

—¿Dónde va a estar? En el depósito de criminalística, por supuesto.

—¡Pídeme un coche! ¡Tengo que verlo ahora mismo!

Laurenti cerró la puerta de un portazo, sin dar tiempo a Marietta a preguntarle siquiera cuándo pensaba volver. Bajó las escaleras corriendo y esperó impaciente al coche patrulla.

Galvano no llamó hasta poco antes de las ocho, confirmando que Gubian había recibido un fuerte golpe antes de la cuchillada.

—La herida le fue infligida más tarde, cuando ya estaba en el suelo. Es imposible que le clavarán ese cuchillo en la espalda estando de pie. El ángulo de entrada es casi recto, la tela de la chaqueta y la camisa apenas está rasgada a los lados de la hoja. Jamás quedaría así estando la víctima en posición normal. En esos casos, el corte se produce en un ángulo mucho más cerrado, ya sea desde arriba o desde abajo. Tampoco creo que fuera el tal Mario.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Gubian tenía que creerlo, pero no hubo tiempo suficiente. Un tipo como ese Mario le habría clavado el cuchillo mucho más, a pesar de la cogorza que llevaba. De modo que fue otra persona, alguien que quería cargarle el muerto. ¿Y quién pudo ser? Supongo que Nicoletta, tu nuevo amor. Ah, Laurenti, otra cosa: Me voy a cenar con Živa Ravno y espero de todo corazón que a ti te quede todavía mucho, mucho trabajo.

Antes de que el comisario pudiera dar rienda suelta a su enfado, Galvano había colgado el teléfono. Al momento, volvió a sonar. Era el resultado del análisis criminalístico del coche de Mario y de la comparación de sus neumáticos con las huellas encontradas en la nieve antes de llegar a la *foiba*. Mario estaba perdido. Primero, empezó a hablar muy despacio, todavía con la esperanza de encontrar una escapatoria por algún lado. Sin embargo, de pronto, sus palabras fluyeron como un torrente y sin importarle en absoluto lo que ocurriera a su alrededor.

La liberación de Mario

El martes por la noche estaba previsto que Ugo Marasi acudiera a cenar a casa de Luca para negociar con él y con Mario. Marasi poseía el cuarenta y cinco por ciento del *San Francesco* y, tras la muerte de Giuliano y mientras los otros no tuvieran de su lado a Eliana, su parte era la mayor de todas. A regañadientes, Marasi tuvo que recordar los acuerdos establecidos en el contrato en su día y que ahora le obligaban a tener aquella conversación con sus compañeros. No estaba acostumbrado a depender de otros. Pero iría a esa cena, ya que insistían. Hacia las seis de la tarde logró por fin hacer de tripas corazón y se decidió. Aunque era posible que, luego, los otros ya no quisieran tratar el tema.

De mal humor, se levantó de la silla de su cocina al oír el timbre de la puerta y abrió.

—¿Tú qué haces aquí? Ya nos vemos a las ocho en casa de Luca —Marasi había contado con cualquiera menos con Mario.

—Ven conmigo, Ugo. Se trata del barco. Tengo un comprador pero tenemos que hablar con él antes de ir donde Luca.

—¿Quién es?

—Ya lo verás. Ofrece un buen precio y nos está esperando. Si nos damos prisa, estaremos de vuelta a tiempo. Y nos habremos quitado el problema de encima.

—¿Dónde?

—En Monrupino.

Marasi no conocía a nadie allá arriba.

—¿Quién es?

—Ya lo verás cuando lleguemos. Si no, seguro que intentas hacer el negocio por tu cuenta, para variar. Venga, vamos ya, ¿o prefieres regatear con Luca a pesar de que podemos resolverlo todo nosotros mucho más fácilmente?

Ugo olió el aliento a alcohol de Mario y dudó si fiarse de él. Por otra parte, hacía mucho tiempo que no lo veía tan decidido.

—¿Cómo se llama? —preguntó Marasi una vez más.

—Lo descubrirás cuando nos encontremos con él. ¿Vienes ya o no?

Ugo Marasi lo miró con desconfianza, vacilante. Pero finalmente cogió su chaqueta de

la percha del pasillo y cerró la puerta tras de sí.

—¿Cuándo estaremos de vuelta?

—Con tiempo suficiente. Iremos directamente a casa de Luca.

—¿De qué conoces al comprador?

—Ha venido a hablar conmigo este mediodía, cuando salimos del interrogatorio de la Guardia Costiera. Luca no quiso saber nada. Pero la propuesta es interesante. Mira, yo no tengo ganas de seguir pescando, si hubiera sabido que tú también querías vender, te lo habría dicho antes. Ofrece un precio muy bueno.

—A ver si es verdad —dijo Marasi, cerrando la puerta del coche que Mario conducía desde hacía once años—. ¿Qué hacemos con el derecho de preferencia de los otros?

Mario hizo un gesto con la mano, indicando que eso no era problema.

—Por eso no te preocupes. Luca cambiará de opinión en cuanto sepa que yo tampoco quiero seguir. Y Eliana necesita el dinero. ¿Qué vas a hacer cuando dejes la pesca?

—Ya veremos —dijo Marasi y hundió la cabeza entre los hombros.

Guardaron silencio durante todo el camino. La desconfianza de Marasi no se disipó, tampoco cuando por fin tomaron la cuesta que subía hacia el Carso, atravesando Opicina. Nada más salir del pueblo, Mario giró por la estrecha y serpenteante carretera de Monrupino. Sin embargo, muy poco después se adentró en el bosque por un camino enfangado.

—Pero ¿qué haces? ¿Adónde vas?

—Tengo que mear.

—Pues para aquí mismo.

—Enseguida.

—¿Adónde demonios vas?

—Voy a dar la vuelta un poco más allá, aquí no se puede.

Mario siguió conduciendo hasta una especie de explanada con el suelo de gravilla, dio la vuelta, paró el coche a cincuenta metros de la *foiba* de Monrupino y apagó el motor.

Mario lo había preparado todo. Después de ver a Ugo en el bar y discutir con él, se había decidido. Todo fue muy rápido. El alambre y las barras de metal los tenía en el sótano de su casa. No le costó gran esfuerzo levantar el armazón en la *foiba*, y el peligro de que algún loco del *footing* pasara por allí jadeando era muy escaso en pleno invierno porque anochecía muy temprano. Además, allí arriba, la capa de nieve seguía siendo tan gruesa como el domingo.

El fusil submarino era suyo. En verano, cuando no merecía la pena salir a alta mar, hacía pesca submarina junto a la costa. El fusil tenía el cañón y la culata revestidos de plástico amarillo chillón. Lo había cargado y había guardado tres arpones más, junto con el alambre, en un saco de yute que tenía escondido detrás de una roca a la entrada de la *foiba*. Mientras Marasi creía que estaba vaciando la vejiga, Mario fue a buscar el fusil y regresó al coche. Abrió de golpe la puerta del copiloto y gritó a Ugo:

—¡Sal, Ugo, ha llegado el momento!

Marasi se asustó pero se dominó enseguida.

—¡Déjate de bromas! Aquí arriba no hay peces.

Ya tenía un pie fuera del coche y se agarraba a la barra del techo como si quisiera bajar de un salto.

—¡Baja, Marasi!

—¿Qué pasa? ¿Quieres matarme?

—¡Baja si quieres averiguarlo!

—¡Pues sácame tú, idiota!

—¡Te digo que bajes, va en serio!

Marasi rió y se puso alerta, esperando la ocasión.

—¡Eso ya lo han intentado muchos! Ni los comunistas lo consiguieron, y no estaban solos como tú. ¡Me das lástima, idiota!

Con la última palabra, el viejo intentó abalanzarse sobre Mario. Pero éste reaccionó de inmediato y le dio tal patada a la puerta del coche que devolvió a Marasi al asiento con un gemido. Mario abrió y cerró la puerta dos veces más, golpeando con todas sus fuerzas la espinilla de Marasi hasta que éste quedó encogido de dolor. Luego, lo arrastró fuera del coche y le dio un golpe para que cayera al suelo inconsciente. No tardó en atarle las manos a la espalda. Cuando Marasi volvió en sí, notó el alambre en los tobillos. Mario lo levantó y le ordenó que caminase. Sólo podía dar pasos muy pequeños.

—¿Adónde me llevas? —preguntó Marasi.

—¡Al mejor sitio donde puedes estar! Sigue andando —y le dio un fuerte empujón. Mario se tambaleó y tropezó con el borde de la plancha de piedra con la que, en su momento, se había clausurado la *foiba*. Cayó de rodillas y le costó un gran esfuerzo levantarse, pero tuvo que obedecer al doloroso tirón del alambre de las manos. Entonces, por fin reconoció el almacén de hierro en la oscuridad y se quedó como paralizado.

—¡Así que de eso se trataba! ¡Eres un cerdo asqueroso! Vas a atarme al trípode. Para que me muera sufriendo poco a poco. Pues no pienso darte ese gusto. No pienso subirme. ¿Me entiendes? ¡No me subo por nada del mundo!

—¡Claro que lo harás, Marasi! —Mario le apuntó a la nariz con el cañón del fusil—. Harás lo que yo te diga. Si sigues con vida a medianoche, te descolgaré. Si no aguantas, mala suerte que has tenido. Pero unas cuantas horas sí que lo aguantarás. Quiero que sepas lo que es perecer lentamente, Marasi. Como Giuliano. Vas a sentirlo en tu propia carne.

Se colocó detrás de él. Marasi sintió la flecha del arpón en la nuca.

—Ahora te voy a soltar las manos. Si intentas engañarme, te disparo aquí mismo, pero si haces lo que te he dicho, aún tendrás una oportunidad. ¿Me entiendes?

Marasi oyó el clic de los alicates y notó que sus muñecas quedaban libres.

—¡Desabróchate la chaqueta y la camisa! Pero despacio, muy despacio. ¿Me oyes? ¡Ten cuidado!

Marasi se desabrochó. Mario agarró las dos prendas del cuello y tiró de ellas hacia abajo de manera que Marasi no pudiera mover los brazos.

—¡Ahora, ven! —arrastró a Marasi hacia atrás hasta el trípode—. ¡Sube!

Marasi tanteó con el pie y notó que había una roca. Intentó volver la cabeza, pero al punto notó la punta del arpón en la mejilla. Con dificultad, colocó el pie derecho sobre la

roca y estiró la pierna. Mario lo levantó de un tirón. Entonces, de repente, notó el alambre que le rodeaba el cuello y tiraba de su cabeza hacia atrás hasta dejarlo colgado de la barra de hierro. Jadeó, pero enseguida notó que se aflojaba.

—No quiero matarte, Ugo —dijo Mario muy serio—. Ahora, quítate la chaqueta. Y luego el pantalón. Si quieres, te ayudo.

—¡Que te jodan!

A Marasi le costó mucho trabajo obedecer esa orden. El alambre del cuello le dejaba muy poco margen. Lo logró muy despacio y estaba a punto de tomar aire para recuperarse cuando Mario le subió el brazo derecho con un brusco tirón para atarlo, en cruz, al armazón. Marasi pensaba febrilmente en cómo defenderse. Pero ya tenía atados la cabeza y un brazo. No tenía nada que hacer.

—Ugo, ¿tienes miedo?

—¡No olvides lo que me debes, Judas!

—Piensa en Giuliano —le dijo Mario muy tranquilo.

Poco después, Marasi se encontró crucificado en el trípode con alambre, en camiseta y calzoncillos. Mario aflojó el alambre que le rodeaba el cuello. Marasi se extrañó y sintió un poco de esperanza. Tal vez Mario sólo quisiera darle un buen susto. No lo perdía de vista y vio cómo sujetaba el fusil, apuntándole, a otra barra de metal que, a su vez, estaba atada al trípode. A veinte centímetros de su corazón reconoció el brillo de la punta del arpón en la oscuridad. Mario enrolló el alambre alrededor del gatillo, luego alrededor de la culata y sacudió el trípode para comprobar si todo estaba bien sujeto. Luego llevó el alambre hasta Marasi.

—Esto es por tu seguridad, Marasi. No tienes que hacerlo, pero si quieres dejarlo todo, puedes dispararlo tú. Sólo tienes que tirar fuerte con la cabeza. ¿Me has oído? Bien fuerte. Si no, no funciona.

Marasi no respondió. Vio cómo Mario rodeaba el armazón. Entonces, sintió de pronto el saco por la cabeza.

—¿Por qué haces eso, Mario?

—Para que sepas lo que es el miedo. Cuando uno no ve nada y sabe que es muy posible que no lo cuente, ahí es cuando lo siente de verdad. ¿Cómo crees que se sintió Giuliano?

Mario ató el alambre alrededor de la frente de Marasi, comprobó varias veces la tensión y se sintió satisfecho con su obra.

Entonces dio una patada a la roca que tenía Marasi bajo los pies. Marasi gimió, pero Mario había cuidado mucho el trabajo. Marasi apenas se deslizó hacia abajo, y la tensión del alambre que sujetaba el arpón no cambió, únicamente los alambres de las muñecas se le clavaron hasta cortarle.

—Bueno, entonces, hasta medianoche, Ugo. Eres un tipo duro. Lo conseguirás. Y si quieres acabar con todo, basta con un fuerte tirón con esa condenada cabeza que tienes. Y, ahora, reflexiona, Ugo. Hasta luego.

Marasi oyó cerrar la puerta de golpe y arrancar el coche. A los pocos minutos, todo el ruido que le llegaba eran los coches que pasaban por la carretera de Monrupino o hacia el acceso a la autopista que llevaba a la frontera eslovena. Una ligera nevada comenzó a

caer sobre el Carso.

Sólo había permanecido en casa de Luca tres cuartos de hora y no había tocado la comida. En la mesa, no había dicho ni palabra, muriéndose de impaciencia por desaparecer de allí lo antes posible. Mario estaba contento consigo mismo. Le había dado a Marasi una lección que no olvidaría jamás. Eso también era bueno con vistas a la negociación sobre la venta del barco y sobre la parte de cada uno. Y seguro que, si Marasi le contaba a alguien que Mario lo había atado a un trípode en la *foiba*, amenazándolo con un arpón, no lo creerían. Era una idea demasiado absurda como para considerarla cierta.

Poco después de las diez, el coche de Mario subía por tercera vez en la tarde al Carso, donde había comenzado a nevar de nuevo. Entre tanto, Marasi llevaba casi tres horas colgado del trípode. Tenía que bajarlo de allí, o se congelaría. Con aquella lección ya bastaba.

Mario vio al hombre semidesnudo, colgado, a la luz de los faros. No daba crédito a sus ojos. La cabeza de Marasi había caído sobre el pecho, y sobre la camiseta se había formado una mancha oscura. Paró el coche sin apagar el motor y corrió hacia él. La sangre aún no se había coagulado. Marasi debía de haberse matado pocos minutos antes. Mario hubiera querido ver sus ojos, pero no se atrevió a retirar el saco que le cubría la cabeza. Luego, su mirada se posó en los brazos del viejo, azules por la circulación cortada y por el frío, fantasmales bajo la luz de los faros del coche. El alambre se había clavado hasta hacer profundos cortes en la piel de Marasi. Los pies quedaban tan bajos que los dedos casi tocaban la nieve.

Mario miró a su alrededor, presa del pánico. A toda prisa, desmontó el fusil y el alambre con que estaba unido a Marasi. Luego, regresó al coche y arrojó el arma al asiento de atrás, junto con la ropa del viejo. Muy despacio, bajó hasta la carretera y regresó a la ciudad. Tan despacio que los coches que iban detrás le pitaban y le daban las luces una y otra vez hasta que podían adelantarle. Paró un momento junto a un contenedor de basura y se deshizo de la ropa y del fusil.

Mario no esperaba que Marasi lo hiciera. Había dispuesto el alambre de tal manera que había que dar un tirón realmente fuerte para que se disparase el arpón. Marasi se había suicidado, la casualidad quedaba descartada por completo.

Galvano estaba sentado solo en una mesa de la parte delantera de la Trattoria al Faro, dando buena cuenta de un *frittomisto*. La botella de Vitovska von Kante estaba casi vacía. Franco lanzó a Laurenti una mirada que lo decía todo por sí misma. Era evidente que el anciano estaba de un humor excelente.

Se levantó al ver a Laurenti y le estrechó la mano.

—Ya le he dicho a Franco que haga el favor de encargarme también el tinto de estas bodegas. No le quedaba ni una botella.

—¿Dónde está Ziva?

—¿Es que no te lo ha dicho tu ayudante? Ni siquiera ha venido a cenar conmigo. Cuando volví de reconocer al viejo, dijo que estaba cansada y prefería volverse a su casa.

—¡Maldita sea! Al menos podría haberme llamado.

—¡Pues claro que te llamó! Pero no te quisieron pasar la llamada porque estabas en medio de un interrogatorio.

—¡Cuando pille a Marietta le retuerzo el pescuezo!

Franco trajo otra botella de vino y un pescado magnífico que recomendaba como plato principal. El doctor preguntó a Laurenti si tenía ganas de compartir aquella *lucerna* con él. Cuarenta centímetros medía aquel pescado al grill, y con un chorro de aceite de oliva debía de estar soberbio.

—Mira, aquí se ve todavía el agujero del arpón —dijo Franco—. Por si aún tienes ganas de aprender algo hoy.

—Sólo os pido una cosa —dijo Laurenti—. Por favor, ningún chiste malo más esta noche.

Galvano miró a Franco con cara de lamentar su desliz.

—Ay, uno nunca debería olvidarse de que, con la policía, no hay que andarse con bromas —comentó Franco.

—Haced lo que queráis —dijo Laurenti. Pero cuando oyó que, de primero, además le servirían un *risotto* con *guati*, se reconcilió con el mundo en un instante.

—*Guati*, por fin —dijo—. Los que me compré el viernes, y luego pasé de matute por la frontera dos veces, no me los comí porque cené con Ziva y, a la mañana siguiente,

estaban para tirar.

–Se la veía hecha polvo. Cualquiera sabe en qué habéis trabajado juntos, pero debe de haber sido cansadísimo –dijo el anciano forense.

Cuando, hacia las dos de la madrugada, Laurenti, no precisamente sobrio, se puso en camino para volver a casa, recordó el caos que le esperaba allí. Mañana, por fin, lo recogería todo, nada podría impedirlo, o su casa pronto tendría el mismo aspecto que la de Bruna Saglietti. Y había que encontrar una asistenta de inmediato. Le preguntaría a Marietta si ella tenía a alguien. No, a Marietta no, ni de broma. El lunes, desde luego, le iba a decir de todo menos bonita. ¡Anda que no era rencorosa, la puñetera! ¿Ziva? No, ella tampoco podía serle de ayuda. Además, ya había hecho más que suficiente por él. ¡Ay, todas aquellas mujeres que dominaban su vida, la organizaban y, al mismo tiempo, la desquiciaban!

–No seas tan duro con Laura –le había dicho Franco al despedirse.

–¿Yo? ¿Duro yo? ¿Por qué? –esa noche prefería no darle más vueltas al asunto. Seguro que aún conseguía encontrar una copa de vino en la cocina, y le quedaban dos cigarrillos.

Por supuesto, no encontró aparcamiento en la Via Diaz. Volvió hasta la Rive y dejó el coche en la lonja, en «Santa María del Guato», como la llamaba la gente. Laurenti rió. Había bebido mucho y cenado opíparamente: por fin, *guati*. Al día siguiente, por la mañana temprano, llamaría a Ziva y quedaría con ella. Se dirigió a su casa, arrastrando los pies, y buscó un cigarrillo en el bolsillo del abrigo. Se lo puso en la boca pero olvidó encenderlo.

En el pasillo y la cocina estaban dadas las luces. Y olía a limpio, ¡qué diferencia con la mañana! Y olía a aire fresco. ¿Qué demonios pasaba? ¿Había vuelto Marco? ¿O Laura? ¿Marco? ¿Laura?

Proteo Laurenti se apresuró a colgar el abrigo en el perchero, corrió por el pasillo y fue abriendo las puertas de todas las habitaciones.

Créditos

Título original: *Die Toten vom Karst*

Edición en formato digital: junio de 2013

En cubierta: Detalle de *Sea promenade*, de Erich Hartmann, Miramar, Italia, 1998. ©
MAGNUM / Erich Hartmann / Contacto

© Paul Zsolnay Verlag Gesellschaft m.b. H., Viena, 2002

© De la traducción, Isabel García Adanez, 2008

© Ediciones Siruela, S. A., 2008, 2013

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15803-85-0

Conversión a formato digital: El poeta (edición digital) S. L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
LOS MUERTOS DEL CARSO	4
Cita	5
Un día profundamente gris	6
Vida de lunes	26
Marasi sale a la mar	41
El día libre de Bruna	49
Miércoles de difuntos	72
Al frío de Opicina	79
Rodeos	84
Jueves sucio	105
Viernes maloliente	148
Día de limpieza	188
La liberación de Mario	218
Guati	223
Créditos	225